

IDAD A
CCIÓN C



LIBRARY

ORIENTAL



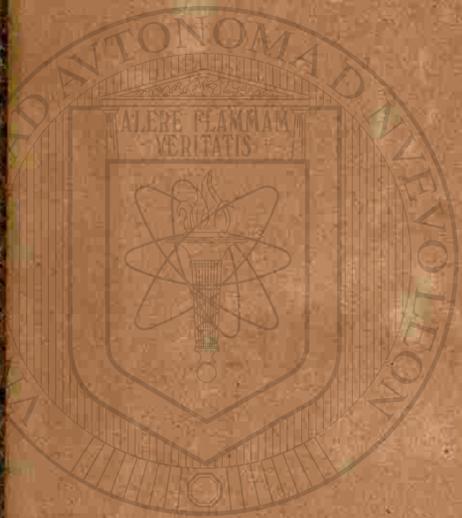
DS48
L35
V.3
C.1

L217



1080042709

84:911



VIAGE

A ORIENTE.

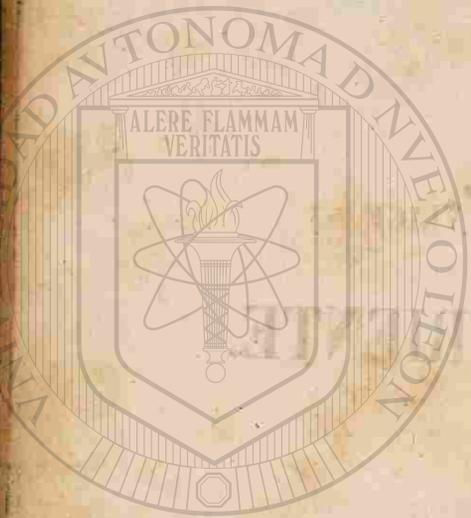
UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

E#7 C#763

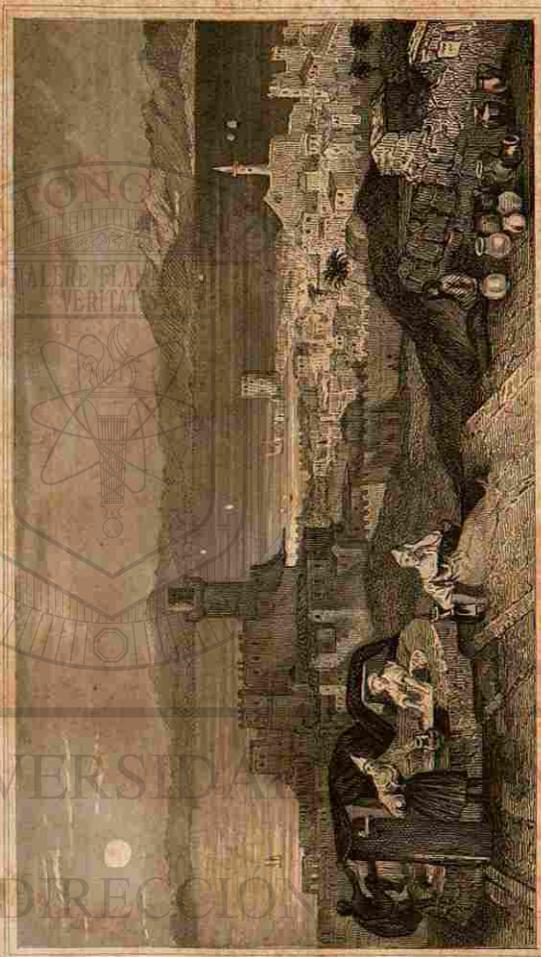


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de Schneider y Langrand, rue d'Erfurth, 1.

Núm. Clas.	915.6 [®]
Núm. Autor	L 217 ^r
Núm. Arg.	30991
Procedencia	-5-
Precio	_____
Fecha	_____
Clasificó	_____
Catálogo	_____



RODAS

VIAGE
A ORIENTE,

1832-1833.

PAR M. ALFONSO DE LAMARTINE,

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

traducido

POR E. DE OCHOA.

TOMO III

110635

PARIS,
LIBRERIA DE ROSA.

1842.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

"ALFONSO DE LAMARTINE"
No. 1425 MONTERREY, MEXICO

30991

DS 48
L3
V3



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

10008

VIAGE
A ORIENTE.

APUNTES

SOBRE LA SERVIA.

Lazareto de Semlin, 12 de setiembre.

Apenas sale el viajero de esas selvas donde germina un pueblo nuevo y libre, siente no conocerle mas á fondo; deseara vivir y pelear con él por su naciente independencía, y busca con amor su origen, y el destino que le preparan sus virtudes y la Providencia. Nunca se me olvidará la escena de Iagodina, donde en una cabaña de Servios, admirábamos á una muger dando el pe-

cho á dos niños gemelos, y á cuyos pies estaba por el suelo otro chiquillo jugando con el alfange de su padre. El *pope* y algunos de los principales vecinos del lugar, puestos en corro entorno nuestro, nos hablaban con sencillez y entusiasmo de la prosperidad naciente de su nacion bajo aquel gobierno de libertad; de los bosques que se descuajaban; de las casas de madera que se multiplicaban en los valles, de las muchas y pobladas escuelas que en todos los pueblos se abrian. Cada uno de ellos, alzando la cabeza por encima de los que estaban delante de él, se mostraba orgulloso y contento de la admiracion que les manifestábamos; sus ojos brillaban animados, y su frente revelaba la noble altivez con que veían la gloria y la libertad de su patria. En aquel momento volvi6 del campo el marido de la hermosa serviana, en cuya casa estábamos hospedados, y acercándose á nosotros, nos saludó con aquel respeto y al mismo tiempo con aquella nobleza de modales que es natural en los pueblos agrestes; y mezclándose en seguida al grupo de aldeanos, se puso, como los demas, á escuchar la relacion que estaba haciéndonos el *pope* de los combates por la independencia. Al llegar el narrador á la batalla de Nisa y á la historia de las treinta banderas ganadas á un ejército de cuarenta mil turcos, por

tres mil montañeses, se lanzó el recién entrado campesino fuera del círculo de los aldeanos, y arrancando de los brazos de su muger á sus dos hermosos niños, alzó las manos al cielo y exclamó: — ¡Hé aquí dos soldados de Milosch! ¡Mientras sean fecundas las mugeres, habrá Servios libres en las selvas de la Schumadia!

Semejante en esto á las primeras historias de todos los pueblos her6icos, la de este pueblo existe solo en verso. La tradicion ha conservado aquí aquellos cantos de entusiasmo nacional, nacidos en el campo de batalla, repetidos de fila en fila por los soldados, é introducidos en las aldeas al terminarse la campaña. Escritos luego por el cura ó por el maestro de escuela, estos cantos sencillos, pero vibrantes como el corazón de los guerreros, ó como la voz del padre de familias que saluda de lejos el humo que despide el tejado de su choza, estos cantos, digo, los acompañan por donde quiera y acaban por ser la historia popular de la nacion. El príncipe Milosch ha hecho imprimir dos colecciones de ellos que se han repartido por las poblaciones rurales. Desde su infancia aprende el esclavo á leer en estos libros las hazañas de sus abuelos, y el nombre del libertador de la Servia queda para siempre impreso en su memoria. Mal puede someterse al yugo de la esclavitud el hombre que

ha nacido y se ha formado en esta atmósfera. En medio de aquellas selvas vírgenes, en las hondas cañadas que nadie suponía habitadas mas que por fieras, he encontrado mas de una vez manebos y doncellas que juntos iban entonando aquellos cantos nacionales de los que nos traducían nuestros intérpretes algunas palabras. Al vernos, interrumpían por un instante su canto para saludarnos y vernos desfilar; pero no bien habíamos desaparecido, proseguían su camino, y las sombrías bóvedas de robles seculares, las rocas en que se despeñaba el torrente, volvían á conmoverse y á retumbar con los grandiosos ecos, y con los monótonos ritornelos de aquella gente, imagen de la felicidad de su tierra. « ¿Que dicen? » pregunté un día al dragoman que comprendía su lengua. — « Hospodar, me respondió, lo que dicen es tan necio que no merece la pena de repetírselo á Francos. — No importa, veamos, traduzcame vm. literalmente las palabras que cantan en este momento. — Pues bien, dicen: « Bendiga Dios las aguas del Morawa, pues en ellas han perecido los enemigos de los Servios, y multiplíquense las bellotas de las encinas de la Schumadia, pues cada uno de esos árboles es un Servio. — Y ¿qué quieren decir con esto? — Quieren decir, hospodar, que durante la guerra, los Servios encontraban una muralla de-

tras de cada tronco: que sus bosques eran y son aun sus fortalezas, y que cada uno de estos árboles es para ellos un compañero de combates. Por eso los quieren como á hermanos, por eso han maldecido miles de veces los viejos Servios al príncipe Milosch, que los gobierna hoy, cuando hizo cortar tantos árboles para trazar, por medio de estas selvas, la larga carretera que seguimos. Derribar robles, decían ellos, es lo mismo que matar Servios. En Servia el árbol es el amigo del hombre.

Al atravesar aquellos magníficos desiertos, en donde, despues de muchos dias de marcha, no distingue la vista, por do quiera que se esplaya, mas que la uniforme y sombría agitacion de las copas de los robles que cubren los valles y los montes, verdadero océano de hojas, sobre el cual no descuella siquiera la aguda punta de una torre de alcazar ó de iglesia, al bajar de cuando en cuando á aquellas hondas cañadas donde mugía un torrente, donde la selva se abría un momento para dejar lugar á algunos campos bien cultivados, á algunas nuevas y lindas casas de madera, á algunos establecimientos para aserrar, ó á los molinos que se estaban construyendo á la orilla del rio; al ver aquellos innumerables rebañes, conducidos por fiernas y lindas, y hasta elegantes pastoras, salir de aquellas inmensas

columnatas de árboles, y volverse por la tarde á sus habitaciones; al ver á los muchachos salir de la escuela, al pope sentado en un banco de madera á la puerta de su linda casa, á los ancianos entrar para deliberar en la casa de ayuntamiento ó en la iglesia, creíame trasportado al fondo de las selvas del norte de América, en el momento del nacimiento de un pueblo ó del establecimiento de una nueva colonia. Las fisonomías de aquellos hombres eran un vivo testimonio de la dulzura de sus costumbres, de la urbanidad de su antigua civilización, de la salud y del bien estar de aquel pueblo. El Búlgaro es bondadoso y sencillo, pero, bien que dispuesto á emanciparse, se ve que pesa sobre él todavía un resto del yugo que no ha llegado á sacudir; en la actitud de su cabeza, en su acento y en la humilde resignación de su mirada, se ve algo que recuerda al Turco; también recuerda al Saboyano, á ese pueblo de los Alpes, bueno por excelencia, á quien nada falta para ser completo mas que la dignidad de semblante y de palabra que hace resaltar todas las demas virtudes.

El Servio, por el contrario, recuerda al Suizo de los pequeños cantones donde las costumbres puras y patriarcales conservan en el semblante del pastor una armonía perfecta con la libertad, distintivo del hombre, y con el valor sereno que

es el atributo del heroe. — Las muchachas de este pais se parecen á las hermosas mugeres de los cantones de Lucerna y de Berna : su traje es casi el mismo, — vestidos muy cortos y de colores vistosos, y el pelo trenzado colgando hasta los talones. Sus costumbres son puras como las de todos los pueblos pastores y religiosos; su lengua como todas las derivadas del esclavon, es armónica y cadenciosa. Entre los Servios hay poca desigualdad de caudal; el bienestar es general; sus armas son sus únicos objetos de lujo; su gobierno actual es una especie de dictadura representativa. El príncipe Milosch, libertador de la Servia, ha conservado el poder discrecional que, por necesidad, habia reasumido durante la guerra. Proclamado, en 1829, príncipe de los Servios, este pueblo le juró fidelidad á él y á sus sucesores. Los Turcos que aun conservan una parte de la administración y de las guarniciones de los castillos, han reconocido también al príncipe Milosch y se entienden directamente con él; él ha constituido un senado y asambleas deliberantes de distrito, que concurren á la discusión y á la decisión de los negocios generales; el senado se convoca todos los años; los diputados de los pueblos se reúnen en las inmediaciones del palacio del príncipe, y semejantes en esto á los hombres de los tiempos heróicos, celebran á

la sombra de algun corpulento arbol sus asambleas deliberativas. El príncipe baja del sillón donde está sentado, se adelanta hácia cada uno de los diputados, les hace preguntas, escucha sus contestaciones, toma apuntes de sus quejas ó de sus consejos, les habla de los negocios, les explica con bondad su política, se justifica de las disposiciones que han podido parecer severas ó abusivas; todo se hace con la familiaridad noble y grande del hombre del campo que conversa con su señor, que no es mas que un patriarca labrador y guerrero. La idea de Dios preside á sus consejos como á sus combates; estos hombres pelean y gobiernan por sus altares como por sus selvas, al paso que la influencia del clero está limitada á las cosas de la religion. El principal influjo reside en los gefes militares, en esa aristocracia, á cuyos individuos llaman ellos Weyvodes. La dominacion sacerdotal no empieza nunca sino cuando ha cesado el estado de guerra, y cuando el suelo de la patria pertenece sin litigio al pueblo. Hasta entonces, la patria honra sobre todo á los que la han defendido, y solo despues confiere honores á los que la civilizan.

La poblacion de la Servia que asciende en el día á un millon de habitantes, aumenta con rapidez. La dulzura del clima, parecido al del este

de la Francia, la fertilidad de su suelo virgen y profundo, cubierto por todas partes de la vegetacion de las praderas de Suiza, la abundancia de rios y de arroyos que, bajando de los montes, y circulando por los valles, forman numerosos lagos en medio de las selvas, que desmontadas dejan, como en América, terrenos para el cultivo é inagotables materiales para las construcciones; las costumbres apacibles y puras del pueblo; leyes protectoras, vivo reflejo de nuestras mejores leyes europeas; los derechos de los ciudadanos garantizados por representantes locales y asambleas deliberativas; el poder supremo, en fin, concentrado, en términos razonables, en las manos de un hombre digno de su mision, el príncipe Milosch, y trasmitiéndose á sus descendientes; todos estos elementos de paz, de civilizacion y de prosperidad hacen esperar que antes de medio siglo ascenderá á muchos millones la poblacion de la Servia. Si, por su reunion con la Bosnia, con una parte de la Bulgaria y con las hordas belicosas de los Montenegrinos, este pueblo llega á ser, como desea y espera, el nucleo de un nuevo imperio esclavon, la Europa verá elevarse un nuevo estado sobre las ruinas de la Turquía, y cubrir las vastas y hermosas regiones que se estienden entre el Danubio, el Adriático y los altos Balkans. Si á esta

fusion se resisten demasiado las diferencias de costumbres y de nacionalidad, se verá, en la Servia por lo menos, uno de los elementos para la federacion de estados libres ó de protectorados europeos, destinados á llenar el vacío que va á dejar, tanto en Europa como en Asia, la desaparicion del imperio otomano. Esto es cuanto puede pedir la política europea.

25 de setiembre 1855.

La historia de este pueblo debería cantarse, no escribirse, pues es un poema que dura todavía. Yo he recogido sus principales episodios, en el país, de boca de nuestros amigos de Belgrada que vienen á visitarnos á la verja del lazareto. Sentados á la sombra de un tilo, sobre la yerba que dora el templado y hermoso sol de estos climas, al murmullo vecino de las rápidas ondas del Danubio, á la vista de las hermosas praderas y de las frondosas selvas que sirven de antemurales á la Servia por la parte de la Hungría, estos hombres de traje semi oriental, de semblante varonil y apacible como el de los pueblos guer-

ros, me cuentan con sencillez las hazañas en que han tomado parte ¹.

Bien que todavía jóvenes y cubiertos ya de heridas, parecen haber olvidado enteramente la guerra, y no se ocupan mas que en la instruccion pública, en las escuelas para el pueblo, en las mejoras rurales y administrativas, en los progresos que pueden hacerse en la legislacion; modestos y celosos, aprovechan todas las ocasiones que se les presentan para perfeccionar sus instituciones nacientes; preguntan á los viajeros, los detienen á su lado el mayor tiempo posible, y recogen con avidez cuanto dicen estos hombres venidos de lejos como enviados por la Providencia; esto es lo que yo he podido investigar sobre la historia de estos últimos años.

Despues de los grandes alborotos suscitados por Passwanoglow, bajá de Widin, y terminados por la dominacion de los genizaros, fué cuan-

* Despues he tenido pormenores mas circunstanciados y auténticos sobre la historia moderna de la Servia, y debo á la bondad de un viajero que me ha precedido, y á quien he encontrado en Jafa, de Palestina, á M. Adolfo de Caraman, la comunicacion de estas notas sobre la Servia, notas recogidas por él durante su residencia en el palacio del principe Milosch. A estas notas, mucho mas dignas que las mías de fijar la atención del público, por el talento y la conciencia con que estan redactadas, acompañaba una traduccion de la historia de los Servios por un indigena de aquel país.

do por los años 1804, se levantaron los Servios contra sus tiranos; tres caudillos se reunieron en la parte central de la Servia, llamada la Schumadia, region inmensa cubierta de impenetrables selvas. El primero de estos caudillos era Kara Jorge, los otros dos Tanko-Kalisch y Vasso Tcharapitsch. Kara Jorge habia pertenecido á los Heiduks que eran á los Servios lo que los Kleptos á los Griegos, una raza de hombres independientes y aventureros, que vivian en montes inaccesibles, y bajaban al menor indicio de guerra para tomar parte en las luchas de las facciones, y vivir como lo tenian por costumbre entre la sangre y el pillage. A ejemplo de la Schumadia se insurreccionó todo el país; cada canton eligió por su caudillo al mas valiente y considerado de sus Weyvodes, y estos, reunidos en consejo de guerra, confirieron á Kara Jorge el titulo de generalísimo. Este titulo le daba pocas atribuciones; pero el genio, en tiempos de agitacion, pronto da la soberanía de hecho al hombre audaz. El valor no transige jamas con el peligro, y la obediencia al talento y al arrojo es el instinto de los pueblos.

Jorge Petrowitsch, apellidado Kara ó Zrin, es decir Jorge el Negro, nació en 1765, en un lugar del distrito de Kragusewatz, de un simple labriego y pastor llamado Petroni. Otra tradicion,

que nada tiene de verosimil, supone á Kara Jorge nacido en Francia. Niño todavía, Kara Jorge fué conducido por su padre á los montes de Tópoli. Malograda la insurreccion de 1787, que el Austria debia haber apoyado, los insurgentes, perseguidos por los Turcos y los Bosnios, se vieron obligados á huir. Petroni y Jorge, su hijo, que habian ya peleado con valor, reunieron sus ganados, que eran su única riqueza, y se dirigieron hácia el Save, cuyas orillas pisaban ya, é iban por consiguiente á encontrar su salvacion en el territorio austriaco, cuando Petroni, anciano debil y mas apegado que su hijo al suelo de su patria, se volvi6, y mirando los montes donde dejaba todas las huellas de su vida, sintió partirsele el corazon á la idea de alejarse de ellos, para pasar á un país desconocido y sentándose en el suelo, conjuró á su hijo que se rindiese primero que espatriarse. Siento que mi memoria no me permita referir una á una las sentidas y pintorescas súplicas del anciano, tales cuales las cantan las estrofas populares de la Servia. Esta es una de aquellas escenas en que los naturales impulsos tan vivamente sentidos y tan candorosamente espresados por el genio de un pueblo que no ha salido aun de la infancia, dejan atras á todas las invenciones del arte empleadas por los pueblos cultos. Páginas de esta

sublimidad se ven solo en Homero y en la Biblia.

Enternecido por el dolor y las súplicas de su padre, no tardó Kara Jorge en hacer volver atrás á sus gentes y á sus ganados. Consagrado al imperio de la obediencia filial, que es en los orientales una segunda religion, doblaba la cabeza á la voz de su padre é iba triste á tomar de nuevo el camino que le conducia á la esclavitud, porque no faltase la tierra de Servia á los huesos de Petroni, cuando oyeron voces y tiros que les anunciaron la proximidad á que estaban de los Bosnios y el inevitable suplicio que los aguardaba. — Padre mio, dice Kara Jorge, decidios; un solo instante nos queda; mi brazo os sostendrá, mi cuerpo os escurará contra las balas de los Osmanlis; vivireis, y en el territorio de un pueblo amigo aguardareis que luzcan mejores dias; — pero el inflexible anciano, que su hijo se esforzaba por llevarse consigo, resistia á todos sus esfuerzos, resuelto á morir en el suelo de su patria. Desesperado Kara Jorge, y no queriendo que el cuerpo de su padre cayese en poder de los Turcos, hincó la rodilla en tierra, pidió al anciano su bendicion, le mató de un pistoletazo y le arrojó en el Save, en el que precipitándose él en seguida, pasó á nado á la orilla austriaca.

Poco tiempo despues volvió á entrar en Servia

como sargento mayor de un cuerpo franco. Descontento de que se le hubiera escluido de una distribucion que se hizo de medallas de honor, abandonó aquel cuerpo, y se fué, como Heiduck, á los montes; reconciliado mas adelante con su gefe, le acompañó á Austria, firmada que fue la paz, y obtuvo un destino de guarda bosques en el monasterio de Krushedal; pero cansado en breve de aquel género de vida, volvió á Servia siendo gobernador de ella Hadgi-Mustafá. Dedicado desde aquella época á la vida pastoril, volvió sin embargo á tomar las armas siempre que se presentó ocasion de hacerlo.

Kara Jorge era hombre de alta estatura, de constitucion robusta, de fisonomía noble y franca. Cuando no estaba escitado por el vino, ni por el estruendo de los combates, ni por la contradiccion en las asambleas, se le veia á menudo pasar un dia entero sin proferir una palabra.

Casi todos los hombres que han hecho ó que están destinados á hacer grandes cosas son pocos de palabras: conversan consigo mismos mas bien que con los demas, y alimentándose con sus propias ideas, adquieren en estas conferencias intimas la energía de inteligencia y de accion que es el distintivo de los hombres fuertes. Napoleon no dejó de ser taciturno hasta que empezó su decadencia. Defensor inflexible del orden y de la

justicia. Kara Jorge mandó ahorcar á su propio hermano por haber atentado contra el honor de una doncella.

En 1806, cuando varios ejércitos penetraron en Servia al mismo tiempo, Bekir, bajá de Bosnia, é Ibrahim, bajá de Scútari, recibieron de la Sublime-Puerta orden de dirigirse á aquella provincia con todas sus fuerzas. Bekir envió dos cuerpos de unos cuarenta mil hombres, é Ibrahim avanzó por el lado de Nisa al frente de un ejército formidable. Kara Jorge, con fuerzas muy inferiores en número, pero animadas por un patriotismo invencible, llenas de confianza en sus gefes, y protegidas por las selvas que ocultaban sus movimientos, rechazó todos los ataques parciales de Bekir y de Ibrahim. Despues de haber derrotado cerca de Petzka á Hadgi-Bey, marchó contra el ejército principal que se retiró sobre Schabez, el 8 de agosto de 1806. En esta accion perecieron Kulmi y el anciano Mehemet; los restos del ejército huyeron en direccion de Schabez, y los Bosnios que quisieron pasar el Drina fueron hechos prisioneros. Kara Jorge, que no llevaba consigo mas que siete mil infantes y dos mil caballos, se dirige rápidamente contra Ibrahim Bajá que estaba asediando á Daligrad, ciudad serviana, defendida por otro gefe, llamado Pedro Dobrinyas. Al saber su llegada, envia Ibra-

him á pedir entrar en conferencias, que se celebraron efectivamente en Smaraderewo, y cuyo resultado fué por de pronto la pacificacion de la Servia bajo condiciones ventajosas al pais. Esta paz no fué mas que uno de aquellos entreactos que dan un poco de respiro á la insurreccion, y que acostumbran insensiblemente á las naciones á aquella semi independecia que pronto se trueca en impaciencia de libertad. Kara Jorge, que no habia licenciado sus tropas, porque las decisiones del Muftí no habia ratificado las condiciones de Smaraderewo, no tardó en marchar sobre Belgrada, capital de la Servia, plaza fuerte sobre el Danubio, y en apoderarse de ella, de su ciudadela y de su guarnicion turca. Guseharez Alí, que mandaba la ciudad, obtuvo de Kara Jorge permiso para ir á Widin, siguiendo el curso del Danubio. Soliman Bajá se quedó en la ciudadela, pero, habiéndose puesto en camino á principios de 1817 con doscientos jenizaros que le quedaban para ir á reunirse con los Turcos, fué asesinado con su gente por la escolta misma que Kara Jorge le habia dado para proteger su retirada. No se acusa sin embargo á Kara Jorge de esta barbarie, efecto solo de la venganza de los Servios contra la raza de los jenizaros, cuya ferroz dominacion los habia acostumbrado á atrocidades de este género.

Estos triunfos obtenidos en la guerra de la independencia le valieron á la Servia una constitucion enteramente municipal. Los gefes militares, llamados Weyvodes, habian instituido por todas partes autoridades civiles, y estos Weyvodes estaban apoyados por una caballería compuesta de los jóvenes mas ricos que no recibian sueldo alguno, pero que vivian á costa de sus gefes y dividian con ellos el botin. Algunos Weyvodes contaban á su lado hasta cincuenta de aquellos jóvenes. Jacobo Nenadowitsch, Milenko, Dobrinyas, Ressaya, y sobre todos ellos Kara Jorge, eran los caudillos mas notables.

Un senado, compuesto de doce individuos elegidos por cada uno de los doce distritos, debia dirigir los intereses generales de aquella especie de confederacion armada, y servir de contrapeso á su usurpado poder. Este senado se mostró digno de su mision, regularizando la hacienda, arreglando las contribuciones, consagrando la del diezmo al pago de las tropas, y ocupándose en la enseñanza del pueblo con un celo y una inteligencia que desde luego indicaban un profundo instinto de civilizacion. A la enseñanza rutinera de los conventos sustituyeron escuelas populares en cada cabeza de distrito. Por desgracia, aquellos senadores, en vez de estar investidos de su mision por el pais entero, no

representaban mas que á los Weyvodes, á cuya influencia estaban por consiguiente exclusivamente sometidos.

Otro cuerpo político deliberante, compuesto de weyvodes y de hospodares, entendia en los negocios mas importantes, y la soberanía porque se litigaba, estaba dividida entre esta corporacion y Kara Jorge. Todos los años, por navidad, los weyvodes que la componian, se reunian en Belgrada, y allí, á vista de aquel caudillo, y en medio de los amaños en que estaban envueltos, conferenciaban de la paz, de la guerra, de la forma de gobierno, y de la cuota de los impuestos: allí rendian sus cuentas, y hacian reglamentos para la administracion de la justicia. La existencia y las pretensiones de este cuerpo aristocrático fueron siempre un obstáculo para la emancipacion completa y el rápido desarrollo del destino de la Servia. La unidad es la condicion vital de un pueblo armado en presencia de sus enemigos; la independencia necesita un déspota para plantearse; la libertad civil no se consigue sin cuerpos deliberantes. Mejor inspirados entonces, los Servios elevando á Kara Jorge á mayor altura que á sus rivales, habrian concentrado todos los poderes en una sola mano. Bien conocian los hospodares que esta unidad era necesaria; pero cada uno de ellos deseaba que el gefe

elegido fuese debil para poderle dominar, y de esta secreta idea se resintieron siempre las elecciones de los senadores. Estos esperaban que los hospodares les servirian para derribar á Kara Jorge, mientras él contaba con el senado para acabar con los hospodares. Así empezó la lucha sorda entre los libertadores de la Servia.

Mladen Milowanowitsch, el mas elocuente de los senadores, habia adquirido, por el ascendiente de su palabra, el derecho de discusion en los principales negocios del Estado. Rico desde el saqueo de Belgrada, y dueño del comercio exterior por las aduanas del Danubio, de que era arrendatario, equilibraba el influjo de Kara Jorge y de sus partidarios. Instigado por estos, el senado se conjuró contra Milowanowitsch, que lleno de ideas de venganza, se retiró á Doligrad, desde donde denunció á Jorge los sordos manejos que tramaban contra él los Griegos y los Rusos. Creyólo Kara Jorge, y volviéndole á llamar á Belgrada, resolvió hacer la guerra á los Bosnios, en cuyo territorio entró, abriendo la campaña de 1809.

El mismo canto nacional esclavon que celebra el principio de la insurreccion, predice las desgracias que han de sobrevenir el día en que se intenta el paso del Drina y la invasion de la Bosnia. La prediccion del poeta fué el oráculo de la Pro-

videncia; aquella campaña de Kara Jorge fué una serie de faltas, de desastres y de horrores. En vano, ayudado por los Rusos, peleó Kara Jorge con su acostumbrado heroismo; sus soldados desanimados cedieron, y batido por los Turcos en Komenitza, tuvo que ir á cubrir á Lagodina y la orilla izquierda del Morawa, y solo á un habil movimiento de los Rusos debió la conservacion de esta parte de su territorio.

Estos reveses aumentaron el celoso rencor de los weyvodes, que se atrevieron á atentar contra su poder el dia en que dejaron de verle sostenido por el prestigio de la victoria. Jacob Nenadowitsch fué el que dió el primer golpe á la fortuna de Kara Jorge, presentándose, el día primero de enero de 1810, á la cabeza de seiscientos jóvenes á caballo, en el senado de que fué nombrado presidente. La influencia de la Rusia mantuvo sola durante algun tiempo la decadente autoridad de Kara Jorge, que avanzando entretanto contra Churchid, bajá de Nisa, que tenia á su mando 50,000 hombres, dió en la llanura de Warwarin una sangrienta batalla, en que tres mil Servios, animados por la voz y por el ejemplo de su caudillo, arrollaron aquella inmensa multitud de Turcos, obligándolos á replegarse y aun á meterse de nuevo en Nisa. Desde allí, dirigiéndose hácia Lonitza, que sitiada por cua-

renta mil otomanos y una formidable artillería, iba á sucumbir al poder de los sitiadores, logró consu denuedo y el desu gente obligar al ejército turco á levantar el sitio y á volver á pasar el Drina. Aquel momento fué el del apogeo de la gloria de Kara Jorge: gracias á él, la Servia, enteramente libre, estendia sus fronteras desde la isla de Poretch, sobre el Danubio, hasta la confluencia de este rio con el Timok; pero la paz, mas funesta siempre que la guerra para los libertadores de un pais, vió pronto fermentar nuevos manejos y nuevas disensiones entre los gefes que el peligro comun reunia. Los hospodares quisieron debilitar el poder de Kara Jorge, con el objeto de destruirlo enteramente despues. Enterado él á tiempo de la trama, la reprimió con energía y aprovechó aquella ocasion, para promover en la dieta de 1811 una reaccion definitiva en su favor. La influencia de los hospodares y de los weyvo-des recibió un golpe mortal, con la subdivision y la multiplicacion de sus gefes, que demasiado débiles para obrar aislados, quedaron reducidos á meros instrumentos fáciles de manejar, y que envidiosos por otra parte de la antigua superioridad de los weyvodes, se apoyaron, para echarlos abajo, en la autoridad del gefe supremo, á cuya fortuna unieron la suya propia. Alteráronse pues las atribuciones del senado, que en lugar

de concentrar todos los poderes, se dividió en dos asambleas, de las cuales una compuesta de los individuos menos influyentes, formó una especie de magistratura judicial, mientras la otra, asumiendo las funciones administrativas, quedó, digámoslo así, de ministerio de Kara Jorge. No es posible dejar de admirar en este grande hombre un instinto político tan habil, como vasto y seguro era su golpe de vista militar. Llamando á sí y fijando á su lado, por medio de destinos honoríficos y lucrativos, á sus amigos y aun á sus contrarios, los separaba de las poblaciones acostumbradas á obedecerlos y destruía por este medio su sediciosa oligarquía. Una ley que condenaba á la pena de destierro á todo Servio que se opusiese á esta constitucion de los poderes, obligó á Dobrinyas y á Milenko á refugiarse en Rusia. El casamiento de su hija con Mladen, uno de los mas poderosos partidarios de Kara Jorge, atrajo á Nenadowitsch al partido del dictador.

Propuso por entonces el sultan á Kara Jorge reconocerle como hospodar de la Servia bajo la garantía de la Rusia, y en virtud de aquel reconocimiento, los Turcos conservarian las fortalezas y las armas de los Servios. Estas complicadas negociaciones duraron hasta 1815, época en que, no habiendo podido entenderse con la Puerta, Kara Jorge volvió á llamar á las armas á

sus compatriotas. — « Durante nueve años, les dijo, habeis vencido conmigo á vuestros enemigos; durante nueve años habeis combatido sin armas y sin plazas fuertes; hoy sois dueños de ciudades, de murallas, de rios que os separan de los Turcos; hoy teneis ciento cincuenta piezas de artillería, cuarenta puertas fortificadas, y vuestras selvas, asilo inespugnable de vuestra libertad; teneis el apoyo de la Rusia; ¿podeis titubear?»

Mandados por el capitán Bajá de Widin se ponian en tanto los Turcos en movimiento, y aprovechándose de la victoria ganada por los Franceses en Lutzen, acosaba el gran-visir á los bajás para que terminasen de una vez aquella larga lucha tan humillante para la Puerta. En Negotin diez y ocho mil Turcos tenian sitiado á Weliko, á quien una bala de cañon dejó tendido sin vida en presencia de sus tropas, que dispersas y azoradas huían por los pantanos hasta la isla de Poretsch. Por el sud, Curchid Bajá, al frente de un ejército numeroso, despues de poner en fuga á Mladen y á Sima, dos generales Servios, iba á acamparse hasta al pié de los muros de Schabatz: nunca se habia visto la Servia reducida á tan grande aprieto. El entusiasmo de la independencia parecia ahogado bajo el peso de tantos reverses, y quizá tambien bajo el de tres años de paz

y de disensiones intestinas. Su nacionalidad y su gloria se vieron eclipsadas á la vez, y olvidando su fortuna y su patria, el mismo Kara Jorge, sea que previendo una catástrofe tratase de conservarse para mejores tiempos, sea que agotado su heroismo, pensase en salvar su vida y sus riquezas, Kara Jorge mismo, digo, pasó al territorio austriaco con su secretario Jainki y tres de sus confidentes. Así se eclipsó para siempre aquel heroe de la Servia, para ir á morir en una ciudadela austriaca, en vez de encontrar entre su gente y en el suelo de su patria, que él habia sido el primero á sacar de su letargo, una muerte que hubiera inmortalizado su nombre! A la nueva de su fuga, se desbandó su ejército, y Esmaraderewo y Belgrada volvieron á caer en manos de los Turcos. La Servia quedó convertida en un bajalato, de que se hizo bajá y dueño su conquistador. Los senadores todos huyeron, y un solo hombre, un niño casi, el weyvode Milosch Obrenowitsch, fiel á la desesperada causa de la independencia, sublevó los distritos del norte y trató de apoderarse de Osehiza; pero, abandonado por sus tropas, se vió en la necesidad de aceptar las proposiciones de los Turcos. Los Servios desarmados, se vieron reducidos á levantar con sus propias manos, las fortificaciones que debian servir para oprimir al país. La tira-

nia de los *spahis* desposeidos, se vengó de los nueve años de destierro á que los habia condeñado el valor de los Servios, aumentando para con ellos su insolencia y despotismo. El caracter nacional volvió sin embargo á templarse en aquella dura y vergonzosa esclavitud: el fuego de la insurreccion ardia entre las cenizas, y Milosch que aguardaba con ansiedad el momento favorable, que no creia llegado aun, reprimia por si mismo enérgicamente las prematuras tentativas de sus partidarios. La perfidia y la deslealtad del Kaya de Soliman Bajá pudieron mas sobre él en fin que los consejos de la prudencia. Obtenida por Milosch una amnistia en favor de los insurgentes de Yagodina, los Turcos, en vez de cumplir su palabra, hicieron acudir á Belgrada á los gefes de esta insurreccion, mandaron fusilar á ciento y cincuenta y empalar á treinta y seis de ellos. Milosch, presente á aquella bárbara ejecucion, sintió un profundo dolor y vió levantarse y oyó clamar contra él la sangre de las víctimas. Aperciéndose los Turcos de su furor, y temiendo su venganza, le hicieron prisionero, pero no bien le prendieron, se escapó, salió de la ciudad fué á refugiarse á los montes de Rudnick, donde reunió de nuevo á sus partidarios y la insurreccion cundió con la rapidez de la llama, por todos los bosques de la Servia.

Milosch, nacido en 1780, tuvo por madre á Wischnia, la cual estuvo casada dos veces, primero con Obren, de quien tuvo un hijo llamado Milan, y despues con Tescho, de quien tuvo varios, uno de los cuales fué Milosch. La pobreza de sus padres le obligó á pasar su niñez apacentando las vacadas que enviaban á los mercados de Dalmacia los comerciantes ricos del pais, y á entrar en seguida al servicio de su hermano materno, Milan, que comerciaba en ganados. Amábanse tan tiernamente estos dos hermanos que Milosch tomó tambien el apellido de Obrenowitsch, hijo de Obren. El comercio de los dos hermanos prosperó, y ricos é influyentes en el momento de la primera insurreccion, tomaron parte en ella cada uno segun la naturaleza de su caracter. Sosegado y apacible, Milan se quedaba en la casa, y se ocupaba en la administration del distrito, mientras que, intrépido y bullicioso, Milosch peleaba á las órdenes de Kara Jorge.

Cuando cambió Kara Jorge la constitucion del pais, Milan, acusado de haber tomado partido contra él, fué fusilado por orden suya. A esta muerte de su hermano debió Milosch en gran parte su fortuna y su actual nombradía. Lanzado por el deseo de vengarse en las filas de los descontentos, no quiso seguir á los caudillos que huyeron en 1815, y la atencion se fijó natural-

mente entonces en el único que había quedado en el país.

El domingo de Ramos de 1815, Milosch, fugitivo de Belgrada, entrándose en la iglesia de Takowo donde se hallaba reunido un considerable gentío, empieza á arengarle con aquella elocuencia natural que posee el Esclavon, y con la omnipotencia de un sentimiento de desesperacion de que ya de antemano participan los que le escuchan. Empezaron las hostilidades y Milosch á la cabeza de algunos jóvenes de la caballería de su distrito y de mil montañeses, se apodera de una puerta defendida por los spahis á quienes coge además dos piezas de artillería. Al la primer noticia de esta victoria, vuelven los emigrados, los fugitivos salen de los bosques, los heiducks bajan de los montes, y todos atacan al kaya del Bajá, que al frente de 40,000 Turcos, había ido imprudentemente á acamparse en los llanos del Morawa : el kaya muere en el combate, y su muerte siembra el terror en su campamento : los Turcos huyen hácia Zienitza : Milosch les presenta una nueva batalla y obtiene una nueva victoria : el botín, las mugeres, y la artillería del kaya quedan en poder de los Servios. Alí Bajá sale de Belgrada con las tropas que le quedan y marcha al encuentro de Milosch ; pero pronto derrotado, se retira á Kiupra, protegido por una escolta que

le da el mismo vencedor. Adem Bajá capitula también ignominiosamente, y encerrándose en Novibazan, recibe presentes de Milosch. El Bajá de Bosnia, bajando de sus montes con un numeroso ejército de refresco, envía á Alí Bajá uno de sus generales, para atacar á Milosch en el Matschwai. Ali Bajá, cogido prisionero, es enviado por Milosch cargado de regalos para el gran visir. Los Servios se mostraban ya dignos por su generosidad de la civilizacion en cuyo nombre combatian, y Milosch, tratando á sus enemigos como á amigos futuros, bien veia que no había llegado todavía para su patria el momento de aspirar á una independencia completa, y trabajaba por ajustar tratados que le fuesen favorables, en vez de deshonrarla con sangrientas ejecuciones de muerte. Maraschli Alí Bajá se adelantaba, hácia las fronteras de la Morawa. La division que felizmente reinaba entre este general y Curchid Bajá, gran visir antes y á la sazón Bajá de Bosnia, hacia que no concertas en sus planes, y que cada uno de ellos desease en secreto que fuese derrotado el otro para atribuirse á sí solo los honores de la victoria. Noticioso de aquellas desavenencias, no dejó Milosch de aprovecharse de ellas, y dirigiéndose en persona al campo de los Turcos, tuvo con Curchid una entrevista en la cual no pudieron ayenirse. Milosch

queria que la Servia conservase sus armas, y el bajá aceptaba todas las condiciones á escepcion de esta, sin la cual eran las otras eventuales. Irritado Milosch, se levanta y va á montar á caballo, cuando á la voz de Curchid que manda que le prendan, se arrojan los genizaros sobre él: pero Ali Bajá, á quien Milosch habia vencido y enviado con regalos al visir, se interpone animosamente entre los spahis y Milosch, y hace presente á Curchid que el general á quien quiere prender ha venido al campo bajo la fé de su palabra; que él se ha obligado por juramento á sacarle de allí sano y salvo, y que está resuelto á morir primero que á consentir que se atente contra la libertad del hombre á quien es deudor de la vida. Subyuga Ali Bajá con su entereza al visir y á sus soldados, y conduciendo fuera del campo á Milosch; — Guardaos, le dice, al despedirse de él, guardaos bien de confiar desde hoy en nadie, ni aun en vos mismo! Nosotros hemos sido amigos, y nos separamos hoy para no volvernos á ver. — Alejóse Milosch: las negociaciones entabladas mas tarde con Maraschli Ali Bajá, tuvieron un éxito mas feliz. Los Servios obtuvieron que se les dejasen las armas, y los diputados, enviados por ellos á Constantinopla, volvieron al cabo de un mes con un firman de paz concebido en estos términos. « Así como Dios

ha confiado sus súbditos al sultan, el sultan los confia á su bajá. » El bajá se volvió á Belgrada, y los gefes Servios fueron á presentarle su sumision por el intermedio de Milosch. Las plazas fuertes quedaban en poder de los Turcos. Los Servios votaban sus contribuciones por si mismos; la administration estaba dividida entre los dos partidos; un senado nacional debia ir á Belgrada á establecerse cerca del Bajá. Ali, querido de los Servios, reemplazaría en Belgrada á Soliman, su enemigo, llamado á Constantinopla por el Gran-Señor. Poco duradero por su naturaleza, este estado de cosas debia originar reyertas inevitables. Milosch, que continuaba estando á la cabeza de su nacion, vivia en Belgrado al lado de Ali Bajá, como un vigilante centinela, siempre dispuesto á dar á su pueblo la señal de la resistencia ó del ataque.

Deseoso Ali de obtener con maña lo que no habia conseguido por la fuerza, se dirigió á Milosch conjurándole que hiciese que el pueblo depositase las armas. Respondió Milosch que él y sus amigos estaban prontos á dejarlas, pero que era cosa imposible hacérselas abandonar al pueblo. Indignado el bajá, escitó contra él al presidente de la cancillería Servia, llamado Moler, y al metropolitano Nikschwitz, pero los guardias de Milosch se apoderaron en pleno consejo de estos

dos conspiradores, y obligaron al bajá mismo á condenarlos, en virtud de su poder ejecutivo, á la pena capital. Esta debilidad del bajá aumentó la osadía de los Servios, cuyo gefe salió de Belgrada, y afin de evitar los lazos de todo género que le tendian los Turcos y sus rivales de la Servia, se encerró en el Topschidor, pueblo fortificada á media legua de su capital. Asimismo fueron decapitados dos weyvodes que en 1821 hicieron una nueva tentativa contra la autoridad y la vida de Milosch. Las sospechas que se esparcieron por el público de que el bajá habia sido el alma de aquellos manejos aumentaron la animosidad que ya existia entre las dos naciones.

Ocupados y enervados los Turcos con la represion de los insurgentes de la Albania y de los defensores de la independencía de la Grecia, la coyuntura parecia favorable para la concentracion del poder nacional en Servia. Los pueblos no conquistan su libertad sino personificándose en un caudillo; el interés y la gratitud les hacen mirar naturalmente el poder como una herencia de aquel que ha sabido crearlo y sostenerlo. La monarquía es el instinto de las naciones en su infancia; es como un tutor que dan á su independencía no muy sólida todavía. Este instinto se hacia sentir mas que en ninguna otra parte, en Servia donde no se conocian aun las formas

republicanas, y aprovechándose de él, estendió Milosch su autoridad, restableció poco á poco la constitucion de Kara Jorge, y puso, entre el pueblo y él, la aristocracia de los *knevens*, encargados de la administracion del pais. Cada *kneven* manda un *knev* ó provincia, y la mayor parte de los distritos tienen un *obar kneven*. Milosch los nombra, designándoles á su arbitrio territorio y atribuciones; y para quitar todo pretesto á exacciones injustas de su parte, les da un sueldo del erario público. En todos los pueblos existen tribunales de primera instancia, y en Kraguzeit un tribunal supremo, cuyos destinos provee Milosch. La costumbre sirve de ley ínterin se redacta un código que se está preparando, y el derecho de fallar la pena de muerte reside esclusivamente en el gefe supremo del gobierno. Por las manos de este, que lo pone en las del bajá, pasa el corto subsidio que paga á la Puerta la Servia, y que no es otra cosa que un resto de su rescate, recuerdo de su antigua dependencía. El bajá, sombra vana de una autoridad que ya no existe, no es mas que un centinela perdido de la sublime Puerta, colocado allí para observar la línea del Danubio, y dar desde aquel centro sus órdenes á los Turcos que ocupan las vecinas fortalezas.

En caso de guerra entre la Turquía y el Aus-

tria, los Servios deben contribuir con un contingente de cuarenta mil hombres. El clero cuya influencia podia contrarrestar la de Milosch ha perdido toda preponderancia, perdiendo la administracion de la justicia, cometida hoy á los tribunales civiles. Los *popes* y los frailes pagan los mismos impuestos y están sometidos á los mismos castigos corporales que el resto de la poblacion: los bienes de las mitras han sido sustituidos por sueldos fijos: — por estos medios está reconcentrado todo el poder en manos del gefe supremo. La civilizacion de la Servia se parece á la disciplina regular de un numeroso ejército, donde una sola voluntad es el alma de una multitud de hombres de todas clases y graduaciones. Esta actitud es necesaria en presencia de los Turcos; el pueblo está siempre alerta y armado; el gefe debe ser un soldado absoluto.

Todavía quieren los Turcos disputar á la Servia este estado de semi-independencia. Como el tratado de Akerman, firmado en 1827, no resolvía esta cuestion, se celebró en Kraguzewatz una dieta en que debia tomarse conocimiento de él. — « Yo sé, dijo Milosch poniéndose en pie, que « ha habido gentes, que descontentas del castigo « que por orden mia se ha impuesto á algunos « perturbadores, me acusan de escesiva severidad y ambicion de mando, siendo así que mi

« objeto no es otro que el de conservar la paz y « la obediencia que ante todo exigen las dos « cortes imperiales. Tambien se me imputa á « crimen el impuesto que paga el pueblo sin « pensar cuanto cuesta la libertad que hemos « conquistado, y cuanto mas cara todavía cuesta « la esclavitud! Las complicaciones de mi situacion habrian acabado ya con un hombre debil, « y solo armándome, por salvaros, de una justicia inflexible, puedo llenar los deberes que me « he impuesto para con el pueblo, con los emperadores, con mi conciencia y hasta con « Dios. »

Concluido este discurso, redactó la dieta, presentó á Milosch, y despachó á la Puerta, un acuerdo en virtud del cual los Servios, por el órgano de sus gefes, juraban obediencia eterna á su alteza el príncipe Obrenowitsch y á sus descendientes. La Servia pagó entonces su deuda á Milosch: Milosch le devuelve hoy lo que ella hizo por él, dándole leyes sencillas como sus costumbres, pero impregnadas de las luces de la Europa. Semejante á los legisladores que creaban pueblos en la antigüedad, Milosch envia jóvenes Servios á viajar por todas las capitales de Europa y á recoger datos sobre la administracion y la legislacion para aplicarlos á su pais: algunos estrangeros que forman parte de su corte le tie-

nen al corriente de las lenguas y las artes de las naciones vecinas. La poblacion, pacificada y vuelta á las faenas de la agricultura y del comercio, conoce el precio de la libertad que ha conquistado, y crece en número, en actividad y en virtudes públicas. La religion, única civilizacion de los pueblos que no tienen leyes civilizadoras, ha perdido una parte de sus abusos, sin perder nada de su influencia bienhechora; la educacion popular es el principal objeto de los desvelos del gobierno. El pueblo se presta con un instinto fanático á los esfuerzos de Milosch para hacerle digno de una forma mas adelantada de gobierno; parece como que comprendiendo que los pueblos ilustrados son los únicos que tienen la facultad de ser libres, anhela la ilustracion del suyo. Los poderes municipales preparan en los distritos la libertad de la que son el germen. Algunos infelices, desterrados por los Turcos despues de la fuga de Kara Jorge, ó por Milosch, por haber conspirado con los Turcos contra él, están á la verdad privados todavía de su patria, pero cada dia que pasa, consolidando el orden y confundiendo las opiniones en un patriotismo unánime, vé acercarse el momento en que podrán volver, y reconocer la feliz administracion del heroe contra quien hicieron armas.

Levantándose, como sin duda se levantaria todo

el pais, á la voz de Milosch, no le seria difícil espulsar de él á los diez mil Turcos que todavía ocupan sus plazas fuertes; pero la presencia de estos auxiliares allí, y su co-soberanía nominal, no ejerciendo sobre la Servia ninguna influencia perjudicial, y pudiendo por el contrario preservarla de las agitaciones interiores, y de las revueltas que inevitablemente le suscitarian los extranjeros si la viesan separada del imperio otomano, el príncipe Milosch, habil político, prefiere este estado de cosas á las consecuencias de una nueva y prematura guerra. El pueblo le agradece esta paz que le permite desarrollar su civilizacion interior, y nada teme por su verdadera independenciam, pues sus habitantes armados ocupan las ciudades y las aldeas del interior del pais. El bajá reside en Belgrada, y Milosch, unas veces en Belgrada, otras en su palacio á una milla de esta ciudad, y por lo comun en Kraguzewatz, donde, aislado de los Turcos, ocupa el punto mas central de toda la Servia, y donde, por su actitud guerrera, y por la naturaleza del pais, se halla por otra parte á cubierto de toda sorpresa.

El príncipe Milosch tiene cuarenta y nueve años. El mayor de sus dos únicos hijos no pasa de doce. El futuro destino del imperio otomano decidirá del porvenir de esta familia y de este

30991

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTREY, MEXICO

pueblo que parece llamado por la naturaleza á tomar parte en los grandes acontecimientos que se preparan tanto en la Turquía de Europa como en el imperio asiático. Las canciones populares que el príncipe difunde por el pueblo, hacen á este entrever como cercana la gloria y la fuerza de la Servia, y de su antiguo y heróico rey Esteban Duschán. Las hazañas y las aventuras de sus *heiduks*, pasando de boca en boca, hacen pensar á los Servios en la resurreccion de una nacion esclavona, de que ha conservado el germen, la lengua, las costumbres y las virtudes primitivas en las selvas de la Schumadia.

Cual yo, todo viagero se asociará á este deseo, á esta esperanza de los Servios, y no se alejará sin sentimiento ni bendiciones de aquellas inmensas selvas vírgenes, de aquellos montes, de aquellos llanos y rios que parecen estar brotando de las manos del Criador, y mezclar á la juventud de un pueblo la lozana juventud de la tierra. Al ver salir de los bosques, elevarse al borde de los torrentes, y estenderse cual largas cenefas amarillas las recién construidas casas de los Servios; al oír el ruido de las sierras y molinos mecánicos, el tañido de las campanas, nuevamente bautizadas con la sangre de los defensores de la patria, y el canto, ora apacible, ora marcial de los mancebos y de las doncellas que

vuelven de sus faenas campestres; al ver salir de las escuelas y de las iglesias de madera aun no cubiertas de tejados, largas filas de niños, con el acento de la libertad, de la alegría y de la esperanza en todas las bocas, y la juventud, y el ardor en todas las fisonomías: al considerar las inmensas ventajas físicas que asegura á sus habitantes esta tierra; el templado sol que la alumbra, los montes que le dan sombra y defensa; ese hermoso Danubio, que doblegándose para ceñirla, le permite llevar sus frutos al norte y al oriente, y en fin, ese mar Adriático que no tardaría en darle puertos y marina y en abrir por este medio sus relaciones con la Italia; cuando recuerda el viagero que al atravesar este pueblo, no ha recibido mas que testimonios de benevolencia y saludos de amistad, que ninguna cabaña le ha pedido el precio de su hospitalidad, que por do quiera, ha sido acogido como un hermano, escuchado como un sabio, consultado como un oráculo, y que sus palabras recogidas por la ávida curiosidad de los *popes* ó de los *knevens*, deben quedar, como una semilla de civilizacion en los pueblos por donde ha pasado; al ver, digo, al oír, al considerar, al recordar todo esto no puede menos el viagero de echar con amor una última mirada sobre las arboladas orillas, las mezquitas derruidas y las torres afili-

granadas de que se ve ya separado por el caudaloso Danubio, y de decirse á sí mismo al perderlas de vista: — ¡Yo quisiera pelear con este pueblo naciente por la fecunda libertad! — Y luego involuntariamente repite estas estrofas de uno de los cantos populares que le ha traducido su dragoman:

« Cuando brilla el sol de la Servia en las aguas
« del Danubio, parece que arrastran las hojas de
« las cuchillas y los resplandecientes fusiles de
« los Montenegrinos. ¡ Cuanto es dulce sentarse
« á la orilla de este rio de acero que defiende á
« la Servia, y mirar pasar hechas pedazos las
« armas de nuestros enemigos!

« El viento de la Albania que baja de los mon-
« tes y penetra en las selvas de la Schumadia,
« produce en ellas ecos semejantes á los gritos
« del ejército turco en la derrota de la Morawa.
« ¡ Cuán dulce es este murmullo á los oidos de
« los Servios independientes! ¡ Cuan dulce es
« despues del combate, descansar muerto ó vivo,
« al pie de un roble, que como nosotros, canta
« su libertad! »

FIN DE LOS APUNTES SOBRE LA SERVIA.

RELACION

DE LA

RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

—
Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estiende desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tribus árabes que habiamos encontrado durante el día, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre sí mismas, ya con los grandes pueblos que las rodean, tratábamos de descubrir el misterio de su origen, de su destino y de la admirable perseverancia del espíritu de raza que separa de las demas familias humanas á aquellas tribus, y las tiene, como á los Judíos, no fuera de la civilizacion, sino en una civiliza-

granadas de que se ve ya separado por el caudaloso Danubio, y de decirse á sí mismo al perderlas de vista: — ¡Yo quisiera pelear con este pueblo naciente por la fecunda libertad! — Y luego involuntariamente repite estas estrofas de uno de los cantos populares que le ha traducido su dragoman:

« Cuando brilla el sol de la Servia en las aguas
« del Danubio, parece que arrastran las hojas de
« las cuchillas y los resplandecientes fusiles de
« los Montenegrinos. ¡Cuanto es dulce sentarse
« á la orilla de este rio de acero que defiende á
« la Servia, y mirar pasar hechas pedazos las
« armas de nuestros enemigos!

« El viento de la Albania que baja de los mon-
« tes y penetra en las selvas de la Schumadia,
« produce en ellas ecos semejantes á los gritos
« del ejército turco en la derrota de la Morawa.
« ¡Cuán dulce es este murmullo á los oídos de
« los Servios independientes! ¡Cuan dulce es
« despues del combate, descansar muerto ó vivo,
« al pie de un roble, que como nosotros, canta
« su libertad! »

FIN DE LOS APUNTES SOBRE LA SERVIA.

RELACION

DE LA

RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

—
Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estiende desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tribus árabes que habiamos encontrado durante el día, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre sí mismas, ya con los grandes pueblos que las rodean, tratábamos de descubrir el misterio de su origen, de su destino y de la admirable perseverancia del espíritu de raza que separa de las demas familias humanas á aquellas tribus, y las tiene, como á los Judíos, no fuera de la civilizacion, sino en una civiliza-

cion peculiar y tan inalterable como el granito. Quanto mas he viajado mas me he ido convenciendo de que las razas son el gran secreto de la historia y de las costumbres. El hombre no es tan educable como pretenden los filósofos. La influencia de los gobiernos y de las leyes está muy lejos de obrar tan radicalmente como se cree sobre las costumbres y los instintos de un pueblo, al paso que la constitucion primitiva, la sangre de la raza, obra siempre y se manifiesta al cabo de miles de años en las formas físicas ó en los hábitos morales de la familia ó de la tribu. El género humano corre por rios y por arroyos al vasto océano de la humanidad, pero mezclando en él sus aguas lentamente, y á veces no mezclándolas, y volviendo á salir, como sale el Ródano del lago de Ginebra, con el gusto y el color de sus aguas. Hé aquí un abismo de ideas y de meditaciones, y un gran descubrimiento para los legisladores. Todas las tentativas de mejoras hechas en el sentido de este espíritu de raza han surtido buen efecto, todas las que se han hecho contra esta predisposicion na-

tural se han malogrado, pues la naturaleza tiene mas poder que ellos. Esta idea que no es la de los filósofos modernos, es sin embargo evidente para el viagero, y mas filosofia se aprende en cien leguas de carayana que en diez años de lecturas y de meditaciones. Contento de errar así á la aventura, sin mas ruta que mi capricho, por medio de desiertos y de países desconocidos, decia yo á mis compañeros y á M. Mazolier, mi dragoman, que á hallarme solo y sin afecciones de familia, esa seria la vida que á mí me agradaría pasar. Mi deseo seria no dormir jamas dos dias seguidos en el mismo sitio, pasear mi tienda de campaña desde las orillas de Egipto hasta las del golfo Pérsico, no pensar por la noche mas que en la oscuridad, recorrer con la planta, con la vista y con el corazon todas aquellas tiendas desconocidas, todas aquellas castas de hombres tan distintas de la mia, contemplar bajo todas sus formas la obra admirable del Criador, la humanidad. Y para eso, ¿qué se necesita? algunos esclavos ó criados fieles, armas, un poco de oro, dos ó tres tiendas, y otros tan-

tos camellos. El cielo de aquellos países es casi siempre templado y puro, la vida fácil y barata, la hospitalidad segura y pintoresca. Por mí, yo preferiría cien veces los años pasados así bajo diferentes cielos con huéspedes y amigos siempre nuevos á la esteril y ruidosa monotonía de la vida de nuestras capitales. Mas dura es seguramente la vida de un hombre que vive en las sociedades de Londres ó de París que la del viagero que recorre todo el universo. El resultado de estas dos fatigas es sin embargo muy distinto; el viagero perece ó vuelve con un tesoro de ideas y de saber; el hombre sedentario de nuestras capitales envejece sin conocer y sin ver, y muere tan ignorante como el día en que nació. Yo deseaba, decia yo á mi dragoman, atravesar esos montes, bajar al gran desierto de Siria, llegarme á algunas de aquellas grandes tribus desconocidas que lo habitan, recibir allí la hospitalidad durante algunos meses, pasar luego á otras, estudiar los puntos de analogía y las diferencias que hay entre ellas, seguir las desde los jardines de Damasco hasta las orillas del Eufrates, y á los

confines de la Persia, descorrer el velo que encubre aun esa civilizacion del desierto, civilizacion de donde ha nacido y donde ha de volverse á encontrar un dia el espíritu caballeresco; pero el tiempo nos falta; no veremos mas que las orillas de ese océano cuya estension nadie ha recorrido todavía. Ningun viagero hasta este dia ha penetrado en aquellas innumerables tribus que con sus tiendas y sus ganados cubren los campos que cultivaron los patriarcas; el solo hombre que lo intentó no existe ya, y con él se han perdido los apuntes que habia llegado á reunir en los diez años de su residencia entre aquellos pueblos: ese hombre era el señor de Lascaris.

Nacido en el Piamonte, de una de aquellas familias griegas que se trasladaron á Italia despues de la conquista de Constantinopla, el señor de Lascaris era caballero de Malta cuando se apoderó Napoleon de esta isla. El señor de Lascaris, muy joven todavía, le siguió á Egipto, se unió á su fortuna, quedó fascinado por su genio, fué uno de los primeros que comprendieron los

grandes destinos que reservaba la Providencia á un joven digno de los tiempos de Plutarco, en una época en que todos los caracteres se hallaban gastados, debilitados ó corrompidos. Mas di-
ré, comprendió que la grande obra que su heroe-
tenia que llevar á cabo, no era acaso la restauracion del poder en Europa, obra que la reaccion de las ideas hacia necesaria y por consiguiente facil; presentia que el Asia ofrecia un campo mas vasto á la ambicion regeneradora de un heroe, que allí habia qué conquistar, qué fundar, qué renovar muy mas en grande que en ninguna otra parte; que el despotismo, de corta duracion en Europa, seria largo y eterno en Asia; que el grande hombre que llevase allí la organizacion y la unidad haria mucho mas de lo que hizo Alejandro, mas que pudo hacer en Francia Bonaparte. Parece que el joven guerrero de Italia, cuya imaginacion era luminosa como el Oriente, vaga como el desierto, inmensa como el mundo, tuvo con el señor de Lascaris conversaciones confidenciales sobre este particular, y lanzó su pensamiento como un relámpago hácia

el horizonte que su destino le abria. No fué mas que un relámpago y es lástima; es evidente que Napoleon era el hombre del Oriente y no el hombre de la Europa. Acaso se reirán de esto mis lectores; esto parecerá á muchos una paradoja, pero consúltese á los viageros. Bonaparte, de quien se quiere hacer hoy el heroe de la revolucion francesa y de la libertad, no comprendió nunca esta é hizo abortar aquella. Las páginas todas de la historia lo probarán cuando se escriban bajo otras inspiraciones que las que la dictan hoy. Bonaparte ha sido la reaccion encarnada contra la libertad de la Europa, reaccion gloriosa, estrepitosa, brillante, pero nada mas. En prueba de esto, pregúntese que es lo que queda hoy en el mundo de Bonaparte sino es una página de batallas y otra de una inhabil restauracion. Nada en efecto, nada ha quedado de él mas que su nombre y su gloria militar.

En Asia hubiera removido á los hombres á millones, y hombre de ideas sencillas él tambien, habria con dos ó tres ideas elevado una civilizacion monumental que le habria sobrevivido

mil años : pero cometióse el error. Napoleon escogió la Europa ; solamente quiso dejar detras de sí un explorador que reconociese lo que allí habia que hacer, y que trazase el camino de la India para cuando se le abriese su fortuna : este explorador fué el señor de Lascaris. Partió con instrucciones secretas de Napoleon y con las sumas necesarias para su empresa, y fué á establecerse en Alepo para perfeccionarse allí en el idioma árabe : hombre de mérito, de talento y de luces, fingió una especie de monomania para coonestar su residencia en Siria y su obstinacion en relacionarse con todos los árabes que, del desierto, llegaban á Alepo, y al cabo de algunos años de preparativos, acometió por fin su grande y peligrosa empresa. Recorrió con diversa suerte y bajo disfraces sucesivos todas las tribus de Mesopotamia y del Eufrates, y volvió á Alepo, ufano con los conocimientos que habia adquirido, y con las relaciones políticas que habia preparado á Napoleon.

Pero mientras llenaba el señor de Lascaris de este modo su mision, la fortuna derribaba á su

heroe. Supo aquel la caída de Napoleon el dia mismo en que volvía á llevarle el fruto de siete años de esfuerzos y de peligros : este golpe inesperado fué mortal para él : pasó á Egipto y murió en el Cairo, solo y desconocido, dejando por única herencia sus apuntes. Dicese que el consul inglés recogió estos preciosos documentos que podian llegar á ser tan perjudiciales para su gobierno, mas no se sabe si los destruyó ó si los envió á Londres.

¿ Qué lástima, decia yo á M. Mazolier, qué lástima que se haya perdido para nosotros el resultado de tantos años y de tantos afanes ! — Algo queda de ellos, me respondió ; yo conocí en Latakíe, mi patria, á un joven Arabe que acompañó al señor de Lascaris en todos sus viages. Cuando murió este, volvió privado de todo recurso á casa de su madre, y ahora vive de lo que le produce un empleillo en las oficinas de un comerciante de Latakíe, donde le traté ; y recuerdo que muchas veces me habló de un cuaderno de apuntes que escribió á instigacion de su patron en el curso de su vida nómada. — ¿ Y

creo vin., dije á M. Mazolier, que ese joven consentiria en vendérmelos? — Creo que sí, repuso; lo creo tanto mas cuanto muchas veces me ha manifestado deseos de ofrecérselos al gobierno francés, pero nada es tan facil como cerciorarnos de ello; voy á escribir á Fatalla Sayeghir, que así se llama el joven Arabe. El Tártaro de Ibrahim-Bajá le entregará mi carta, y tendremos la respuesta al volver á Saide. — Hágame vm. el favor de encargarse de ese asunto, y puede vm. ofrecer por el manuscrito dos mil pias-tras.

Pasaron algunos meses antes de que me llegase la respuesta de Fatalla Sayeghir, y de vuelta en Berut, envié á mi intérprete á Latakié á negociar directamente la adquisicion del manuscrito; aceptadas las condiciones y pagada la suma, M. Mazolier me trajo las notas árabes. Durante el invierno las hice traducir, con ímprobafan, en lengua franca, y luego las traduje yo al francés, con lo que puedo ahora hacer disfrutar al público del fruto de un viage de diez años, que ningun viagero habia realizado hasta en-

tonces. La suma dificultad de esta doble traduccion debe hacer disculpar el estilo de estas notas, tanto mas cuanto el estilo importa poco en esta clase de obras, donde los hechos y las costumbres son todo. Tengo certeza de que el primer traductor no ha alterado cosa alguna, limitándose á suprimir algunas prolijidades y tal cual circunstancia que no era mas que una repeticion ociosa y que nada aclaraba.

Si esta relacion tiene interés para la ciencia, la geografia y la política, una sola cosa me quedará que desear, y es que el gobierno francés, á quien tan largos peligros y prolongados destierros estaban destinados á servir é ilustrar, manifieste una tardia gratitud al desgraciado Fatalla Sayeghir, cuyos servicios podrian hoy serle tan útiles. Lo mismo deseo para el joven y habil intérprete M. Mazolier, que ha traducido estos apuntes del árabe y me ha acompañado durante mis viages de un año por la Siria, la Galilea y la Arabia. Versado en el conocimiento del árabe, hijo de una madre árabe, sobrino de uno de los jeques mas poderosos y venerados del Líbano,

habiendo recorrido ya conmigo todos estos países, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazón á la Francia, este joven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

He aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.

RELACION

DE

FATALLA SAYEGHIR.

A la edad de diez y ocho años salí de Alepo, mi patria, con un fondo de géneros para ir á establecerme en Chipre, y como tuve bastante suerte en el primer año en mis operaciones mercantiles, les tomé aficion y tuve la fatal idea de hacer para Trieste un cargamento de productos de la isla : al poco tiempo estuvieron embarcadas mis mercancías, que consistian en algodón, seda, vinos, esponjas y coloquintidas. El 18 de marzo de 1809, mi buque, al mando del capitán *Chefalinati*, dió la vela, y ya calculaba yo los provechos de mi especulacion, cuando en medio de mis dulces ilusiones me llegó la funesta noticia de haber sido apresado mi buque por una fragata de guerra inglesa, que lo llevó á Malta. Precisado por tamaña pérdida á declararme en quiebra, tuve que retirarme del comercio, y

habiendo recorrido ya conmigo todos estos países, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazón á la Francia, este joven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

He aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.

RELACION

DE

FATALLA SAYEGHIR.

A la edad de diez y ocho años salí de Alepo, mi patria, con un fondo de géneros para ir á establecerme en Chipre, y como tuve bastante suerte en el primer año en mis operaciones mercantiles, les tomé aficion y tuve la fatal idea de hacer para Trieste un cargamento de productos de la isla : al poco tiempo estuvieron embarcadas mis mercancías, que consistian en algodón, seda, vinos, esponjas y coloquintidas. El 18 de marzo de 1809, mi buque, al mando del capitán *Chefalinati*, dió la vela, y ya calculaba yo los provechos de mi especulacion, cuando en medio de mis dulces ilusiones me llegó la funesta noticia de haber sido apresado mi buque por una fragata de guerra inglesa, que lo llevó á Malta. Precisado por tamaña pérdida á declararme en quiebra, tuve que retirarme del comercio, y

completamente arruinado, dejé á Chipre para volverme á Alepo.

Pocos dias despues de mi llegada, comí en casa de un amigo mio con varias personas, entre las cuales habia un extranjero muy mal vestido, pero á quien todos sin embargo hacian mucho acatamiento. Despues de comer tuvimos un poco de música, y habiéndose sentado junto á mí aquel extranjero, me dirigió la palabra con afabilidad: hablamos de música, y despues de una conversacion bastante larga, me levanté para ir á preguntar su nombre, y supe que se llamaba el señor Lascaris de Vintimille y que era caballero de Malta. Al dia siguiente le ví entrar en mi casa con un violin en la mano. — « Hijo « mio, me dijo al entrar, ayer noté cuan aficionado sois á la música; ya os considero como « á hijo mio y os traigo un violin que os ruego « acepteis. » Recibí con sumo placer aquel instrumento, que hallé muy de mi gusto, y le dí las mas espresivas gracias; despues de dos horas de una conversacion muy animada, durante la cual me hizo mil preguntas sobre toda especie de cosas, se retiró, pero volvió al dia siguiente, y así continuó sus visitas por espacio de quince dias: luego me propuso que le diese lecciones de árabe, de una hora por dia, por las cuales me ofreció cien piastras mensuales. Acepté con gus-

to aquella ventajosa proposicion, y á los seis meses de leccion ya empezaba á hablar y á leer el árabe muy regularmente. Un dia me dijo: « Hijo « mio, (pues así me llamaba siempre) veo que « teneis una aficion decidida al comercio, y como deseo pasar algun tiempo con vos, quiero « ocuparos de un modo que os sea agradable. « Ahí teneis dinero; comprad algunos géneros « de los mas estimados en Homs, en Hama y en « sus cercanías, los llevaremos á esos puntos « adonde van pocos tratantes, y ya vereis como « hacemos buenos negocios. » El deseo de no separarme del señor Lascaris y la persuasion de que aquella empresa nos seria ventajosa, me hicieron aceptar su proposicion sin titubear, é inmediatamente empecé, en vista de una nota que me dió, á hacer las compras, que consistian en los siguientes géneros: lienzo colorado, ambar, corales en rosarios, pañuelos de algodón, pañuelos de seda negra y de color, llamados *cafés*, camisas negras, alfileres, agujas, peines de box y de hueso, sortijas, bocados para caballos, brazaletes de vidrio y otras baratijas de esta materia, á todo lo cual añadimos productos químicos, especias y drogas. Por todos estos géneros pagó el señor Lascaris once mil piastras ó dos mil *talaris*.

Cuantas personas de Alepo me veian comprar

estas mercancías me decían que el buen Lascaris se había vuelto loco, y efectivamente su trage y sus modos le hacían pasar por tal. — Llevaba una barba larga y mal peinada, un turbante blanco muy sucio, un mal balandran ó *gombaz* con una chaqueta por encima, un cinturón de cuero y zapatos colorados, sin medias: cuando se le hablaba, hacía como que no entendía lo que se le decía. Pasaba la mayor parte del día en el café, y comía en el bazar, cosa que no hacen nunca las personas decentes. Estas extravagancias tenían un objeto, como más adelante supere, pero los que no le conocían, le creían tocado de la cabeza. Por lo que á mí toca me parecía muy cuerdo y sensato; sobre todo discurría bien, y en suma, teniale por un hombre superior. Un día, cuando todas nuestras mercancías estuvieron encajonadas, me hizo llamar para preguntarme qué decían de él en Alepo. « Dicen, le respondí, que estais loco. — ¿ Y á vos qué os parece? repuso. — A mí me parece que sois muy cuerdo y muy instruido. — Espero pronto bároslo con el tiempo, me dijo; pero para eso es preciso que os obligueis á hacer cuanto os mande, sin replicar ni preguntarme la razón; obedecerme en todo y por todo; en fin, exijo de vos una obediencia ciega, y creed que no tendreis por qué arrepentiros de ello. » —

Luego me dijo que fuese á comprarle mercurio y así lo hice inmediatamente: mezclólo con grasa y otras dos drogas que yo no conocía, y me aseguró que ciñéndose el cuello con un hilo de algodón empapado en aquella mezcla no había que temer las picaduras de los insectos. Díjeme entre mí que no había bastantes insectos en Homs ó en Hama para exigir semejante preservativo, y que por consiguiente sin duda le destinaba para algún otro país; pero como acababa de prohibirme que le hiciese ninguna observación, me contenté con preguntarle qué día partiríamos para ajustar con tiempo á los camelleros. — « Treinta días os doy, me respondió, para divertirlos; mi caja está á vuestra disposición; divertios bien, gastad cuanto querais — no os andeis en reparos. » — Esto es, dije para mi capote, que quiere que me despida de este mundo; — pero el tierno afecto que ya entonces le profesaba pudo más que esta reflexión; no pensé más que en lo presente, y aproveché el plazo que me concedía para divertirme bien, pero ¡oh! el tiempo del placer pasa pronto. Cumplióse el plazo, y aprovechando la ocasión de una caravana que iba á Hama, el jueves 18 de febrero de 1840 salimos de Alepo y llegamos á la aldea de Saarmin, al cabo de doce horas de marcha: al día siguiente salimos para Nuarat el Nahaman, lindo

pueblecito á seis horas de camino, famoso por la salubridad del aire y la bondad de sus aguas, y patria de un célebre poeta arabe llamado Abou el Hella el Maari, ciego de nacimiento. Este poeta aprendió á leer y á escribir por un método muy singular: metiase en un baño de vapor mientras que con agua de nieve le trazaban sobre la espalda el dibujo de los caracteres árabes. Citanse de él muchos rasgos de admirable sagacidad, y entre otros este: — hallándose en Bagdad, en casa de un kalifa á quien siempre estaba ponderando el aire y el agua de su pais, hizo traer el kalifa agua del rio de Nuarat, y sin avisarle, se la dió á beber, y habiéndola el poeta reconocido al instante, exclamó: — Esta es en efecto su agua límpida, pero ¿donde está su aire tan puro?... Volviendo ahora á nuestra caravana, detúvose dos dias en Nuarat para asistir á una feria que se celebraba alli todos los domingos: fuimos á pasearnos por ella, y entre el gentío perdí de vista al señor Lascaris; despues de haberle buscado por largo rato, acudí por descubrirle en un rincon apartado del concurso, hablando con un beduino muy andrajoso. Pregúntele con sorpresa qué placer hallaba en la conversacion de semejante personage, no pudiendo ni entender su árabe ni hacerle entender el suyo. « El dia en que tengo la dicha de hablar con

« un beduino, me respondió, es uno de los mas felices de mi vida. — En ese caso, repuse, muchos dias felices tendreis porque continuamente te hallaremos á esa casta de gentes. »

Hízome comprar tortas y queso, y se los dió á Hettal (que asi se llamaba el beduino), quien se despidió de nosotros dándonos las gracias. El 22 de febrero salimos de Nuarat el Nahaman, y al cabo de seis horas de camino llegamos á Khrau Cheikhria; luego al dia siguiente, al cabo de nueve, á Hama, ciudad considerable, donde á nadie conociamos y para donde no llevaba el señor Lascaris ninguna carta de recomendacion. Pasamos la primera noche en un café, y alquilamos al dia siguiente un cuarto en el khan de Asshad bajá. Estaba yo abriendo los fardos y preparando las mercancías para la venta, cuando me dijo el señor Lascaris con muestras de vivo enojo: « ¡No teneis en la cabeza mas que vuestro miserable comercio! ¡Si supierais cuantas cosas mas útiles é interesantes hay qué hacer! » En vista de esto, no pensé en vender nada, y me fui á recorrer el pueblo. Al cuarto dia, paseándose solo el señor Lascaris, penetró hasta el palacio que está arruinándose, y habiéndole examinado atentamente, tuvo la imprudencia de empezar á tomar sus dimensiones: cuatro vagamundos que estaban jugando en secreto bajo unos arcos ro-

tos, se precipitaron sobre él, amenazándole con denunciarle como culpado de haber querido sustraer tesoros ocultos é introducir *giaours* en el palacio. Con un poco de dinero todo se hubiera arreglado, pero el señor Lascaris se defendió, y escapándose á duras penas, fué á buscarme, y aun no había acabado de contarme su aventura, cuando vimos entrar dos satélites del gobierno con uno de los delatores. Apoderáronse de la llave de nuestro cuarto, y nos llevaron consigo haciéndonos andar á palos como unos malhechores. Llegado que hubimos á presencia del muzlim Selim Beik, conocido por su crueldad, nos interrogó en estos términos: « ¿De qué pais sois? — Mi compañero es de Chipre, le respondí, y yo de Alepo. — ¿Qué motivo os trae á esta tierra? — Hemos venido á comerciar. — Mentís; hay quien ha visto á vuestro compañero ocupado en el palacio tomando medidas y levantando planos, y eso no puede tener otro fin que el de apoderarse de un tesoro ó entregar la plaza á los infieles. » Luego, volviéndose á los guardias: « Llevad, añadió, esos dos perros al calabozo. » No se nos permitió decir una palabra mas; cuando llegamos á la carcel, nos pusieron gruesas cadenas en los pies y al cuello, y nos encerraron en un oscuro calabozo donde estábamos tan estrechos que ni siquiera podía-

mos volvernós. Al poco tiempo obtuvimos luz y pan mediante un *talari*, pero la inmensa cantidad de pulgas y otros insectos que infestaban la prision nos impidieron pegar los ojos en toda la noche: apenas teníamos aliento para pensar en los medios de salir de aquel horrible sitio. Al fin me acordé de un escritor cristiano, llamado Selim, á quien conocia de reputacion por hombre servicial; soborné á uno de nuestros sayones, que fué á buscarle, y al dia siguiente Selim arregló felizmente aquel negocio mediante un regalo de sesenta *talari*s al muzlim y de unas cincuenta piastras á sus dependientes: á este precio obtuvimos nuestra libertad. Aquel encarcélamiento nos proporcionó la ventaja de conocer á Selim y á otras muchas personas de Hama, con las cuales pasamos unos veinte dias muy agradablemente. La ciudad es hermosísima; el Oronte la cruza y la alegre y anima; sus abundantes aguas fertilizan una multitud de jardines. Los habitantes son amables, discretos y vivos; gustan de la poesia y la cultivan con buen éxito: se les ha dado el nombre de pájaros que hablan, nombre que los caracteriza muy bien. Habiendo pedido el señor Lascaris á Selim una carta de recomendacion para un hombre de mediana condicion de Homs, que pudiese servirnos de guia, nos escribió el siguiente billete: « A nues-

« tro hermano Yacub, salud. Los dadores de la
« presente son buhoneros, y pasan á vuestro
« pueblo para vender sus mercancías en las cer-
« canías de Homs; asistidlos en cuanto podais,
« y vuestro afán no será perdido, pues son hom-
« bres de bien. Salud. »

Muy contento el señor Lascaris con esta carta, quiso aprovecharse de una caravana que pasaba á Homs. Salimos el 25 de marzo, y llegamos al cabo de seis horas de camino á Rastain, que no es ya en el día mas que el resto de una antigua ciudad considerable, donde nada merece particular atención. Continuamos nuestro camino, y al cabo de otras seis horas estábamos en Homs. Yacub, á quien entregamos nuestra carta, nos recibió perfectamente y nos dió de cenar: su oficio era hacer capas negras, llamadas *machlas*. Después de cenar, algunos hombres de su condición vinieron á hacerle compañía, á tomar café y á fumar. — Uno de ellos, cerrajero, llamado Naufal, nos pareció muy inteligente: hablónos de los Beduinos, de su modo de vivir y de guerrear, y nos dijo que pasaba seis meses del año en sus tribus para componerles las armas, y que tenia muchos amigos entre ellos. Cuando nos quedamos solos, el señor Lascaris me dijo que aquella noche habia visto á todos sus parientes, y como yo le manifestase mi asombro de que hu-

biese Vintimilles en Homs: — « El encuentro
« de Naufal, me dijo, es mas precioso para mí
« que el de mi familia entera. » Ya era tarde
cuando se retiró, y el dueño de la casa nos dió un colchon y una manta para los dos. El señor Lascaris nunca habia dormido con nadie, pero por bondad insistió para hacerme dormir con él; por no contrariarle, me eché á su lado, pero apenas se apagó la luz, me empecé en mi *machlas* y pasé la noche tendido en el suelo. Al día siguiente, al despertarnos, nos hallamos ambos acostados del mismo modo. El señor Lascaris habia hecho lo mismo que yo: « Muy buena señal es, me dijo, abrazándome, que ambos hayamos tenido la misma idea, hijo mio, pues tengo sumo gusto en darte este título, que no dudo te agrada tanto como á mí. » Dile las gracias por el interés que me manifestaba, y salimos juntos para ir á suplicar á Naufal que nos acompañase por todo el pueblo, y nos enseñase todas sus curiosidades, prometiéndole indemnizarle de la pérdida de su jornal. La población de Homs es de 8,000 almas; el carácter de los habitantes es en un todo opuesto al del de los de Hama. La ciudadela, situada en el centro de la ciudad, está medio arruinada; un brazo del Oronte baña las murallas, bien conservadas: el aire es muy sano. — Compramos, por cuarenta

piastras, dos pellizas ó zamarras de pieles de carnero semejantes á las de los Beduinos, que son impermeables. Para estar con mas libertad, alquilamos un cuarto en el Khan, y suplicamos á Naufal que se quedase con nosotros, obligándonos á darle lo que hubiera ganado trabajando en su tienda, esto es, sobre tres piastras diarias. Utilísimo nos fué: el señor Lascaris le hacia mil astutas preguntas, y obtenia de él cuantos indicios deseaba, haciéndole explicar las costumbres, los usos y el caracter de los Beduinos, su modo de recibir á los estrangeros y de portarse con ellos. Treinta dias nos detuvimos en Homs, para aguardar la época de la vuelta de los Beduinos, que por lo comun dejan las cercanias de esta ciudad hácia el mes de octubre para dirigirse al mediodia, siguiendo siempre el buen tiempo, el agua y los pastos, caminando un dia y descansando cinco ó seis. Unos van así hasta Basora y Bagdad, otros hasta Chatt el Arab donde se reunen el Tigris y el Eufrates. En el mes de febrero, empiezan á volver hácia la Siria, y á fines de abril se los ve en los desiertos de Damasco y de Alepo. Naufal nos dió todos estos informes y nos dijo que los Beduinos hacian gran uso de pellizas, semejantes á las nuestras, de *machlas* negros, y sobre todo de *cafiés*; por lo tanto, el señor Lascaris me hizo comprar

veinte pellizas, diez *machlas* y cincuenta *cafiés* de que hice un fardo: esta compra ascendia á 1,200 piastras. — Habiéndonos propuesto Naufal ir á visitar la ciudadela, el temor de una aventura como la de Hama nos hizo titubear al principio, pero mediante su palabra de que no nos sucederia ningun fracaso y de que respondia de nosotros, aceptamos y fuimos con él á ver aquellas ruinas situadas en la cumbre de un cerro, en medio de la ciudad. Este castillo ó alcazar está mejor conservado que el de Hama; en él observamos una gruta escondida y profunda, de la cual salia un caudaloso manantial; el agua se escapa por un boquete de cuatro pies sobre dos, y se precipita por entre barras de hierro, por un segundo boquete. Esta agua es excelente: — contáronnos una antigua tradicion que dice que habiéndose cerrado una vez el paso de aquellas aguas, llegó seis meses despues una diputacion de Persia, que mediante una crecida suma dada al gobierno, obtuvo que se destapara la abertura y no podria volverse á obstruir en lo sucesivo. Ahora está prohibido y es muy difícil entrar en esa gruta.

De vuelta en la posada, preguntóme Jeque Ibrahim si tomaba apuntes de lo que habiamos visto y de lo que nos habia sucedido desde nuestra salida de Alepo, y habiéndole respondido

que no, me pidió que lo hiciese y procurase recordar lo pasado, llevando un diario puntual de todo, en árabe, para que él pudiese luego traducirlo al frances. Desde entonces empecé á tomar apuntes que él copiaba todas las noches, y me devolvía al día siguiente: ahora los reuno con la esperanza de que puedan ser útiles algun dia y proporcionarme una ligera compensacion de mis afanes.

Habiéndose decidido el señor Lascaris á salir para la aldea de Sadding, insté á Naufal á acompañarnos, y reuniéndonos á algunas otras personas, salimos de Homs con todas nuestras mercancías. Al cabo de cinco horas de camino, atravesamos un ancho arroyo que corre del norte al mediodia hácia el castillo de Hasné: este castillo, mandado por un agá, sirve de punto de parada á la caravana de la Meca cuando viene de Damasco. El agua de este arroyo es excelente, y de ella llenamos nuestras odres, precaucion necesaria, porque no vuelve á hallarse agua en las siete horas de camino que hay que andar para llegar á Sadding, adonde llegamos al anochecer. Naufal nos llevó á casa del jeque Hassaf-Abou-Ibrahim, anciano venerable, padre de nueve hijos, todos casados, y que habitan bajo el mismo techo. Recibiónos perfectamente, y nos presentó toda su familia que se componia de sesenta y cua-

tro personas. Habiéndonos preguntado el jeque si queriamos establecernos en el pueblo, ó viajar por otros países, le dijimos que éramos comerciantes; que, como la guerra entre las potencias habia interrumpido las comunicaciones por mar con Chipre, habiamos querido establecernos en Alepo, pero que habiendo hallado en esta ciudad comerciantes mas ricos que nosotros, nos habiamos decidido á llevar nuestras mercancías á puntos menos frecuentados, esperando así sacar mejor partido de ellas. Cuando supo en qué consistian nuestras mercancías:— « Esos objetos, nos dijo, « no sirven mas que para los Arabes del desierto; siento deciroslo, pero os será imposible llevar hasta ellos, y aun cuando pudierais lograrlo, correriais riesgo de perderlo todo y aun la vida, porque los Beduinos son codiciosos y muy osados; querrán apoderarse de vuestras mercancías, y si opondis la menor resistencia, os asesinarán de cierto. Sois personas de honor y delicadeza y os será imposible soportar su grosería; os hablo así por puro interés por vosotros, porque yo tambien soy cristiano. Creédme, abrid aquí vuestros fardos, vended cuanto podais y volveos en seguida á Alepo, si queréis conservar vida y hacienda.» Acababa apenas de decirnos esto, cuando los principales vecinos del pueblo, reunidos en su casa para ver-

nos, empezaron á contarnos historias tremendas: uno nos dijo que un buhonero, que venia de Alepo é iba al desierto, fué saqueado por los Beduinos y se volvi6 en cueros: otro supo que un mercader de Damasco habia sido asesinado: todos estaban acordes sobre la imposibilidad de penetrar entre las hordas de los Beduinos, y procuraban, por todos los medios posibles, disuadirnos de tan arriesgada empresa. Ya veia yo al señor Lascaris irse turbando; volvi6se hácia mí y me dijo en italiano para que no le entendieran los otros: « *¿Cosa dite di questa novità, che mi ha molto scoragito?* » — « No creo, le respondi, en todas esas historias, y aun dado que fueran ciertas, todavía deberiamos perseverar en nuestro proyecto. Desde que me habeis anunciado vuestra intencion de ir entre los Beduinos, he renunciado á la esperanza de volver á ver mi patria, considerando los treinta dias que me concedisteis en Alepo para divertirme, como mi despedida del mundo. Considero nuestro viage como una verdadera campaña, y el que parte para la guerra, si está bien resuelto, no debe pensar en la vuelta. No nos desalentemos; aunque Hasaf es un jeque², tiene

¹ Qué decís de esa novedad, que me ha desanimado mucho?

² Anciano.

« esperiencia y entiende bien los intereses y el gobierno de su pueblo, no puede tener ninguna idea de la importancia de nuestros asuntos, por lo cual soy de parecer de que no se le vuelva á hablar de nuestro viage al desierto, y de que pongamos nuestra confianza en Dios, que es el gran protector del universo. » Estas palabras produjeron su efecto en el señor Lascaris, quien me dijo abrazándome tiernamente: — « Querido hijo, pongo toda mi esperanza en Dios y en tí; veo que eres hombre resuelto; estoy contentísimo de tu entereza de caracter, y espero conseguir mi objeto con ayuda de tu valor y de tu constancia. » En seguida fuimos á acostarnos, igualmente satisfechos uno de otro. Empleamos el dia siguiente en recorrer el pueblo, que contiene sobre doscientas casas y cinco iglesias: los vecinos, cristianos siriacos, fabrican *machlas* y *abas* negros, y se ocupan muy poco en el cultivo de la tierra, para el cual les falta agua; en todo el pueblo no hay mas que una fuente-cilla, que apenas basta para regar los jardines, cosa absolutamente necesaria donde la lluvia es tan rara: — hay años en que no llueve ni una sola vez. Las cosechas del territorio bastan apenas para seis meses, y lo restante del año los vecinos tienen que recurrir á Homs. En medio del pueblo se alza una torre antigua de una altura

prodigiosa, y que data de la fundacion de una colonia, cuya historia nos contó el jeque : sus fundadores eran oriundos de Trípoli de Siria, donde todavía existe su iglesia. En los tiempos mas florecientes del imperio de Oriente, los Griegos, llenos de orgullo y rapacidad, tiranizaban á los pueblos conquistados : el gobernador de Trípoli ejercía contra los habitantes todo linage de insultos y atrocidades, y estos, poco numerosos para resistir, y no pudiendo ya tolerar aquel yugo, se concertaron en número de trescientas familias, y habiendo reunido en secreto cuantos objetos de valor podian llevarse, partieron con sigilo á media noche, fueron á Homs, y de allí se dirigian hácia el desierto de Bagdad, cuando los alcanzaron las tropas griegas que el gobernador de Trípoli habia enviado en su seguimiento, y contra las cuales sostuyeron un reñido y sangriento combate; pero harto inferiores en número para vencer, y no queriendo á ningun precio sufrir de nuevo la tiranía de los Griegos, entraron en negociacion y obtuvieron el permiso de construir una aldea en el sitio mismo del combate, obligándose á ser tributarios del gobernador de Trípoli. Estableciéronse pues en este sitio, que está á la entrada del desierto, y llamaron á su aldea Saddad (obstáculo). — Esto es cuanto dice la crónica siríaca.

Los habitantes de Saddad son valientes y mansos de condicion. Abrimos nuestros fardos y pasamos algunos dias con ellos para probar que éramos verdaderamente mercaderes : — las mugeres nos compraron mucho lienzo de algodon colorado para hacer camisas ; no nos ocupó mucho la venta, pero tuvimos que aguardar la llegada de los Beduinos á las cercanías. Un dia, habiendo sabido que existia, á cuatro horas del pueblo, una ruina considerable y muy antigua en la que se hallaba un baño de vapor, esta maravilla escitó nuestra curiosidad, y deseoso el señor Lascaris de visitarla, suplicó al jeque que nos diese una escolta. Despues de cuatro horas de camino hácia el sudeste, llegamos al centro de una gran ruina donde ya no hay mas que una sola estancia habitable : su arquitectura es muy sencilla, pero las piedras son de un tamaño prodigioso. Al entrar en aquella estancia, vimos una abertura de dos pies cuadrados de donde salia un denso vapor ; tiramos por ella un pañuelo, y en minuto y medio, con el reloj en la mano, volvió á salir y cayó á nuestros pies. Hicimos el mismo experimento con una camisa, y al cabo de diez minutos, volvió á subir como el pañuelo : nuestros guias nos aseguraron que un *machlas*, que pesa diez libras, saldria del mismo modo.

Nos desnudamos, nos pusimos al rededor del

boquete, y á pocos instantes ya estábamos cubiertos de un abundante sudor que nos corria por el cuerpo; pero el olor de aquel vapor era tan insoportable, que no pudimos aguantarle por mucho tiempo: al cabo de media hora nos volvimos á vestir, experimentando un indecible bienestar. Dijeronnos que aquel vapor era efectivamente muy saludable y curaba un gran número de enfermedades: — de vuelta en el pueblo, cenamos con grande apetito, y no me acuerdo de haber disfrutado nunca un sueño mas delicioso.

Como nada nos quedaba por ver en Sadding ni en las cercanías, resolvimos ponernos en camino para la aldea de Corietain, y cuando hablamos de esto á Naufal, nos aconsejó que mudásemos de nombres, pues los nuestros podian hacernos sospechosos á los Beduinos y á los Turcos: desde entonces el señor Lascaris tomó el nombre de jeque Ibrahim el Cabressi (el Chipriota) y me dió el de Abdalla el Knatib, que significa el escritor.

Diónos el jeque Hasaf una carta de recomendacion para un cura Siriaco, llamado Mousi, nos despedimos de él y de nuestros amigos de Sadding, y nos pusimos en camino muy de madrugada. Al cabo de haber andado cuatro horas,

llegamos entre las dos aldeas Mahin y Haurin, situadas á diez minutos una de otra; no tienen cada cual mas que unas veinte casas, la mayor parte arruinadas por los Beduinos, que vienen de cuando en cuando á talarlas. En el centro de estas aldeas se halla una alta torre de construccion antigua: los vecinos, todos musulmanes, hablan el lenguaje de los Beduinos y se visten como ellos. Despues de haber almorzado y llenado nuestras odres, continuamos nuestra marcha por espacio de seis horas, y hácia el anochecer llegamos á Corietain, á casa del cura Mousi, que nos ofreció la hospitalidad: — al dia siguiente nos llevó á casa del jeque Selim-el-Dahase, sugeto muy apreciable, que nos recibió perfectamente, y que cuando supo el motivo de nuestro viaje, nos hizo las mismas observaciones que el jeque de Sadding. Respondimosle que conociendo toda la dificultad de nuestra empresa, habiamos renunciado á avanzar hasta el desierto, contentándonos con ir hasta Palmira á vender nuestras mercancías. — « Eso es todavía mas difícil, repuso, porque los Beduinos pueden encontraros y saquearos, » y entonces empezó á contarnos mil cosas tremebundas de los Beduinos; y como el cura confirmaba lo que nos decia el jeque, estábamos á punto de desanimarnos, cuando sirvieron el almuerzo, con lo que

se mudó la conversacion y tuvimos tiempo para reponernos de nuestra payura.

El jeque Selim es uno de los que estan obligados á proveer á las necesidades de la gran caravana de la Meca, juntamente con el jeque de Palmira; su contingente consiste en doscientos camellos y en provisiones de boca. De vuelta en nuestra casa, jeque Ibrahim me dijo: — « Y qué piensas, hijo mio, de todo lo que acaba de decirnos el jeque Selim? » — « No hay que hacer mucho caso, le respondí, de lo que cuentan los vecinos de estos pueblos, siempre en guerra con los Beduinos, pues no deben ser muy amigos. Nuestra posicion es muy distinta; nosotros somos comerciantes, vamos á vender nuestras mercancías á los Beduinos y no á hacerles la guerra; portándonos bien con ellos, no veo el menor peligro para nosotros. » Estas palabras le tranquilizaron un poco.

Pocos dias despues de nuestra llegada, para sostener nuestro papel de mercaderes, abrimos nuestros fardos en la plaza, en medio del pueblo, delante de la puerta del jeque, y vendí algunos objetos á las mugeres que me pagaron en dinero. Los ociosos se reunian al rededor de nosotros para hablar; uno de ellos, muy joven, llamado Hesaisoun-el-Kratib, me ayudaba á recibir el dinero y á ajustar las cuentas con las mu-

geres y los muchachos, mostrando el mayor celo por mis intereses. Un dia, hallándome solo, me preguntó si era capaz de guardar un secreto. — « Mirad á lo que os obligais, me dijo; se trata de un secreto que no hay que confiar á nadie, ni aun á vuestro compañero. » Díle mi palabra de guardarle, y me dijo que á una hora del pueblo habia una gruta en la que se hallaba una tinaja llena de zequies, y me dió uno de ellos asegurándome que no podia servirse de aquella moneda que no corria en Palmira. — « Pero vosotros, continuó, que vais de pueblo en pueblo, podreis cambiarla fácilmente; vosotros teneis mil medios, que á mi me faltan, de aprovecharos de ese tesoro; sin embargo no quiero daros el total, aunque deo el repartimiento á vuestra generosidad. Vendreis conmigo á reconocer los sitios, trasportaremos ese oro poco á poco en secreto, y me dareis mi parte en moneda corriente. » En vista del zequí di crédito á lo que me decia, y le cité fuera del pueblo para la mañana siguiente muy temprano.

Levántome antes de rayar al alba y salgo como para pasearme. A pocos pasos del pueblo hallo á Hesaisoun que me estaba aguardando, armado con una escopeta, un sable y dos pistolas.

Yo no llevaba por única arma mas que mi

larga pipa; anduvimos cosa de una hora; ¡con qué impaciencia buscaba yo con los ojos la gruta! Al fin la veo, y pronto entramos en ella; miro por todos lados buscando la tinaja, y como no la veo, me vuelvo á Hesaisoun: — « ¿Donde está la tinaja? le dije. » — Púsose muy pálido, y me respondió: — « Sábete que ya ha llegado tu última hora: ya hubieras muerto si no hubiera temido manchar con sangre tus vestidos. Antes de matarte quiero despojarte, con que así desnúdate y dame tu saco de dinero, pues sé que le traes contigo, debe contener mas de 1,200 piastras que yo mismo he contado, que es el precio de las mercancías que has vendido. De aquí no saldrás vivo.

— « Perdóname la vida, le dije con ademán suplicante, y te daré una suma mayor que la que contiene mi saco, y te juro que á nadie hablaré de lo que aquí ha pasado. — No puede ser, me respondió; esta gruta ha de servirte de sepultura; no puedo dejarte la vida sin esponer la mia. »

Juréle mil veces que callaria, le propuse firmar un pagaré de la suma que él mismo fijase, pero nada pudo disuadirle de su horrible intento. En fin, cansado de mi resistencia, deja sus armas junto á la pared y se arroja sobre mí como un leon para robarme antes de matarme. De

nuevo le suplico diciendo: — « ¿Qué daño te he hecho? ¿qué enemistad existe entre nosotros? « ¿No sabes que está cercano el dia del juicio? « ¿que Dios pedirá cuenta de la sangre inocente?... » Pero su empedernido corazon nada escucha... Pienso entonces en mi hermano, en mis parientes, en mis amigos; creo ver presentes á todos los objetos de mi amor, y, desesperado, no pido proteccion mas que á mi Criador. ¡Oh Dios mio! ¡protector de los inocentes! ¡Dadme fuerzas para resistir!... Mi asesino, impaciente, me arranca mis vestidos... aun que era mucho mas alto que yo, Dios me dió fuerzas para luchar contra él durante cerca de media hora; la sangre corria por mi rostro; mis vestidos estaban hechos pedazos. El infame, viéndome en aquel estado, toma el partido de ahogarme y levanta el brazo para asirme el cuello; aprovecho el momento de libertad que me deja aquel movimiento para darle, con los dos puños un golpe en el estómago, le tiro boca arriba, y cogiendo sus armas, salgo de la gruta corriendo á todo correr; apenas creia en la dicha de verme salvo; pocos momentos despues oí correr detras de mí: — era mi asesino, que me llamaba rogándome que le aguardase con tono muy paéfico. Como yo llevaba todas las armas, no temí pararme un momento, y volviéndome hácia él: — « Malva-

« do, le dije, que me quieres? Has intentado asesinarme en secreto, y tú eres el que vas á ser ahorcado públicamente. » Respondióme, asegurándolo con juramento, que todo aquello no habia sido mas que una broma, que habia querido probar mi valor y ver como me defenderia: — « Pero, añadió, veo que eres un niño, pues tanto te formalizas. » — Respondí, apuntándole con la escopeta, que si daba un paso mas, le disparaba un tiro: viéndome resuelto á hacerlo, huyó con direccion al desierto, y yo me volví al pueblo, donde jeque Ibrahim, el cura y Naufal empezaban á estar cuidadosos por mi ausencia: el primero, sobre todo, sabiendo que yo no solia alejarme sin avisarle, fué, despues de haberme esperado dos horas, á casa del jeque quien, participando de su inquietud, puso á todo el pueblo en mi busca. En fin Naufal, viéndome, esclama: — « ¡Aquí está! » — Selim cree que se engaña, y aun cuando me acerqué á ellos, apenas me conocian. El señor Lascaris vuela hácia mí y me abraza llorando; casi no puedo hablar; me llevan á casa del cura, me lavan las heridas y me meten en la cama: al cabo cobré aliento para contar mi aventura. Selim envió unos cuantos ginetes en persecucion del asesino, dando á su negro el cordon con que debia ahorcarle, pero volvieron sin haber podido alcanzarle, y

pronto supimos que habia entrado al servicio del bajá de Damasco. Desde entonces no volvió á parecer por Corietain.

Al cabo de pocos dias mis heridas empezaban á cerrarse, y pronto recobré las fuerzas. Jeque Selim, que me habia cobrado mucho cariño, me trajo un dia un catalejo descompuesto diciéndome que seria hombre muy habil si lograba componérsele. Como todo lo que habia que hacer para ello era poner un vidrio, le compuse sin dificultad, y tan contento quedó de mi maña que me dió el dictado de *el industrioso*.

Poco tiempo despues, supimos que los Beduinos se acercaban á Palmira, y ya se veian algunos hasta por las cercanías de Corietain. Un dia llegó uno llamado Selame el Hasan: en casa de Selim estábamos cuando entró; trajeron el café, y mientras le tomábamos, varios vecinos vinieron á ver al jeque y le dijeron: — « Hace ocho años, en tal sitio, Hasan mató á un pariente nuestro; venimos á pedirnos justicia contra el matador. » — Hasan negaba el hecho y preguntaba si habia testigos. — « No los hay, » respondieron, pero se te ha visto pasar solo por tal camino y poco despues hallamos muerto en él á nuestro pariente. Sabemos que me diaban entre vosotros motivos de rencor, luego es seguro que tú eres su asesino. » — Hasan

seguía negando, y el jeque, que temia mucho á los Beduinos, y que ademas no tenia pruebas positivas contra él, cojió un pedazo de palo y dijo: — « Por el que creó esta vara, jura que no has muerto á su pariente. » — Cogió Hasan el palo, le estuvo mirando algunos instantes y bajó los ojos; luego levantando la cabeza hácia los acusadores: — « No quiero, dijo, tener dos crímenes sobre el corazon, uno, el de ser matador de ese hombre, y otro el de jurar en falso delante de Dios. Yo he sido el homicida de vuestro pariente: ¿qué queréis por precio de su sangre? » El jeque, por consideracion á los Beduinos, no quiso proceder con todo el rigor de las leyes, é interesándose en la negociacion los presentes, decidióse que Hasan pagaria trescientas piastras á los deudos del muerto. Cuando se le pidió esta suma, respondió que no la llevaba consigo, pero que la traeria á los pocos dias, y como no querian dejarle salir sin fianza: — « No tengo fianza que dar, añadió, pero aquel cuyo nombre no he querido profanar con un juramento en falso responderá por mí. » — Partió y á los cuatro dias volvió trayendo quince carneros que valian mas de veinte piastras cada

⁴ Segun las leyes árabes, el homicidio se redime con dinero, fijándose la suma con arreglo á las circunstancias.

uno. Este rasgo de buena fé y de generosidad nos encantó y nos sorprendió al mismo tiempo. Deseamos trabar conocimiento con Hasan; jeque Ibrahim le convidó á ir á su casa, le hizo algunos regalos y por este medio nos hicimos amigos íntimos. Dijonos que era de la tribu El-Amur, cuyo caudillo se llama sultan el Brrak: esta tribu, compuesta de quinientas tiendas, se considera como parte de la poblacion del pais porque no deja las orillas del Eufrates cuando emigran las otras tribus. Vende carneros, camellos y manteca en Damasco, Homs, Hama, etc. Los vecinos de estos diferentes pueblos suelen tener un interés en sus rebaños.

Un dia dijimos á Hasan que queriamos ir á Palmira á vender los géneros que nos quedaban, pero que nos habian atemorizado con los peligros del camino, y habiéndose él ofrecido á conducirnos, estendió delante del jeque un billete por el cual salia responsable de cualquier accidente que pudiera ocurrirnos. Persuadidos de que Hasan era hombre de honor, aceptamos su proposicion.

Ya habia llegado la primavera; el desierto, poco antes tan árido, se habia cubierto repentinamente de una alfombra de verdura y flores. Este espectáculo encantador nos movió á acelerar nuestra partida: la víspera depositamos en

casa del cura Mousi una parte de nuestras mercancías, para no escitar la atención ni la codicia. Naufal deseaba volverse á Homs, por lo que el señor Lascaris le despidió dándole una buena recompensa, y, al día siguiente, después de haber ajustado á algunos camelleros con sus camellos, nos despedimos de los vecinos de Corietain, y habiéndonos provisto de agua y víveres para dos días, salimos muy de mañana, llevando una carta de recomendación del jeque Selim para el jeque de Palmira, llamado Ragial el Oruk.

Al cabo de diez horas de camino, en la dirección del levante, nos paramos junto á una torre cuadrada, muy alta y de construcción muy maciza, llamada Caser el Surdaan, en el territorio de Dawh. Esta torre, construida en tiempo del imperio griego, servía de puesto avanzado contra los Persas que venían á llevarse cautivos á los habitantes de este país: este antemural del desierto ha conservado su nombre hasta nuestros días. Después de haber admirado su arquitectura, que es de una buena época, nos volvimos á pasar la noche en nuestro pequeño Khan, donde pasamos mucho frío. Por la mañana, cuando nos disponíamos á partir, el señor Lascaris, poco acostumbrado todavía á los movimientos de los camellos, monta sin cautela en el suyo que levantándose de improviso, le tira al suelo. Acu-

dimos á él y nos pareció que se había dislocado un pie, pero como no quería detenerse, después de habersele vendado lo mejor que pudimos, volvimos á ponerle en su cabalgadura y proseguimos nuestro camino. Dos horas hacía que caminábamos, cuando vimos alzarse á lo lejos una polvareda que venía hacia nosotros, y pronto pudimos distinguir seis ginetes armados. Apenas los divisó Hasan, se quita la pelliza, coje su lanza y echa á correr hacia ellos gritándonos que nos estemos quedos: cuando los alcanzó, les dijo que éramos unos mercaderes que íbamos á Palmira, y que se había comprometido delante del jeque de Selim y de todo el pueblo á llevarnos hasta ese punto con seguridad; pero aquellos Beduinos, de la tribu El Hasné, sin querer escuchar nada, se precipitan sobre nosotros; Hasan parte á escape para cortarles el camino; ellos quieren rechazarle y se traba la pelea. Nuestro defensor era conocido por su denuedo, pero sus adversarios eran igualmente animosos. Por espacio de media hora sostuvo su choque, pero al cabo, herido de una lanzada que le atraviesa el muslo, se retira hacia nosotros y pronto cae de su caballo. Los Beduinos quieren despojarnos; entonces Hasan, tendido en el suelo, chorreándole la sangre de su herida, los apostrofa en estos términos: — « ¿Qué haceis, oh amigos míos? osais violar

« los derechos de los Arabes, los usos de los Beduinos? Esos hombres á quienes despojais son mis hermanos, les he empeñado mi palabra, he respondido de cuanto pudiera sucederles, y los robais! ¿Es eso obrar con honor?» — « ¿Por qué te has comprometido á llevar á unos cristianos á Palmira? le respondieron; ¿no sabes que Mehanna el Fadel (el jeque de su tribu) es el gefe del pais? ¿Como no le has pedido permiso?» — « Ya lo sé, repuso Hasan, pero estos mercaderes tenian prisa, y Mehanna está lejos de aqui. Les he empeñado mi palabra; conocen nuestras leyes y nuestras usanzas que nunca cambian. ¿Es digno de vosotros violarlas despojando á esos extranjeros, y dejándome herido de este modo?»

Al oír esto, cesaron los Beduinos en sus violencias y respondieron: — « Todo lo que dices es cierto y muy justo, y pues es así, no tomaremos á tus protegidos mas que lo que quieren darnos. »

Apresurámonos á ofrecerles dos machlas, una pelliza y cien piastras, con lo que se contentaron y nos dejaron proseguir nuestro camino. Hasan sufría mucho de su herida, y como no podía volver á montar á caballo, le di mi camello y tomé su yegua. Todavía caminamos cuatro horas, pero cuando se puso el sol, tuvimos que hacer alto

en un sitio llamado Waddi el Nahr (valle del rio) pero en el que sin embargo no se hallaba ni una gota de agua, y nuestras odres estaban vacías; el ataque de por la mañana nos habia retrasado tres horas, y era imposible ir mas lejos aquel dia. A pesar de lo mucho que teniamos que sufrir, todavía nos considerábamos muy dichosos de haber escapado de manos de los Beduinos y haber conservado nuestros vestidos que nos guarecian un poco de un viento frio que se hacia sentir de un modo harto desagradable: enfin, divididos entre la alegría y el dolor, aguardamos con impaciencia las primeras horas del dia. Jeque Ibrahim sufría de su pie, y Hasan de su herida; por la mañana, despues de haber acomodado á nuestros enfermos lo mejor que pudimos, proseguimos nuestro camino, siempre hácia el levante. A cinco cuartos de hora de Palmira, hallamos un arroyo subterráneo, cuyo manantial es enteramente desconocido, igualmente que el sitio donde se pierde: se ve correr el agua por unos boquetes de sobre cinco pies, que forman unas especies de estanques. Escusado es decir el placer con que bebimos: el agua nos pareció escelente.

A la entrada de un desfiladero formado por la conjuncion de dos montañas, vimos en fin la célebre Palmira. Este desfiladero forma por espa-

cio de un cuarto de hora un ingreso á la ciudad; á lo largo de la montaña, por el lado de medio día, se estiende, cosa de tres horas, una muralla antiquísima. En frente, á la izquierda, se ve un antiguo castillo llamado *Co Lat Ebn Maaen*, construido por los Turcos antes de la invencion de la pólvora. Este *Ebn Maaen*, gobernador de Damasco en tiempo de los califas, construyó este castillo para cerrar á los Persas la entrada en Siria. Luego llegamos á una espaciosa plaza llamada Waddi el Cabur (valle de las sepulturas): los sepulcros que le cubren aparecen de lejos como torres: cuando nos acercamos, vimos que en él habian dispuesto nichos para recibir á los muertos: cada nicho está cerrado por una losa, en el que está grabado el retrato del que le ocupa. Las torres tienen tres y cuatro pisos, que comunican entre sí por una escalera de piedra, generalmente muy bien conservada. Desde allí entramos en un espacioso recinto habitado por los Arabes, que le llaman el castillo, y que encierra las ruinas del templo del sol. Doscientas familias habitan en estas ruinas.

Imediatamente fuimos á ver al jeque Ragial el Oruk, anciano venerable que nos recibió muy bien y nos hizo cenar y dormir en su casa. Este jeque, como el de Corietain, suministra doscientos caballos á la gran caravana de la Meca.

Al dia siguiente, habiendo alquilado una casa, desempaquetamos nuestras mercancías. Vendé el pie de Jeque Ibrahim, que en efecto estaba dislocado, y le dió que sufrir por mucho tiempo. Hasan halló en Palmira amigos que le asistieron, y habiéndose restablecido en breve, vino á despedirse de nosotros y se fué contentísimo del modo como le recompensamos.

Precisados á no salir de casa durante algunos dias, á causa del pie de jeque Ibrahim, empezamos á vender algunos objetos para confirmar nuestra calidad de mercaderes; pero apenas el señor Lascaris se halló en estado de andar, fuimos á visitar el templo muy detenidamente. Otros viajeros han descrito sus ruinas, y así no hablaremos mas que de lo que se ha escapado á sus observaciones sobre el pais.

Un dia vimos en una plaza mucha gente ocupada en rodear de madera una hermosísima columna de granito, y nos dijeron que lo hacian para quemarla, ó mas bien para derribarla á fin de estraer el plomo que se hallaba en las juntas. Jeque Ibrahim, lleno de indignacion, exclamó dirigiéndome la palabra: — « ¿Qué dirian « los fundadores de Palmira si viesen á estos « bárbaros destruir de ese modo su obra? Pues « que la casualidad me ha traído aquí, quiero « oponerme á ese acto de vandalismo. » Y ha-

biéndose informado de lo que podía valer el plomo, dió las cincuenta piastras que le pedian, y la columna quedó por nuestra: — es del mas hermoso granito rojo jaspeado de azul y blanco; tiene sesenta y dos pies de altura sobre diez de circunferencia. Los Palmiranos, viendo nuestra afición á los monumentos, nos indicaron un sitio curioso, á hora y media de camino, donde antiguamente se labraban las columnas, y donde todavía se hallan bellísimos fragmentos: tres Arabes se ofrecieron á llevarnos á él por tres piastras. El camino está salpicado de hermosas ruinas, descritas, segun creo, por otros viajeros. Por nuestra parte, observamos una gruta en la que habia una magnífica columna de marmol blanco labrada y cincelada, y otra solamente empezada á labrar, como si el tiempo, que ha destruido tan grandes magnificencias, hubiese faltado para colocar la primera y acabar la segunda.

Despues de haber recorrido varias grutas y visitado las cercanías, volvimos por otro camino. Nuestros guías nos enseñaron una hermosa fuente atestada de grandes piedras, llamada *Ain Ournus*, nombre que llamó mucho la atención de Jeque Ibrahim, quien fué pensando en él todo el camino; al fin me llamó y me dijo: — « Ya he descubierto lo que quiere decir el nom-

bre de *Ournus*. Aureliano, emperador romano, vino á sitiarse á Palmira y á apoderarse de sus riquezas; probablemente él haria labrar esta fuente para las necesidades de su ejército durante el sitio, y la fuente tomaria su nombre que por corrupcion se habrá convertido en *Ournus*. » En mi humilde opinion, no es infundada la conjetura de Jeque Ibrahim.

Los habitantes de Palmira no se ocupan de cultivar la tierra; su principal trabajo es beneficiar una salina, cuyos productos envian á Damasco y á Homs. Tambien hacen mucha sosa; la planta que la suministra es muy abundante; la quemar y envian igualmente las cenizas á dichas dos ciudades para hacer jabon: á veces las mandan hasta Tripoli de Siria, que tiene numerosas fábricas de jabon y despacha para el Archipiélago.

Un dia nos hablaron de una gruta curiosísima, pero cuya angosta y oscura entrada estaba casi cerrada, á tres horas de Palmira; deseamos visitarla, pero mi aventura con Hessaisoun estaba demasiado reciente para que nos arriesgásemos á ir á ella sin buena escolta, por lo que rogamos á Jeque Rugial que nos hiciese acompañar por personas seguras. Admirado de nuestro proyecto: « Muy curiosos sois, nos dijo: ¿qué os importa esa gruta? En vez de ocuparos en

« vuestro comercio, empleais el tiempo en esas fruslerías! nunca he visto comerciantes como vosotros. » — « El hombre gana siempre en ver las bellezas de la naturaleza, » le respondí. Díónos el jeque seis hombres armados, me proveí de un manojó de bramante, de un gran clavo y de hachas, y salimos muy de mañana; al cabo de dos horas de camino, llegamos al pié de una montaña; un gran boquete que nos enseñaron formaba la entrada de la gruta; hiqué mi clavo en un sitio escondido, até á él la cuerda por una punta, y llevando en la mano el lio, seguí á Jeque Ibrahim y á los guías que llevaban las hachas. Ya andábamos hácia la derecha, ya hácia la izquierda, ora subíamos, ora bajábamos; la gruta es tan grande que podría servir de cuartel á un ejército entero. Hallamos en ella gran cantidad de alumbre; la bóveda y las paredes estaban llenas de azufre, y el suelo cubierto de nitro. Observamos una especie de tierra rojiza, muy menuda, que tiene un gusto ácido: Jeque Ibrahim se guardó un puñado de ella en el pañuelo. Esta gruta está salpicada de cavidades labradas á cincel, de donde se sacaron antiguamente metales. Nuestros guías nos contaron que varias personas se habían extraviado y habían muerto en aquella gruta: un hombre anduvo por ella dos dias buscando en vano la salida,

cuando vió un lobo, y ahuyentándole á pedradas, le siguió y de esta suerte llegó al boquete. Cuando se me acabó la cuerda, nos volvimos atras: sin duda el atractivo de la curiosidad nos habia allanado el camino, pues nos costó sumo trabajo llegar á la entrada: apenas salimos, almorzamos á la ligera y nos volvimos á Palmira. El jeque, que nos aguardaba, nos preguntó que habíamos ganado en nuestra escursion: « Hemos reconocido, le dije, que los antiguos eran mucho mas hábiles que nosotros, pues por sus trabajos se ve que entraban y salian con facilidad, y nosotros lo hemos conseguido á duras penas. »

Echóse á reir y le dejamos para ir á descansar. Por la noche Jeque Ibrahim se halló el pañuelo donde habia guardado la tierra roja todo agujereado y como podrido; la tierra se le habia derramado en el bolsillo; metióla en una botella ¹, y me dijo que probablemente los antiguos habian sacado oro de aquella gruta; los experimentos químicos prueban que donde se halla azufre suele haber oro, y ademas los grandes trabajos que habíamos observado no podian haberse hecho únicamente para estraer azufre y alumbre, sino para sacar algo mas precioso. Si

¹ En Egipto perdí esta botella con todo lo demas.

los Arabes hubieran podido sospechar que íbamos á buscar oro, nuestra vida hubiera corrido peligro.

Por dias se iba hablando mas de que se acercaban los Beduinos, cosa de que se alegraba Jeque Ibrahim, cual si hubiera esperado á unos compatriotas; así tuvo la mayor satisfaccion cuando le anuncié la llegada de Mehanna el Fadel, gran príncipe beduino. Al instante quiso salir á recibirle, pero le hice presente que seria mas acertado aguardar una ocasion favorable de ver á alguno de la familia de aquel emir (príncipe). Yo sabia que generalmente Mehanna enviaba un mensagero al jeque de Palmira para anunciarle su llegada, y en efecto ví llegar un dia once ginetes beduinos, y supe que entre ellos se hallaba el emir Nasser, el hijo mayor de Mehanna, noticia que llenó de gozo á Jeque Ibrahim. Al instante fuimos á casa de Jeque Ragial para hacernos presentar al emir Nasser, que nos recibió muy bien.

— « Estos extranjeros, le dijo Ragial, son unos honrados comerciantes que traen de venta varios géneros para uso de los Beduinos, pero los han atemorizado de suerte que no se atreven á ir al desierto á menos de que los tomeis bajo vuestra proteccion. »

El emir Nasser volviéndose hácia nosotros : — « Esperad, nos dijo, toda especie de prosperida-

« des; sereis muy bien venidos, y os prometo que nada os sobrevendrá mas que la lluvia que cae del cielo. » — Dímosle muchas gracias diciéndole : — « Pues hemos tenido la dicha de haber conocimiento con vos, y pues teneis la bondad de ser nuestro protector, es preciso que nos hagais el honor de comer con nosotros. »

Los Arabes, en general, y particularmente los Beduinos, miran como un empeño de fidelidad inviolable haber comido con alguno, y aun solo el haber partido el pan como él. Convidámosle pues con toda su comitiva, igualmente que al jeque; hicimos matar un carnero, y nuestra comida, preparada al modo de los Beduinos, les pareció escelente : á los postres, les presentamos higos, pasas, almendras y nueces, lo que fué para ellos un gran regalo. Despues del café, cuando empezamos á hablar de cosas indiferentes, contamos á Nasser nuestra aventura con los seis ginetes de su tribu; queria castigarlos y hacernos restituir nuestros efectos y nuestro dinero, pero le rogamos que no lo hiciese, asegurándole que teniamos por muy bien empleado lo que habiamos dado. Hubiéramos querido salir con él el dia siguiente, pero nos instó á aguardar la llegada de su padre que todavía estaba con su tribu á ocho dias de distancia : prometió enviarnos una escolta y camellos

para llevar nuestras mercancías; para mayor seguridad le rogamos que nos hiciese escribir por su padre y así nos lo prometió.

Dos dias despues llegó á Palmira un Beduino de la tribu el Hassné, llamado Bani, y pocas horas despues, otros siete Beduinos de la tribu el Daffir, que está en guerra con la de Hassné. Noticiasos estos de que se hallaba en la ciudad uno de sus enemigos, resolvieron ir á esperarle fuera de Palmira para matarle. Prevenido Bani, vino á nuestra casa, ató su yegua á nuestra puerta y nos pidió que le prestásemos un fieltro, de los varios que teníamos para envolver nuestras mercancías. Dile uno, que tuvo metido en agua media hora, y luego le puso mojado sobre los omos de su yegua, echándole la silla por encima: dos horas despues tuvo el animal una furiosa diarrea que duró toda la noche, y al dia siguiente parecia que no tenia nada en el cuerpo: entonces Bani le quitó el fieltro, que nos devolvió, cinchó muy bien á su yegua y partió.

A cosa de las cuatro de la tarde, vimos volver sin botin á los Beduinos de la tribu El Daffir, y habiéndoles preguntado uno qué habian hecho de la yegua de Bani: — « Voy á contaros, dijeron, lo que nos ha sucedido. Por no hacer agravio á Ragial, tributario de Mehana, nos abstuvimos de atacar á nuestro enemigo en el

« pueblo; hubiéramos podido aguardarle en un paso estrecho, pero éramos siete contra uno y resolvimos quedarnos en campo raso. Apenas le divisamos, nos precipitamos sobre él, pero apenas se halló en medio de nosotros, lanzó un grito diciendo á su yegua: *Jah Hamra!* — Hoy te toca á ti, — y partió como un rayo. Hasta su tribu le perseguimos sin poder alcanzarle, asombrados de la velocidad de su yegua que parecia un pájaro cortando los vientos. »

— Entonces les conté la historia del fieltro, que les admiró mucho, pues no tenían, á lo que dijeron, ninguna idea de semejante brujería.

Ocho dias despues, tres hombres vinieron á buscarnos de parte de Mehanna el Fadel, trayéndonos camellos y una carta de él, concebida en estos términos:

¡ Mehanna el Fadel, hijo de Melkhgem, á Jeque Ibrahim y á Abdalla el Kratib, salud! ¡ La misericordia de Dios sea con vosotros! A la llegada de nuestro hijo Nasser, hemos tenido noticia del deseo en que estais de visitarnos; sed muy bien venidos; vuestra llegada derramará la bendicion sobre nosotros. Nada temais, pues teneis la proteccion de Dios y la palabra de Mehanna; nada os tocará mas que la lluvia del cielo.

« Firmado MEHANNA EL FADEL. »

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE HISTORIA
CULTURA Y LINGÜÍSTICA
BOZQUE MONTAÑE, MEXICO

Junto á la firma habia un sello. Esta carta causó la mayor satisfaccion á jeque Ibrahim: — pronto despachamos nuestros preparativos y á la madrugada siguiente ya estábamos fuera de Palmira. Llegado que hubimos á un pueblecillo que riega un abundante manantial, llenamos en él nuestras odres para lo restante del camino. Este pueblo, llamado Arak, está á cuatro leguas de Palmira; continuamente encontrábamos Beduinos, que despues de haber hablado con nuestros conductores, proseguian nuestro camino. Despues de diez horas de marcha, la llanura nos apareció cubierta de mil quinientas tiendas, que eran las de la tribu de Mehanna. Entramos en la tienda del emir, que nos hizo servir café tres veces seguidas, lo que, entre los Beduinos, es la mayor prueba de consideracion. Despues de la tercera taza, nos sirvieron la cena que nos fué preciso comer á la turca, y como era la primera vez que tal cosa nos sucedia, nos quemamos los dedos. Conociólo Mehanna y nos dijo:

« No estais acostumbrados á comer como nosotros. — Es verdad, respondió jeque Ibrahim, pero ¿porqué no os servís de cucharas? siempre es posible tenerlas, aunque no sean mas que de palo. — Nosotros somos Beduinos, replicó el emir, y tenemos empeño en conservar los usos de nuestros mayores, que nos parecen

« muy buenos. La mano y la boca son partes de nuestro cuerpo que Dios nos ha dado para que se ayuden una á otra; ¿pues porqué nos hemos de servir de un objeto extraño de metal ó de palo para llegar á la boca, cuando la mano está hecha para eso? » No tuvimos mas arbitrio que aprobar estas razones, y observé á jeque Ibrahim que Mehanna era el primer filósofo beduino que habíamos hallado.

Al dia siguiente el emir hizo matar un camello para nosotros, y supe que esto era una gran señal de estimacion, porque los Beduinos miden, segun la importancia del extranjero, el tamaño del animal que matan para recibirle. Aquella era la primera vez que comiamos carne de camello, y nos pareció algo insípida.

El emir Mehanna era hombre de unos ochenta años, pequeño, flaco, sordo y muy desarrapado. Su alta influencia entre los Beduinos proviene de su noble y generoso corazon y de que es cabeza de una familia muy antigua y numerosa. Está encargado por el bajá de Damasco de escoltar su gran caravana hasta la Meca, mediante veinticinco bolsas (12,500 piastras) que se le pagan antes de la salida de Damasco. Tiene tres hijos, Nasser, Kaseff y Hamed; los tres estan casados y viven en la misma tienda que su padre. Esta tienda tiene setenta y dos pies de larga sobre

igual anchura; es de lienzo de cerda negra y está dividida en tres partes. En el fondo están la despensa y la cocina y duermen los esclavos; en el centro estan las mugeres y es donde se retira por la noche toda la familia; la delantera está destinada á los hombres, y es donde reciben á los extranjeros. Esta parte se llama Rabha.

Al cabo de tres dias consagrados á disfrutar de la hospitalidad, abrimos nuestros fardos y vendimos muchos objetos, sobre la mayor parte de los cuales perdíamos mas ó menos; y como no alcanzaba yo las ventajas de este modo de comerciar, se lo previne á jeque Ibrahim: — «¿Has olvidado nuestras condiciones?» me dijo. Disculpéme entonces y seguí vendiendo como quise.

Un dia vimos llegar cincuenta ginetes bien montados, que parándose fuera de las tiendas, se apearon y se sentaron en el suelo. El emir Nasser, encargado de todos los asuntos desde que su padre se ha quedado sordo, salió á hablarles, acompañado de su primo jeque Zamel, y tuvo con ellos una conferencia de dos horas, acabada la cual partieron los recién llegados. Jeque Ibrahim, inquieto de aquella misteriosa entrevista, no sabia como componerse para saber sobre qué habia girado. Como ya habia yo estado varias veces en el cuarto de las mugeres, cogí un

rosario de coral, y fui á ver á Naura, la muger de Nasser para ofrecérsele; aceptóla ella, me hizo sentar á su lado, y me dió, á su vez, dátiles y café. Despues de todas estas atenciones reciprocas, entré en el objeto de mi visita y le dije: «Perdonad, os ruego, mi importunidad, pero los extranjeros son curiosos y desconfiados; las pocas mercancías que tenemos aquí son el resto de un caudal considerable que por desgracia hemos perdido. El emir Nasser estaba en conferencia ha poco con unos extranjeros, y quisiéramos saber qué se decian, pues estamos con cuidado. — Voy, respondió Naura, á satisfacer vuestra curiosidad, pero á condicion de que me guardareis el secreto y fingireis que no sabeis nada. Sabed que mi marido tiene muchos enemigos entre los Beduinos, porque humilla su orgullo nacional ponderando el poderio de los Turcos. La alianza de Nasser con los Osmanlis disgusta mucho á los Beduinos, que los aborrecen, y aun es contraria á los consejos de su padre y de los principales de la tribu, que murmuran contra él. El objeto de esa asamblea era concertar un plan de ataque: mañana piensan asaltar á la tribu El-Dafir para cogerle sus ganados y hacerle todo el daño posible. El Dios de las batallas dará la victoria á quien quiera, pero lo que es vosotros, nada

« teneis que temer. » Dí las gracias á Naura, y me retiré satisfecho de haber obtenido su confianza.

Jeque Ibrahim, instruido por mí de cuanto me había confiado la muger del emir Nasser, me dijo que le pesaba de ello en extremo. — « Yo quería, me dijo, relacionarme con una tribu enemiga de los Osmanlís, y me hallo junto á un caudillo aliado de ellos. » — No me atreví á preguntarle el sentido de estas palabras, pero me dieron mucho qué discurrir.

Hácia el anochecer, trescientos ginetes se reunieron fuera de las tiendas y salieron muy de mañana, llevando á su cabeza á Nasser, á Hamed y á Zamel. Tres dias despues, un mensagero vino á anunciar su vuelta, á cuya noticia salieron á recibirlos una multitud de hombres y de mugeres, quienes apenas los alcanzaron, prorrumpieron, lo mismo que los otros, en grandes clamores de alegría, y de esta suerte hicieron su entrada triunfal en el campamento, precedidos por ciento ochenta camellos cogidos al enemigo; luego que echaron pie á tierra, les pedimos que nos contasen sus proezas. — « Al dia siguiente de nuestra partida, nos dijo Nasser, llegamos al rededor de medio dia, al sitio adonde los pastores llevan á pacer los ganados de Daffir, y precipitándonos sobre ellos, les quitamos

« ciento ochenta camellos; pero como los pastores fueron corriendo á dar aviso á los suyos, « destaqué una porcion de mi gente para llevar « nuestro botin al campamento por otro camino, « y cuando vino *Aruad-Ebn-Motlac*⁴, á atacarnos al frente de trescientos ginetes, tuvimos « una refriega que duró dos horas. La noche nos « separó, y cada cual se volvió á su tribu; el enemigo perdió un hombre y nosotros tuvimos « dos heridos. » — La tribu de Nasser aparentó que estaba muy contenta de aquel triunfo, al paso que en el fondo le pesaba mucho de una guerra injusta, hecha contra sus amigos naturales por servir á los Osmanlís. Nasser, visitando á todos los gefes para contarles su triunfo, fué á ver á jeque Ibrahim y le dirigió la palabra en turco, y habiéndole dicho aquel que no hablaba mas que el griego, su lengua natal, y un poco de Arabe, Nasser empezó á ponderarle el language y las costumbres de los Turcos, diciendo que no se podía ser verdaderamente grande, poderoso y respetado sino estando bien con ellos. « Yo, por « mí, añadió, soy mas Osmanlís que Beduino. — No os fieis en las promesas de los Turcos, le « respondió jeque Ibrahim, como tampoco en su « grandeza y magnificencia; os favorecen para

⁴ Caudillo de la tribu El Daffir.

« ganaros é indisponeros con vuestros compa-
 « triotas, á fin de emplearos en guerrear contra
 « las otras tribus. El interés del gobierno turco
 « es destruir á los Beduinos, y como no es bas-
 « tante fuerte para hacerlo por sí mismo, quiere
 « armaros á unos contra otros. Cuidado no ten-
 « gais que arrepentiros de ello algun día; os doy
 « este consejo como un amigo que se toma por
 « vos vivo interés, y porque he comido vuestro
 « pan y recibido vuestra hospitalidad. »

Poco tiempo despues, Nasser recibió de Soli-
 man, bajá de Acre y de Damasco, un mensaje
 convidándole á ir á recibir la investidura del
 mando general de todo el desierto, con el título
 de principe de los Beduinos. Este mensaje le
 colmó de alegría, é inmediatamente partió para
 Damasco, acompañado de diez ginetes.

Dió orden Mehanna para la partida de la tribu,
 y al día siguiente al salir el sol no se vió ya una
 sola tienda en pie; todas estaban dobladas y car-
 gadas, y la partida empezó con el mayor orden.
 Unos veinte ginetes escogidos formaban la van-
 guardia y servian de exploradores; luego venian
 los camellos sin carga y los rebaños; luego los
 hombres armados, montados en caballos ó ca-
 mellos; detras las mugeres, — las de los gefes,
 metidas en unos *haudags*¹, puestos sobre el lomo

¹ Especie de silla de manos.

de los camellos mas altos: estos *haudags* son
 muy ricos, están muy bien forrados, cubiertos
 de paño escarlata, y adornados con franjas de
 varios colores: contienen cómodamente dos
 mugeres ó una muger y varios niños. Las
 mugeres y los muchachos de inferior calidad
 seguian inmediatamente, sentados en rollos de
 lana de tienda muy bien dispuestos encima
 de los camellos; detras iban los camellos con
 las acémilas, cerrando la marcha el emir Me-
 hanna montado en un dromedario á causa de
 su mucha edad, y rodeado de sus esclavos, del
 resto de los guerreros y de sus servidores, que
 iban á pie. Son admirables la prontitud y buen
 orden con que se efectua así la partida de ocho
 ó nueve mil personas. Jeque Ibrahim y yo iba-
 mos á caballo, ya delante, ya en el centro, ya jun-
 to á Mehanna. Diez horas seguidas caminamos;
 á cosa de las tres de la tarde se interrumpe de
 pronto la marcha; los Beduinos se dispersan por
 un hermoso llano, echan pie á tierra, clavan sus
 lanzas y atan á ellas sus caballos; las mugeres
 corren por todos lados y levantan sus tiendas ca-
 da cual junto al caballo de su marido: así, como
 por encanto, nos hallamos en una especie de
 pueblo tan grande como Hama. Las mugeres so-
 las están encargadas de levantar y recoger las tien-
 das, cosa que ejecutan con una habilidad y una

rapidez sorprendentes. Generalmente ellas hacen todos los trabajos del campamento: los hombres conducen los ganados, matan las reses y las despojan. El traje de las mugeres es sencillísimo; llevan una gran camisa azul, un *machlas* negro y una especie de banda de seda negra, que despues de cubrir la cabeza, les da dos vueltas á la garganta y les cae sobre la espalda: todas van descalzas, escepto las mugeres de los jeques, que llevan unos borceguies amarillos. Su ambicion y su lujo consisten en llevar muchos brazaletes de vidrio, de monedas, de coral y de ambar.

El llano donde hicimos alto se llama El-Makram, y está poco distante de Hama. Es un sitio bastante apacible y que ofrece abundantes pastos.

El cuarto dia, á cosa de las cuatro de la tarde, acudieron muy asustados los pastores gritando: « ¡A las armas! ¡el enemigo se ha apoderado de nuestros rebaños! » En efecto, la tribu de El Daffir, espiano una ocasion de vengarse de Nasser, habia enviado mil ginetes para robarle sus ganados al anocheecer, á fin de que no pudiese aquel perseguirlos. Los nuestros, esperando á algun ataque, estaban preparados, pero era preciso descubrir de qué lado se hallaba el enemigo. Luego que anocheció, apeáronse cua-

tro hombres, tomaron direcciones opuestas, y tendiéndose de bruces, pegado el oido á la tierra, oyeron así á gran distancia las pisadas de los robadores. Pasóse la noche sin que fuese posible alcanzarlos, pero, á la mañana, habiéndolos divisado la gente de Hassné¹, cargó sobre ellos, y al cabo de cuatro horas de pelea, recobró la mitad de los rebaños; unos quinientos camellos quedaron en poder de la tribu El Daffir, y ademas tuvimos diez muertos y muchos heridos. A la vuelta, la afliccion fué general; los Beduinos murmuraban, achacando al capricho y á la vanidad de Nasser cuanto habia sucedido. Envió Mehanna un correo á su hijo, que inmediatamente volvió de Damasco acompañado de un Chokredar² para imponer respeto á los Beduinos, y apenas llegó, leyó una carta del bajá, concebida en estos términos:

« Hacemos saber á todos los emires y jeques de las tribus del desierto, grandes y pequeñas, acampadas en el territorio de Damasco, que hemos nombrado á nuestro hijo Nasser Ebn Mehanna emir de todos los Anazés³, mandán

¹ Nombre de la tribu de Mehanna.

² Ministro del bajá.

³ Beduinos del desierto.

« doles que le obedezcan. — La tribu que tenga
« la desgracia de declararse rebelde será des-
« truida por nuestras tropas victoriosas, y para
« servir de escarmiento, sus rebaños serán de-
« gollados y sus mugeres entregadas á los sol-
« dados. Tal es nuestra voluntad.

« Firmado,

« Soliman, bajá de Damasco y de Acre. »

Nasser, ufano con su nueva dignidad, afectaba leer á todos aquel decreto, y hablar en turco con el ministro del bajá, lo que aumentaba mas y mas el enojo de los Beduinos. Un dia en que estábamos junto á él, llegó un mancebo muy bizarro llamado Zarrah, caudillo de una tribu vecina. Nasser, como de costumbre, le habla de su nombramiento, encarece la grandeza y el poderío del visir de Damasco y del sultan de Constantinopla, *que tiene el sable largo*¹, — y Zarrah, que le escucha con impaciencia, muda de color, se levanta y le dice: « Nasser Agá², sánete que
« todos los Beduinos te aborrecen; si te de-
« jas deslumbrar por la magnificencia de los
« Turcos, vete á Damasco, cíñete la frente con un

¹ Espron arabé para designar una dominacion muy estensa.

² Título de un oficial turco; denominacion de escarnio para un Beduino.

« *cauk*¹, sé el ministro del visir, habita su pa-
« lacio, y acaso entonces inspirarás terror á los
« Damasquinos, pero nosotros Beduinos no ha-
« cemos mas caso de tí, de tu visir y de tu sultan
« que de una boñiga de camello. Me voy al ter-
« ritorio de Bagdad, donde hallaré al Drayhy²
« Ebn Chahllan, y á él me uniré. »

Nasser, pálido de cólera, trasmitió esta conversacion en turco al Chokredar, quien creyó atemorizar á Zarrah con violentas amenazas, pero este, mirándole con altivez, le dijo: — « Bas-
« ta: aunque tengais á Nasser al lado, puedo, si
« quiero, impedirlos volver á comer pan. » A pesar de estas injuriosas palabras, los tres conservaron su sangre fria, y Zarrak montando á caballo, dijo á Nasser: « *Las salam aleik* (yo te saludo); despliega todo tu poder; yo te aguardo. »

— Esta provocacion afligió mucho á Nasser, pero no por eso dejó de perseverar en su alianza con los Turcos.

Al dia siguiente supimos que Zarrak habia partido con su tribu para el pais de Geziri, y por todas partes no se hablaba mas que de la reunion de los Beduinos contra Nasser. Noticioso Mehanna de lo que pasaba, llamó á su hijo y le dijo: « Nasser, ¿quieres por ventura romper los

¹ Turbante de ceremonia de los Turcos.

² El destructor de los Turcos.

« pilares de la tienda de Melkghem? » Y asiéndose la barba con la mano : « ¿ Quieres, añadió, hacer « despreciable esta barba al fin de mis dias y « manchar la reputacion que yo habia ganado ? « ¡ Infeliz ! No has invocado el nombre de Dios. « Lo que yo preveia ha sucedido. Todas las tri- « bus van á reunirse al Drayhy. ¿ Qué será en- « tonces de nosotros ? No nos quedará mas arbi- « trio que humillarnos delante de Ebn Sihoud †, « de ese enemigo de nuestra raza, que se titula « rey de los Beduinos ; él solo podrá defendernos « del terrible Drayhy. »

Procuró Nasser tranquilizar á su padre ase- gurándole que no iban tan mal sus cosas como él temia. Entre tanto los Beduinos empezaban á tomar partido por uno ó por otro, pero los mas daban la razon al padre que entendia sus verda- deros intereses.

Jeque Ibrahim estaba muy descontento : de- seaba internarse mas en el desierto, y avanzar hasta Bagdad, y se hallaba ligado á una tribu que se quedaba entre Damasco y Homs, con lo

† Ebn Sihoud manda á millon y medio de Beduinos : reina so- bre el pais de Derbié, de Medyde, de Samarcand, de Hygias y de Zamos ó Zamen. Estos pueblos se llaman los Wahabi.

Los Beduinos de la Persia, mandados por el emir Sahid el Feh- rabi, son mas de un millon, lo que unido á las tribus de Bagdad de Basora, de la Mesopotamia y del Horan, da una poblacion er- rante de cuatro millones de almas.

que perdía todo el verano, sin poder alejarse mas que con riesgo de la vida. Encargóme que to- mase informes acerca del Drayhy, me enterase de su caracter, averiguase en qué sitios pasá el verano, adonde se retira en invierno, si admite á los estrangeros, y otras mil particularidades ; en fin, me dijo que tenia el mayor interés en recibir estos informes.

Dificil era obtener estos pormenores sin escitar sospechas : era preciso hallar á alguno que no fuese de la tribu de El Hassné. Al fin, logré relacionarme con un tal Abdallah *el Chahen* (el poeta), y sabiendo que estos suelen estar en fa- vor con los grandes, le hice varias preguntas so- bre todas las tribus que habia visitado, y supe con placer que habia vivido mucho tiempo con el Drayhy. Por él obtuve cuantas noticias necesi- taba.

Un dia Nasser me hizo escribir al jeque de Sad- dad y al de Corietain para pedirles á cada uno mil piastras y seis machlas. Este derecho se llama derecho de fraternidad, y es un convenio en- tre los jeques de las aldeas y los mas poderosos gefes de Beduinos para ser protegidos de los es- tragos de las otras tribus. Esta contribucion es anual. — Estos infelices pueblos se arruinan por contentar á dos tiranos, — los Beduinos y los Turcos.

Mehanna tiene una fraternidad con todas las aldeas de los territorios de Damasco, Homs y Hama, lo que le produce una renta de sobre cincuenta mil piastras. El bajá de Damasco le paga doce mil quinientas, y las ciudades de Homs y Hama le dan además cierta cantidad de trigo, de arroz, de arrope y de telas: las pequeñas tribus le traen manteca y queso. A pesar de esto, nunca tiene dinero y con frecuencia se halla entrapado, sin tener gasto alguno que hacer, lo que nos admiró mucho, hasta que supimos que todo se lo regalaba á los guerreros mas famosos, así de su tribu como de las otras, y que así se habia hecho un partido poderoso. Siempre va muy mal vestido, y cuando recibe de regalo una hermosa pelliza ó algun otro objeto, se lo da al que á la sazón tiene al lado. El refran beduino que dice que la *generosidad cubre todos los defectos*, se halla verificado en Mehanna, cuya liberalidad es lo único que hace llevaderos los defectos de Nasser.

Poco despues de este suceso, fuimos á acamparnos á tres horas del Oronte, en un terreno llamado El Zididi, donde se hallan varios pequeños manantiales.

Habiendo ido un dia Mehanna con diez ginetes á hacer una visita al agá de Homs, volvió cargado de regalos de todos los comerciantes, que

quieren tenerle contento; porque cuando no lo está, intercepta el comercio despojando á las caravanas. Inmediatamente despues de su vuelta, salió Nasser para una expedicion contra la tribu Abdelli, mandada por el emir El Dogniani, y acampada junto á Palmira en dos cerros de forma igual, llamados Eldain (los pechos), y á los tres dias volvió, trayéndose ciento cincuenta camellos y doscientos carneros. En esta ocasion perdimos tres hombres y á Zamel le mataron la yegua que montaba; en revancha, cogimos tres yeguas, matamos diez hombres y herimos á unos veinte. A pesar de este triunfo, los Beduinos estaban indignados de la mala fe de Nasser que no tenia ningun motivo de odio contra aquella tribu.

Por todas partes se concertaban las tribus con el Drayhy para destruir á la tribu El Hassné, y habiendo llegado esta noticia al emir Douhi, jefe de la tribu Would Ali, pariente y amigo íntimo de Mehanna y que, como él está obligado á escoltar la gran caravana, llegó un dia, con treinta ginetes, á avisarle del peligro que le amenazaba. Los principales de la tribu salieron al encuentro de Douhi; cuando este entró en la tienda, pidió Mehanna el café, pero el emir le detuvo y le dijo: — « ¡Mehanna, ya está bebido tu café! No vengo aquí á beber ni á comer, sino

« á prevenirte que la conducta de tu hijo Nasser
« Bajá (título que le daba por escarnio) trae la
« destruccion sobre tí y los tuyos; sábete que to-
« dos los Beduinos han formado una liga y van á
« declararte una guerra á muerte.» Mehanna,
mudando de color, exclamó. « ¡ Mira! ¿ estas con-
« tento, Nasser? ¡ tú serás el último de la raza
« de Melkghem! »

Nasser, lejos de ceder, respondió que haria frente á todos los Beduinos y tendria el auxilio de 20,000 Osmanlís, lo mismo que el de Mola Ismael, jefe de la caballería curda que lleva el chaco. Douhi pasó la noche procurando disuadir á Nasser de sus proyectos sin poder conseguirlo; al día siguiente partió, diciendo: « Mi conciencia me prohíbe unirme á vosotros. El parentesco y el pan que hemos comido juntos me prohíben declararos la guerra; ¡adios! os dejo con sentimiento. »

Desde aquel momento empezamos á pasarlo muy mal con los Beduinos, y no podíamos dejarlos, porque todos los que se alejaban de las tiendas eran asesinados. — Todo era ataques por una y otra parte, cambios de campamento imprevistos, para ponerse mas en seguridad; — alarmas, represalias, continuas disputas entre Mehanna y su hijo; pero el anciano era de un carácter tan bondadoso y crédulo que Nasser

acababa siempre por persuadirle que tenia razon.

Mil rasgos nos contaron de su sencillez, y entre otros que estando en Damasco mientras que Youssouf Bajá, grán visir de la Puerta, tenia allí su corte de vuelta de Egipto, despues de la partida de los Franceses, Mehanna se presentó á él como todos los grandes; pero poco al corriente de la etiqueta turca, se llegó á hablarle sin ceremonia, haciéndole el saludo de los Beduinos, y se sentó en el divan á su lado sin esperar á que se le invitase á ello. — Youssouf, igualmente, poco acostumbrado á las costumbres de los Beduinos, é ignorando la dignidad de aquel viejecito mal vestido que le trataba tan familiarmente, mandó que le echasen á la calle y le cortasen la cabeza. — Preparábanse ya los esclavos á ejecutar esta orden cuando exclamó el bajá de Damasco: « ¡Teneos! ¿ qué vais á hacer? Si cae un pelo de su frente, nunca podreis, con todo vuestro poderío, enviar una caravana á la Me-
« ca. » — Inmediatamente dió contraorden el visir y le sentó á su lado; dióle el café, le hizo poner un turbante de cachemira, un rico gombaz (ropon), una pelliza de honor, y le presentó mil piastras. — Mehanna, sordo y sin entender el turco, no sabia qué era aquello que pasaba, pero quitándose sus lujosas ropas, se las dió á

tres de sus esclavos que le habian acompañado. — Hizole preguntar el visir por el dragoman si no estaba contento de su regalo, á lo que respondió Mehanna : — « Decid al visir del sultan « que nosotros los Beduinos no procuramos dis-
« tinguirnos por la buena ropa ; yo voy mal ves-
« tido, pero todos los Beduinos me conocen, y
« saben que soy Mehanna el Zadel, hijo de Melk-
« ghem. » — El bajá, por no enojarle, afectó reir y estar muy contento de él.

En fin se pasó el verano. En el mes de octubre, la tribu se halló en las cercanías de Alepo. — Mi corazon latía de gozo de hallarme tan cerca de mi patria, pero con arreglo á nuestras condiciones ni aun podia dar noticias mias á mis amigos. — Jeque Ibrahim deseaba ir á pasar el invierno á Damasco, y ningun Beduino se atrevia á conducirnos á esta ciudad ; con sumo trabajo conseguimos hacernos escoltar hasta un pueblo, á dos dias de Alepo, llamado Soghene (*la caliente*). Los hospitalarios vecinos se disputaron el placer de recibirnos ; un baño caliente natural ha dado su nombre al pueblo, y la hermosura de sus habitantes debe atribuirse á la bondad de sus aguas termales. — De allí pasamos á Palmira con un trabajo de que nos indemnizó el placer de volver á ver á Jeque Ragial. Despues de pasar quince dias con nuestros

amigos, salimos de nuevo para Corietain, donde Jeque Selim y el cura Moussi nos recibieron con un verdadero interes ; no se cansaban de escuchar nuestras historias sobre los Beduinos. — Jeque Ibrahim respondia á su amistoso desvelo por nuestros asuntos, diciendo que nuestra especulacion iba á las mil maravillas, que habiamos ganado mas de lo que esperábamos, — mientras que verdaderamente, entre las pérdidas y los regalos, no nos quedaba ya nada mas que las mercancías en depósito en casa de Moussi. — Treinta dias perdimos en Corietain organizando nuestra partida. — El invierno avanzaba rápidamente, y nadie se atrevia á darnos cabalgaduras, convencidos de que seriamos despojados en el camino : en fin Jeque Ibrahim compró un mal caballo, yo alquilé un burro, y con un tiempo detestable y un viento glacial, salimos acompañados de cuatro hombres á pie para la aldea de Dair Antie. Al cabo de algunas horas, llegamos á un desfiladero entre dos montañas, llamado Beni el Gebelain : en este punto llegaron sobre nosotros veinte ginetes beduinos : nuestros conductores, lejos de defendernos, esconden nuestras escopetas y permanecen inmóviles espectadores de nuestro desastre : los Beduinos nos roban y no nos dejan mas que la camisa. — Imploramos la muerte mas bien que el que nos de-

jen de aquel modo espuestos al frio : al fin, compadecidos de nuestra situacion, tuvieron la generosidad de dejarnos á cada uno un *gombaz* ; por lo que hace á nuestros rocines, eran harto malos para tentarlos, pues como apenas podian andar, los hubieran retrasado inútilmente en su carrera. — Continuamos tristemente nuestro camino ; la noche se echaba encima, y el frio que era excesivo, pronto nos hizo perder el uso de la palabra : teniamos los ojos encendidos y el cutis azul ; al cabo de poco tiempo caí al suelo desmayado y helado. Jeque Ibrahim hacia ademanes de desesperacion á los guias, sin poder hablarles ; uno de ellos, siriaeo cristiano, se compadeció de mí y de la afliccion de Jeque Ibrahim, tira al suelo el caballo medio muerto tambien de frio y de cansancio, le mata á palos, le abre el vientre y me mete sin sentido en su piel, no dejándome mas que la cabeza fuera. Al cabo de media hora, volví en mí, muy asombrado de sentirme resucitar y de verme en semejante postura : el calor me volvió el uso de la palabra y dí las mas espresivas gracias á Jeque Ibrahim y al buen Arabe ; cobré brios y saqué fuerzas para andar. Poco despues nuestros guias gritaron : — ¡ El pueblo ! ¡ el pueblo ! y entramos en la primera casa, que era la de un herrero, llamado Hanna el Bitar, quien se tomó el mas vivo inte-

res por nuestra situacion, se dió prisa á cubrirnos á ambos de estiercol de camello, y nos dió, gota á gota, un poco de vino ; habiendo reanimado así en nosotros la fuerza y el calor, nos sacó de nuestro estercolero, nos metió en la cama y nos hizo tomar una buena sopa. — Despues de un descanso indispensable, tomamos prestadas doscientas piastras para pagar á nuestros guias y pasar á Damasco, adonde llegamos el 25 de diciembre de 1840.

M. Chabassan, médico frances, el único Franco que habia en Damasco, nos dió la hospitalidad ; pero como debiamos pasar allí el invierno, nos establecimos mas adelante en el convento de los lazaristas, que estaba abandonado.

No describiré la célebre ciudad de Scham ' (Damasco), la puerta de la gloria (Babel Cahbé) como la llaman los Turcos. Nuestra larga residencia nos ha facilitado el conocerla á fondo, pero la han visitado y descrito demasiados viageros para ofrecer un interes nuevo. Vuelvo á mi relacion.

Un dia, estando en el bazar, pasando el tiempo á la usanza turca, vemos llegarse á nosotros un beduino que nos abraza diciendo : ¿ No reconocéis á vuestro hermano Hettall que ha comido vuestro pan en Nouarat-el-Nahman ? — Contien-

* Scham significa sol.

tísimos del encuentro, le llevamos á nuestra casa, y habiéndole obsequiado é interrogado bien, supimos que las cosas de la tribu Hassné iban muy mal, y que la liga contra ella se estendia cada día mas. Hettal nos contó que era de la tribu de Would Ali á cuyo jefe Douhi conocíamos. Esta tribu pasa el invierno en los territorios de Sarka y de Balka, se estiende desde el pais de Ismael hasta el mar Muerto y vuelve al Horan á la primavera. Propúsonos visitarla, respondiendo de nosotros, y prometiéndonos un buen despacho de nuestras mercancías, y habiendo nosotros aceptado, quedamos convenidos en que vendria hácia el mes de marzo.

Jeque Ibrahim, habiendo recibido de Alepo, por conducto de M. Chabassan, un *group* de mil *talaris*, me hizo hacer nuevas compras; hechas que fueron se las enseñé preguntándole si nos quedaria algo á la vuelta. — « Querido hijo, me respondió, el conocimiento de cada caudillo de « tribu me produce mas que todas mis mercancías tranquilízate, tú tambien obtendrás tu beneficio en dinero y en reputacion: serás famoso en tu siglo, pero es preciso que yo conozca á todas las tribus y á sus caudillos. Cuento contigo para llegar hasta el Drayhy, y para eso es preciso absolutamente que pases por Beduino. Déjate crecer la barba, vistete como ellos é imi-

« ta sus usos. No me pidas ninguna esplicacion; « acuérdate de nuestras condiciones. » — « De nos Dios fortaleza, » fué mi sola respuesta.

Veinte veces estuve á punto de abandonar una empresa cuyos peligros todos veia sin conocer su objeto. Aquel silencio impuesto, aquella obediencia ciega me eran insoportables; sin embargo, el deseo de llegar al resultado y mi cariño al señor Lascaris me hicieron armarme de paciencia.

Habiendo llegado Hettal en la época convenida con tres camellos y dos guías, partimos el 15 de marzo de 1814, un año y veinte ocho dias despues de nuestra primera salida de Alepo. Hallábase entonces la tribu en un sitio llamado Misarib, á tres jornadas de Damasco. Nada notable nos sucedió en el camino; pasamos las noches á cielo raso, y el tercer dia, al ponerse el sol, estábamos en medio de las tiendas de Would-Ali, que presentaban un golpe de vista encantador. Cada tienda estaba rodeada de caballos, camellos, cabras y carneros, con la lanza del ginete clavada á la entrada; la del emir Douhi se elevaba en el centro. Recibiónos este con el mayor agasajo, y nos hizo cenar con él; es hombre de mucha cabeza, igualmente temido y querido de los suyos. Tiene bajo su dominio cinco mil tiendas y tres tribus que se han unido á él, — á saber, la de Benin Sakhreer, la de El Serham y la de

El Sarddié. Ha dividido á sus guerreros en compañías ó destacamentos mandados cada uno por uno de sus parientes.

Los Beduinos gustan mucho de oír historias y cuentos despues de cenar : he aquí una que nos contó el emir, y que pinta bien el sumo cariño que tienen á sus caballos y el amor propio que les causan sus buenas cualidades.

Un hombre de su tribu, llamado Giabal, tenia una yegua muy afamada. Hassad-Bajá, que era á la sazón visir de Damasco, le hizo por ella en varias ocasiones, todas las ofertas imaginables, pero inútilmente, porque un Beduino quiere tanto á su caballo como á su muger. Hizo el bajá amenazas que tampoco sirvieron de nada, y entonces se le presentó otro Beduino llamado Giafar quien le preguntó cuanto daria á quien le llevase la yegua de Giabal. — « Llenaré de oro tu morral de cebada, » respondió Hassad, que miraba como una afrenta no haber logrado su propósito ; — y como se descubriese esta conversacion, Giabal ataba su yegua de noche por el pie con una argolla cuya cadena entraba en su tienda, sujeta á una estaca hincada en el suelo debajo del fieltro que les servia de cama á él y á su muger. A media noche penetra Giafar á rastro en la tienda, y deslizándose entre Giabal y su muger, empuja suavemente ya á uno ya á

otro : el marido se creia empujado por la muger, y la muger por el marido, y ambos se hacian á un lado. —Entonces Giafar, con un cuchillo bien afilado, hace un agujero en el fieltro, saca la estaca, suelta á la yegua, monta en ella, y cogiendo la lanza de Giabal, le pincha levemente con ella diciendo : — Yo, Giafar, soy quien se lleva tu hermosa yegua ; te lo aviso con tiempo, — y parte. Giabal se precipita fuera de la tienda, llama á sus amigos, toma la yegua de su hermano y por espacio de cuatro horas persiguen á Giafar. La yegua del hermano de Giabal era de la misma sangre que la suya, aunque menos bella. — Dejando atras á todos los otros ginetes, estaba ya á punto de alcanzar á Giafar, cuando grita á este:—« Pellízcale la oreja derecha, y métele el estribo. » — Giafar obedece y parte como un rayo, con lo que se pierde toda esperanza de alcanzarle. Los otros Beduinos echan en cara á Giabal que él mismo es causa de la pérdida de su yegua¹ : — « Prefiero perderla, respondió, á « mancillar su reputacion. ¿ Queriais que dejase « decir en la tribu Would-Áli², que otra yegua

¹ Cada Beduino acostumbra á su caballo á una seña que le hace desplegar toda su velocidad. No hace uso de ella mas que en un grave peligro y no se la confia, ni aun á su hijo.

² Tribu cuyos caballos son los mas famosos entre los Beduinos.

« ha dejado atras á la mía? Me queda á lo menos
« la satisfacción de que ninguna otra ha podido
« alcanzarla. »

Volvióse á su tienda con este consuelo, y Giarfar recibió el galardón de su destreza. — Otro nos contó que en la tribu de Neggde, habia una yegua tan famosa como la de Giabal, y por cuya posesion estaba como loco un Beduino de otra tribu, llamado Daher; despues de haber ofrecido en vano por ella sus camellos, y todas sus riquezas, discurrió teñirse la cara con zumo de yerbas, vestirse de andrajos, atarse el cuello y las piernas como un mendigo estropeado, é ir así á esperar á Nabec, el dueño de la yegua, á un camino, por donde sabia que habia de pasar. Cuando le vió cerca, le dijo con voz desfallecida : — « Soy un pobre extranjero; tres dias hace que
« no he podido moverme de aquí para ir á buscar mi sustento. Voy á morir; socorredme y
« Dios os premiará. »

El Beduino le propone que suba á las ancas y le llevará á su pueblo, pero el bellaco responde : — « No puedo levantarme, no tengo fuerzas. » El otro, lleno de compasion, se apea, acerca su yegua y le monta en ella con muchísimo trabajo : — pero apenas se halla firme en la silla, Daher mete á la yegua los talones en los hijares y parte

diciendo : — « Yo, Daher, soy quien te la he quitado y me la llevo. »

El dueño de la yegua le grita que escuche; seguro de no poder ser perseguido, el otro se vuelve y se para á cierta distancia, porque Nabec iba armado con su lanza. Este le dice : « Me has robado mi yegua. Pues Dios lo ha querido así, te
« deseo prosperidad, pero te ruego que no digas
« á nadie como la has obtenido. — ¿Y porqué?
« pregunta Daher. — Porque otro podria estar
« realmente enfermo y quedarse sin socorro : tú
« serias causa de que nadie volviese á hacer una
« sola obra de caridad, por miedo de ser burlado como yo. »

Conmovido por estas palabras, Daher reflexiona un momento, se apea de la yegua y se la vuelve á su dueño abrazándole. Este le llevó á su casa, pasaron juntos tres dias y se juraron fraternidad.

Jeque Ibrahim estaba embelesado con estas historias que le hacian conocer el caracter y la generosidad de los Beduinos. — La tribu de Douhi es mas rica y menos rapaz que la de Mehana : sus caballos son mas hermosos. Quince dias pasamos entre ellos. Jeque Ibrahim hizo regalos á todos los gefes, y vendió algunos artículos á las mugeres, para sostener nuestro papel

de mercaderes : luego partimos para visitar á los tres jeques tributarios del emir Douhi.

Jeque Ibrahim me dijo que no tenia otro interés en quedarse entre los Beduinos que el de darme ocasion de estudiar mejor su lengua y costumbres ; — que era preciso, *para su comercio*, llegar hasta el Drayhy, — pero que era preciso que yo tomase apuntes exactos de sus nombres y de su número, que le era importante conocer.

Su modo de hablar es muy difícil de adquirir, aun para un Arabe, aunque en el fondo es la misma lengua. Dedicuéme á este estudio y no sin éxito : tambien obtuve en el discurso de nuestros largos viajes el nombre de todos los jeques, y la estadística de todas sus tribus, cosa que nunca habia podido hacerse hasta entonces ; al fin de mi viage daré su lista.

Las tribus numerosas tienen muchas veces que dividirse en destacamentos de doscientas y quinientas tiendas, y que ocupar un gran espacio para proporcionarse agua y pastos para sus ganados. — Recorrimos sucesivamente todos los campamentos esperando hallar los medios de hacernos conducir cerca del Drayhy que estaba en guerra con todos los del territorio de Damasco. En todas partes nos recibieron perfectamente.

En una tribu, quien nos ofreció la hospitalidad fué una pobre viuda. Para obsequiarnos, mató su último carnero y pidió pan prestado : dijonos que su marido y sus tres hijos habian muerto en la guerra contra los Wahabi, tribu muy terrible de las cercanías de la Meca. Hábiéndole manifestado nuestro asombro de que se despojase por nosotros : — « El que entra en casa de un vivo, nos dijo, y no come en ella, « es como si visitase á un muerto. »

Una tribu ya considerable se habia formado recientemente del modo siguiente ; un Beduino tenia una hija hermosísima, que el gefe de su tribu le pidió en matrimonio, pero él no quiso concedérsela, y para sustraerla á sus tentativas de seducción, huyó en secreto con toda su familia. Preguntando el jeque qué habia sido de el uno, le respondió: *Serah* (se ha ido). — *Serhan*, repuso (es un lobo), queriendo espresar así que era áspero de condicion, y desde entonces la tribu, de que aquel Beduino llegó á ser cabeza, se ha llamado siempre la tribu El Serhan (la tribu del Lobo). Cuando un Beduino es valiente y tiene buenos caballos, en poco tiempo se hace poderoso.

En fin supimos que habia llegado el Drayhy á Mesopotamia. Por entonces jeque Ibrahim tuvo

que ir á Damasco á buscar mercancías y dinero de que carecíamos igualmente. Allí trabamos conocimiento con un Beduino de una tribu de las orillas del Eufrates que se habia conservado neutral en el asunto de Nasser. Este Beduino, llamado Gazens el Hamad, habia pasado á Damasco con algunos otros á vender manteca : se obligó á cargar nuestros géneros en sus camellos y á llevarnos á la tienda del Drayhy, pero ah! no debíamos conseguirlo tan fácilmente. Apenas llegamos á Corietain para recoger nuestras mercancías, que habíamos dejado allí depositadas, recibimos la noticia de una victoria de Zaher, hijo del Drayhy, sobre Nasser, victoria que renovó la guerra con doble violencia : todas las tribus se pronunciaron por uno ú otro partido ; la del Salkeh, tribu de nuestro conductor, habia sido atacada por el Drayhy, que llevaba adelante sus triunfos con encarnizamiento, y nadie se atrevia á atravesar el desierto. El señor Lascaris se desesperaba ; no podia ni comer, ni beber, ni dormir ; en fin, exasperado hasta el extremo de verse detenido en sus proyectos, la pegó conmigo. Entonces le dije : « Ya es tiempo de es-
« plicarnos. Si quereis llegar adonde está el
« Drayhy para comerciar, la empresa es insen-
« sata y renuncio á seguirlos : si teneis otros pro-
« yectos y motivos suficientes para esponer la

« vida, decidmelo y me hallareis pronto á sacri-
« ficarme por vos. » — « Pues bien, hijo mio,
« me respondió, voy á confiarme á tí ; sábetes que
« el comercio no es mas que un pretesto para
« ocultar una mision que se me ha dado en Pa-
« rís : estas son mis instrucciones, divididas en
« diez puntos :

- 1º Salir de París para Alepo.
- 2º Buscar en este pueblo un Arabe fiel y tomarle á su servicio en calidad de dragoman.
- 3º Perfeccionarme en su lengua.
- 4º Ir á Palmira.
- 5º Penetrar entre los Beduinos.
- 6º Conocer á todos sus jefes y ganar su amistad.
- 7º Reunirlos á todos en una misma causa.
- 8º Hacerles romper todo pacto con los Osmanlis.
- 9º Reconocer todo el desierto, las paradas, los sitios donde se hallan agua y pastos hasta las fronteras de la India.
- 10º Volver á Europa sano y salvo despues de haber cumplido mi mision.

— « ¿Y luego ? le dije... » — Pero me impuso silencio y me dijo : — « Acuérdate de nuestras
« condiciones ; de todo te iré instruyendo á me-
« dida que vaya siendo necesario. Bástete ahora

« saber que quiero llegar á la tienda del Drayhy
« aunque me cueste la vida. »

Esta media confianza me turbó como era natural y ahuyentó el sueño de mis ojos : hallar dificultades casi insuperables y no entrever mas que muy confusamente las ventajas de mi sacrificio, era situacion harto dura; mas con todo tomé la resolucion de ir hasta el fin, pues me habia obligado á ello, y no pensé mas que en los medios de salir airoso de mi empeño. Mi barba habia crecido : estaba perfectamente versado en el language de los Beduinos, y determiné ir solo y á pié á ver al Drayhy, pues este era el único medio de conseguirlo. Fui á ver á mi amigo Wardi, el que me habia vuelto á la vida metiéndome en el vientre del caballo, y le comuniqué mi proyecto. Despues de haber procurado disuadirme de él, previniéndome que las fatigas serian grandes, que tendria diez dias de penoso camino, que tendríamos que escondernos de dia, que no podríamos llevar con nosotros mas que lo estrictamente necesario, viendo que no podia hacerme retroceder, se obligó á servirme de guia mediante una crecida suma de dinero. Cuando comuniqué mis proyectos al señor Lascaris, me hizo tambien amistosas objeciones sobre los peligros á que me esponia, pero sin embargo vi que en el fondo estaba muy contento de mí.

Arreglamos todos nuestros asuntos, quedé en escribirle por la vuelta de mi conductor apenas llegase adonde estaba el Drayhy, y ya estaba muy entrada la noche cuando nos acostamos. Yo estaba muy agitado y de ello se resintió mi sueño, tanto que desperté al señor Lascaris. Soñaba yo que hallándome en la cima de una escarpada peña, á cuyo pie corria un rápido rio que no podia atravesar, me tendí á la orilla del precipicio, y que de repente un arbol echó raices en mi boca ; que crecia y estendia sus ramos como una tienda de verdura, pero creciendo me desgarraba la garganta, sus raices penetraban en mis entrañas, y el dolor me arrancaba violentos alaridos. Cuando conté mi sueño á jeque Ibrahim, se admiró, y me dijo que era de excelente agüero, y que me anunciaba un gran resultado despues de muchos afanes.

Era preciso que me cubriese de andrajos para no escitar ni las sospechas ni la codicia si llegaban á vernos. Voy á describir mi arreo de camino : — una camisa de algodón muy tosca, toda remendada ; un gombaz sucio y roto, un café muy viejo con un pedazo de lienzo, que fué blanco, por turbante ; una capa de piel de carnero que habia perdido la mitad de su lana, y unos zapatos que á fuerza de piezas y costuras pesaban cuatro libras ; á mas un cintu-

ron de cuero, del que pendia un cuchillo de dos filos; avios de echar yescas, un poco de tabaco y una pipa: me tizné toda la cara, y cuando me presenté con esta facha á jeque Ibrahim para despedirme de él, se echó á llorar y me dijo: «; Dignese el Señor darte fuerzas para llevar á cabo tu generoso intento! Todo lo deberé á tu perseverancia. El Todopoderoso te acompañe y te guarde de todo peligro; ciegue á los malos y te traiga con bien para que yo pueda recom-pensarte!» No pude entonces contener mis lágrimas, pero pronto la conversacion tomó un giro menos triste, y jeque Ibrahim me dijo que si iba á París en aquel equipage, fácilmente podría ganar la vida enseñándome por dinero. Cenamos, y alanochece, me puse en camino. Hasta media noche anduve sin cansarme, pero entonces empezaron á hinchárase los pies, y como los zapatos me hacian daño, me los quité, pero entonces me lastimaban cruelmente los guijarros y las espinas de la planta que pastan los camellos. — Quise volverme á calzar, pero no pude, y aunque con gran trabajo, caminé hasta la mañana. Una pequeña gruta nos ofreció un abrigo para el dia: vendéme los pies, envolviéndolos en un giron que arranqué de mi vestido, y me dormí sin tener fuerzas para tomar ningun alimento. Todavía estaba durmiendo cuando me

llamó mi guia para partir, pero como tenia los pies tan hinchados, y me faltaba el ánimo, quise esperar al dia siguiente. — Mi conductor me echaba en cara mi debilidad: — « Ya sabia yo, me dijo, que erais demasiado delicado para un viage como este: bien os lo anuncié. Es imposible que nos quedemos en este sitio; si pasamos aquí la noche, tendremos que pasar tambien el dia de mañana, se nos acabarán las provisiones y nos moriremos de hambre en el desierto. — Mas vale renunciar á nuestra empresa y volvernos mientras es tiempo todavía. »

Estas palabras me reanimaron y partí: arrastréme á duras penas hasta cerca de media noche, y llegado que hubimos á un llano donde la arena formaba grandes ondulaciones, descansamos allí hasta el amanecer. La primera claridad nos hizo ver á lo lejos dos bultos que nos parecieron camellos: mi guia muy asustado abrió un agujero en la arena para escondernos, y en él nos enterramos hasta el cuello. En esta penosa situacion estábamos con los ojos fijos en los supuestos camellos, cuando hácia el mediodia, exclamó Wardi: « ¡ Loado sea Dios! no son camellos sino ayestruces: » entonces salimos muy contentos de nuestro agujero, y por primera vez desde nuestra partida comí un poco de torta y

bebí una gota de agua. Allí nos quedamos hasta la noche, aguardando el instante de ponernos en camino: como estábamos entonces en medio de los arenales, sufría menos al andar. Pasamos el día siguiente durmiendo: nos hallábamos en frente de Palmira, al mediodía. El amanecer, después de la cuarta noche, nos sorprendió en la orilla de un gran río llamado El Rabib, que corre del mediodía al norte; mi guía se desnudó, me llevó á cuestras hasta la otra margen y volvió á recoger sus vestidos. Quise descansar, pero me dijo que no sería prudente pararse en un sitio donde el río era vadeable, y en efecto, no habíamos caminado media hora, cuando vimos acercarse al río quinientos Beduinos bien montados que iban de levante á poniente. Habiendo encontrado unas matas, allí nos detuvimos hasta el anochecer. — La sexta noche nos llevó á algunas horas del Eufrates, y el séptimo día ya estaba hecho lo mas difícil; si no me hubieran atormentado tanto los pies, hubiera podido olvidar todas mis fatigas en vista del magnífico espectáculo de la salida del sol en las orillas de aquel hermosísimo río. Unos Beduinos hospitalarios, cuyo oficio es hacer pasar de una orilla á otra, nos llevaron á sus tiendas, donde por primera vez comimos muy bien: allí tomamos informes acerca del Drayhy, que se hallaba á tres días de

distancia entre Zaité y Zauer. — Acababa de ajustar la paz con el emir Fahed, imponiéndole un tributo; me hablaron mucho de su talento guerrero y de su formidable valor, de su intención de acabar con Mehanna y Nasser y de volver á su desierto junto á Bassora y Bagdad. Estas noticias eran las que yo mas podía desear, é inmediatamente hice mi plan. — Pedí un guía para llevarme adonde estaba el Drayhy, diciendo á los Beduinos que era un comerciante de Alepo, que tenía un corresponsal en Bagdad que me debía veinticinco mil piastras y que acababa de quebrar; que como la guerra entre los Beduinos había interceptado las comunicaciones, no había tenido mas recurso que ayenturarme solo, é ir á ponerme bajo la protección del Drayhy para llegar á Bagdad donde estaba comprometido todo mi caudal. Aquellos buenos Beduinos hacían votos porque Alá me hiciese recobrar mi dinero, y el mismo Wardi se tomó mas interés en mi viage desde que comprendió toda su importancia. Después de haber pasado el día examinando la tribu Beny-Tay, partimos al día siguiente bien escoltados, y nada interesante nos aconteció en nuestra marcha. El tercer día, al ponerse el sol, vimos las cinco mil tiendas del Drayhy, que cubrían el llano hasta cuanto alcanzaba la vista, rodeadas de camellos, de caballos y de rebaños

que ocultaban el suelo; jamas ví semejante espectáculo de poderío y riqueza. — La tienda del emir, en el centro, tenía ciento sesenta pies de longitud. — Recibióme muy cortesmente, y, sin hacerme ninguna pregunta, me propuso que cenase con él. Despues de cenar, me dijo: — « ¿De donde venis? ¿Adonde vais? » Respondile como habia respondido á los Beduinos del Eufrates: — « Seais bien venido, repuso entonces; « vuestra llegada derrama mil bendiciones. Si « Dios quiere, lograreis vuestro intento; pero con « arreglo á nuestra costumbre, no podemos hablar de negocios hasta despues de conceder tres « dias á la hospitalidad y al descanso. » Díle las gracias y me retiré. — Al dia siguiente despaché á Wardi con una carta para el señor Lascaris.

El Drayhy es hombre de unos cincuenta años, alto y de hermosa presencia, con poca barba y muy blanca: su mirada es altiva; pasa por el mas capaz de todos los caudillos de tribus: tiene dos hijos, Zaer y Sahdoun, ambos casados, y que habitan la misma tienda que él. Su tribu, llamada El Dualla, es numerosa y muy rica. — La casualidad me favoreció maravillosamente desde los primeros dias de mi llegada: el emir necesitaba un secretario; yo me ofrecí á serlo por el pronto, y no tardé en ganar su confianza con mis consejos, y con los informes que podia darle so-

bre las tribus que habia estudiado. Cuando le hablé de mi asunto, manifestó tanto sentimiento de verme partir, que hice como que cedia á sus instancias. — Entonces me dijo: — « Si quereis « quedaros conmigo, sereis como mi hijo: « cuanto digais se hará. » — Aprovechéme de su confianza para instarle á pasar el Eufrates, con el fin de acercarle á jeque Ibrahim, manifestándole lo mucho que podia ganar su influjo sobre las tribus del pais, separándolas de Nasser; representéle los muchos regalos que tendrian que hacerle, el terror que inspiraría á los Osmanlis, y el daño que causaria á sus enemigos consumiéndoles sus pastos. Como aquella era la primera vez que salia del desierto de Bagdad para pasar á Mesopotamia, mis consejos y mis informes le eran muy provechosos y los siguió. La partida ofrecia un espectáculo soberbio; los ginetes iban delante en caballos de raza, las mugeres en *hau-dags* cubiertos de ricas telas, encima de los dromedarios, rodeadas de esclavas negras. Hombres cargados de provisiones recorrían toda la caravana gritando: « ¿Quien tiene hambre? » y distribuyendo pan, dátiles, etc. De tres en tres horas hacíamos alto para tomar café, y por la noche se levantaban las tiendas como por encanto. Seguimos las orillas del Eufrates cuyas transparentes aguas brillaban como plata; yo iba caballero en una

yegua de pura sangre árabe, y todo el viage me pareció como una marcha triunfal que contrastaba grandemente con el que acababa de hacer recorriendo el mismo país, cubierto de harapos y con los pies ensangrentados.

El cuarto día, el emir Zahed nos salió al encuentro con mil ginetes, y hubo toda especie de juegos, á caballo y con la lanza : por la noche, el Drayhy, sus hijos y yo, fuimos á cenar á la tribu de Zahed. — Al día siguiente atravesamos el río y nos acampamos en el territorio de Damasco caminando siempre hácia poniente, y nos acampamos en El Jaffet, en el bajalato de Alepo. Estendióse rápidamente la voz de la llegada del Drayhy y recibió este una carta de Mehanna que empezaba por sus títulos respectivos y proseguía así : « ¡ En nombre del Dios muy misericordioso, « salve! Hemos sabido con sorpresa que habeis « pasado el Eufrates y que os entráis por las « provincias que nos han dejado nuestros proge- « nitores. ¿ Habeis creído que vos solo podriais « devorar el pasto de todos los pájaros? Sabed « que tenemos tantos guerreros que no podemos « conocer su número ; ademas nos sostendrán « los valientes Osmanlís á quienes nada puede « resistir ; por tanto os aconsejamos que os vol- « vais como habeis venido, ó de lo contrario,

« todas las desgracias caerán sobre vos y el ar- « repentimiento llegará tarde. »

Al leer esta carta, ví al Drayhy palidecer de cólera ; sus ojos vibraban llamas. Despues de un momento de silencio : — « Kratib, exclamó con « voz terrible, tomad la pluma y escribid á ese « perro ! »

He aquí su respuesta : — « He leído vuestras « amenazas que no pesan un grano de mostaza. « Yo humillaré vuestra bandera y purificaré la « tierra de vuestra presencia y de la de vuestro « renegado de hijo Nasser. Por lo que hace al « territorio que reclamais, el sable decidirá esta « cuestion : pronto me pondré en camino para « esterminaros. Apresuraos, la guerra está de- « clarada. »

Entonces dirigiéndome al Drayhy : — « Tengo « un consejo que daros, le dije ; sois extranjero « aquí, y no sabeis qué partido tomarán las tribus « del país. Mehanna cuenta con el afecto de los « Beduinos y el apoyo de los Turcos, y vos vais á « emprender la guerra sin conocer el número de « vuestros enemigos. Si sufris una primera der- « rota, todos se coligarán contra vos y no ten- « dreis fuerzas para resistir, con que así lo que « teneis que hacer es enviar mensajes á los jeques « de las cercanias para anunciarles que venís á « destruir las tiendas de Melkghem, para liber-

« tarlas del yugo de los Osmanlis y pedirles que
 « se pronuncien. Conociendo así vuestras fuer-
 « zas, podreis compararlas con las suyas y obrar
 « en consecuencia. » — « Verdaderamente sois
 « hombre de buen consejo, » respondió el Drayhy
 encantado de mi idea. — « Yo no soy nada por
 « mí mismo, repuse, y si algo sé es gracias á mi
 « patron, hombre lleno de sabiduría y de espe-
 « riencia, muy versado en los negocios, y el único
 « capaz de daros consejos. Quedariais encantado
 « de él si le conocierais : estoy seguro de que si
 « estuviera á vuestro lado, con ayuda de su sa-
 « gacidad, llegaríais á ser el gefe de todos los
 « Beduinos. » — « Ahora mismo voy á enviar cien
 « ginetes á buscarle, » repuso al punto el Drayhy.
 « — Todavía estamos muy lejos, le dije : el viage
 « sería demasiado dificultoso ; cuando estemos
 « mas cerca de Corietain, yo os le haré conocer. »

Temiendo por jeque Ibrahim algun mal en-
 cuentro, queria yo estar junto á él para condu-
 cirle, pues le tenia tanto cariño que me hubiera
 sacrificado mil veces por servirle.

Volvamos ahora á nuestro consejo de guerra.
 El Drayhy me dió una lista para escribir á diez
 de los principales jeques de las tribus : he aquí
 el tenor de su carta : — « He dejado mi pais por
 « venir á libertaros de la tiranía de Nasser, que
 « quiere subyugaros con la fuerza de los Turcos,

« cambiar vuestros usos y someteros á los Os-
 « manlis. Yo vengo á declararle la guerra ; decid
 « con franqueza si estais por él ó por mí, y que
 « los que quieran ayudarme, vengan á reunirse
 « conmigo. — ; Salve ! »

Despues de despachar diez caballeros con es-
 tas cartas, al dia siguiente avanzamos hasta el
 vasto y hermoso territorio de Chaumeric, á
 treinta horas de Hama. Despues de una breve
 ausencia, volvieron nuestros mensajeros : el
 emir Douhy y el jeque Sellame respondieron
 que se conservarian neutrales ; el jeque Cassem,
 deudo de Mehanna, se declaró por él ; las otras
 siete tribus vinieron á acamparse al rededor
 nuestro, prometiendo sus jeques al Drayhy di-
 vidir con él sus peligros hasta la muerte. Por
 nuestros espías supimos que Mehanna atemori-
 zado habia enviado á Nasser á Hama, para pedir
 socorros á los Osmanlis. El Drayhy reunió in-
 mediatamente su ejército, compuesto de ocho
 mil hombres, seis mil caballos y mil *deloulmar-*
doufs, es decir, mil camellos, montados cada uno
 por dos hombres armados con fusiles de mecha,
 y partió el cuarto dia, dejando orden á las otras
 tribus de que le siguiesen dentro de dos dias, á
 fin de escitar mas el valor de los guerreros en el
 combate con la proximidad de sus mugeres y de
 sus hijos. Quédeme con estos últimos y fuimos á

acamparnos en El Jamié, á una hora de la tribu El Hassné, y á dos jornadas de Hama. Al quinto dia el Drayhy nos anunció que habia alcanzado una gran victoria, y poco despues llegaron los camellos, carneros, caballos, armas y demas botin cogido al enemigo. Los hombres que se habian quedado en las tiendas guardando el bagage, salieron al encuentro de los vencedores á pedir la parte de botin á que tienen derecho y pronto vimos llegar el ejército triunfante.

El Drayhy habia sorprendido á Mehanna algo de improviso, durante la ausencia de Nasser, pero como la tribu de Hassné lanzó su clamor de guerra, los combatientes se hallaron casi iguales en número, y la batalla duró hasta la noche. Nuestros guerreros, despues de haber perdido veintidos de los suyos y de haber hecho perder doble número al enemigo, se habian apoderado de sus ganados: Zaher cogió la yegua de Farés, hijo de Mehanna, lo que es entre los Beduinos gloriosísima hazaña.

Despues de su derrota, pasó Mehanna el Oronte, al norte de Hama, y fué á acamparse junto á Homs, para esperar á los Osmanlís y volver con ellos á tomar su revancha. Efectivamente, al quinto dia, acudieron los pastores gritando que los Turcos, conducidos por Nasser, se habian apoderado de los rebaños: al punto todos nues-

tros guerreros se lanzan en su seguimiento, los alcanzan, y les dan una batalla mas terrible que la primera, durante la cual el enemigo hizo pasar á su campamento una gran parte de nuestros ganados. La victoria quedó por los nuestros, que cogieron numerosos despojos á los Turcos, pero la pérdida de nuestros rebaños era considerable. Solo perdimos doce hombres, entre los cuales se hallaba el sobrino del Drayhy, Alí, cuya muerte fue universalmente llorada. Su tio pasó tres dias sin comer, y juró por el Dios todopoderoso que daria muerte á Nasser, para vengar la de Alí.

Diariamente se repetian los ataques; los Osmanlís de Damasco, de Homs y de Hama estaban consternados y procuraban reunir á todos los Arabes del Horan y de la Idumea. Llegaron varias tribus del desierto, unas para reforzar al Drayhy, y otras á Mehanna. Ninguna caravana podia pasar de un pueblo á otro: en casi todas las refriegas, el Drayhy sacaba la mejor parte. Un dia, por una coincidencia singular, Farés nos arrebató ciento veinte camellos que estaban pastando á dos leguas de las tiendas, mientras que en el mismo instante Zaher les arrebatava igual número de los suyos: esta espedicion simultanea fué causa de que ni uno ni otro fue perseguido, y así pudieron ambos llevarse su presa; pero

aquella guerra de represalias, de botin y de rebaños debia tomar en breve un caracter de ferocidad y esterminio. Dieron la señal de esta terrible mudanza los Turcos Dallatis, al miando de Nasser, que, habiendo arrebatado á la tribu Beny Kraleb dos matronas y una doncella, se las llevaron á la aldea Zany el Abedin; Nasser entregó las matronas á los soldados, y dió al agá la doncella que, en mitad de la noche, vengó su honor dando de puñaladas al Turco dormido. Su vigoroso brazo le traspasó el corazon dejándole muerto en el acto; luego, saliendo cautelosamente, se volvió á su tribu, y por todas partes difundió la indignacion contra los Beduinos que juraron morir ó dar muerte á Nasser, y llenar jarros con su sangre para distribuírselos á las tribus en memoria de su venganza.

No tardó mucho en llegar el castigo: habiéndose trabado una refriega entre una partida al mando de Zaher y otra al de Nasser, estos dos caudillos, que se aborrecian, se arremetieron uno á otro con el mayor encarnizamiento, quedando los Beduinos de ambos bandos meros espectadores de aquel combate entre dos guerreros iguales en denuedo y destreza. Larga y terrible fué la lid; al cabo Nasser, rendido de cansancio su caballo, no pudo esquivar una lanzada de Zaher que le atravesó de parte á parte con lo que

cayó exánime; sus ginetes huyen ó entregan sus caballos¹. Zaher dividió en trozos el cuerpo de Nasser, le metió en una *cufa*² y le envió al campamento de Mehanna por medio de un prisionero á quien cortó las narices: — en seguida se volvió á su tribu, contentísimo de su venganza.

Envió Mehanna á pedir socorro á los Beduinos de Chamma (Samarcandia), de Negdde y á los Wahabi, quienes prometieron acudir en el año siguiente, pues ya habia llegado la ocasion de retirarse hácia el Oriente. Como estábamos acampados muy cerca de Corietain, propuse ir á buscar á Jeque Ibrahim, á lo que accedió gustoso el Drayhy, y para ello me dió una buena escolta. No puedo pintar el placer que tuve en volver á ver al señor Lascaris, que por su parte me recibió con los brazos abiertos: yo le queria como á un padre, pues nunca conocí al mio, que perdí siendo muy niño. Emplé la noche en contarle cuanto habia pasado: al dia siguiente, despidiéndonos de nuestros amigos, el cura Moussi y el jeque Selim, me llevé á Jeque Ibrahim que fué recibido por el Drayhy con los mayores agasajos: el dia de nuestra llegada nos dió un gran

¹ Cuando un Beduino abandona voluntariamente su caballo al enemigo, este no puede matarle ni hacerle prisionero.

² Especie de canasto de junco

festin de carne de camello, que me pareció menos mala que la primera vez, pues ya empezaba yo á acostumbrarme á los alimentos de los Beduinos. Los camellos destinados para la matanza son blancos como la nieve, y nunca los cargan ni los fatigan; su carne es roja y muy crasa; las camellas tienen mucha leche; los Beduinos la beben continuamente y dan el sobrante á sus caballos de raza, á quienes esta bebida fortifica mucho: así consumen toda la leche porque no sirve para hacer manteca. Al fin acabamos por hallarla mas sabrosa que la de cabra ó de oveja.

Un ataque de los Wahabi, á poco de la llegada del señor Lascarís, hizo perder al Drayhy algunos ginetes y muchas cabezas de ganado. Al día siguiente, Jeque Ibrahim me llamó aparte y me dijo: -- « Estoy contento del Drayhy: este es seguramente el hombre que necesito; pero es indispensable que llegue á ser el jefe general de todos los Beduinos, desde Alepo hasta las fronteras de la India; á tí te toca negociar este asunto por amistad, por amenazas ó por astucia, pues es preciso que se lleve á cabo. »

— « Dificil encargo me dais, le dije; cada tribu tiene su jefe: los Beduinos son enemigos de la dependencia, y nunca se han sometido á ningun yugo; temo, si os empeñais en seme-

« jante negociacion, que os suceda algun percance. »

— « Pues ello es absolutamente preciso, repuso el señor Lascarís, con que, usa aquí de toda tu capacidad; sin eso nada podremos conseguir. »

Mucho tiempo discurrí en los medios de entablar esta negociacion. El primer punto era inspirar á los Beduinos una alta idea de Jeque Ibrahim, y para conseguirlo, como son supersticiosos y crédulos con exceso, preparamos algunos experimentos químicos con fósforo y pólvora, esperando dejarlos pasmados. Efectivamente, por la noche, cuando los principales de la tribu estuvieron reunidos bajo la tienda del Drayhy, Jeque Ibrahim, con ademan majestuoso y suma destreza, produjo efectos que los dejaron estupefactos: desde entonces fué para ellos un hechicero, un mago ó, mas bien, una divinidad.

Al día siguiente me llamó el Drayhy y me dijo: — ¡Oh Abdalla! « tu patron es un Dios. » — No, le respondí, no es mas que un profeta; lo que habeis visto ayer no es nada en comparacion del poder que ha adquirido con su profunda sabiduria; es un hombre único en este siglo. Sabed que, si él se empeña, es capaz de haceros rey de todos los Beduinos: ha reconocido que el cometa que se apareció hace algun tiem-

« po era vuestra estrella, que es superior á las
 « de todos los Arabes, y que si seguís en un
 « todo sus consejos, llegareis á ser poderosísi-
 « mo. » — Esta idea le agradó sobre toda pon-
 deracion : el deseo del mando y de la gloria se
 despertó con vehemencia en su alma y, por una
 coincidencia verdaderamente extraordinaria, yo
 habia adivinado el objeto de su supersticion,
 pues exclamó apenas hube acabado : « ¡ Oh Ab-
 « dalla! veo que dices la verdad y que tu patron
 « es realmente un profeta; yo tuve un sueño
 « hace algun tiempo en el que un reguero de
 « fuego, desprendido de un cometa, cayó sobre
 « mi tienda y la consumió, y tomé aquel fuego
 « en mi mano y no me quemó. Aquel cometa era
 « seguramente mi estrella. » — Entonces llaman-
 do á su muger, le dijo que me repitiese ella mis-
 ma aquel sueño cual él se le habia contado al
 despertarse. Aprovechéme de aquella circunstan-
 cia para dejar mas y mas asentada la superioridad
 de Jeque Ibrahim, y el Drayhy me prometió
 seguir en lo sucesivo todos sus consejos. El se-
 ñor Lascaris, encantado de estos felices princi-
 pios, eligió entre sus mercancías un bellissimo
 regalo para el Drayhy, que lo aceptó con el ma-
 yor placer, y vió en él la prueba de que no le
 hacíamos la corte con la mira de enriquecernos.
 Desde entonces nos hizo comer con su muger y

sus nueras en el interior de la tienda, en vez de
 comer en el *rabha* con los forasteros. Su muger,
 descendiente de una gran familia y hermana de
 un ministro de Ebn Sihoud, se llama Sugar, y
 goza de una alta reputacion de valor y generosi-
 dad.

Mientras establecíamos nuestra influencia so-
 bre el Drayhy, un enemigo subalterno trabajaba
 en la sombra en echar por tierra nuestras espe-
 ranzas y perdernos. En cada tribu hay un buho-
 nero que vende á las mugeres géneros que trae de
 Damasco; el de la tribu, llamado Absi, ocupaba
 ademas el empleo de amanuense del Drayhy, pe-
 ro desde que nosotros llegamos, perdió juntamen-
 te su empleo y sus parroquianos, por lo que natu-
 ralmente nos cobró mucho rencor y procuró por
 todos los medios posibles calumniarnos en el con-
 cepto de los Beduinos, empezando por las muge-
 res, á quienes persuadia que éramos unos mági-
 cos, que queríamos llevarnos á las doncellas á un
 pais lejano, y echar un sortilegio á las casadas
 para que no tuviesen mas hijos; que de este mo-
 do se acabaria la raza de los Beduinos, y los
 Francos irian á conquistar y tomar posesion del
 pais. Pronto vimos el efecto de sus calumnias,
 sin conocer la causa; las doncellas huian cuando
 nos acercábamos; las casadas nos decian de-
 nuestos; las viejas se propasaban hasta el punto

de amenazarnos : entre aquellos pueblos ignorantes y crédulos, donde las mugeres tienen sumo crédito, el peligro era inminente para nosotros. Al cabo descubrimos los amaños de Absi, y se los declaramos al Drayhy, que quiso darle muerte inmediatamente, y no poco trabajo nos costó obtener que solo se le echaria de la tribu, con lo que no logramos mas que estender á otro punto su encono contra nosotros. Una aldea, llamada Mohadan, tributaria en otro tiempo de Mehanna, habia llegado á serlo del Drayhy desde sus últimas victorias, y habiendo este enviado á pedir á dicho pueblo mil piastras que le debía, los vecinos, á instigacion de Absi, maltrataron al mensajero del emir, quien tomó venganza de aquel desafuero arrebatándoles sus ganados. Persuadió Absi á los gefes del pueblo que fuesen con él á Damasco á declarar al Capidji Bashi que dos espías francos se habian apoderado de la confianza del Drayhy, le hacian cometer todo linage de injusticias y procuraban apartar á los Beduinos de su alianza con los Osmanlís. Esta delacion fué llevada á oídos del visir Soliman Bajá, que envió un *chokredar* al Drayhy con una carta amenazadora que acababa por mandarle que entregase los dos infieles á aquel enviado, quien los llevaria maniatados á Damasco donde serian ajusticiados para escarmiento.

Furioso el Drayhy de la insolencia de aquella carta, dijo al ministro musulman : — « Por el que creó el cielo y la tierra, que sino estuyerais bajo mi tienda os cortaria la cabeza y la ataria á la cola de mi caballo, que llevaria así mi respuesta al visir. En cuanto á los dos estrangeros que están conmigo, no los entregaré sino con la vida : si los quiere, que venga á quitármelos por fuerza de armas. »

Llamé entonces aparte al Drayhy y le rogué que se calmara y me dejase arreglar aquel asunto.

Yo sabia que el señor Lascaris tenia relaciones de amistad con Soliman-Bajá, y que una carta suya produciria un efecto á que no se esperaba el Drayhy. El señor Lascaris, mientras estuvo con la expedicion francesa en Egipto, se casó con una Georgiana, llevada por las mugeres de Murad Bey, que resultó ser sobrina de Soliman Bajá : con el tiempo tuvo ocasion de ir á Acre, su muger se hizo reconocer por pariente del bajá, y este la colmó de atenciones y de regalos, igualmente que á su marido.

Escribió pues el señor Lascaris á Soliman Bajá, esplicóle que los supuestos espías eran él y su dragoman Fatalla Sayeghir ; que cuanto le habian dicho contra el Drayhy era falso, y que era,

por el contrario, muy del interés de la Puerta tenerle por amigo y favorecer su preponderancia sobre los demas Beduinos. El *chokredar*, que temblaba por su vida, se dió prisa á llevar esta carta á Damaseo, y volvió dos dias despues con una respuesta de las mas amables para Jeque Ibrahim, y una segunda carta para el Drayhy, cuyo contenido era el siguiente: despues de muchos cumplimientos al emir, añade: « Hemos recibido una carta de nuestro querido amigo el gran Jeque Ibrahim que destruye las calumnias de vuestros enemigos y da los mejores testimonios de vos. Vuestra sagacidad nos es notoria; en lo sucesivo, os autorizamos á mandar en el desierto á vuestro arbitrio. No recibireis de nuestra parte mas que proceder de amigo; os consideramos mas que á vuestros iguales y os recomendamos nuestros muy amados Jeque Ibrahim y Abdalla. Su contento acrecentará nuestra amistad hácia vos, etc. » El Drayhy y los otros gefes se admiraron mucho del gran crédito del Jeque Ibrahim sobre el bajá, y este incidente llevó al estremo su consideracion hácia nosotros.

Ya he dicho que al Drayhy le llamaban por sobrenombre el esterminador de los Turcos: pregunté el origen de esta calificacion y he aquí lo que me contó el jeque Abdalla. Un dia, ha-

biendo robado el Drayhy una caravana que iba de Damasco á Bagdad, el bajá sumamente irritado, pero no atreviéndose á vengarse abiertamente, disimuló segun la costumbre de los Turcos, y le instó, con lisongeras promesas, á ir á Bagdad. El Drayhy, franco y leal, no sospechando ninguna traicion, fué á ver al bajá con su ordinario séquito de diez hombres, é inmediatamente le cogieron, le ataron, le sepultaron en un calabozo y le amenazaron con cortarle la cabeza si no daba, por su rescate, mil bolsas (un millon de piastras), cinco mil carneros, veinte yeguas de raza kahillan y veinte dromedarios. Dejó el Drayhy sus hijos en rehenes, fué á buscar aquel enorme rescate, y apenas le hubo pagado, no pensó mas que en la venganza. Saquéo las caravanas y los pueblos y prontola ciudad de Bagdad se halló bloqueada. Reunió entonces el bajá sus tropas y salió con un ejército de 50,000 hombres y alguna artillería contra el Drayhy que, apoyado por algunas tribus aliadas, sostuvo la batalla por espacio de tres dias seguidos; pero viendo este que no alcanzaba ninguna ventaja decisiva, se retiró de noche en silencio, flanqueó el ejército del bajá, y colocándose entre él y Bagdad, le atacó de improviso por muchos puntos á la vez. Sorprendido de noche por el lado donde se hallaba sin defensa, apoderóse el ter-

ror del campo enemigo; desbándose el ejército Osmanlí y el Drayhy hizo en él gran carnicería, apoderándose además de un inmenso botín; el bajá solo se escapó á duras penas y se encerró en Bagdad. Tal espanto inspiró esta proeza á los habitantes que, aun despues de la paz, su nombre siguió siendo un objeto de temor para ellos. Otros muchos triunfos del Drayhy me contó Abdalla, y acabó diciéndome que le gustaban mucho la grandeza y las dificultades, y quería someterlo todo á su dominio.

Estas eran cabalmente las cualidades que Jeque Ibrahim queria hallar en él, por lo cual se afianzó mas y mas en su proyecto de hacerle dueño de todas las otras tribus; pero los Wahabi eran para él terribles adversarios que, pocos dias despues, cayeron sobre la tribu de Would Alí y se estendieron por el desierto para obligar á todos los Beduinos á pagarles un diezmo. Atemorizadas por la proximidad de aquellos formidables guerreros, varias tribus iban á someterse, cuando Jeque Ibrahim persuadió al Drayhy que su honor estaba empeñado en salir á campaña y declararse protector de los oprimidos. Alentadas por su ejemplo, todas las tribus, escepto las de El Hasenné y de Beni-Sakrer, hicieron alianza con él para resistir á los Wahabi. Salió el Drayhy con un ejército de cinco mil ginetes y de dos

mil *mardouffs*, y en diez dias no recibimos noticias suyas, con lo que estaba el campamento en suma inquietud, y aun empezaban á manifestarse síntomas de gran descontento contra nosotros, los instigadores de aquella peligrosa expedicion: probablemente hubiéramos pagado con la vida nuestra temeridad si hubiera durado mas tiempo la incertidumbre. El oncenno dia á las doce, llegó un ginete á rienda suelta, tremolando su faja blanca en la punta de su lanza y gritando:—« Dios nos ha dado la victoria. » Jeque Ibrahim hizo magníficos regalos al portador de aquella feliz nueva, que venia á sacar á la tribu de una angustia mortal, y á nosotros de un gran peligro; todas las mugeres imitaron su ejemplo, cada cual segun sus facultades, y luego se entregaron á bulliciosos regocijos. Clamores y danzas al rededor de las hogueras encendidas por doquiera; matanzas de reses y preparativos de festines para recibir á los guerreros, ponian al campamento en insólita agitacion, y todo aquel movimiento, ejecutado por mugeres, ofrecia el aspecto mas original que puede imaginarse. Al anoche, todos salieron al encuentro del ejército victorioso, cuya polvareda se veia alzarse á lo lejos. Apenas le encontramos, redoblaron los gritos; justas, carreras y todas las manifestaciones de júbilo posibles le acompañaron hasta el campa-

mento. Despues de la comida, nos hicimos contar las proezas de los guerreros.

Mandaba á los Wahabi un tremendo negro, medio salvage, llamado Abó-Nocta. Cuando se prepara al combate, quitase el turbante y las botas, se arremanga los brazos hasta los hombros, y deja casi desnudo su cuerpo que es de un tamaño y de una fuerza muscular prodigiosos; tiene la cara casi cubierta por una larga y crespa cabellera y una barba que nunca se ha afeitado; sus ojos llameantes bajo aquel velo y todo su velludo cuerpo hacen tan estraño como espantoso su aspecto. Alcanzóle el Drayhy á tres dias de Palmira, en un terreno llamado Heroualma: el combate fué muy encarnizado por ambas partes, pero acabó con la fuga de Abó-Nocta que partió para el pais de Neggde dejando doscientos de los suyos en el campo de batalla. El Drayhy hizo buscar entre los despojos todo lo que habia sido robado á la tribu Would-Ali, y se lo devolvió, acto de generosidad que le concilió mas y mas el afecto de las otras tribus, que diariamente acudian á ponerse bajo su proteccion. Por todas partes cundió la fama de aquella victoria alcanzada sobre el terrible Abó Nocta: Soliman Bajá envió al vencedor una pelliza de honor y un magnífico sable. Poco despues de aquella batalla fuimos á acamparnos en la frontera del Horan.

Llegó un dia á ver al Drayhy un *mollah* turco, con el ancho turbante verde que distingue á los descendientes de Mahoma, un ropon blanco rozagante, los ojos tiznados y una barba inmensa; llevaba varias sartas de rosarios y el tintero en forma de puñal en el cinto. Iba montado en un burro y llevaba una flecha en la mano; el objeto de su venida era fanatizar á los Beduinos y escitar en ellos un gran celo por la religion del profeta, con el fin de adherirlos á la causa de los Turcos. Los Beduinos son estremadamente sencillos y francos; no comprenden las diferencias de religion, y no llevan á bien que les hablen de estas materias: son deistas, invocan la proteccion de Dios en todas las circunstancias de la vida, y le atribuyen sus triunfos ó sus reveses con humilde sumision, pero no tienen ninguna ceremonia obligatoria de culto, y no se pronuncian entre las sectas de Omar y de Alí que dividen á los Orientales. Nunca nos preguntaron cual era nuestra religion; cuando les dijimos que éramos cristianos, nos respondieron: — « Todos los hombres son las criaturas de Dios, y son iguales delante de él; nadie debe informarse de la creencia de los demas. » Esta discrecion de su parte convenia mas á nuestros proyectos que el fanatismo de los Turcos; así fué que la llegada del *mollah* dió alguna inquietud á Jeque Ibra-

him, que pasó á la tienda del Drayhy, donde halló ya entablada la conferencia, ó mas bien empezada la predicacion, predicacion que los jefes escuchaban con ademan descontento. Como, al llegar nosotros, se levantaron para saludarnos, el *mollah* preguntó quienes éramos, y cuando supo que éramos cristianos: — « Está prohibido, dijo, por las leyes de Dios, levantarse para infieles; todos sereis malditos por tener comercio con ellos; vuestras mugeres serán ilegítimas y vuestros hijos serán bastardos. Asi lo decretó nuestro señor Mahoma, cuyo nombre veneran los siglos. »

Sin esperar el fin de su discurso, levántase furioso el Drayhy, le coge por la barba, le tira al suelo y desenvaina su sable; Jeque Ibrahim se precipita á él, le detiene el brazo, rogándole que se modere, y al fin el emir consiente en cortarle la barba en vez de la cabeza y le echa ignominiosamente.

Atacó el Drayhy á la tribu de Beni-Sakrer, la única que todavía se le oponia en el pais, y la batió completamente.

Llegado que hubo el otoño, empezamos á volver hácia el levante. Al acercarnos á Homs, envió el gobernador al Drayhy cuarenta camellos cargados de trigo, diez *machlas* y una pelliza de honor. Un dia Jeque Ibrahim me llamó á un la-

do y me dijo: — « Vamos al desierto y se nos han acabado las mercancías: ¿ qué haremos? » — « Dadme vuestras órdenes, le respondí. Iré en secreto á Alepo á buscar lo que nos haga falta, y me comprometo á no hacerme conocer ni aun de mi familia. » Convenimos en que me reuniría con la tribu en Zour, y fuí á Alepo, donde me hospedé en un khan poco frecuentado y distante de todas mis relaciones. Envié á un extranjero á cobrar quinientos talaris en casa del corresponsal del señor Lascaris, lo que era un exceso de precaucion, porque con mi larga barba, mi vestido y mi lenguaje beduinos, ningun riesgo corria de ser conocido, de lo cual me convencí yendo á comprar yo mismo las mercancías al bazar; en él encontré á varios amigos míos, y me divertí en tratarlos con grosería; pero á aquellos momentos de alegres bromas sucedieron otros harto amargos. Continuamente pasaba yo y repasaba por delante de la puerta de mi casa, esperando ver á mi hermano ó á mi pobre madre: mis deseos de ver á esta última sobre todo, eran tan vivos, que veinte veces estuve á punto de quebrantar mi palabra, pero la conviccion de que no me permitiria volver con el señor Lascaris fortificaba mi valor, y al cabo de seis dias tuve que arrancarme de Alepo sin haber obtenido noticia alguna de mis parientes.

Reunime con la tribu en las orillas del Eufra-
tes en frente de Daival-Chahar, donde todavía
existen hermosas ruinas de una antigua ciudad.
Hallé á los Beduinos ocupados, antes de atrave-
sar el rio, en vender reses ó en cambiarlas por
mercancías con los buhoneros de Alepo. Los
Beduinos no tienen ninguna idea del valor del
metálico, ni quieren recibir oro en pago, por no
conocer mas que los *talari*s de plata : prefieren
pagar demasiado ó no recibir bastante á contar
por quebrados, y los mercaderes, que conocen
esta mania, abusan de ella con mucha maña.
Ademas de los trueques, la tribu vendió por va-
lor de 25,000 talaris, y cada cual metió su dine-
ro en un costal de harina para que no sonase al
cargar y descargar.

Al pasar el Eufrates ocurrió un suceso trágico,
y fué que la corriente se llevó á una muger y dos
niños montados en un camello, sin que fuese
posible socorrerlos. Hallamos la Mesopotamia
cubierta de tribus de Bassora y de Bagdad; to-
dos los dias venian sus jefes á cumplimentar al
Drayhy por su victoria y á hacer conocimiento
con nosotros, porque la fama de Jeque Ibrahim
había llegado á su noticia, y le agradecian el ha-
ber aconsejado la guerra contra los Wahabi,
cuya codicia y rapiñas les eran insoportables.
Su rey, Ebn Sihoud, tenia la costumbre de enviar

un *mezakie* á contar los rebaños de cada indivi-
duo, y á recaudar el diezmo, cuidando siempre
de llevarse lo mejor; luego hacia registrar las
tiendas desde la del jeque hasta la del último
infeliz para hallar el dinero escondido del que
tambien pretendia el diezmo : era sobretodo
odioso á los Beduinos, porque, fanático hasta el
extremo, exigia las abluciones y las oraciones
cinco veces al dia y castigaba de muerte á los in-
fractores. Cuando habia obligado á una tribu á
hacer la guerra por él, lejos de repartir con ella
las ganancias y las pérdidas, se apoderaba del
botin y no dejaba á sus aliados mas que los
muertos que llorar : así fué como poco á poco
los Beduinos iban siendo esclavos de los Waha-
bi, por falta de un jefe capaz de hacer frente á
Ebn-Sihoud.

Acampámonos en un terreno llamado Nain El
Raz, á tres jornadas del Eufrates, donde el emir
Farés El Harba, jefe de la tribu El Harba del ter-
ritorio de Bassora vino á hacer alianza ofensiva y
defensiva con el Drayhy. Cuando dos jefes tienen
que tratar de algun negocio importante, salen
del campamento y tienen su conferencia en un
sitio apartado, que es lo que se llama *dahra*,
asamblea secreta. Jeque Ibrahim, habiendo sido
llamado al *dahra*, manifestó alguna desconfianza
de Farés, temiendo que fuese el espia de los

Wahabi. — El Drayhy le dijo : — « Vos juzgais á « los Beduinos como á los Osmanlís ; sabed que « el caracter de ambos pueblos es enteramente « opuesto. La traicion no es conocida entre no- « sotros. » Despues de esta declaracion, todos los jeques presentes al consejo se dieron mutuamente su palabra. — Jeque Ibrahim se aprovechó de aquella disposicion de los ánimos para proponerles ajustar un tratado por escrito, que seria firmado y sellado por todos los que sucesivamente quisiesen entrar en la alianza contra Ebn Sihoud, lo que era dar un gran paso en el interés de Jeque Ibrahim, y en consecuencia redacté el empeño en estos términos :

« En el nombre del Dios de misericordia que « con su fuerza nos ayudará contra los traidores. « — Le damos gracias por todos sus beneficios ; « le damos gracias por habernos hecho conocer « el bien y el mal, por habernos hecho amar la « libertad y aborrecer la esclavitud ; reconoce- « mos que es el Dios todopoderoso y único y que « él solo debe ser adorado.

« Declaramos que nos hemos reunido por « nuestra propia voluntad y sin ningun apremio ; « que todos estamos sanos de cuerpo y de espí- « ritu, y que hemos resuelto por unanimidad se- « guir los consejos de Jeque Ibrahim y de Abda-

- « lla El Kratib en el interes de nuestra prospe-
- « ridad, de nuestra gloria y de nuestra libertad.
- « Los artículos de nuestro tratado son :
- « 1º Separarnos de los Osmanlís ;
- « 2º Hacer una guerra á muerte á los Wahabi ;
- « 3º No hablar nunca de religion ;
- « 4º Obedecer á las órdenes dadas por nuestro hermano el gran Drayhy Ebn Chahllan ;
- « 5º Obligar á todo Jeque á responder de su tri- bu, y á guardar el secreto sobre este convenio ;
- « 6º Reunirnos contra las tribus que no subs- criban á él ;
- « 7º Acudir todos en auxilio de los que firmen el presente tratado y reunirnos contra sus ene- migos ;
- « 8º Castigar de muerte á los que infrinjan la alianza ;
- « 9º No dar oidos á ninguna calumnia contra Jeque Ibrahim y Abdalla.
- « Nosotros los infrascriptos aceptamos todos los artículos de este tratado, y los sos tendremos en nombre del Dios todopoderoso y de sus profetas Mahoma y Alí, declarando por la presente que estamos decididos á vivir y morir en esta union. »

FECHADO, FIRMADO, SELLADO.

Hecho el 12 de noviembre de 1844.

Todos los presentes aprobaron y firmaron.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1825 MONTANREY, MEXICO

Poco tiempo despues, estando acampado en la hermosa y vasta llanura de El Rané, el Drayhy envió correos á las otras tribus para invitarlas á firmar este tratado : varios jefes vinieron á poner en él sus sellos, y los que no los tenian hicieron en él una señal con el dedo. Entre aquellos jefes, me llamó la atencion un mancebo que, desde la edad de 43 años gobernaba la tribu El Ollama : los que la componen son muy superiores á los otros Beduinos : cultivan la poesia y son en general instruidos y muy elocuentes. Aquel joven jefe nos contó el origen de su tribu.

Un beduino de Bagdad gozaba de gran reputacion de sagacidad. Un dia fué un hombre á verle y le dijo : « Hace cuatro dias que ha desaparecido mi muger y que la estoy buscando en vano ; tengo tres hijos que lloran, estoy desesperado y vengo á rogaros que me ayudeis con vuestros consejos. » Aliaony consuela á aquel desgraciado, le escita á quedarse con sus hijos y le promete buscar á su muger y llevarla muerta ó viva. Despues de tomar los mas prolijos informes, averigua que aquella muger era muy hermosa ; él tenia un hijo muy libertino y que tambien estaba ausente hacia pocos dias ; la sospecha atraviesa su mente como un relámpago ; monta en un dromedario y recorre el desierto. Ve á lo lejos unas águilas reunidas,

acude, y halla en la entrada de una gruta el cadaver de una muger. Examina los sitios y ve las pisadas de un camello ; halla á sus pies una parte de los flecos de unas alforjas, coge este mudo testigo y se vuelve atras. De vuelta en su tienda, ve llegar á su hijo, en cuyas alforjas desgarradas faltan los fatales flecos. Reprendido á speramente por su padre, el joven confiesa su crimen : Aliaony le corta la cabeza, envia á buscar al marido y le dice : « Mi hijo es quien ha dado muerte á vuestra muger ; lo he castigado y ya estais vengado : tengo una hija y os la doy en matrimonio. » Este rasgo de bárbara justicia aumentó la fama de Aliaony, que fué elegido gefe de su tribu, y de su nombre se formó el de El Ollama, que significa sabio, denominacion que la tribu continua justificando.

A medida que avanzábamos hácia Bagdad, nuestro tratado se cubria diariamente de nuevas firmas.

Cuando salimos de El Rané fuimos á acamparnos en Ain El Oussada, junto al rio El Cabour. Durante nuestra residencia en este punto, un correo despachado al jeque Giaudal, gefe de la tribu El Wualdi, habiendo sido muy mal recibido, volvió portador de palabras ofensivas para el Drayhy. Sus hijos querian tomar venganza inmediatamente, pero á ello se opuso jeque Ibra-

him, haciéndoles presente que siempre estarían á tiempo para hacer la guerra, y que era preciso antes tentar la via de la persuasion. Propuse al emir ir yo mismo á buscar á Giaudal para esplicarle el caso, y aunque empezó por negarse á ello, al cabo cedió á mis argumentos y partí acompañado de dos Beduinos. Giaudal me recibió con enojo, y cuando supo quien yo era me dijo: — « Si os hubiera encontrado en cualquiera parte que no fuera en mi tienda, no hubierais vuelto á comer pan; agradeced á nuestros usos que me prohiben daros muerte. » — « Las palabras no matan al hombre, le respondí; soy vuestro amigo, no deseo mas que vuestro bien y vengo á pedir os una conferencia secreta. Si lo que tengo que deciros no os satisface, me volveré sin tardanza. » Viéndome tan sereno, se puso en pie, llamó á su hijo mayor, y me llevó fuera de las tiendas; sentámonos en el suelo en corro y empecé en estos términos:

« ¿Qué preferís, la esclavitud ó la libertad? —

« ¡ La libertad sin duda!

« ¿ La union ó la discordia? — ¡ La union!

« La grandeza ó la humillacion? — ¡ La grandeza!

« ¿ La pobreza ó la riqueza? — ¡ La riqueza!

« ¿ La derrota ó la victoria? — ¡ La victoria!

« ¿ El bien ó el mal? — ¡ El bien!

« Nuestro objeto es proporcionaros todas esas ventajas; queremos libertaros de la esclavitud de los Wahabi y de la tiranía de los Osmanlis, reuniéndonos todos, á fin de hacernos fuertes y libres. ¿ Porqué os resistis á ello? — Lo que decís es plausible, me respondió, pero nunca seremos bastante fuertes para resistir á Ebn Sihoud. — Ebn Sihoud es un hombre como vosotros, le dije; es ademas un tirano, y Dios no favorece á los opresores; lo que da la superioridad no es el número sino la inteligencia; no es el sable el que corta la cabeza sino la voluntad que le dirige. » Todavía duró largo rato nuestra conferencia, pero acabé por convencerle y persuadirle á que me acompañase á la tienda del Drayhy, que quedó muy contento del resultado de mi negociacion.

Fuimos en seguida á acamparnos junto á los montes de Sangiar, que estan habitados por adoradores del espíritu malo. La principal tribu del pais, mandada por Hammoud El Tammer, está establecida junto al rio Sagiour y nunca viaja como las demas. Hammoud se resistió mucho tiempo á entrar en la alianza, con cuyo motivo seguí una larga correspondencia con él, y habiéndole persuadido en fin que se uniese á noso-

tros, hubo con esta ocasion grandes fiestas y regocijos por ambas partes. Hammoud convidó al Drayhy á ir á verle y le recibió magníficamente; mataron cinco camellos y treinta carneros para la comida, que se sirvió en el suelo fuera de las tiendas. Las fuentes estañadas parecian de plata; cada una de ellas, que era la carga de cuatro hombres, contenia una montaña de arroz de seis pies de altura, coronada por un carnero entero, ó un cuarto de camello. En otras fuentes menores iba un carnero asado ó una pata de camello; una multitud de platos de dátiles y otras frutas secas, llenaban los intérvalos. Su pan es excelente: sacan el trigo de Diabekir y el arroz de Marhach y de Mallatia. Cuando estábamos sentados al rededor de aquel festin, no podiamos distinguir las personas que teniamos enfrente. Los Beduinos de esta tribu van vestidos mas ricamente que los demas; las mugeres son muy bonitas; llevan vestidos de seda, muchos brazaletes y pendientes de oro y plata, y un anillo de oro en la nariz.

Despues de algunos dias pasados en las fiestas, proseguimos nuestro viage y nos acercamos á un rio, ó mas bien á un brazo del Eufrates que le une al Tigris. En aquel punto nos llegó un correo, que, montado en un dromedario, habia cruzado en cinco dias una distancia que exige

treinta jornadas al paso de caravana: venia del pais de Neggde, y le enviaba un jeque amigo para prevenir al Drayhy del furor de Ebn Sihoud, de sus proyectos y de las alianzas que formaba contra él: desesperaba de verle nunca en estado de hacer cara á la tempestad y le instaba con empeño á hacer la paz con los Wahabi. Escribí en nombre del Drayhy que no hacia mas caso de Ebn Sihoud que de un grano de mostaza, poniendo su confianza en Dios, que es el único que da la victoria: luego, con diplomática astucia, insinué que los ejércitos del Gran-Señor apoyarian al Drayhy, que queria sobre todo abrir el camino para las caravanas y libertar á la Meca del dominio de los Wahabi. Al dia siguiente atravesamos el gran brazo del rio en barcas, y fuimos á acamparnos al otro lado, en la inmediacion de la tribu El Chèrarah, famosa por su valor, pero tambien por su ignorancia y su obstinacion.

Habiamos previsto la suma dificultad que habria para captarnos su voluntad, no solo á causa de estos defectos, mas tambien á causa de la amistad que existe entre su gefe Abedd y Abdallah, primer ministro del rey Ebn Sihoud. En efecto, se negó á entrar en la alianza, y el Drayhy consideró inutil toda negociacion, diciendo que el sable lo decidiría todo. Al dia siguiente, Sahen, con quinientos ginetes, fué á atacar á

Abedd, y volvió al cabo de tres días, habiéndole cogido ciento cuarenta camellos y dos yeguas de gran valor, sin perder mas que ocho hombres, pero por ambos lados hubo muchos heridos. En aquella ocasion fui testigo de una cura extraordinaria: un joven, pariente de Sahen, volvió sobre unas andas con la cabeza abierta de un tajo, con siete sablazos en el cuerpo y una lanza metida en las costillas. Inmediatamente se procedió á extraerle la lanza, que le salió por el lado opuesto; durante la operacion se volvió á mí y me dijo: — « No tengas pena por mí, Abdalla, que de esta no moriré, » y alargando la mano, cogió mi pipa y empezó á fumar tranquilamente como si las nueve heridas abiertas estuviesen en otro cuerpo.

Al cabo de veinte dias estaba completamente curado y montaba á caballo como antes: por único medicamento le habian dado á beber leche de camella mezclada con manteca fresca, y por único alimento algunos dátiles igualmente preparados con manteca. — De tres en tres dias le lavaban las heridas con orina de camello. — Dudo que un cirujano europeo con todo su aparato hubiese obtenido una cura tan completa en tan poco tiempo.

De dia en dia iba siendo mas seria la guerra; Abedd reunia á sus aliados para rodearnos, lo

que nos obligó á ir á acamparnos en las arenas de Cafferié, donde no hay agua: las mugeres tenían que ir á buscarla al rio, en odres cargadas en camellos. — La gran cantidad necesaria para abrevar los ganados hacia sumamente penoso este trabajo. — Al cabo de tres dias vinieron muy asustados los pastores á decirnos que los guerreros de Abedd se habian llevado ochocientos camellos, mientras los conducian al rio. El Drayhy, para vengarse de este ultraje, mandó levantar el campo y avanzar rápidamente sobre la tribu El Chararah, resuelto á atacarla con todas sus fuerzas reunidas. Un dia y una noche anduvimos sin detenernos, y levantamos diez mil tiendas á media legua del campamento de Abedd. Una sangrienta y general batalla era entonces inminente, y así me aventuré á hacer una última tentativa para evitarla si todavía era tiempo.

Los Beduinos profesan el mayor respeto á las mugeres, y las consultan para todo. En la tribu El Chararah su influencia es todavía mas lata, pues en ella las mugeres mandan verdaderamente, y en lo general tienen mucho mas talento que sus maridos: Arquí, esposa del jeque Abedd, pasa sobre todo por una muger superior. — Decidime á ir á verla, y discurrí llevarle regalos de arracadas, brazaletes, collares y otras frioleras, y procurar de este modo ponerla en

nuestros intereses. Habiendo tomado secretos informes para dirigir mis pasos, llegué á su tienda mientras se hallaba ausente su marido, que estaba celebrando un consejo de guerra con uno de sus aliados. — A fuerza de cumplimientos y de regalos, la reduje á sacarme ella misma la conversacion de la guerra, verdadero objeto de mi visita, que no manifesté, y entonces le expliqué las ventajas de la alianza con el Drayhy, únicamente como que salia de mí y sin darme por autorizado á hablarle de ellas; díjele que el objeto de mi visita era la curiosidad muy natural de conocer á una muger tan célebre, que gobernaba á guerreros temibles por su valor, pero que necesitaban de aquella inteligencia superior para dirigir una fuerza brutal. — Durante nuestro coloquio, volvió su marido al campamento, supo mi llegada y envió á decir á Arquí que echase ignominiosamente al espía que estaba con ella, y que ya que los deberes de la hospitalidad contenian su brazo y le impedian vengarse en el dintel de su tienda, no entraria en ella hasta que saliese el traidor. — Arquí respondió con mucha altivez que yo era su huésped y que no se dejaría imponer la ley. — Púsemme en pie y quise retirarme, pidiéndole perdon del disgusto que le ocasionaba; pero sin duda tenia empeño en probarme que no le habia atribuido

gratuitamente una influencia que no poseia, pues me retuvo por fuerza y salió para hablar con su marido. Volvió á poco, seguida de Abedd que me trató cortesmente, me dijo que le esplicase las intenciones del Drayhy, y, con ayuda de su muger, logré ganar su confianza, tanto que antes de acabarse el dia, él era quien me solicitaba para que le permitiera acompañarme á la tienda del Drayhy, cosa á que yo me resistia diciéndole que no me atreveria á presentarle al emir sin avisarle antes, porque estaba muy irritado contra él, pero le prometí abogar por su causa y enviarle en breve una respuesta.

Invitado por el Drayhy, pocos dias despues vino Abedd á poner su sello al pie del tratado, y á cangear los camellos que recíprocamente se habian cogido en la guerra. Terminado este arduo asunto de un modo tan satisfactorio, dejamos los arenales para ir á pasar ocho dias en el terreno Atterié, á tres horas del Tigris, junto á las ruinas del Castillo El Attera, donde hay abundantes pastos. — Luego continuamos nuestra marcha hácia el levante.

Encontramos un dia á un Beduino montado en un hermoso dromedario negro: los jeques le saludaron con muestras de interés y le preguntaron cual habia sido el resultado de su desgraciada aventura del año anterior. Híceme contar

su historia que me pareció bastante interesante para insertarla en mi diario. Aloain (que así se llamaba el Beduino), habiendo salido á caza de gacelas, llegó á un terreno donde multitud de lanzas rotas, de sables ensangrentados y de cuerpos muertos indicaban una reciente batalla: — un son lastimero que llegaba apenas á sus oídos le atrajo hácia un monton de cadáveres en medio del cual respiraba todavía un mancebo árabe. Aloain se da prisa á socorrerle, le monta en su dromedario, le lleva á su tienda, y con sus paternales desvelos le vuelve á la vida. Después de cuatro meses de convalecencia, Farés (este era el nombre del herido) habla de irse, pero Aloain le dice: « Si es preciso absolutamente que nos separemos, te llevaré hasta tu « tribu y te dejaré en ella con sentimiento, pero « si quieres quedarte conmigo, serás como mi « hermano; mi madre será tu madre, mi muger « será tu hermana; reflexiona sobre mi proposición y decide con detenimiento. — Oh mi « bienhechor, responde Fares, ¿donde hallaré « parientes como los que me ofreces? Sin tí yo « no viviria á estas horas; las aves de rapiña se « habrían comido mis carnes, las fieras habrían « devorado mis huesos; pues quieres que me « quede contigo, me quedaré, pero será para « servirte toda mi vida. » — Un motivo menos

puró, que no se atrevió á confesar, habia decidido á Farés, y era el amor que empezaba á inspirarle Hafza, la muger de Aloain, que le habia asistido en su enfermedad y que no tardó en corresponder á su amor. — Un dia Aloain, que no abrigaba la menor sospecha, encargó á Farés que escoltase á su madre, á su muger y á sus dos hijos, hasta un nuevo campamento, mientras él iba á caza. No pudo Farés resistir á aquella funesta ocasion, cargó la tienda en un camello, colocó en ella á la madre con los dos niños, y los envió adelante, diciendo que pronto los seguiria con Hafza á caballo, — pero en vano volvió la cabeza muchas veces la vieja, porque Hafza no llegó: — Farés se la habia llevado en una yegua velocísima á su tribu. — Por la noche, llegó Aloain rendido de la caza, buscó inútilmente su tienda entre las de su tribu; la anciana madre no habia podido levantarla sola, y así la encontró sentada en el suelo con los dos niños. — « ¿Donde está Hafza? » preguntó. — « No he « visto ni á Hafza, ni á Farés, respondió la madre, y desde esta mañana los estoy aguardando. » — Entonces por primera vez sospechó la verdad, y habiendo ayudado á su madre á levantar la tienda, partió en su dromedario negro y corrió dos días hasta llegar á la tribu de Farés. — A la entrada del campamento, paróse en la

tienda de una vieja que vivia sola.— «¿Porqué no vais á ver al jeque? le dijo esta; hoy hay gran funcion; Farés Ebn Mihidi, que quedó hace tiempo por muerto en un campo de batalla, ha vuelto trayéndose una muger muy hermosa, y esta noche se celebra la boda.»—Disimuló Aloain y aguardó á que cerrase la noche; cuando todos estuvieron dormidos, se introdujo en la tienda de Farés, le corta la cabeza de un sablazo y saca el cadaver de la tienda; vuelve en seguida atras, encuentra á su muger dormida y la despierta diciéndole: — « Aloain es quien te llama, « sígueme. » — Levántase ella temblando y le dice: — « ¡Imprudente! Farés y sus hermanos « van á matarte, huye! » — « ¡Pérfida! repuso « el ultrajado marido, ¿ qué te he hecho para « que me trates así? ¿ Te he dado nunca el menor « disgusto? ¿ te he dirigido la menor reconven- « cion? ¿ has olvidado el amor que siempre te he « tenido? ¿ te has olvidado de tus hijos? Ea, le- « vántate, invoca á Dios, sígueme y maldice al « diablo que te ha movido á hacer esta locura. » — Pero Hafza, en vez de dejarse enternecer por la dulzura de Aloain, le repite: — « Sal de aquí, « vete, ó llamo á Farés para que te mate. » Viendo que nada podía obtener de ella, la coge, le cierra la boca y se la lleva á viva fuerza en su dromedario. — Al rayar el dia, el cadaver de Fa-

rés y la desaparicion de su muger ponen al campamento en gran confusion: el padre y los hermanos del muerto persiguen y alcanzan á Aloain, que se defiende con heróico brio; Hafza logra desasirse, se une á los agresores, y le embiste á pedradas, una de las cuales le da en la cabeza; cubierto de heridas, Aloain logra sin embargo rendir á sus adversarios: mata á los dos hermanos y desarma al padre, diciendo que sería una vergüenza para él matar á un viejo; despues de devolver á este su yegua, coge de nuevo á su muger, prosigue su camino y llega á su tribu sin haber hablado con ella una sola palabra: entonces reúne á todos sus deudos, y colocando á Hafza en medio del corro, le dice: — « Cuenta « tú misma todo lo que ha pasado; me remito al « juicio de tu padre y de tu hermano. » Hafza contó la verdad, y su padre, lleno de indignacion, le cortó la cabeza de un sablazo.

Llegado que hubimos de etapa en etapa á unas cuatro horas de Bagdad, el señor Lascaris pasó secretamente á esta ciudad para ver al consul de Francia, M. Adriano de Correncé, y negociar con él el préstamo de una crecida suma.

El dia siguiente, despues de haber atravesado el Tigris en Machad, íbamos á establecernos junto al río El Cahaun, cuando supimos que había una encarnizada guerra entre los Beduinos que

tomaban partido por ó contra nuestra alianza. Entonces jeque Ibrahim instó al Drayhy á no detenerse, y le aconsejó que fuésemos á reunirnos cuanto antes con nuestros aliados. A consecuencia de este consejo, fuimos á acamparnos junto á varias fuentecillas en El Darghuan, á veinte horas de Bagdad, y el dia siguiente cruzamos una gran cordillera; como teniamos que andar doce horas por unos ardientes arenales donde no se hallan aguas ni pastos, tomamos antes la precaucion de llenar nuestras odres. Cuando llegamos á las fronteras de Persia, encontramos un mensajero de la tribu El Achgaha, portador de una carta del gefe Dehass que reclamaba la asistencia del *padre de los heroes, del caudillo de los temibles guerreros, el poderoso Drayhy*, contra sus enemigos, dueños de quince mil tiendas. Hallábamonos entonces á seis jornadas de aquella tribu, y habiendo dado orden el Drayhy de continuar la marcha, atravesamos esa distancia en tres veces veinticuatro horas, sin pararnos ni aun para comer. La mayor fatiga de aquella marcha forzada caia sobre las mugeres, encargadas de hacer el pan y de ordeñar las camellas andando.

La organizacion de esta cocina ambulante era bastante curiosa; á distancias determinadas se hallaban unas mugeres que se ocupaban en ella sin tregua: la primera, montada en un camello car-

gado de trigo, tenia delante de sí un molino de mano; una vez molido el trigo, pasábale la harina á la que tenia inmediata, que la amasaba con el agua que llevaba en las odres colgadas de su camello; la pasta pasaba á manos de otra muger, que la hacia cocer en forma de bollos en un escalfador con leña y paja, y ella misma distribuia estos bollos á la division de guerreros que estaba encargada de mantener, y que iban, de minuto en minuto, á reclamar su racion. Otras mugeres iban junto á las camellas, para ordeñar la leche en *cadahs* (cuencos de madera que contienen dos azumbres), y que iban pasando de mano en mano. Los caballos comian andando, en unos morrales que llevaban pendientes del cuello; cuando queria alguno dormir, se tumbaba á la larga en su camello, metidos los pies en las alforjas para no caerse; el lento y compasado paso de los camellos convida al sueño, como el vaiven de una cuna, y nunca he dormido mejor que durante aquel viage. La muger del emir Farés parió, en su handag, un hijo, que llamaron Harma del nombre del sitio por donde pasábamos cuando nació, que era el punto de union del Tigris y el Eufrates. Poco despues se nos reunieron tres tribus, El Harba, El Suallemé y el Abdellé: siete mil tiendas teniamos cuando salió Dehass á recibirnos. Este imponente auxi-

lio le tranquilizó; dímosle una cena magnífica, y en seguida puso su sello al pie de nuestro tratado.

Todavía estaba el enemigo á una jornada de distancia, y como nuestros caballos y nuestra gente tenían gran necesidad de descanso, el Drayhy mandó que nos detuviésemos dos días, pero no nos concedieron los agresores esta deseada tregua. Apenas les llegó la noticia de que nos acercábamos, pusieronse en marcha, y al día siguiente, treinta mil hombres estaban acampados á una legua de nosotros. Inmediatamente hizo el Drayhy avanzar su ejército hasta la orilla del río, temeroso de que quisiesen interceptarnos el agua, y tomamos posición junto á la aldea El Hutta.

Al día siguiente envió el Drayhy una carta de conciliación á los caudillos de las cinco tribus que venían á atacarnos¹, pero esta tentativa de nada sirvió; la respuesta fué una declaración de guerra cuyo estilo nos probó claramente que nuestras intenciones habían sido calumniadas, y que aquellos caudillos obraban movidos por una mano estrangera.

¹ Las tribus El Fedhay, caudillo Donockbry; El Modiann, caudillo Saker Ebn Hamed; El Sabba, caudillo Mohdi Ebn Hud; Monayegé, caudillo Bargiass; Mehayede, caudillo Amer Ebn Noggies.

Jeque Ibrahim propuso enviarme cerca de ellos, con regalos, para ver de obtener una explicación, y tan bien habían salido hasta entonces mis embajadas, que acepté con placer, y salí con un solo guía; pero apenas llegué delante de la tienda del Mahdi, que se hallaba la primera, la vanguardia de los Beduinos se arrojó sobre nosotros como fieras, nos despojó de nuestros regalos y de nuestros vestidos, nos puso grillos en los pies y nos dejó desnudos sobre la ardiente arena. En vano supliqué que me dejaran explicarme, pues me amenazaron con matarme en el acto si no me callaba. Pocos momentos después vi llegarse á mí al pérfido Absi, el buhonero, y entonces comprendí la causa de aquel inaudito tratamiento; el malvado había viajado de tribu en tribu para suscitarlos enemigos. Su vista me inflamó de una cólera tal que sentí renacer mi abatido aliento, y me hallé pronto á morir valerosamente si no podía vivir para vengarme. Acercóse á mí, y escupiéndome en la cara: — Perro infiel, me dijo, ¿de qué modo quieres que separe tu alma de tu cuerpo? — Mi alma, le respondí, no está en tu poder; mis días están contados por el Dios grande; si deben acabar ahora, poco me importa de qué modo han de acabar, pero si debo vivir aun, ningún poder tienes para hacerme morir. — Retiróse de nuevo para ir á es-

citar á los Beduinos contra mí, y en efecto, todos, hombres y mugeres, vinieron á mirarme y á llenarme de vituperios; unos me escupian en la cara, otros me tiraban arena á los ojos; algunos me pinchaban con sus djerids; en fin, veinticuatro horas me tuvieron sin comer ni beber, pasando un martirio imposible de describir. Hacia el anochecer del segundo dia, un joven, llamado Iahour, se acercó á mí y ahuyentó á los muchachos que me martirizaban; ya habia yo reparado en aquel mozo, porque de cuantos ví, durante el día, él solo no me habia dicho injurias. Ofrecióme traerme pan y agua despues de ya entrada la noche: — El hambre y la sed me importan poco, le respondí dándole gracias, pero si podeis sacarme de aqui, os recompensaré generosamente. Prometiómelo intentar, y en efecto, á media noche, vino á verme, provisto de la llave de mis grillos, de que tuvo bastante maña para apoderarse mientras cenaban los jefes. Abriólos con mucho tiento, y sin detenerme si quiera á vestirme, me volví corriendo á nuestra tribu. — Todos dormian en el campamento, excepto cuatro negros que estaban de centinela á la entrada de la tienda del Drayhy; lanzaron un grito al verme y fueron á toda prisa á despertar á su amo que vino con Jeque Ibrahim: ambos me abrazaron llorando y recompensaron amplia-

mente á mi libertador. El Drayhy se manifestó muy afligido del trato que me habian hecho sufrir; aquella violacion del derecho de gentes le indignaba. Inmediatamente mandó hacer los preparativos del combate, y al amanecer echamos de ver que lo mismo habia hecho el enemigo. El primer dia, la victoria estuvo indecisa: Auad, caudillo de la tribu Suallemé, perdió su yegua por la que habia rehusado 25,000 piastras. Todos los Beduinos tomaron parte en su afliccion, y el Drayhy le dió uno de sus mejores caballos, muy inferior sin embargo á la yegua que le habian matado. Al dia siguiente continuó la batalla con mas encarnizamiento que la víspera, y perdimos mas gente que el enemigo. Como no teniamos mas que 15,000 hombres que oponerles, fuerza nos era proceder con suma prudencia; cuarenta de los nuestros habian caido en su poder, y nosotros no habiamos cogido mas que quince prisioneros, pero entre ellos se hallaba Hamed, hijo del caudillo Saker. En ambos bandos se pusieron esposas y grillos á los cautivos. Despues de aquellos dos dias de combate, hubo una tregua tácita de tres dias, durante la cual los ejércitos estuvieron uno enfrente de otro sin hacerse ninguna manifestacion hostil. El tercer dia, el jeque Saker, acampado de un solo hombre, vino á nuestro campamento; inquieto

por la suerte de su hijo, valeroso mancebo, adorado de toda su tribu, venia á ofrecer un rescate. Hamed habia sido muy bien tratado entre nosotros; yo mismo le habia vendado las heridas. Recibió el Drayhy á Saker con mucha cortesía, y este, despues de las atenciones de costumbre, habló de la guerra, manifestó lo que le admiraba el ardor del Drayhy por aquella coalicion contra los Wahabi, y dijo que no podia creer en tan gran desinterés, y que precisamente debia tener motivos secretos ó miras personales. — No podeis estrañar, añadió, que no me comprometa con vosotros sin saber con qué fin; ponedme en vuestra confianza, y os ayudaré con todo mi poder. Respondimosle que no teniamos por costumbre admitir en nuestros secretos á aquellos de cuya amistad no estábamos seguros; que si queria firmar nuestro tratado, nada tendríamos oculto para él. Pidió entonces que le dejáramos enterarse del testo del empeño, y despues de haber oido leer diferentes artículos, de que pareció muy contento, nos aseguró que le habian presentado las cosas bajo un aspecto muy distinto, y nos contó las calumnias que Absi habia propagado contra nosotros: acabó por estampar su sello al pie del tratado, y luego nos instó para que le declarásemos el fin á que aspirábamos. Jeque Ibrahim le dijo que nuestro intento era abrir un

paso, desde las costas de Siria hasta las fronteras de las Indias, á un ejército de cien mil hombres al mando de un poderoso conquistador que queria libertar á los Beduinos del yugo de los Turcos, volverles la soberanía sobre todo su territorio y abrirles los tesoros de la India: asegúrole que este proyecto no ofrecia ningun inconveniente y sí muchísimas ventajas, y que su logro dependia de la union de las fuerzas y de la armonia de las voluntades: prometióle que se pagarían á muy subido precio los camellos para el transporte de los bagages de aquel inmenso ejército, y le hizo entrever otras mil ventajas á cual mas lisonjeras.

Entró Saker completamente en nuestras miras, pero todavia fué preciso explicarle que el Wahabi * podia contrariar nuestros planes, pues su fanatismo religioso debia necesariamente oponerse al paso de un ejército cristiano, y su espíritu de dominacion, que ya le hacia dueño del Yemen, de la Meca y de Medina, debia estender sus pretensiones hasta la Siria, donde no podian los Turcos oponerle ninguna resistencia formal; que por otra parte, una gran potencia marítima, enemiga de aquel á quien queriamos favorecer, haria infaliblemente alianza con él, y enviaria

* Así se suele designar á Ebn Sihoud, rey de los Wahaby.

fuerzas por mar para cortarnos el camino del desierto. Al cabo de muchas contestaciones, en las que Saker manifestó tanta sensatez como sagacidad, cedió enteramente á nuestros argumentos, y prometió usar de todo su influjo sobre las otras tribus. Acordóse que él seria el jefe de los Beduinos del pais en que estábamos, como el Drayhy lo era de los de Siria y Mesopotamia, y se obligó á reunir bajo sus órdenes las diversas tribus, en el término de un año, mientras nosotros proseguíamos nuestro camino, y prometió que á nuestro regreso, todo estaria allanado. Separámonos, encantados unos de otros, despues de haber colmado de regalos á su hijo y puesto en libertad á los otros prisioneros: él por su parte nos envió nuestros cuarenta ginetes. Al dia siguiente, Saker nos escribió que Mohdi y Douackrhy no se oponian ya á nuestros proyectos, y que salian para ir á conferenciar con Bargiass, á tres horas de allí: efectivamente levantaron el campo y lo mismo hicimos nosotros, porque la aglomeracion de tan gran número de hombres y de rebaños habia cubierto la tierra de inmundicias y hecho intolerable nuestra residencia en aquel sitio.

Fuimos á acamparnos á seis horas de distancia, en Maytal El Ebbed, donde estuvimos ocho dias y donde fué á vernos Saker; acordóse que

él solo se encargaria de reunir á los Beduinos de aquellas comarcas, mientras que nosotros nos volveriamos á Siria, por miedo de que abandonando por demasiado tiempo nuestra primera conquista, se aprovecharen nuestros enemigos de nuestra ausencia para embrollar nuestros asuntos y separar á algunas tribus de nuestra alianza.

Ademas, la primavera estaba ya adelantada, y debiamos darnos prisa á llegar, por miedo de que ocupasen otros los pastos de la Siria y de la Mesopotamia; por tanto dejamos para el año siguiente el proyecto de llevar adelante nuestro reconocimiento hasta las fronteras de la India. Para aquella época, ya habria tenido tiempo Saker para preparar los ánimos á nuestro favor, porque, decia, « por una rama se arranca un arbol. »

En pocos dias de marcha llegamos á Mesopotamia; dos empleamos en atravesar el Eufrates, junto á Mansouri, y en salir del desierto llamado El Hamad. Acampámonos en un sitio donde no hay agua potable, y que se llama Halib el Dow, porque no se apaga en él la sed mas que con leche.

De allí pasamos á El Sarha, sitio muy abundante de agua y pastos, y donde esperábamos desquitarnos de nuestras privaciones, pero una

circunstancia particular nos hizo tomarle pronto ojeriza. El terreno en aquel sitio está cubierto de una yerba llamada *el khraffour*, que los camellos devoran con ansia y que tiene la propiedad de emborracharlos á punto de enloquecerlos; entonces corren á derecha é izquierda rompiendo cuanto topan al paso, derribando las tiendas y persiguiendo á los hombres.

Por espacio de cuarenta y ocho horas, nadie pudo cerrar los ojos: los Beduinos estaban constantemente ocupados en calmar el furor de los camellos y en sujetarlos. Una verdadera guerra me hubiera parecido preferible á aquella lucha continua con unos animales cuya prodigiosa fuerza, exaltada por el delirio, presentaba peligros incalculables; pero parece que el triunfo de la destreza sobre la fuerza tiene grandes encantos para estos hijos de la naturaleza, porque cuando fuí á ver al Drayhy para lastimarme con él de aquella revolucion de nueva especie, se rió de mis palabras y me aseguró que aquella era una de las mayores diversiones de los Beduinos. Mientras estábamos hablando, un camello de los mas corpulentos se vino derecho á nosotros, con la cabeza erguida y levantando una nube de polvo; entonces el Drayhy, cogiendo una de las estacas de su tienda, aguardó al furioso animal y le descargó un recio trancazo en el cráneo, con

lo que se rompió la estaca y se volvió el camello para ir á llevar á otra parte sus estragos. Suscitóse entonces una disputa, sobre quien era mas fuerte, el camello ó el jeque: este sostenia que si la estaca hubiera resistido, hubiera abierto la cabeza á su adversario, y los asistentes proclamaban la superioridad del animal que habia roto el obstáculo que se le oponia. Yo por mi parte decidí que ambos eran igualmente fuertes, pues ninguno habia vencido: este fallo puso de buen humor á todo el auditorio.

Al dia siguiente levantamos el campamento. Llegónos en el camino un mensajero de Saker, que venia á darnos cuenta del malogro de su negociacion cerca de Bargiass. Absi, el buhnero, gozaba de toda su privanza y le animaba mas y mas contra nosotros; habiale decidido á buscar á Mehanna y á reunirse con los Wahabi, que debian enviar un ejército para destruirnos. El Drayhy respondió que no habia que alborotarse, que Dios era mas fuerte que ellos, y sabia muy bien hacer triunfar al que tuviese razon. Despues de este incidente continuamos nuestro camino.

Poco despues supimos que la tribu El Calfa estaba acampada en Zualma. El Drayhy juzgaba importante asegurarnos de la cooperacion de aquella poderosa y valiente tribu: su jeque

Giassem era un antiguo amigo del Drayhy, pero no sabia leer ni escribir, y era por lo tanto muy peligroso dirigirle una carta, que le seria leida por un Turco, lo que podria perjudicar esencialmente á nuestros asuntos, como nos lo habia enseñado á nuestras espensas el ejemplo del amanuense Absi. Yo fui tambien entonces el encargado de ir á verle, y para ello salí con una escolta de seis hombres, todos montados en dromedarios. Al cabo de dos dias llegamos al sitio designado, pero vimos con gran disgusto que ya la tribu habia levantado el campo, y no pudimos hallar indicio del camino que habia tomado. Pasamos la noche sin comer ni beber, y al dia siguiente deliberamos sobre lo que debiamos hacer; lo mas urgente era ir á buscar agua, porque, como todos saben, la sed es todavia mas intolerable que el hambre, y era regular que hallásemos las fuentes de la tribu. Tres dias enteros rondamos sin hallar agua ni alimento; yo tenia la boca tan seca que ya no podia mover la lengua ni articular ningun sonido; ya habia agotado todos los medios de engañar la sed, metiéndome guijarros y balas de plomo en la boca; la cara se me habia puesto negra y las fuerzas me abandonaban. De pronto mis compañeros esclaman: ¡Gioub-el-Ghamin!¹ y echan á correr.

¹ Nombre de un pozo conocido en el desierto.

Estos hombres avezados á la fatiga soportan las privaciones con una constancia inconcebible, y distaban mucho del miserable estado á que yo me veia reducido. Viéndolos correr, la irritacion de mis nervios, escitados por el estremado cansancio, me hizo desesperar de llegar hasta el pozo donde se me figuraba que no dejarian ni una gota de agua para mí, y me tiré al suelo llorando. Viéndome en aquel estado, se volvieron atrás y me animaron á hacer un esfuerzo para seguirlos. Cuando llegamos junto al pozo, uno de ellos, apoyándose en el brocal, desenvainó su sable, diciendo que cortaria la cabeza al que osase acercarse. — Dejaos gobernar por mi experiencia, añadió, ó perecereis. Su tono de autoridad nos impuso respeto y obedecimos en silencio: fué nos llamando uno á uno, y nos hizo vencernos á la orilla del pozo para aspirar primeramente la humedad; luego cogió una pequeña cantidad de agua y nos la arrimó á los labios con los dedos, empezando por mí; poco á poco nos permitió beber media taza, luego una taza entera; así nos fué poniendo á racion por espacio de tres horas y al fin nos dijo: « Bebed « ahora, pues nada arriesgais en ello, pero si no « me hubierais escuchado, todos hubierais perecido, como les sucede á cuantos beben sin tasa « despues de una larga privacion. »

Pasamos la noche en aquel sitio, bebiendo continuamente, tanto para suplir el alimento como para apagar la sed, y cuanto mas bebiamos, mas gana teniamos de beber. Al dia siguiente subimos á lo alto de un cerro para descubrir mas horizonte, pero ¡ah! ningun objeto se presentaba á nuestra vista en aquel inmenso desierto. Al fin sin embargo uno de los Beduinos creyó ver un bulto á lo lejos, y declaró que era un handag, cubierto de paño escarlata y llevado por un camello muy alto. Sus compañeros nada veian, pero como no teniamos otro indicio mejor que seguir, nos dirigimos hácia el lado que indicaba, y en efecto, poco despues, vimos una gran tribu y reconocimos el handag que nos habia servido de faro; afortunadamente era la tribu que buscábamos.

Giassem nos recibió muy bien y procuró hacernos olvidar nuestras fatigas. Cuando despaché con él, dictó una carta para el Drayhy, en la que se obligaba á poner sus hombres y sus bienes á su disposicion diciendo que la alianza entre ellos debia ser de las mas íntimas, á causa de su antigua amistad. Púseme en camino provisto de aquel importante documento, pero al mismo tiempo muy inquieto con la noticia que me dió de la llegada de una princesa, hija del rey de Inglaterra, á Siria, donde desplegaba un lujo

regio y habia sido recibida con toda pompa por los Turcos: habia colmado de regalos magníficos á Mehanna-el-Fadel, y se habia hecho escoltar por él hasta Palmira, donde habia derramado sus larguezas con profusion, y formádose un partido formidable entre los Beduinos, que la habian proclamado reina¹. Jeque Ibrahim, á quien comuniqué esta noticia, quedó aterrado creyendo ver en aquel suceso una trama para echar por tierra nuestros proyectos.

El Drayhy, notando nuestra inquietud, nos serenó diciendo que se sembrarian talegos de oro desde Hama hasta las puertas de la India sin lograr desprender á ninguna tribu amiga de la solemne alianza pactada. — « La palabra de un « Beduino es sagrada, añadió; proseguid vuestro proyecto, sin apuraros por nada. Yo por « mí, ya he hecho mi plan de campaña: voy á « partir para el Horan con el fin de vigilar los « pasos de Ebn Sihoud; él solo es de temer para « nosotros; luego volveré á acamparme en las « cercanías de Homs. »

Jeque Ibrahim, que no tenia ya dinero ni mercancías, se decidió á enviarme inmediatamente á Corietain, de donde despacharia un mensajero á

¹ Esta supuesta princesa no era ni mas ni menos que lady Peter Stanhope.

Alepo á cobrar un *grupo de talaris*. Partí muy alegre, encantado de volver á ver á mis amigos y de descansar algun tiempo entre ellos. El primer día de mi viage no ocurrió novedad, pero al día siguiente, á cosa de las cuatro, en un sitio llamado Cankoum, caí en medio de una tribu que creía amiga, y que luego resultó ser la de Bargiass. Ya no era tiempo de retroceder, y así me dirigí hácia la tienda del jeque, precedido de mi negro Fodda; pero apenas echó pié á tierra, le mataron á mi vista y ví todos los sables levantados sobre mi cabeza. Tan sobrecogido quedé que no sé lo que pasó en seguida; solo me acuerdo de haber gritado: — « ¡Teneos! reclamo la « protección de la hija de Hedál, » y de haberme desmayado. — Cuando abrí los ojos, estaba tendido en una tienda, rodeado de unas veinte mugeres que se esforzaban por hacerme volver en mí, dándome á respirar cerdas chamuscadas, vinagre y cebollas, mientras que otras me inundaban de agua é introducían manteca derretida en mis labios secos y apretados, apenas recobré el sentido, la muger de Bargiass me cogió la mano diciéndome: « Nada temais, Abdalla; estais en la « tienda de la hija de Hedál; nadie tiene derecho « para tocaros. »

Poco despues, habiéndose presentado Bargiass, á la entrada de la tienda, para hacer, decia, la

paz conmigo: « Por la cabeza de mi padre, es-
« clamó su muger, que no entrarás en mi tienda
« hasta que Abdalla esté del todo curado! »

Tres días pasé en la tienda de Bargiass, asistido del modo mas afectuoso por su muger, que entre tanto estaba negociando mi reconciliación con su marido. Guardábale yo tanto rencor por su brutalidad, que se me hacia muy duro perdonarle; al fin, sin embargo, consentí en olvidar lo pasado, á condicion de que firmaria el tratado con el Drayhy: abrazámonos y nos juramos fraternidad. Bargiass me dió un negro diciéndome: « He sacrificado vuestro dinero, y os debo en « cambio una alhaja, » — juego de palabras sobre los nombres de los negros — Fodda, dinero, y Giauhar, alhaja: luego hizo disponer un festin para celebrar nuestra reconciliación. En medio de la comida, llegó á todo escape un correo del Drayhy, trayendo á Bargiass una declaración de guerra á muerte, llena de insultantes epítetos: « ¡Oh tú! traidor, que quebrantas la « ley sagrada de los Beduinos, le decia: ¡oh tú!
« infame, que asesinas á tus huéspedes; Os-
« manlí de negro rostro, sábete que toda la san-
« gre de tu tribu no bastará á redimir la de mi
« amado Abdalla. Prepárate á la pelea; mi cor-
« cel no probará el descanso hasta que yo haya
« esterminado al último de tu raza. » Dime prisa

á partir para evitar todo choque y tranquilizar á Jeque Ibrahim y al Drayhy, quienes me recibieron con indecible alegría; apenas podian creer el testimonio de sus ojos, tan milagrosa les parecia mi presencia. Contéles todo lo que habia pasado.

Al dia siguiente me puse en camino para Corietain, donde me detuve veinte dias, aguardando la vuelta del mensagero que envié á Alepo. Gran necesidad tenia yo de descanso y de aquella ocasion de renovar mi vestimenta, que se me caia del cuerpo á pedazos; pero estuve á pique de detenerme allí mas de lo que hubiera querido, pues corrió la voz de que el ejército de los Wahabi habia invadido el desierto de Damasco y talado varias aldeas, matando á los hombres y á los niños hasta el último, y perdonando solo á las mugeres, pero despues de haberlas robado. El jeque de Corietain, incapaz de oponer la menor resistencia, hizo cerrar las puertas de la ciudad, prohibió salir de ella y aguardó temblando los resultados. Pronto supimos que habiendo atacado el enemigo á Palmira, los habitantes, retirados en el recinto del templo, se habian defendido denodadamente, y que los Wahabi, no pudiendo reducirlos, se habian contentado con matar á los camelleros y robar los ganados. De allí pasaron á saquear la aldea de Arack, y se esten-

dieron por las cercanias. Mucho me atemorizaron estas siniestras nuevas por la suerte de mi mensagero, que llegó sin embargo sano y salvo, con el dinero de Jeque Ibrahim; habiase refugiado algun tiempo en Saddad, cuyos vecinos, habiendo ya pagado una fuerte contribucion, nada tenian que temer por el momento. Aprovechéme de esta circunstancia, y quitándome mi trage de Beduino, me vestí como un cristiano de Saddad, y pasé á aquella aldea, donde obtuve noticias del Drayhy, que estaba acampado en Ghaudat el Cham con la tribu de Bargiass. Trasládeme á su lado lo mas pronto que pude, y allí supe con sentimiento que se habia formado una temible coalicion entre Mehanna el Fadel y la tribu del pais de Samarcanda: habian entablado relaciones con los gobernadores de Homs y de Hama, reuniéndose así Turcos y Beduinos contra nosotros. En aquella crítica situacion, acordéme de nuestro amigo el bajá Soliman, é insté á Jeque Ibrahim á ir á Damasco á conferenciar con él. Inmediatamente nos pusimos en camino, y nos apeamos en casa de su primer ministro, Hagim, quien nos dijo el nombre de la supuesta princesa de Inglaterra, y nos notició que merced á la influencia y á los regalos de lady Stanhope, se habia formado Mehanna un poderoso partido entre los Turcos. Estos pormenores nos confir-

maron en la idea de que la Inglaterra, noticiosa de nuestros proyectos, pagaba por una parte á los Wahabi, mientras que por otra procuraba reunir á los Beduinos de Siria con los Turcos por mediacion de lady Stanhope: apoyaba ademas nuestras congeturas el encuentro que tuvimos en casa de M. Chabassan de un Inglés que tomaba el nombre de Jeque Ibrahim, y que procuraba sondearnos, aunque estábamos demasiado alerta para caer en el garlito. Habiendo obtenido de Soliman Bajá lo que deseábamos, nos dimos prisa á volver á nuestra tribu.

El valor del Drayhy no flaqueaba, antes cada dia estaba mas animado. El *bouyourdi* que nos concedió Soliman Bajá mandaba á los gobernadores de Homs y de Hama que respetasen á su fiel amigo y querido hijo el Drayhy Ebn Challan, que debia ser obedecido como gefe supremo del desierto de Damasco, y decia que toda alianza contra él era opuesta á la voluntad de la Puerta. Provisto de este importante documento, nos adelantamos hácia Hama, y pocos dias despues, Jeque Ibrahim recibió una invitacion de lady Ester Stanhope para pasar á verla con su muger, madama Lascaris, que se habia quedado en Acre. Esta invitacion le contrariaba tanto mas cuanto hácia tres años que no habia dado noticias suyas á su muger, para que no supiese por donde an-

daba ni su intimidad con los Beduinos, y sin embargo era preciso contestar á lady Stanhope. Escribióle que tendria el honor de pasar á verla apenas se lo permitiesen las circunstancias, y al mismo tiempo despachó un correo á su muger diciéndole que rehusase por su parte el convite, pero ya era tarde. Inquieta por la existencia de su marido, madama Lascaris habia pasado inmediatamente á Hama, á verse con lady Stanhope, esperando por aquel conducto descubrir su paradero, y así se vió obligado el señor Lascaris á ir á reunirse con ella.

Acercábase entre tanto Mehanna mas y mas, creyéndose seguro de la cooperacion de los Osmanlis, y el Drayhy, creyendo que era llegado el momento de presentar el *bouyourdi* del Bajá, envió á su hijo Saher á Homs y á Hama, donde fué recibido con los mayores agasajos. En vista de la orden de que era portador, ambos gobernadores pusieron sus tropas á su disposicion, declarando á Mehanna traidor, por haber llamado á los Wahabi, los mas encarnizados enemigos de los Turcos.

Convidó lady Ester Stanhope á Saher á pasar á su casa, le colmó de regalos, así para él como para su muger y su madre, dió un *muchlah* y un par de botas á cada ginete de su comitiva, y anunció el proyecto de ir en breve á visitar su

tribu. No fué tan feliz el señor Lascaris en la visita que le hizo; habiendo intentado en vano con astutas preguntas sonsacarle en punto á sus relaciones con los Beduinos, acabó por tomar un tono de autoridad que dió al señor Lascaris un pretesto para romper con ella: envió á su muger á Acre, y se separó de lady Stanhope, completamente reñido con ella.

Mehanna se preparaba á empezar la lucha, pero viendo que el Drayhy no estaba en manera alguna intimidado, juzgó prudente asegurarse un refuerzo de Osmanlis, y envió á su hijo Farés á Homs, á reclamar la promesa del gobernador, pero este, en vez de darle el mando de una division, le hizo cubrir de cadenas y meter en un calabozo. Mehanna, consternado por aquella fatal nueva, se vió en un momento derribado del mando supremo y reducido á la triste y humillante necesidad, no solo de someterse al Drayhy, mas tambien de solicitar su proteccion contra los Turcos. Aquel pobre anciano, abrumado por tan inesperado revés, se halló precisado á ir á implorar la mediacion de Assaf, caudillo de Sadding, que le prometió negociar la paz: partió este efectivamente con cien ginetes para ir á acompañarle, y dejándole con su escolta á alguna distancia del campamento, se adelantó solo hasta la tienda del Drayhy, que le recibió como á ami-

go, pero rehusó al principio la sumision de Mehanna: entonces nos interpusimos en su favor. Jeque Ibrahim hizo valer la hospitalidad que nos habia dispensado cuando llegamos al desierto, y Saher, besando dos veces la mano de su padre, unió sus instancias á las nuestras. Acabó en fin por ceder el Drayhy, y los principales de la tribu se pusieron en marcha para ir á recibir á Mehanna con las atenciones debidas á su edad y á su clase. Luego que echó pié á tierra, el Drayhy le hizo sentarse en el asiento de honor y mandó traer el café: entonces Mehanna poniéndose en pié: — « No beberé tu café, le dijo, hasta que « estemos completamente reconciliados y haya-
« mos enterrado las siete piedras. » Al oír esto, levantóse igualmente el Drayhy, ambos desenvainaron sus sables y se los presentaron mutuamente para besarlos, hecho lo cual se abrazaron lo mismo que todos los presentes. Mehanna hizo con su lanza en medio de la tienda un hoyo en la tierra de un pié de profundidad, y habiendo elegido siete piedrecitas, dijo al Drayhy: « En el « nombre del Dios de paz, para tu fianza y la
« mia, de este modo enterramos para siempre « nuestra discordia. » A medida que iban echando las piedras en el hoyo, los dos jeques las cubrian con tierra y las pisaban, mientras que las mugeres prorrumpian en atronadores gritos de

alborozo. Terminada esta ceremonia ¹, volvieron á sus asientos y se sirvió el café; desde entonces ya no era lícito recordar lo pasado ni hablar de guerra: me aseguraron que para que una reconciliacion se hiciese en regla, debia celebrarse de aquel modo. Despues de una copiosa comida, leí el tratado, en el que pusieron sus sellos Me-hanna y otros cuatro gefes de tribus ². Sus fuerzas reunidas ascendian á siete mil seiscientas tiendas, y lo que todavía era mucho mas importante, el Drayhy se hacia de este modo gefe de todos los Beduinos de la Siria, donde no le quedaba un solo enemigo. Saher fué á Homs con objeto de solicitar la libertad de Farés, á quien en efecto trajo consigo, vestido con una pelliza de honor, para tomar parte en la general alegría; despues de esto las tribus se dispersaron ocupando todo el pais desde el Horan hasta Alepo.

Solo esperábamos ya el fin del verano para regresar al levante, y terminar los negocios que habiamos entablado el año anterior con las tribus de Bagdad y Bassora. Este tiempo de calma y ocio se ocupó en los preparativos de un casa-

¹ Esta ceremonia se llama *kasnat*.

² Estos caudillos eran: Zarack Ebn Fahrer, caudillo de la tribu El Gioullan; Giarah Ebn Meghiel, caudillo de la tribu El Giamha; Ghaleb Ebn Ramdoun, caudillo de la tribu El Ballahiss; y Fatess Ebn Nedged, caudillo de la tribu El Masleker.

miento entre Giarah, hijo de Farés, gefe de la tribu El Harba, y Sabha, hija de Bargiass, la mas hermosa doncella del desierto. Yo me interesaba particularmente en la boda, por haber conocido á la novia durante mi permanencia al lado de su madre. Farés rogó al Drayhy que le acompañase á la tienda de Bargiass para hacer la demanda matrimonial, y las personas mas notables de la tribu ataviadas con sus vestidos de mas lujo los acompañaron. Llegamos á la tienda de Bargiass sin que nadie saliese á recibirnos; ni aun el mismo Bargiass se puso de pie cuando entramos; tal es la costumbre en semejantes circunstancias; la menor atencion se consideraria como una falta de decoro. Pasados algunos momentos, el Drayhy tomó la palabra: — « ¿Por qué, dijo, nos recibís de tan mala manera? Si no quereis darnos de comer, nos volveremos á nuestras tiendas. » Durante este tiempo, Sabha, retirada en la parte de la tienda reservada á las mugeres, miraba á su novio por la abertura de la lona. Antes de dar principio á la negociacion es preciso que la joven haga seña para manifestar que acepta al que se presenta; porque si despues del secreto examen de que acabo de hablar dice á su madre que el futuro no le gusta, la cosa no pasa adelante; pero en aquella ocasion, como el que se presentaba era un bizarro mozo, de noble y altiva presen-

cia, Sabha hizo la seña de adhesión á su madre, que respondió entonces al Drayhy : « ¡Seais bien venidos! No solo os daremos de comer con mucho gusto, mas os concederemos cuanto pidáis. — Venimos, replicó el Drayhy, á pedir vos vuestra hija en matrimonio para el hijo de nuestro amigo; ¿cuanto quereis por su dote? — Cien *nackas*¹, respondió Bargiass, cinco caballos de la raza de Nedgde, quinientas ovejas, tres negros y tres negras para servir á Sabha; y para el regalo, un *machlah* bordado de oro, un vestido de seda de Damasco, diez brazaletes de ambar y coral, y unas botas amarillas. » El Drayhy hizo algunas observaciones sobre una exigencia tan exorbitante diciendo. « Veo que quieres justificar el refran árabe : Si no quieres casar á tu hija ponla muy cara. Sé más razonable si quieres que se efectue esta boda. »

Ajustóse el dote definitivamente en cincuenta *nackas*, dos caballos, doscientas ovejas, un negro y una negra. El regalo quedó como le había pedido Bargiass, y aun se añadieron algunos *machlahs* y unas botas amarillas para la madre y otras personas de la familia. Despues de haber estendido el convenio, le leí en voz alta; luego los

¹ Hembras de camellos, de la mas hermosa especie.

circunstantes recitaron la oración *Faliha*, el Padre nuestro de los musulmanes, que da, por decirlo así, la sancion al contrato; luego se sirvió leche de camella, como se hubiera servido agua de limon en una ciudad de Siria, y concluida la comida, montaron á caballo todos los jóvenes para dedicarse á los juegos del djerid¹ y otros. Giarah se distinguió, por agradar á su futura, que observó con gusto su agilidad y gracia. Nos separamos cuando entró la noche, pensando cada cual en los preparativos de la boda.

Al cabo de tres dias, el dote ó mas bien el precio de Sabha estaba preparado; un inmenso acompañamiento se puso en marcha observando el orden siguiente: á la cabeza iba un ginete con una bandera blanca en la punta de su lanza, y diciendo á grandes voces: Llevo el honor sin mancilla de Bargiass. Detras seguian los camellos adornados con guirnaldas de flores y acompañados de sus conductores; luego, el negro á caballo, perfectamente vestido, rodeado de hombres á pié que iban entonando canciones populares. Detras de ellos iba una porcion de guerreros, armados con fusiles que continuamente disparaban: seguialos una muger que llevaba

¹ Ejercicio ecuestre con palos que se lanzan como dardos. Estos palos se llaman *djerids*.

un brasero encendido en el que iba quemando incienso : luego iban las ovejas, conducidas por los pastores cantando, como cantaba Chibouk, el hermano de Antar, hace dos mil años, porque las costumbres de los Beduinos no cambian jamas. Venia luego la negra asimismo á caballo y rodeada de doscientas mugeres á pié, grupo que no era ciertamente el mas silencioso, porque los gritos de alegría y los cantos nupciales de las mugeres árabes son de lo mas agudo que se puede imaginar. El camello que llevaba el regalo cerraba la marcha ; los machlahs bordados de oro se veian estendidos por todas partes cubriendo el animal. Las botas amarillas pendian á los lados, y los objetos de valor, dispuestos en festones y arreglados con arte, formaban el conjunto mas suntuoso. Un muchacho de la principal familia, montado en aquel camello, decia en alta voz : « ¡ Ojalá quedemos siempre victoriosos ! « Ojalá se apague para siempre el fuego de nuestros enemigos ! » Otros muchachos le acompañaban gritando : « Amen. » Yo por mi parte iba corriendo de un lado á otro para disfrutar mejor de aquel vistoso espectáculo.

Bargiass nos salió entonces á recibir con los hombres y las mugeres de su tribu, y entonces fué cuando los gritos y los cantos fueron verdaderamente atronadores ; luego los caballos, lan-

zados en todas direcciones, pronto nos envolvieron en una nube de polvo.

Dispuestos en orden los regalos alrededor de la tienda de Bargiass, se hizo el café en una gran caldera y todos le tomaron esperando el festin.

Diez camellos, treinta carneros y una inmensa cantidad de arroz formaban el fondo de la comida, despues de la cual se apuró una segunda caldera de café. Aceptado el dote, terminóse la ceremonia recitando de nuevo la oracion, y se convino en que Giarah iria á buscar á su novia dentro de tres dias. Antes de partir, fui á la estancia de las mugeres para que conociese mas particularmente á jeque Ibrahim la muger de Bargiass, y para darle gracias de nuevo por los desvelos que me habia prodigado. Respondióme que queria aumentar mi deuda de gratitud dándome á su sobrina en matrimonio, pero jeque Ibrahim remitió al año próximo la ejecucion de aquel proyecto.

La víspera del dia fijado para la boda, estendióse la voz de que un formidable ejército de Wahabi habia asomado por el desierto ; los correos volaban de tribu en tribu, escitándolas á reunirse de tres en tres ó de cuatro en cuatro, á fin de que, en todos los puntos, pudiese hallarlas el enemigo prontas á recibirle, y poco faltó para que empezase la boda por un combate á

muerte, en lugar de un combate fingido, como es costumbre.

Salieron el Drayhy y los otros gefes muy de mañana con mil ginetes y quinientas mugeres para ir á conquistar á la hermosa Sabha. A corta distancia del campo, se paró la comitiva; los ancianos y las mugeres echan pie á tierra y esperan el resultado de un combate entre los mozos que vienen á robar á la novia, y los de la tribu que se oponen á este intento; estas peleas suelen tener malas resultas, pero no le es permitido al esposo tomar parte en ellas porque podrian poner su vida en peligro las asechanzas de sus rivales. En aquella ocasion, todo se redujo á unas cuantas heridas, y la victoria, como era regular, quedó por los nuestros, que robaron á la novia y se la entregaron á las mugeres de nuestra tribu. Sabha iba acompañada de unas veinte doncellas y seguida de tres camellos cargados: el primero llevaba su handag, cubierto de grana, guarnecido de franjas y borlas de lana de varios colores, y adornado con plumas de avestruz; festones de conchas y tiras de vidrio de color adornaban la parte interior, y servian de marco á unos espejitos, que colocados de trecho en trecho, reflejaban la escena por todos lados. El segundo camello llevaba su tienda, y el tercero, sus alfombras y su ajuar de cocina. Sentada la

novia en su handag, y rodeada de las mugeres de los caudillos, montadas en sus camellos, y de las otras mugeres á pie, empezó la marcha; varios ginetes, caracoleando á la cabeza, anunciaban su llegada á las tribus que debiamos encontrar al paso, y que salian á recibirnos quemando incienso y matando carneros bajo los pies de los camellos de la novia. Nada puede dar una idea exacta de aquella escena ni de la que duró todo el dia y toda la noche: imposible seria pintar las danzas, los cantos, las hogueras, los banquetes, los gritos de toda especie y el alboroto que siguieron á su llegada. Dos mil libras de arroz, veinte camellos y cincuenta camellas se devoraron en el festin de los caudillos. Ocho tribus enteras se hartaron, merced á la hospitalidad de Farés, y todavía se oia gritar á media noche. « ¡El que tenga hambre que venga á comer! » Tenia yo tan gran reputacion entre ellos, que Giarah me pidió un talisman para asegurar la felicidad de aquel enlace: — escribí su cifra y la de su muger en caracteres europeos, se las dí con solemnidad, y nadie dudó de la eficacia de aquel hechizo viendo el contento de ambos esposos.

Pocos dias despues, noticioso de que los Wahabi, en número de diez mil combatientes, tenían sitiada á Palmira, dió orden el Drayhy de salirles al encuentro y los alcanzamos en El

Daub; allí hubo algun tiroteo hasta el anoche-
cer, pero sin que setrabase seriamente la lid. En-
tonces tuve ocasion de apreciar las ventajas de
los *mardoufs*, en estas guerras del desierto en
las que es preciso provisiones para el ejército
para mucho tiempo. Estos camellos, montados
por dos hombres, son como unas fortalezas am-
bulantes, provistas de cuanto necesitan para su
sustento y su defensa; un barril de agua, un
costal de harina, otro de dátiles pasos, un cán-
taro de manteca de oveja, y las municiones de
guerra forman como una torre cuadrada sobre
el lomo del animal. Los hombres, cómodamente
colocados á ambos lados en asientos de cuerdas,
no tienen que recurrir á nadie: cuando tienen
hambre, amasan un poco de harina con man-
teca, y se la comen así sin hacerla cocer; unos
cuantos dátiles y un poco de agua completan la
comida de aquellos hombres sobrios; para dor-
mir no hacen mas que tenderse en el camello co-
mo ya he dicho.

Mas serio fué el combate el dia siguiente: nues-
tros Beduinos pelearon con mas encarnizamiento
que sus adversarios, porque tenían detras de sí
á sus mugeres y á sus hijos, al paso que los Wa-
habi, lejos de su pais y ansiosos solamente de
pillage, estaban poco dispuestos á arriesgar sus
vidas cuando nada habia que ganar. La noche se-

paró á los combatientes, pero al amanecer volvió
á empezar la lucha con nueva furia; en fin, al
anochecer, la victoria se decidió á nuestro favor;
les matamos sesenta hombres, les cogimos vein-
tidos prisioneros, catorce hermosas yeguas y se-
senta camellos; el resto del ejército huyó y nos
dejó dueños del campo de batalla. Esta victoria
aumentó la fama del Drayhy, y colmó de alegría
á jeque Ibrahim, que exclamó: « Gracias á Dios,
« nuestras cosas van bien. »

Como ya no teniamos mas enemigos que te-
mer en el desierto de Siria, jeque Ibrahim se se-
paró por algun tiempo del Drayhy, y pasó á
Homs á comprar mercancías y á escribir á Eu-
ropa. Durante nuestra permanencia en esta ciu-
dad, me dejó en plena libertad para divertirme
y descansar de todas mis fatigas; todos los dias
hacia partidas de campo con algunos jóvenes
amigos míos, y gozaba doblemente de aquella
vida de placeres por el contraste que formaba
con la que habia pasado entre los Beduinos,
pero, ¡ah! ¡mi alegría debia ser de corta dura-
cion y convertirse pronto en amarga tristeza! Un
mensajero que habia ido á Alepo á buscar di-
nero para el señor Lascaris, me trajo una carta
de mi madre que se hallaba sumergida en la
mayor afliccion de resultas de la muerte de mi
hermano mayor, victima de la peste. Su carta

parecia insensata á fuerza de dolor; la infeliz madre no sabia qué era de mí hacia cerca de tres años, y me suplicaba, si aun vivia, que fuese á reunirme con ella. Esta terrible nueva me privó del uso de mis sentidos, y tres dias pasé sin saber donde me hallaba, y sin querer tomar ningun alimento; gracias á los desvelos del señor Lascaris, fuime restableciendo poco á poco, pero todo lo que pude obtener de él fué que me dejase escribir á mi pobre madre, y aun hasta la víspera de nuestra partida no pude enviarle mi carta, por miedo de que viniese á verme; — pero paso por alto los pormenores de mis sentimientos personales, que no pueden interesar, y vuelvo á la narracion de mi viage. Habiéndonos prevenido el Drayhy que pensaba salir pronto para el levante, nos dimos prisa á ponernos en camino para alcanzarle; habia puesto á nuestra disposicion tres camellos, dos yeguas y cuatro guias. El dia de nuestra partida de Homs sentí una opresion de pecho tan extraordinaria, que estuve á punto de tomarla por un funesto presentimiento: pareciamé que caminaba á una muerte prematura; pero venciendo mi flaqueza, acabé por persuadirme de que lo que experimentaba era el resultado del abatimiento en que me habia sumergido la dolorosa carta de mi madre; en fin nos pusimos en camino, y despues de haber an-

dado todo el dia, nuestros guias nos instaron á continuar de noche el viage, pues no teniamos mas que veinte horas de marcha. Nada de particular nos sucedió hasta media noche, y ya empezaba á adormecernos el monótono movimiento de nuestras cabalgaduras, cuando el guia que iba delante nos gritó:

— « Abrid bien los ojos, y tened cuidado, « porque estamos en la orilla de un hondo precipicio. »

El camino no tenia mas que un pie de ancho; á derecha habia una montaña tajada perpendicularmente, y á izquierda el precipicio llamado Wadi-el Hail. Despertéme sobresaltado, me froté los ojos y cogí la brida que habia dejado caer sobre el cuello de mi yegua, pero esta precaucion, que debia salvarme, fué cabalmente lo que estuvo á punto de costarme la vida, porque habiendo tropezado el animal en una piedra, el miedo me hizo tirar de las riendas demasiado fuerte, con lo que perdió el terreno y cayó rodando conmigo en el fondo del precipicio. Ignoro lo que pasó despues de aquel momento de angustia; pero hé aquí lo que luego me contó jeque Ibrahim. Lleno de terror, apeóse de su caballo y procuró distinguir la sima en que yo habia desaparecido, pero la noche era demasiado oscura, tanto que solo el ruido de mi caída le ad-

virtió de ella, y nada vió mas que un negro abismo bajo sus pies; entonces se echó á llorar y empezó á suplicar á los guias que bajasen al precipicio, pero lo juzgaron impracticable en la oscuridad, y aseguraron ademas que era trabajo escusado, pues no solo debia yo haberme matado, mas debia haberme hecho pedazos en las puntas de las peñas; entonces declaró que no queria moverse de aquel sitio hasta que la luz del dia permitiese hacer nuevas pesquisas, y prometió cien talaris al que le trajese mi cuerpo, por mas mutilado que estuviese, no pudiendo, decia, consentir, en dejarle para pasto de las fieras; luego se sentó en la orilla del abismo, aguardando, en una sombría desesperacion, los primeros albores de la mañana.

Apenas amaneció, bajaron los cuatro hombres no sin dificultad, y me hallaron sin sentido, colgado por la cintura con la cabeza hácia abajo; la yegua yacia muerta á algunas toesas mas abajo, en el fondo del barranco. Diez heridas tenia yo en la cabeza, el brazo izquierdo enteramente descarnado, las costillas hundidas y las piernas desolladas hasta los huesos; cuando me tendieron á los pies de jeque Ibrahim, no daba ninguna señal de vida; echóse sobre mí el buen viejo llorando, pero como tenia algunas nociones de medicina, y nunca viajaba sin llevar consigo

un botiquin, no se abandonó mucho tiempo á un dolor esteril. Cercioróse primeramente, acercándome á la nariz no sé qué espíritus, de que aun vivia, me puso con mucho tiento sobre un camello, y volvió conmigo á la aldea El Habedin; entretanto mi cuerpo se hinchó prodigiosamente, sin dar otra señal de vida; el jeque del pueblo me hizo tender en un colchon y envió á buscar un cirujano á Homs. Nueve horas enteras estuve sin dar la menor señal de sensibilidad; al cabo de este tiempo abrí los ojos, sin tener ninguna percepcion de lo que pasaba en derredor de mí, ni el menor recuerdo de lo que habia sucedido: hallábame como bajo la influencia de un sueño, sin experimentar ningun dolor. Así estuve veinticuatro horas, y no salí de aquel letargo mas que para sufrir inauditos dolores; mas me hubiera valido cien veces quedarme en el fondo del precipicio.

Jeque Ibrahim no se separaba de mí un instante, y se deshacia en ofertas de recompensas al cirujano si lograba salvarme. Hacia este por su parte cuanto podia; pero no era muy habil, y al cabo de treinta dias, mi situacion empeoró en términos que se temió la cangrena. El Drayhy vino á verme apenas tuvo noticia de mi desgracia, y tambien la lloró y ofreció ricos presentes al cirujano para activar su celo, pero en sus ma-

yores extremos de afliccion por mí, no podia menos de lamentar la pérdida de su yegua Abaige, que era de pura sangre árabe, y valia diez mil piastras. Por lo demas, lo mismo que á Ibrahim, el dolor le ponía fuera de sí; ambos temian, no solo perderme, pues me querian de veras, sino tambien ver malograrse todas sus operaciones, de resultas de mi muerte. Procuré tranquilizarlos, diciéndoles que no creia morir de aquella hecha, pero nada me anunciaba que estaria en situacion de viajar en mucho tiempo, aun dado que no sucumbiese.

Tuvo el Drayhy que despedirse de nosotros para continuar su emigracion hácia el oriente, adonde iba á pasar el invierno. Jeque Ibrahim se desesperaba viéndome empeorar por dias; en fin, sabiendo que habia un cirujano mas habil que el mio en El Dair Attié, le hizo llamar, pero se negó á venir, exigiendo que se llevase el enfermo á su casa: por consiguiente me hicieron una especie de litera lo mejor que se pudo, y me llevaron allá á riesgo de verme espirar en el camino. Aquel nuevo cirujano mudó enteramente los vendages de mis heridas, y las lavó con vino caliente; tres meses pasé en su casa, sufriendo un verdadero martirio, y echando de menos mil veces la muerte de que habia escapado; luego me trasportaron á la aldea de Nabek, donde es-

tuve en cama otros cinco meses. Solo al cabo de este tiempo empezó realmente mi convalescencia, y aun todavia tuve algunas recaidas; cuando veia un caballo, por ejemplo, perdía el color, y caia desmayado; este estado de irritacion nerviosa duró cerca de un mes. En fin, poco á poco logré vencerme en este punto, pero debo confesar que siempre me ha quedado un estremecimiento desagradable á la vista de ese animal, y que tengo hecho juramento de nunca montar á caballo sin una absoluta necesidad.

Mi enfermedad le costó cerca de quinientos talarís á jeque Ibrahim, pero ¿como evaluar sus desvelos y paternales atenciones? seguramente le debo la vida.

Durante mi convalescencia supimos que nuestro amigo, el bajá de Damasco, habia sido reemplazado por otro, Soliman Selim, noticia que nos apesadumbó mucho haciéndonos temer perder nuestro crédito con los Turcos.

Diez meses habian trascurrido, nos hallábamos en primavera y aguardábamos con impaciencia la llegada de nuestros amigos los Beduinos, cuando vino un correo á anunciarnos que se acercaban. Dimonos prisa á enviarle al Drayhy, que le dió muy buenas albricias por la nueva de mi restablecimiento, que tambien causó grande alegría en toda la tribu donde me creian muerto

hacia mucho tiempo. Todavía aguardamos algunos dias á que se acercase mas la tribu, y en ellos llegó á mi noticia una anécdota singular, y que me parece digna de referirse como estudio de costumbres.

Un tratante de la Anatolia, escoltado por cincuenta hombres, llevaba diez mil carneros para venderlos en Damasco. En el camino trabó conocimiento con tres Beduinos, y se hizo muy amigo de uno de ellos; en el momento de separarse, este le propuso que entablase fraternidad con él. No veía el tratante de que le serviría tener un hermano entre unos pobres Beduinos, á él que se veía dueño de diez mil cabezas de ganado y escoltado por cincuenta hombres, pero como insistiese el Beduino, llamado Chatti, consintió por desembarazarse de su importunidad, en darle dos piastras y un puñado de tabaco en prendas de fraternidad. Chatti repartió las dos piastras entre sus amigos, diciéndoles:

— « Sed testigos de que este hombre es ya mi hermano. » Luego se separaron, y el tratante no volvió á acordarse de semejante fraternidad. Llegado que hubo á un sitio llamado Ain El Alak, una partida de Beduinos, superior en número, atacó á su escolta, la derrotó, se apoderó de sus reses y le despojó enteramente, no dejándole mas que la camisa, con lo que llegó á Damasco

en la mayor miseria, renegando de los Beduinos y de su supuesto hermano Chatti, á quien acusaba de haberle vendido.

Difundióse entretanto por el desierto la nueva de aquella rica presa, y llegó á oídos de Chatti, quien despues de buscar á sus dos testigos, se presentó con ellos á Sultan el Brrak, caudillo de la tribu El Amour, le declaró que era hermano del tratante robado, y le intimó que le hiciese justicia, á fin de que pudiese cumplir los deberes de la fraternidad. Sultan, recibida la deposicion de los dos testigos, tuvo que acompañar á Chatti á la tienda del caudillo de la tribu El Nahimen, que se habia apoderado de las reses, y que reclamárselas con arreglo á sus leyes. No tuvo el jeque mas arbitrio que devolvérselas, y Chatti, despues de haberse cerciorado de que no faltaba ninguna, se puso en camino para Damasco con los pastores y los rebaños.

Dejólos fuera de la ciudad, y entró en ella á buscar á su hermano, á quien halló sentado delante de un café del bazar. Fuése derecho á él, pero este se volvió indignado, y no le costó á Chatti poco trabajo hacerse escuchar y sobre todo persuadirle de que sus carneros le aguardaban fuera de las puertas, pues temia una nueva asechanza y no queria seguir al Beduino. En fin, convencido en vista de sus rebaños, se

echó en los brazos de Chatti, y despues de haberle manifestado toda su gratitud, procuró en vano hacerle aceptar una recompensa proporcionada á tamaño servicio; el Beduino nunca quiso recibir mas que un par de botas y un *cafié* (pañuelo), que valia á lo mas un talari, y, despues de haber *comido* con su amigo, se volvió á su tribu.

Nuestra primera entrevista con el Drayhy fué verdaderamente patética; él mismo vino, con los principales de su tribu, á buscarnos á la aldea de Nabek, y nos llevó, por decirlo así, en triunfo al campamento: en el camino nos contó las guerras que habia sostenido en el territorio de Samarcanda, y la dicha que habia tenido de vencer á cuatro de las principales tribus* y de reducir las luego á firmar el tratado. Era muy importante haber separado á tiempo aquellas tribus de la alianza de los Wahabi, de quienes eran tributarias, porque corrian voces de que nuestros enemigos preparaban un formidable ejército y esperaban señorearse de toda la Siria. Poco despues supimos que aquel ejército estaba en mar-

* La tribu El Krassa, caudillo Zahauran Ebn Houad; la tribu El Mahlac, caudillo Nabac Ebn Habeb; la tribu El Meraikrat, caudillo Roudan Ebn Abed; en fin, la tribu El Zeker, caudillo Matlac Ebn Fayhan.

cha, y que por todas partes iba sembrando terror y estragos.

Envió orden el bajá de Damasco á los gobernadores de Homs y de Hama para que estuviesen sobre las armas día y noche y preparasen sus tropas al combate. Los habitantes corrian hácia la costa, huyendo de los sanguinarios Wahabi, cuyo nombre solo bastaba á hacerles abandonar sus hogares.

Recibió el Drayhy una invitacion del bajá para pasar á Damasco á conferenciar con él, pero temiendo alguna traicion, se escusó so pretexto de no poder dejar su puesto en aquel crítico instante, y le pidió algunas tropas como auxiliares, esperando poder con ellas hacer cara al enemigo. Mientras llegaba aquel refuerzo, hizo el Drayhy anunciar solemnemente la guerra, segun la costumbre de los Beduinos en las grandes ocasiones, y hé aquí cómo: eligióse una camella blanca, que tiznaron enteramente con ollin y aceite; pusiéronle un ronzal de cerda negra, é hicieron que montase en ella una doncella vestida de negro, con la cara y las manos igualmente tiznadas. Diez hombres la condujeron de tribu en tribu, y al llegar á cada una de ellas gritaba tres veces:

— « ¡ Refuerzo ! ¡ Refuerzo ! ¡ Refuerzo ! ¿ Quien « de vosotros blanqueará esta camella ? Un pe-

« dazo de la tienda del Drayhy amenaza ruina ;
 « ¡acudid, acudid, grandes y generosos defen-
 « sores! El Wahabi va á llegar, y os robará
 « vuestros aliados y vuestros hermanos; voso-
 « tros todos los que me ois, dirigid vuestras
 « oraciones á los profetas Mahoma y Alí, el pri-
 « mero y el último. »

Esto diciendo, distribuia puñados de cerda negra, y cartas del Drayhy que indicaban el punto de reunion en las orillas del Oronte. En poco tiempo se reforzó nuestro campamento con treinta tribus reunidas en una misma llanura; las cuerdas de las tiendas se rozaban unas con otras.

Envió el bajá de Damasco á Hama 6,000 hombres al mando de su sobrino Ibrahim-Bajá, para esperar allí otras tropas que debian aprontar los bajás de Acre y Alepo. Acababan apenas de reunirse, cuando se supo la llegada de los Wahabi á Palmira, por los habitantes que acudian á refugiarse en Hama; Ibrahim-Bajá escribió al Drayhy, que pasó á verle, y concertaron juntos su plan de defensa. El Drayhy, que me habia llevado consigo como consejero, me comunicó sus convenios, y yo le hice observar que el que reunia á los Beduinos y á los Turcos en un solo campamento era muy peligroso, por no tener estos últimos, en el momento de la pelea, ningun me-

dio de distinguir á sus amigos de sus enemigos. Con efecto, todos los Beduinos, igualmente vestidos, no se reconocen entre sí, en los encuentros, mas que por sus gritos de guerra; cada tribu repite continuamente el suyo: Khraíl el Allia Doualli, Khraíl el Biouda Hassny, Khraíl el Hamra Daffiry, etc. Khraíl significa ginete; Allia, Biouda, Hamra, indican el color de alguna yegua favorita; Doualli, Hassny, Daffiry, son los nombres de la tribu; es como si se dijese: *Ginete de la yegua tordade Daffir*, etc. Otros invocan á su hermana ó á alguna otra hermosura; así el grito de guerra del Drayhy es Ana Akhron Rabda: yo el hermano de Rabda; el de Mehan-na, yo el hermano de Tiodda; uno y otro tienen hermanas célebres por su belleza. Los Beduinos dan suma importancia á su grito de guerra y tratarian de cobarde al que no se atreviese á pronunciar el suyo en el momento del peligro. Conoció el Drayhy la fuerza de mis razones, é hizo consentir, aunque con dificultad, á Ibrahim-Bajá en una division de sus fuerzas.

Al dia siguiente volvimos al campamento, seguidos del ejército musulman, compuesto de Dalatis, de Albaneses, de Mogrebinos, de Houaras y de Arabes, en número total de quince mil hombres, provistos de cañones, morteros y bombas, y levantaron sus tiendas á media hora de las

nuestras; la arrogancia de su porte, la variedad y riqueza de sus trages, sus banderas, formaban un cuadro magnífico, pero á pesar de su bizarra apariencia, los Beduinos se burlaban de ellos, y decian que serian los primeros en huir.

En la tarde del segundo dia, vimos, por la parte del desierto, una gran polvareda que se extendia como una densa niebla hasta cuanto alcanzaba la vista; poco á poco se dispó aquella nube, y vimos aparecer el ejército enemigo.

En aquella ocasion llevaban consigo sus mugeres, sus hijos y sus rebaños. Establecieron su campamento á una hora del nuestro, y se componia de cincuenta tribus, que formaban un total de 73,000 tiendas: al rededor de cada una estaban atados numerosos camellos y carneros, que unidos á los caballos y á los guerreros, formaban una muchedumbre formidable, tanto que atemorizado Ibrahim-Bajá envió á toda prisa á llamar al Drayhy, quien despues de haberle dado algun ánimo, volvió al campamento á mandar hacer las trincheras necesarias. A este fin reunieron todos los camellos, los amarraron unos á otros por las rodillas y los dispusieron en dos hileras delante de las tiendas; para completar aquel baluarte, se abrió un foso detras de ellos. Lo mismo hizo por su parte el enemigo, y en seguida mandó el Drayhy preparar el Hatfé. — Hé

aquí en qué consiste esta singular ceremonia. Se elige la mas hermosa entre las doncellas de los Beduinos, y se la coloca en un handag ricamente engalanado, puesto encima de una gran camella blanca. La eleccion de la doncella que debe ocupar este puesto honroso, pero arriesgado, es muy importante, porque casi siempre depende de ella el éxito de la batalla; — colocada enfrente del enemigo, rodeada de la flor de los guerreros, debe escitarlos á la lid; la acción principal pasa siempre al rededor de ella, y la defienden prodigios de valor. Todo se perderia si el Hatfé cayera en poder del enemigo; así es que para evitar esta desgracia, debe siempre rodearle la mitad del ejército; los guerreros se suceden en aquel punto, donde es mas reñido el combate, y todos van á beber el entusiasmo en sus miradas. Una doncella, llamada Arkié, que reunia en alto grado el valor, la elocuencia y la hermosura, fué elegida para el Hatfé; tambien el enemigo preparó el suyo, y poco despues empezó la batalla. Los Wahabi se dividieron en dos cuerpos; el primero y mas considerable, mandado por Ad-dalla el Hedal, su general en gefe, estaba delante de nosotros; el segundo, al mando de Abó Nocta, hacia frente á los Tureos. El caracter de estos y su modo de pelear son diametralmente opuestos á los de los Beduinos: el Beduino, pru-

dente y muy sereno, empieza con suma cachaza; luego va animándose poco á poco, y pronto se enfurece y es irresistible. El Turco, por el contrario, orgulloso y arrogante, arremete con ímpetu al enemigo y cree que no tiene que hacer mas que presentarse para vencer, con lo que toda la fuerza se le va en la primera embestida.

El bajá Ibrahim, viendo á los Wahabi atacar friamente, se creyó bastante fuerte para dispersar él solo su ejército entero: pero antes del anochecer, aprendió á sus espensas á respetar á su adversario, pues tuvo que replegar sus tropas y dejarnos todo el peso de la accion.

La noche puso fin al combate, pero por ambas partes hubo gran mortandad.

El dia siguiente recibimos un refuerzo con la llegada de la tribu El Hadidi, compuesta de cuatro mil hombres, todos montados en borricos y armados con fusiles. Hecha la cuenta de nuestras fuerzas, resultó que ascendian á 80,000 hombres, y como los Wahabi tenian 450,000, el combate del dia siguiente les fué favorable, y la fama de nuestra derrota, exagerada como sucede siempre en semejante caso, se estendió por Hama y atemorizó á sus habitantes. Al otro dia ya se les pasó el susto, y por espacio de veinte dias pusieron á prueba nuestra constancia continuas alternativas de buena y mala fortuna. Cada dia eran mas ter-

ribles los combates; el décimo quinto tuvimos que luchar con un enemigo mas temible que los Wahabi, — el hambre. La ciudad de Hama, la única que podia suministrar víveres á ambos ejércitos, se agotaba ú ocultaba sus recursos; los Turcos huian; nuestros aliados se dispersaban para no morir de hambre: los camellos que formaban el baluarte del campamento, se devoraban unos á otros. En medio de aquellas espantosas calamidades, no flaqueó un momento el valor de Arkié; nuestros mas denodados guerreros se dejaban matar á su lado, y ella no cesaba de animarlos, de escitarlos y de aplaudir sus esfuerzos: alentaba á los viejos alabando su valor y esperiencia, y á los mozos prometiéndoles casarse con el que le presentase la cabeza de Abdalla el Hedál. Como yo estaba siempre junto á su handag veia á todos los guerreros presentarse á ella para obtener algun estímulo, y abalanzarse en seguida á la pelea, entusiasmados por su elocuencia. Confieso que preferia oir sus cumplimientos á recibirlos, porque casi siempre eran los precursores de la muerte. Un dia ví á un gallardo mancebo, uno de nuestros mas valerosos ginetes, presentarse delante del handag: — « ¡ Oh Arkié! exclamó, ¡ oh la mas hermosa entre las hermosas, déjame ver tu rostro pues « voy á pelear por tí! » — Arkié le respondió:

« Aquí me tienes, ¡oh el mas valiente entre los valientes! Ya sabes que mi precio es la cabeza de Abdalla. » — El joven blande su lanza, aguija á su caballo y se precipita en medio de los enemigos: antes de dos horas, ya habia sucumbido, cubierto de heridas.

— « ¡Dios os conserve! dije á Arkié, el valiente ha perecido.

— « No es él el solo que no ha vuelto, » respondió la doncella tristemente.

En aquel momento se presentó un guerrero armado de pies á cabeza; hasta sus botas estaban guarnecidas de acero, y su caballo cubierto de una cota de malla (los Wahabi tenian veinte de estos guerreros entre los suyos; nosotros no teniamos mas que doce.) Adelantóse hácia nuestro campamento, llamando al Drayhy á singular batalla, uso antiquísimo entre los Beduinos; el que de esta suerte es desafiado no puede sin deshonor rehusar el combate. El Drayhy, al oír su nombre, se disponia á responder á aquella provocacion, pero sus parientes se reunieron á nosotros para contenerle: su vida era demasiado importante para esponerla con tanta ligereza, y su muerte hubiera acarreado la ruina total de nuestra causa, y la destruccion de los dos ejércitos aliados. Siendo inutil la persuasion, tuvimos que emplear la fuerza; atámosle con cuerdas de

pies y manos á unas estacas clavadas en el suelo, en medio de su tienda; los gefes mas influyentes le sujetaban y le exhortaban á calmarse, haciéndole presente la imprudencia de esponer al ejército por responder á la insolente bravata de un brutal Wahabi. Este entretanto no cesaba de gritar:

— « ¡Venga, venga el Drayhy! Ya ha llegado su último dia; yo voy á terminar su carrera. »

El Drayhy, que le oia, cada vez mas furioso, echaba espumarajos de cólera y bramaba como un leon; los ojos, encendidos como dos ascuas, se le saltaban de la cara, y se revolvía entre sus cuerdas con terrible fuerza. Aquel tumulto atraia un numeroso gentío al rededor de su tienda, cuando de pronto un Beduino, abriéndose paso, se pone delante del Drayhy; una camisa sujeta con un cinturon de cuero, y un *casté* en la cabeza formaban su única vestimenta. Montado en un caballo alazan, y sin mas armas que una lanza, iba á solicitar licencia para pelear con el Wahabi en lugar del jeque, recitando los versos siguientes:

« Hoy, yo, Tehaisson, me he apoderado del caballo Hadidi, que deseaba hacia mucho tiempo, deseoso de recibir *en su lomo* las alabanzas debidas á mi valor. Voy á atacar y á vencer al

Wahabi por os hermosos ojos de mi amada, y para ser digno de la hija de aquel que siempre ha vencido al enemigo. »

Dice y se lanza á la pelea contra el guerrero enemigo : nadie creia que pudiese resistir media hora á su terrible adversario á quien su armadura hacia invulnerable, pero si no le descargó golpes muy homicidas, supo con maravillosa destreza evitar los suyos durante las dos horas que duró la lid. Todos estaban suspensos y llenos del mas vivo interés lo mismo en uno que en otro bando ; al cabo nuestro campeon vuelve la rienda y parece que huye ; — toda esperanza está perdida ; el enemigo va á proclamar su triunfo ; — el Wahabi le persigue, y con firme mano le arroja su lanza, pero Tehaisson, previendo el golpe, se agacha hasta el arzon de su silla, y el arma pasa silbando por encima de su cabeza ; entonces volviéndose de improviso, clava su acero en la garganta de su enemigo, aprovechándose del instante en que este, obligado á parar de pronto su caballo delante del de su contrario, levanta la cabeza. Como este movimiento dejó un hueco entre el casco y la coraza, debajo de la barba, la lanza le atravesó de parte á parte, y le mató en el acto, pero sostenido en la silla por su armadura, el caballo se llevó el cadaver en medio de los suyos, y Tehaisson volvió triun-

fante á la tienda del Drayhy, donde fué recibido con entusiasmo. Todos los gefes le abrazaron colmándole de elogios y de regalos, y Jeque Ibrahim no fué uno de los últimos en manifestarle su gratitud.

Continuaban entre tanto la guerra y el hambre ; dos dias estuvimos en la tienda del Drayhy sin probar bocado. Al tercero recibió tres canastos de arroz que le enviaba de regalo Mola Ismael, caudillo de los Dallatis. En vez de economizarle como un último recurso, mandó cocerle todo y convidó á cenar á todos los que estaban presentes. Su hijo Sahed no quiso sentarse á la mesa, pero, instado por su padre, pidió que le diesen su racion y se la llevó á su yegua, diciendo que preferia sufrir él á verla carecer de alimento.

Treinta y siete dias hacia que habia empezado la guerra ; el trigésimo octavo fué terrible el combate. Tomó y saqueó el enemigo el campamento de los Osmanlis, y á duras penas pudo el bajá volver á Hama, perseguido por los Wahabi, que pusieron sitio á esta ciudad.

La derrota de los Turcos nos era tanto mas funesta cuanto dejaba al segundo cuerpo de ejército del enemigo, mandado por el famoso negro Abó Nocta, en libertad de unirse á Abdalla para atacarnos á la par. Al dia siguiente empezó una

terrible lid ; tan mezclados estaban los Beduinos que no se distinguian unos de otros. Atacábanse con el sable cuerpo á cuerpo ; todo el llano estaba cubierto de sangre ; jamas acaso hubo semejante batalla ; ocho dias duró sin cesar. Los vecinos de Hama, persuadidos de que todos estábamos esterminados, ya no nos enviaban aquellas raras provisiones que de tan estremados apuros nos habian sacado algunas veces. Enfin, el Drayhy, viendo el mal en su colmo, reunió á los gefes y les dijo :

— « Amigos míos, es preciso hacer un último esfuerzo : mañana es forzoso vencer ó morir : — mañana, si Dios lo permite, destruiré el campamento enemigo ; mañana nos hartaremos de sus despojos. »

Una sonrisa de incredulidad acogió su arenga ; sin embargo algunos mas animosos respondieron :

« — Proseguid ; os obedeceremos. »

« — Esta noche, continuó, es preciso que hagáis pasar cautelosamente al otro lado del Oronte vuestras tiendas, vuestras mugeres y vuestros hijos : es menester que todo haya desaparecido antes de salir el sol sin que lo advierta el enemigo. En seguida, libres de todo cuidado, caeremos sobre él con el arrojido de la desesperacion y le esterminaremos ó perecere-

« mos todos. Dios nos protegerá y venceremos. »

Todo se ejecutó como él habia dicho, con un orden, una presteza y un silencio increíbles : al dia siguiente no quedaban mas que los guerreros. El Drayhy los dividió en cuatro cuerpos, mandando atacar el campamento enemigo por cuatro puntos á la vez ; todos se arrojaron sobre su presa como leones hambrientos. Aquel choque, impetuoso y simultáneo, tuvo todo el éxito que podia esperarse de él ; la confusion y el desorden penetraron entre los Wahabi, que echaron á huir, abandonando sus mugeres, sus hijos, sus tiendas y sus bagages. El Drayhy, sin dar tiempo á los suyos para apoderarse del botin, los obligó á perseguir á los fugitivos hasta Palmira, y no los dejó descansar hasta despues de la total dispersion del enemigo.

Apenas se declaró la victoria por nosotros, partí con Jeque Ibrahim para anunciar á la poblacion de Hama esta feliz nueva ; pero nadie quiso creerla, y poco faltó para que nos tratasen como á fugitivos. Estaba el pueblo en la mayor agitacion ; unos corrian á las alturas, desde donde no veian mas que nubes de polvo ; otros preparaban sus machos para huir hácia la costa, pero pronto, confirmándose la derrota de los Wahabi, el mas estravagante alborozo sucedió á aquella gran consternacion. Enviaron un

Tártaro á Damasco que volvió trayendo cuarenta cargas de trigo, veinticinco mil piastras, un sable y una pelliza de honor para el Drayhy, que hizo su entrada triunfal en Hama, escoltado por todos los gefes de las tribus aliadas: el gobernador, los agás, el bajá y toda su corte le recibieron de un modo espléndido.

Despues de cuatro dias de regocijos, salimos de Hama para reunirnos con nuestras tribus y conducir las al levante al acercarse el invierno. El Drayhy partió con doce de ellas; las otras, reunidas en grupos de cinco á seis, se dispersaron en el desierto de Damasco. — Nuestra primera residencia fué en Tall el Dehab, en el territorio de Alepo, donde hallamos cuatro tribus que no habian tomado parte en la guerra: los gefes salieron al encuentro del Drayhy, penetrados de respeto por sus recientes proezas, y solicitando el favor de ser admitidos á firmar nuestro tratado de alianza¹. De allí marchamos sin detenernos para reunirnos con nuestro amigo el emir Taher, que nos recibió con las mas vivas manifestaciones de júbilo. Atravesamos el Eu-

¹ Farés Ebn Aggib, jefe de la tribu El Bechakez, 500 tiendas; Cassan Ebn Unkban, jefe de la tribu El Chiamssi, 4,000 tiendas; Selamé Ebn Nahssan, jefe de la tribu El Fuabez, 600 tiendas; Mehanna El Saneh, jefe de la tribu El Salba, 800 tiendas.

frates con él y con otras muchas tribus que entraban como nosotros en Mesopotamia, é iban, unas del lado de Hamad, otras del desierto de Bassora.

Recibimos en el camino una carta de Farés el Harba, anunciándonos que seis de las grandes tribus que habian peleado contra nosotros con los Wahabi, se habian acampado en la Hebassia, cerca de Machadali, que estaban dispuestas á aliarse con nosotros, y que si el Drayhy queria enviarme á su lado con plenos poderes para tratar, se creia seguro del logro. No perdí un momento en acudir á su llamamiento, y al cabo de seis dias de camino, llegué á su tienda sin accidente. Farés el Harba, haciendo al punto levantar su campamento, me condujo á una jornada de aquellas tribus¹: entonces escribí en su nombre al emir Douackhry, caudillo de la tribu El Fedhan, instándole á hacer alianza con el Drayhy y prometiéndole el olvido de lo pasado. Douackhry pasó en persona á ver á Farés el Harba, y pronto estuvimos de acuerdo; pero nos dijo que no podia responder mas que de su tribu, mirando como muy difícil convencer á las otras

¹ La tribu El Redban, 5,000 tiendas; la de El Sabha, 4,000; la de El Rekaka, 4,500; la de El Messahid, 5,500; la de El Salca, 3,000; enfin, la de Benni Dehabb, 5,000.

cinco ; propúsome sin embargo que le acompañase á su campamento, ofreciéndome reunir á loscaudillos y usar de todo su influjo sobre ellos. Acepté y parti con él ; llegado que hubimos en medio de lo que debia ser un campamento, ví con sentimiento innumerables hordas de Beduinos tendidos al sol, pues como habian perdido sus tiendas y sus bagages en la batalla, no tenian mas cama que el suelo ni mas manta que el cielo : algunos andrajos, colgados de unas estacas, daban un poco de sombra á aquellos infelices, que se habian despojado de su única vestimenta para proporcionarse aquel triste abrigo contra el ardor del sol, y que yacian desnudos sobre la arena, espuestos á las picaduras de los mosquitos y á las espinosas puntas de la planta que pastan los camellos : muchos ni aun tenian un miserable trapo que los guareciese del calor del día y del fresco de la noche, cuyo contraste es mortal en aquella estacion, en que ya empezaba á dejarse sentir el invierno.

Jamas tuve idea de una miseria tan completa. Aquel triste espectáculo me oprimió el corazon y me arrancó lágrimas.

Al día siguiente Douackhry reunió los jefes y los ancianos, en número de quinientos. Solo en medio de ellos, desesperaba yo de hacerme escuchar y sobre todo de reunirlos en un mismo

parecer. Aquellos hombres, de caracter y costumbres independientes, exasperados por la desgracia, presentaban todos pareceres diferentes, y si ninguno esperaba hacer prevalecer el suyo, á lo menos tenia empeño en sostenerle obstinadamente, dejando á cada cual en libertad de hacer otro tanto. Unos querian ir al pais de Negdge, otros retirarse á Samarcanda ; estos vociferaban imprecaciones contra Abdalla, caudillo del ejército de los Wahabi ; aquellos achacaban al Drayhy todos sus desastres. En medio de aquella division, me armé de valor y traté de refutar á unos y á otros. Empecé por alabar su confianza en los Wahabi, diciéndoles que Abdalla se habia vuelto necesariamente su enemigo desde que le abandonaron el día del último combate y que procuraria vengarse de ellos : que yendo al Negdge, se precipitaban voluntariamente bajo el dominio de Ebn Sihoud, que los abrumaria con contribuciones, y trataria de hacerles soportar todo el peso de una guerra desastrosa ; que habiendo una vez desertado su causa y libres ya de sus garras, no debian ser como el pájaro que, habiendo escapado de la escopeta del cazador, va á caer en la red del pajarero. Ocurrióseme en fin la fábula del haz, creyendo que esta sencilla demostracion produciria efecto sobre aquellas almas cándidas, y me determiné á esplicársela. Habiéndolos ex-

ortado á reunirse para resistir á toda opresion, cogí de manos de los jeques unos treinta djerids, y presenté uno al emir Farés, diciéndole que le rompiera, lo que hizo sin dificultad: presentéle sucesivamente dos, y luego tres, que rompió igualmente porque era hombre de mucha fuerza muscular: luego le presenté todo el haz, que no pudo romper ni doblar. — « Machalla, le di « je, no tienes fuerza, » y pasé el haz á otro, que no fué mas feliz: entonces se alzó en la asamblea un murmullo general.

— « ¿ Quien podría romper tamaño haz ? » clamaban todos.

— « Os cojo la palabra, » respondí, y en el lenguaje mas enérgico les hice la esplicacion del apólogo, añadiendo que me habia afligido tanto verlos sin hogar y desnudos, que me obligaba á solicitar del Drayhy la restitution de sus bagages y de sus tiendas; y que conocia bastante su magnanimidad para responder del logro de mi peticion, si entraban francamente en la alianza cuyas ventajas acababa de probarles. Y todos á una voz exclamaron: — « Venciste, Abdalla; « tuyos somos en vida y en muerte, » y todos vinieron á abrazarme; luego se convino en que darian cita al Drayhy en la llanura de Halla para poner su sello en el tratado.

Al dia siguiente atravesé de nuevo el Eufrates

y á los cinco me reuní con mi tribu. Mis amigos estaban cuidadosos de mi larga ausencia, y la relacion de mi feliz negociacion los colmó de alegria. Tantas veces he contado las reuniones, las comidas y los regocijos de toda especie usados entre los Beduinos, que no describiré de nuevo lo que pasó con ocasion de formarse el tratado de paz. El emir Douackhry enterró las siete piedras, y consumó así su alianza. Despues de la comida, hubo una ceremonia que aun no habia yo visto, la de prestar juramento de fidelidad sobre el pan y la sal: luego el Drayhy declaró que estaba pronto á cumplir el empeño que yo habia tomado en su nombre, devolviendo el botin cogido á las siete tribus que acababan de reunirse á él, pero no bastaba tener esta generosa voluntad; era preciso ademas hallar el medio de ejecutarla. En el saqueo del campamento de los Wahabi y de sus aliados, los despojos de cincuenta tribus estaban confundidos, y no era cosa facil reconocer la propiedad de cada uno. Decidióse que las mugeres solas podian lograrlo, y seria imposible formarse una idea del afan de los cinco dias que se emplearon en hacerles reconocer los ganados, las tiendas y los bagages de las diversas tribus. Cada camello y cada carnero tiene en una pata dos cifras hechas con un hierro incandescente, la de la tribu y la del dueño; pe-

ro por poco que se parezcan las cifras, ó esten medio borradas, como siempre sucede, la dificultad es inmensa; así fué que estuve tentado de arrepentirme de mi rapto de compasion y de mi imprudente promesa.

En aquella época, pasó una gran caravana que iba de Bagdad á Alepo y fué despojada por los Fedans y los Sabhas : llevaba un rico cargamento de añil, café, especias, alfombras de Persia, telas de cachemira y otros objetos preciosos, que avaluamos en diez millones de piastras. Apenas corrió la voz de aquella presa, llegaron varios mercaderes, algunos de muy lejos, para trocar ó comprar aquellas riquezas de los Beduinos, que las vendian ó mas bien las daban casi por nada ; así, por ejemplo, cambiaban una medida de especias por una de dátiles ; una pieza de cachemira por un *machlah* negro ; una caja de añil por un vestido de lienzo ; piezas enteras de pañuelos de la India por un par de botas. Un mercader de Moussoul compró por una camisa, un *machlah* y un par de botas, mercancías de valor de mas de quince mil piastras ; y una sortija de diamantes se dió por un *rotab* de tabaco. En aquella ocasion pude hacerme rico, pero el señor Lascaris me prohibió comprar cosa alguna ó recibir regalos, y obedeci escrupulosamente.

Diariamente nos llegaban del pais de Nedgde

tribus que abandonaban á los Wahabi para reunirse á nosotros, — unas atraidas por la gran reputacion del Drayhy, otras de resultas de sus desavenencias con el rey Ebn Sihoud : una circunstancia de este género nos trajo de una vez cinco tribus. El emir de la tribu de Beni Tay tenia una hija hermosísima llamada Camare (Luna). Fehrab, hijo del caudillo de una tribu vecina y pariente del Wahabi, se enamoró de ella y fué correspondido ; habiéndolo notado el padre de la doncella, prohibióle hablar al príncipe, y se negó á recibirle y aun á escuchar sus proposiciones de matrimonio, por estar destinada Camare á su primo Famer. Es costumbre entre los Beduinos, — costumbre que recuerda las que nos ha trasmitido la Biblia, — que el pariente mas cercano sea preferido cuando hay que casar á una doncella ; pero Camare, sin curarse de esta costumbre de su pais, ni dejarse intimidar por las amenazas de su padre, se negó rotundamente á casarse con su primo, y aumentando su amor en razon de los obstáculos que se le oponian, aprovechó todas las ocasiones de corresponder con su amante. Este, perdida toda esperanza de obtenerla de sus padres, resolvió robarla, é hizo que se lo propusiese una vieja á quien habia logrado sobornar ; obtenido su consentimiento, introdujose en la tribu Beny Tay,

disfrazado de mendigo, y concertó con ella la hora y las circunstancias del rapto. A media noche, salió la doncella cautelosamente de la tienda de su padre, y se reunió con el príncipe, que la aguardaba á la entrada del campamento; sentóla en la grupa de su yegua, y se lanzó al llano, pero la celeridad de su fuga, no pudo sustraerla á los zelosos ojos de Famer que, enamorado de su prima y determinado á sostener sus derechos, vigilaba hacia mucho tiempo los pasos de su rival y hacia centinela todas las noches junto á la tienda de Camare. Apenas los vió huir, echó á correr en su seguimiento. La yegua de Fehrab, que tenia la velocidad natural á la raza Nedgdié, aceleró todavía mas en aquella ocasion su carrera, aguijada por la impaciencia de su amo, pero cargada con el peso de dos personas, llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para obedecer á los redoblados golpes del estribo, y cayó sin aliento en tierra. Fehrab ve á Famer próximo á alcanzarle, y dejando en el suelo á su amante, se prepara á defenderse. Terrible fué el combate cuanto trágico el resultado: Famer, vencedor, mata á Fehrab y se apodera de su prima, pero rendido de cansancio y lleno de seguridad, se duerme un momento junto á ella; Camare, que espia su sueño, coge el sable teñido en sangre de su amante, corta la cabeza á su pri-

mo, y se traspasa el corazon con la lanza: así fueron hallados los tres por los que salieron en su busca. Siguió á este triste suceso una mortífera guerra entre las dos tribus; la de Nehrab, sostenida por los Wahabi, obligó á la retirada á la de Beni Tay, que vino, con otras cuatro tribus aliadas, á pedir proteccion al Drayhy, cuyo poderio ya no tenia rival. Quinientos mil Beduinos, reunidos á nuestra causa, no formaban mas que un solo campamento, y cubrian la Mesopotamia como una nube de langostas.

Mientras estábamos en las cercanías de Bagdad, otra caravana de Alepo fué despojada por nuestros aliados; iba cargada de productos de fábricas de Europa, paños, terciopelos, rasos, ambar, coral, etc. Aunque el Drayhy no tomó parte ninguna en aquel saqueo, estaba demasiado en las costumbres de los Beduinos para que pensase en oponerse á él. — El bajá de Damasco pidió satisfaccion, pero no la obtuvo; y viendo que necesitaria un ejército de cincuenta mil hombres por lo menos para hacerse justicia, renunció á sus pretensiones, resuelto á conservarse amigo de los Beduinos á toda costa.

Jeque Ibrahim veia realizarse así sus esperan-

* La tribu Beni-Tay, compuesta de 4,000 tiendas, la de El Hamarid, 1500; la de El Daffir, 2500; la de El Hagiager, 800; enfi. la de El Khresahel, 5000.

zas aun más allá de sus mas brillantes previsiones, pero mientras aun quedaba algo por hacer, no queria tomar un punto de reposo; así fué que habiendo pasado el Tigris en Abou el Ali, continuamos nuestra marcha y entramos en Persia. Allí tambien habia precedido al Drayhy su reputacion y continuamente venian á fraternizar con nosotros tribus del pais, pero en nuestro vasto plan no eran bastante aquellas alianzas parciales, y necesitábamos ademas asegurarnos la cooperacion del gran principe, jefe de todas las tribus persas, el emir Sahid el Bokhrari, que manda hasta las fronteras de la India. La familia de este principe es, hace muchos siglos, soberana de las tribus errantes de Persia, y pretende descender de los reyes Beni el Abas, que conquistaron la España, y cuyos descendientes se llaman todavía los Bokhranis. Supimos que se hallaba en una provincia muy distante, y habiendo el Drayhy convocado á todos los jefes en un consejo general, se decidió que cruzariamos la Persia, pasando lo mas cerca posible de las costas, para evitar las montañas que erizan lo interior del pais, y hallar pastos, aunque precisamente el agua debia escasearnos. En el itinerario de una tribu, es mas importante hallar en el camino yerba que agua, porque esta puede trasportarse, y nada basta á suplir la falta de alimento para los ganados,

de que depende la existencia misma de la tribu.

Cincuenta y un dias duró aquel viage, durante los cuales no encontramos ningun obstáculo por parte de los habitantes, pero sufrimos bastante, sobre todo á causa de la escasez del agua. En una de aquellas ocasiones, Jeque Ibrahim, habiendo observado la naturaleza del terreno y la frescura de la yerba, aconsejó al Drayhy que hiciese cavar la tierra para buscar agua. Los Beduinos del pais se rieron de aquella tentativa, diciendo que nunca la habia habido en aquel sitio, y que era preciso enviar por ella á seis horas de camino, pero el Drayhy insistia diciendo:

— « Jeque Ibrahim es un profeta y es preciso obedecerle en todo. »

Cavóse en muchos puntos á la vez, y efectivamente, á cuatro pies de profundidad, se halló un agua escelente; en vista de este feliz resultado, los Beduinos proclamaron con aclamaciones, verdadero profeta á Jeque Ibrahim, y milagro su descubrimiento, y poco faltó para que, en el exceso de su gratitud, le adorasen como á un Dios.

Despues de haber recorrido las montañas y los valles del Karman durante muchos dias, llegamos al rio de Karassan, rápido y profundo; habiéndole atravesado, nos dirigimos hácia las cos-

tas donde el camino es menos áspero. Hicimos conocimiento con los Beduinos del Agiam Estan, que nos recibieron muy bien, y á los cuarenta y dos dias de marcha despues de nuestra entrada en Persia, llegamos á El Hendouan, donde estaba acampada una de sus mayores tribus, mandada por Hebiek el Mahdan. — Esperábamos que nuestro viage llegaba á su término, pero el jeque nos dijo que el emir Sahid estaba todavía á nueve jornadas de allí, en Merah-Famés en las fronteras de la India, y nos ofreció guias para conducirnos hasta allá é indicarnos los sitios donde se debia hacer aguada. Sin esta precaucion hubiéramos estado espuestos á perecer en aquella última marcha.

Enviamos correos para avisar nuestra llegada al gran príncipe y anunciarle nuestras intenciones pacíficas. El nono dia salió á nuestro encuentro, al frente de un ejército de formidable apariencia, de modo que no sabiamos en el primer momento si aquel alarde de fuerza tenia por objeto hacernos honor ó intimidarnos, y el Drayhy empezaba á arrepentirse de haberse aventurado tan lejos de sus aliados. — Sin embargo, no mostró ningun temor, colocó á las mugeres y los bagages detras de las tropas, y se adelantó con la flor de sus guerreros, acompañado por su amigo el jeque Saker (aquel á quien

el año anterior dió el mando en el desierto de Bassora y que habia preparado todas nuestras alianzas durante nuestro viage á Siria).

Pronto se tranquilizaron en punto á las intenciones del príncipe, que separándose de los suyos, se adelantó con algunos ginetes hasta en medio del llano que separaba á los dos ejércitos. Lo mismo hizo el Drayhy, y ambos gefes se encontraron á mitad de camino, se apearon y se abrazaron con muestras de la mas cordial amistad.

Si no hubiera descrito tantas veces la hospitalidad del desierto, mucho tendria que contar del recibimiento que nos hizo el emir Sahid y de los tres dias que empleamos en festines; pero para evitar las repeticiones lo pasaré por alto, y solamente diré que los Beduinos de Persia, mas pacíficos que los de Arabia, entraron fácilmente en nuestras miras, y comprendieron perfectamente la importancia de los resultados mercantiles que queriamos establecer con la India; — esto era cuanto teniamos que decirles acerca de nuestra empresa. El emir prometió la cooperacion de todas las tribus de Persia que están bajo su dominio, y ofreció su influencia para conciliarnos las de la India, que le profesan gran consideracion á causa de la antigüedad de su raza y de su reputacion personal de cordura y genero-

sidad. Hizo con nosotros un tratado particular concebido en estos términos :

« En nombre del Dios clemente y misericordioso, yo, Sahid, hijo de Bader, hijo de Abdalla, hijo de Barakat, hijo de Alí, hijo de Bokhrani, de feliz recordacion, declaro que he dado mi palabra sagrada al poderoso Drayhy Ebn Chahllan, al jeque Ibrahim y á Abdalla el Kratib. — Me declaro su fiel aliado, y acepto todas las condiciones que se especifican en el tratado general que está en sus manos. — Me obligo á ayudarlos y sostenerlos en todos sus proyectos, y á guardarles un secreto inviolable. — Sus enemigos serán mis enemigos ; sus amigos mis amigos. — Invoco al grande Alí, el primero entre los hombres y el amado de Dios, en testimonio de mi palabra. — Salve.

« Firmado y sellado. »

Seis dias pasamos aun con la tribu de Sahid, y tuvimos ocasion de observar la diferencia que existe entre las costumbres de estos Beduinos y las de los nuestros. Los Persas son mas mansos, mas sobrios, mas sufridos, pero menos valientes, menos generosos, y sobre todo menos respetuosos con las mugeres ; tienen muchas preocupaciones religiosas y siguen los preceptos de la

secta de Ali. Ademas de la lanza, el fusil y el sable llevan un hacha cuando van á la guerra.

El principe Sahid envió al Drayhy dos hermosas yeguas persas, conducidas por dos negros, y este en cambio, le regaló una yegua negra de la raza de Nedgdié, llamada Houban Heggin, presente de sumo valor al que añadió algunos adornos para sus mugeres.

Estábamos acampados no lejos de Menouna, la última ciudad de Persia, á veinte leguas de la frontera de las Indias orientales, en la orilla de un rio que los Beduinos llaman El Gitan.

El séptimo dia, habiéndonos despedido de Sahid, nos pusimos en marcha para volver á Siria antes de los calores del verano. Caminábamos rápidamente y sin precauciones, cuando un dia, en la provincia de Karman, nos fueron arrebatados nuestros ganados, y al siguiente nos atacó una poderosa tribu, mandada por el emir Redaini, que se intitula el guarda del califado de Persia, hombre imperioso y celosísimo de su autoridad. Aquellos Beduinos, muy superiores en número, nos eran muy inferiores en valor y en táctica, y nuestras tropas ademas tenian mucho mejores gefes. La posicion del Drayhy era sin embargo muy crítica, pues si el enemigo alcanzaba la menor ventaja éramos perdidos ; todos aquellos Beduinos del Karman nos hubieran

rodeado de suerte que no hubiéramos podido escaparnos. Vió, pues, la necesidad de imponerles respeto con una victoria decisiva que les quitase en lo sucesivo la gana de medirse con nosotros, y tomó las mas hábiles y mejor combinadas disposiciones para hacer triunfar al valor sobre el número; desplegó todos los recursos de su ingenio militar y de su larga esperiencia, é hizo personalmente prodigios de valor; nunca habia estado mas sereno en el mando ni mas impetuoso en el combate; así fué que el enemigo vencido tuvo que retirarse, dejándonos en libertad de proseguir nuestro camino. Empero el Drayhy, creyendo que no seria prudente dejar á sus espaldas una tribu hostil, aunque batida, suspendió su marcha y envió un correo al emir Sahid noticiándole lo que acababa de pasar. Volvió á los pocos dias el mensajero trayendo al Drayhy una carta muy amistosa, en que venia inclusa otra para Redaini concebida en estos términos:

« En nombre de Dios, el Criador supremo, diríjanse homenajes y respetuosas preces al mas grande, potente, glorioso, sabio y hermoso de todos los profetas, al valiente de los valientes, al grande de los grandes, al califa de los califas, al Señor del sable, al rubí rojo, al conver-

« tidor de las almas, al Iman Alí. Esta carta es de Sahid el Bokhrani, el grande de los dos mares y de las dos Persias, y va dirigida á su hermano el emir Redaini, el hijo de Kroukiar: os hacemos saber que nuestro hermano el emir Drayhy-Ebn-Chahllan, del pais de Bagdad y de Damasco, ha venido desde lejos á visitarnos y á contraer alianza con nosotros. Ha caminado por nuestro territorio y comido nuestro pan; le hemos concedido nuestra amistad y ademas hemos contraido empeños particulares con él de los que resulta un gran bien y una tranquilidad general. — Deseamos que hagais lo mismo; — guardaos de no hacerlo, porque perderiais nuestro aprecio, y obrariais contra la voluntad de Dios y del glorioso Iman Alí. »

Luego seguian varias citas de sus libros sagrados, el Giaffer-el-Giameh y los saludos de costumbre.

Enviamos esta carta al emir Redaini, que vino á vernos, acompañado de quinientos ginetes, todos ricamente vestidos de paños recamados de oro; sus armas eran riquisimas. Despues de algunas amistosas esplicaciones, Redaini copió de su puño el tratado particular del emir Sahid y le firmó; en seguida tomó el café, pero no quiso comer con nosotros, por la razon de que á los

fanáticos de la secta de Ali no les es lícito comer ni con cristianos ni con turcos. Para ratificar el contrato, prestó juramento sobre el pan y la sal, y luego abrazó al Drayhy con grandes protestas de fraternidad; su tribu, llamada El Mehaziz, contiene diez mil tiendas. Habiéndonos despedido de él, continuamos nuestro camino á marchas forzadas andando quince leguas por dia sin pararnos; en fin llegamos enfrente de Bagdad, donde entró jeque Ibrahim para tomar dinero; pero como el invierno se nos echaba encima, perdimos el menos tiempo posible. En Mesopotamia tuvimos nuevas del Wahabi. Ebn Sihoud habia recibido muy mal á su general Hedal despues de su derrota, y hecho juramento de enviar un ejército mas poderoso que el primero al mando de su hijo, para tomar venganza del Drayhy y esterminar á los Beduinos de la Siria; pero despues de haberse informado mejor de los recursos que podia oponerle el Drayhy, y sobre todo de su reputacion personal, mudó de language, y resolvió atraerle á sí para ajustar una alianza. Los sucesos esterioros, que se iban complicando, daban mucha probabilidad á estas voces, porque el hajá de Egipto, Mehemet-Ali, preparaba una expedicion para invadir la Arabia Petrea, y apoderarse de las riquezas de la Meca, que estaban en manos de Ebn-Sihoud. Sumo placer nos causó

la esperanza, ya de hacer la paz con él, ya de verle debilitado por una potencia estrangera. Continuamente hallábamos en nuestro camino tribus que no habian tenido todavía ocasion de firmar el tratado y que se apresuraban á firmarle¹. Apenas llegamos á Siria, recibimos un correo del rey de los Wahabi que nos traia un pedacito de papel como de tres dedos de ancho y seis de largo, pues afectan emplear la forma mas diminuta para contrastar con los Turcos que escriben sus decretos y tratados en grandes pliegos. Los caracteres árabes ocupan tan poco espacio que en aquel papelillo estaba escrita una carta muy larga y bastante imperiosa; empezaba por una especie de profesion de fé ó declaracion de que Dios es único y sin par; luego seguian todos los títulos del rey, á quien Dios ha dado un sable para sostener su unidad contra los idólatras (los cristianos) que dicen lo contrario, y continuaba así:

« Nos, Abdalla, hijo de Abdel Ariz, hijo de

¹ En Maktal El Abed, encontramos dos tribus, la de Berkaje, mandada por Sahdoum Ebn Wuali, de 1500 tiendas, y la de Mahimen, mandada por Fahed Ebn Salche, de 500 tiendas. Cuando cruzamos el Eufrates, delante de Haiff, hicimos igualmente alianza con Alayan Ebn-Nadjed, caudillo de la tribu Bouharba, compuesta de 500 tiendas.

« Abdel Wahabs, hijo de Sihoud. Os hacemos
 « saber, oh hijo de Chahllan (¡dignese el Dios
 « solo adorable dirigiros por el camino recto!)
 « que si creéis en Dios, debeis obedecer á su es-
 « clavo Abdalla, á quien ha trasmitido su pode-
 « río, y venir á vernos sin temor. — Sereis nues-
 « tro amado hijo, os perdonaremos lo pasado y
 « sereis tratado como uno de nosotros. — Pero
 « guardaos de la obstinacion y de la resistencia
 « á nuestro llamamiento, porque el que nos es-
 « cucha es contado en el número de los mora-
 « dores del paraiso.

« Salve.

« Firmado.

« EL MANHOUD MENALLA, EBN
 « SIHOUD ABDALLA. »

Recibida esta carta celebramos un gran con-
 sejo de guerra, y despues de haber pesado ma-
 duramente todos los peligros del viage y todas
 las ventajas de la alianza con Ebn Sihoud, el
 Drayhy resolvió acudir á su llamada. Habién-
 dome preguntado jeque Ibrahim si me sentia con
 aliento para ir á ver á aquel fanático :

— « Bien sé, le dije, que aventuro mas que
 « otro cualquiera, á causa de su odio contra los
 « cristianos, pero pongo mi confianza en Dios;

« como al cabo he de morir y ya he hecho el sa-
 « crificio de mi vida, estoy pronto á hacerle de
 « nuevo por llevar hasta el fin la empresa que
 « he empezado. » El deseo de ver un pais tan
 curioso y á aquel hombre extraordinario agui-
 jaba tambien mi valor; y así, habiendo reco-
 mendado mi pobre madre al señor Lascaris para
 el caso de mi muerte, partí con el Drayhy, su
 segundo hijo Sahdoun, su sobrino, su primo,
 dos de los principales caudillos y cinco negros,
 todos montados en dromedarios. Durante la au-
 sencia de su padre, Saher debia mandar la tribu,
 y conducirla al Horan, al encuentro del Drayhy,
 que se proponia volver por el Hegiar. Hicimos
 nuestra primera parada entre los Beduinos Beny
 Toulab que no poseen, por único caudal, mas que
 algunos borricos, y viven de la caza de gacelas y
 avestruces; se visten de pieles de gacelas grose-
 ramente cosidas unas á otras, con el pelo hácia
 fuera, lo que les hace parecer fieras: nunca he
 visto un aspecto mas rústico que el suyo. Dié-
 ronnos la diversion de una cacería de avestruces,
 que me interesó mucho. La hembra del avestruz
 pone sus huevos en la arena, y se instala á corta
 distancia con la vista fija en ellos, incubándolos,
 por decirlo así, con los ojos, que nunca aparta
 del nido, y así se está inmovil la mitad del dia,
 hasta que el macho viene á relevarla: entonces

va á buscar su sustento, mientras aquel hace centinela á su turno. El cazador, cuando ha descubierto un nido, forma una especie de parapeto de piedra para esconderse detrás de él y aguarda el momento favorable. Cuando la hembra está sola, y se halla el macho bastante distante para no oír el tiro, dispara sobre ella, corre á levantar el pájaro herido mortalmente, limpia la sangre, y le vuelve á colocar en la misma postura junto á los huevos. Cuando vuelve el macho, se acerca sin desconfianza para relevarla, y entonces el cazador le mata del mismo modo. Si el macho se ha maliciado la asechanza, se aleja corriendo con rapidez, y entonces se le persigue, pero se defiende tirando piedras hácia atrás, á distancia de una bala de fusil y con gran fuerza: sería además peligroso acercarse á él cuando está furioso, pues entonces se tira sobre el cazador. Cuando ha pasado la estación de la caza de los avestruces, los Beduinos montan en sus burros, y van á vender sus plumas á Damasco y hasta Bagdad.

Quando uno de ellos quiere casarse, promete la mitad de su caza del año al padre de su novia para pagar su dote. Estos Beduinos tienen en gran veneración la memoria de Antar, de quien se dicen descendientes, pero no sé hasta qué punto puede darse crédito á esta pretension. —

Nos recitaron varios fragmentos de su poema.

Luego que nos despedimos de ellos, caminamos á todo el andar de nuestros dromedarios y fuimos á acamparnos en las orillas de un lago de grande estension, llamado Raam Beni Hellal, que recibe sus aguas de una colina que habíamos costado.

Al dia siguiente llegamos en medio de un árido desierto, y vimos un bosquecillo (*oasis*) formado por un arbusto llamado *jorsé*, y no estábamos ya de él mas que algunos pasos, cuando se pararon de pronto nuestros dromedarios; creímos al principio que querian descansar en un sitio donde un poco de vegetacion parecia anunciarles agua, pero pronto reconocimos que su repugnancia procedia de un espanto instintivo que se manifestaba con todas las señales de un invencible terror; ni halagos, ni amenazas podian hacerlos avanzar. Excitada mi curiosidad en el mas alto punto, eché pie á tierra para conocer la causa de su espanto, pero apenas entré en el bosque, retrocedí involuntariamente. La tierra estaba cubierta de millares de pieles de serpientes de todos tamaños y de todas especies, unas gordas como cables de navíos, y otras delgadas como anguilas; alejámonos precipitadamente de aquel sitio, dando gracias á Dios de no haber hallado mas que las pieles de aquellos venenosos

reptiles. Como no hallamos á la noche ningun abrigo tuvimos que pasarla á cielo raso, pero confieso que mi imaginacion, acalorada por el horrible espectáculo del bosque, me impidió cerrar los ojos; á cada instante se me figuraba ver una enorme serpiente deslizarse bajo mi tienda y alzar junto á mi manta su enorme cabeza.

Al dia siguiente llegamos á una tribu considerable, tributaria de los Wahabi, que venia de Samarcanda; al instante escondimos nuestras pipas porque Ebn Sihoud prohíbe severamente el fumar y castiga de muerte toda infraccion á sus órdenes. El emir Medjioun nos dió la hospitalidad, pero no pudo contener su sorpresa de que tuviésemos valor para ponernos así á merced del Wahabi, cuyo caracter feroz nos pintaba en términos tremendos, y nos aseguró que corriamos grandes peligros, pues Ebn Sihoud no se hacia el menor escrúpulo de emplear falsas promesas para obrar luego con infame traicion. El Drayhy, que lleno de honradez, se habia adelantado sobre la fé del llamamiento del rey, sin imaginarse que fuese posible faltar á su palabra, empezó á arrepentirse de su crédula confianza, pero como su altivez le impedía el retroceder, proseguimos nuestro viage. Pronto llegamos al Nedgdé, pais cortado por valles y montañas, y cubierto de ciudades y aldeas amen de una mul-

titud de tribus errantes. Las ciudades parecen mas antiguas y atestiguan una poblacion primitivamente mas numerosa y rica que la que actualmente las ocupa. Las aldeas estan pobladas de Beduinos labradores; el terreno produce en abundancia trigo, verduras y sobre todo dátiles. Dijéronnos que los primeros moradores de aquel pais le abandonaron para ir á establecerse en Africa, al mando de uno de sus príncipes, llamado Beni Hetal.

En todas partes hallamos una franca hospitalidad, pero en todas tambien oimos interminables quejas de la tiranía de Ebn Sihoud: solo el temor retenia á aquellos pueblos bajo su dominio. En fin despues de catorce dias de camino al paso de los dromedarios, lo que supone una distancia triple de la de una caravana en el mismo espacio de tiempo, llegamos á la capital de los Wahabi; — la ciudad está rodeada de un bosque de dátiles; los árboles se tocan y dejan apenas entre sus troncos paso para un hombre á caballo; así es que la ciudad se oculta enteramente detras de aquel baluarte, llamado las Palmas de Darkisch. Luego que cruzamos aquel bosque, hallamos como una segunda trinchera de montones de huesos de dátiles, que parecian un dique de piedrecitas, y detras, la muralla de la ciudad que seguimos para llegar á una puerta

que nos condujo al palacio del rey. Este palacio, muy grande y de dos pisos, es de hermosas piedras blancas de sillería. Noticioso de nuestra llegada, Ebn Sihoud nos hizo llevar á una de sus habitaciones, elegante y bien amueblada, donde nos sirvieron una copiosa comida. Este principio nos pareció de buen agüero, y nos alegramos de no haber cedido á los recelos que querian inspirarnos; por la tarde, despues de habernos aseado un poco, fuimos á presentarnos al rey, en quien vimos un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojos feroces, tez atezada y barba muy negra; llevaba un gombaz ceñido á la cintura con una faja blanca, un turbante listado de rojo y blanco en la cabeza, un machlah negro sobre los hombros, y tenia en la mano la varita del rey de Mahlab, insignia de su autoridad; estaba sentado en el fondo de una gran sala de audiencia, bastante ricamente amueblada con esteras, alfombras y almohadones, y rodeado de los grandes de su corte. Los muebles, lo mismo que los trages, eran de algodón ó de lana del Yemen, por estar prohibida la seda en sus estados, igualmente que todo lo que recuerda el lujo y los usos de los Turcos. Tuve tiempo para hacer mis observaciones, porque luego que Ebn Sihoud hubo respondido brevemente y con tono glacial á los cumplimientos del Drayhy, nos sentamos y

aguardamos en silencio á que entablase la conversacion. Sin embargo, al cabo de media hora, viendo el Drayhy que no pedia el café ni descogia el ceño, tomó la palabra y dijo:

— « Veo, ¡oh hijo de Sihoud! que no nos recibís como teniamos derecho á esperar. Hemos caminado por vuestras tierras y entrado bajo vuestro techo, convidados por vos: si algo tenéis contra nosotros, hablad; nada nos ocultéis. »

Ebn Sihoud, lanzándole una mirada de fuego: — « Sí, ciertamente, respondió, muchas quejas tengo de vos; vuestros crímenes son imperdonables! Os habeis rebelado contra mí y habeis rehusado obedecerme: habeis talado la tribu de Sachrer, en Galilea, sabiendo que me pertenecía.

« Habeis corrompido á los Beduinos y reunido dolos contra mí y contra mi autoridad.

« Habeis destruido mis ejércitos, saqueado mis campamentos y sostenido á mis mortales enemigos los Turcos, idólatras, profanadores, malvados y libertinos. »

Luego, animándose y acumulando invectivas sobre invectivas, su rabia rompió todos los diques de la prudencia, y acabó por mandarnos que saliésemos de su presencia para aguardar sus órdenes.

Veía yo inflamarse los ojos del Drayhy é hincharse las narices; á cada instante temía una esplosion de impotente cólera que no hubiera servido mas que para acarrearlos desgracias, pero viéndose enteramente sin defensa, se contuvo y levantándose con dignidad, se retiró lentamente para reflexionar sobre lo que debia hacer. Todos temblaban ante el furor de Ebn Sihoud, y nadie osaba oponerse á su voluntad. Dos dias y dos noches pasamos en nuestra estancia sin oír hablar de nadie, pues nadie se atrevia á vernos; los que mas fiesta nos habian hecho cuando llegamos, huían de nosotros ó se burlaban de nuestra crédula confianza en la fé de un hombre tan conocido por su caracter pérfido y sanguinario. A cada instante nos esperábamos á ver llegar los satélites del tirano para asesinarlos, y en vano buscábamos algun medio de escapar de sus garras. Al tercer dia, el Drayhy, diciendo que preferia la muerte á la incertidumbre, envió á llamar á uno de los ministros del Wahabi, llamado Abou El Sallem, y le dijo: —Id á llevar de mi parte estas palabras á vuestro amo: « *Lo que quereis hacer, hacedlo pronto; no os acusaré y solo me acusaré á mí mismo de haberme puesto en vuestras manos.* »

Obedeció El Sallem, pero no volvió, y por única respuesta, vimos á veinticinco negros ar-

mados colocarse junto á nuestra puerta, lo que indicaba que decididamente estábamos presos. ¡Cuanto maldije la insensata curiosidad que me habia metido en un peligro tan gratuito! El Drayhy no temia la muerte, pero la sujecion le era insoportable; paseábase de arriba abajo á pasos agigantados, como un leon enjaulado: al fin me dijo:

— « Es preciso que esto acabe; voy á hablar á Ebn Sihoud y á echarle en cara su perfidia; veo que la mansedumbre y la paciencia son inútiles, y quiero á lo menos morir con dignidad. »

De nuevo mandó llamar á El Sallem, y apenas le vió:

— « Volved cerca de vuestro amo, le dijo, y anunciadle que por la fé de los Beduinos, reclamo el derecho de hablar; siempre estará á tiempo para obrar como le plazca, despues de haberme oido. »

Habiéndonos concedido el Wahabi una audiencia, nos introdujo El Sallem, y llegado que hubimos á su presencia, dejónos el rey en pie, y nos dijo bruscamente sin responder al saludo de costumbre:

— « ¿Qué quereis? »

El Drayhy, levantando la frente con dignidad, respondió:

— « He venido á veros, oh hijo de Sihoud,
 « fiado en vuestras promesas y sin mas séquito
 « que diez hombres, yo que mando á millares de
 « guerreros! Estamos indefensos en vuestras
 « manos; vos estais en el centro de vuestro po-
 « derío y podeis conculcarnos como á la arena,
 « pero sabed que desde la frontera de la India
 « hasta la de Nedgdé, en Persia, en Bassora, en
 « la Mesopotamia, en Hemad, las dos Sirias, la
 « Galilea y el Horan, todo hombre que ciñe el
 « café os pedirá cuenta de mi sangre y tomará
 « venganza de mi muerte. Si sois rey de los Be-
 « duinos, como pretendéis; como descendéis á la
 « traicion? La traicion es el vil oficio de los Tur-
 « cos; la traicion no es para el fuerte, sino para
 « el flaco ó el cobarde. Vos que ponderais vues-
 « tros ejércitos y que decís haber recibido del
 « mismo Dios vuestro poderío, dejadme volver
 « á mi pais y pelead conmigo en campo raso, por-
 « que, abusando de mi buena fé, os deshonrais,
 « os haceis objeto del comun desprecio y causa-
 « reis la ruina de vuestro reino. He dicho, ahora
 « haced lo que gustéis, algun dia os llegará el ar-
 « repentimiento. Yo no soy mas que uno entre
 « mil; mi muerte no enflaquecerá á mi tribu ni
 « extinguirá la raza de los Challan. Mi hijo Sa-
 « hen me reemplazará; él conducirá á mis
 « Beduinos y vengará mi sangre. — Estad,

« pues, prevenido y abrid los ojos á la verdad. »

Durante este discurso, el rey manoseaba su barba y se serenaba poco á poco. En fin, despues de un breve silencio :

— « Id en paz, dijo : nada malo os suce-
 « derá. »

Retirámonos entonces, pero todavía seguimos guardados con centinelas de vista.

Aquel primer acto de clemencia tranquilizó á los cortesanos que habian oido con terror las atrevidas palabras del Drayhy, y se admiraban de la paciéncia con que las habia escuchado el tirano; empezaron á irse llegando á nosotros y Abou El Sallem nos hizo comer en su casa. Yo sin embargo no estaba muy tranquilo por mí; creia en verdad que Ebn Sihoud no se atreveria á llevar las cosas al estremo con el Drayhy, pero temia que achacase todas sus culpas á mis consejos, y me sacrificase, á mí, oscuro *giaour*, á su resentimiento. Comunicué mis temores al Drayhy, que me sosegó jurándome que no llegarían á mí sino hollando su cadaver, y que yo saldria el primero por las puertas de Darkisch.

Al dia siguiente nos llamó Ebn Sihoud, nos recibió con mucho agrado y nos mandó servir café; luego empezó á hacer preguntas al Drayhy acerca de las personas que le acompañaban. — Ya llegó la mia, dije entre mí, y el corazón me



lació un poco, pero sin embargo me repuse, y cuando me nombró el Drayhy, me dijo el rey :

— « ¿ Luego vos sois Abdalla el cristiano ? »

Y oida mi respuesta afirmativa :

— « Ya veo, añadió, que vuestras acciones son mas grandes que vuestra persona.

— « La bala de un fusil es pequeña, le dije, y mata á hombres muy grandes.

— « Difícil se me hace, repuso sonriendo, creer todo lo que cuentan de vos. Quiero que me respondais francamente. ¿ Cual es el objeto de esa alianza en que trabajais hace tantos años ?

— « Ese objeto es muy sencillo, le respondí. Hemos querido reunir á todos los Beduinos de Siria bajo el mando del Drayhy para resistir á los Turcos; ya veis que así formábamos una impenetrable barrera entre vos y vuestros enemigos.

— « Muy bien, dijo; pero si así es. ¿ por qué habeis procurado destruir mis ejércitos delante de Hama ?

— « Porque erais un obstáculo para nuestros proyectos, repuse; no era para vos sino para el Drayhy para quien trabajábamos; una vez consolidado su poder en la Siria, en la Mesopotamia y hasta en la Persia, queríamos aliarnos con vos, y hacernos de esta suerte invulnera-

bles en la posesion de nuestra libertad absoluta. Hijos de la misma nacion, debemos defender la misma causa; á este fin hemos venido aquí para formar con vos una union indisoluble. Nos habeis recibido de un modo injurioso y el Drayhy os lo ha echado en cara, en términos injuriosos tambien, pero nuestras intenciones son francas y os lo hemos probado viniendo sin armas á ponernos en vuestras manos. »

Ibase despejando el semblante del rey á medida que yo hablaba, y cuando acabé me dijo :

— « Estoy contento. »

Luego, volviéndose á sus esclavos, pidió tres cafés y yo dí gracias á Dios interiormente de haberme inspirado : el resto de la visita se pasó muy bien, y nos retiramos muy satisfechos. Por la noche nos convidó á una gran cena en casa de uno de sus ministros, llamado Adramouti, que nos habló en confianza de las crueldades de su amo y de la execracion con que generalmente se le miraba : hablónos tambien de sus inmensas riquezas; las que allegó en el saqueo de la Meca son incalculables. Desde los primeros tiempos de la Egira, los príncipes musulmanes, los califas, los sultanes y los reyes de Persia envian todos los años á la sepultura del profeta grandes regalos de joyas, lámparas, candelabros de oro,

pedras preciosas, etc., ademas de las ofrendas del vulgo de los fieles. El trono solo, regalo de un rey de Persia, de oro macizo, embutido de perlas y diamantes, era de incalculable valor. Cada principe envia una corona de oro, guarnecida de pedras preciosas, para suspenderla de la bóveda de la capilla, y eran innumerables las que habia cuando Ebn Sihoud la despojó: — un solo diamante, del tamaño de una nuez, puesto sobre la sepultura, valia inmensas sumas. Cuando se considera lo que los siglos habian acumulado en aquel punto único, no sorprende que el rey se llevase cuarenta camellos cargados de pedrerías, amen de los objetos de oro y de plata macizos. Calculando aquellos inmensos tesoros, y los diezmos que recauda todos los años sobre sus aliados, creo que se le puede considerar como el monarca mas rico de la tierra, sobre todo si se atiende á que no tiene casi ningun gasto que hacer, á que prohíbe severamente el lujo, y á que en tiempo de guerra cada tribu provee á la subsistencia de sus ejércitos y soporta todos los gastos y pérdidas sin obtener jamás la menor indemnizacion.

Al día siguiente me sentí tan contento de haber recobrado mi libertad, que fui á pasearme todo el día, y á visitar despacio á Dankisch y sus cercanías. La ciudad, construida toda con piedra blanca, contiene siete mil habitantes, casi todos

parientes, ministros ó generales de Ebn Sihoud. No hay entre ellos ningun artesano; los únicos oficios que ejercen son los de armero y herrador, y aun de estos menestrales hay muy pocos: no se encuentra nada que comprar, ni aun para comer. Cada cual vive de lo que tiene, es decir, de un huerto ó unas tierras que producen trigo, verduras y frutas, y mantiene algunas gallinas; sus numerosos rebaños pastan en el llano, y todos los miércoles, los habitantes del Yemen y de la Meca acuden á trocar sus mercancías por cabezas de ganado: esta especie de feria es el único comercio del pais. Las mugeres salen sin velo, pero se echan su machla negro sobre la cabeza, lo que les hace poquísima gracia, prescindiendo de que generalmente son muy feas y morenas en demasía. Los huertos, situados en un gracioso valle junto á la ciudad, hácia el lado opuesto á aquel por el que habiamos llegado, producen las mas esquisitas frutas del mundo, bananas, naranjas, granadas, higos, manzanas, melones, etc., entre la cebada y el maiz. Los riegan con particular esmero.

Habiéndonos llamado de nuevo el rey al día siguiente nos recibió muy bien y me hizo muchas preguntas acerca de los diversos soberanos de Europa, particularmente sobre Napoleon, á quien profesaba una veneracion sin limites. La rela-

cion de sus conquistas hacia sus delicias; por fortuna mis frecuentes conversaciones con el señor Lascaris me habian puesto en situacion de darle muchos pormenores. A cada batalla esclamaba:

— « Seguramente ese hombre es un enviado de Dios; estoy persuadido de que está en comunicacion íntima con su criador, pues que este tanto le favorece.»

Luego, mostrándose de cada vez mas afable conmigo y mudando de conversacion:

— « Abdalla, prosiguió, quiero que me digais la verdad: ¿cual es la base del cristianismo?»

Conociendo las preocupaciones del Wahabi, temblé al oír esta pregunta, pero despues de rogar á Dios que me inspirase:

— « La base de toda religion, oh hijo de Si-houd, le dije, es la creencia en Dios; los cristianos creen, como vos, que no hay mas que un Dios, criador del universo, que castiga á los malos, perdona á los arrepentidos y premia á los buenos; que él solo es grande, misericordioso y omnipotente.»

— « Bien está, dijo, ¿pero cómo haceis oracion?»

Recítele el *Padre nuestro*, que hizo que le escribiese un secretario, le leyó y se le metió en la chaqueta; luego prosiguiendo mi interrogatorio,

nos preguntó á qué lado nos volviámos para orar.

— « A cualquiera, respondí, porque en todos está Dios.

— « En eso os apruebo enteramente, dijo; pero debeis tener preceptos como teneis oraciones.»

Recítele los diez mandamientos dados por Dios á su profeta Moises, que no le eran desconocidos, y prosiguiendo sus preguntas:

— « Y á Jesucristo, ¿cómo le considerais?»

— « Como á la palabra de Dios encarnada, como al verbo divino.»

— « Pero ¿fué crucificado?»

— « Como verbo no pudo morir, pero como hombre padeció por culpa de los malos.»

— « Perfectamente; ¿y respetais el libro sagrado que Dios inspiró á Jesucristo? ¿seguis puntualmente su doctrina?»

— « Le conservamos con el mayor respeto y obedecemos en todo sus preceptos.

— « Los Turcos, dijo, han hecho un Dios de su profeta, y oran en su sepultura como unos idólatras. ¡Malditos sean los que dan al criador un igual! ¡Ojalá los estermine el sable!»

Y prorrumpiendo cada vez con mas violencia en invectivas contra los Turcos, censuró el uso de la pipa, del vino y de las carnes impuras. Esta-

ba yo harto contento de haber salido tan bien de su peligroso interrogatorio, para atreverme á contradecirle en puntos insignificantes, y le dejé creer que despreciaba la mala yerba (que así llamaba él al tabaco), cosa que hizo sonreír al Drayhy quien sabía muy bien que el mayor sacrificio para mí era la privación del fumar, y que aprovechaba todos los instantes en que podía impunemente sacar de su escondite mi amada pipa: — aquel día sobre todo la deseaba con mas ahínco que nunca por haber hablado mucho y tomado café muy fuerte.

Pareció el rey encantado de nuestra conversacion y me dijo:

— « Veo que siempre se aprende algo. Yo siempre habia creído que los cristianos eran los hombres mas supersticiosos del mundo, y ahora estoy convencido de que se acercan á la verdadera religion mucho mas que los Turcos. »

Todo bien considerado, Ebn Sihoud es hombre instruido y muy elocuente, pero fanático en sus opiniones religiosas; tiene una muger legitima y una esclava, dos hijos casados y una hija doncella. No come mas que alimentos preparados por sus mugeres, de miedo de que le envenenen; la custodia de su palacio está confiada á un batallon de mil negros bien armados, pero pue-

de reunir en sus estados un millon y quinientos mil Beduinos capaces de salir á campaña. Cuando quiere nombrar un gobernador de provincia, manda llamar al que destina á este cargo y le convida á comer con él; despues de la comida, hacen juntos las abluciones y la oracion; luego el rey, armándose con un sable, le dice.

— « Te he elegido, por orden de Dios, para gobernar á sus esclavos; sé humano y justo; recauda puntualmente el diezmo, y haz cortar las cabezas de los Turcos é infieles que dicen que Dios tiene un igual; no permitas á ninguno de ellos establecerse en nuestro territorio. ¡Dígnese el Señor dar la victoria á los que creen en su unidad! »

En seguida le entrega un papelito en que se manda á los habitantes que obedezcan en todo al gobernador, so pena de severos castigos.

Al día siguiente visitamos las cuadras del rey: es imposible, creo, para un aficionado á caballos, ver nada mas hermoso. Reparé primeramente en ochenta yeguas blancas, puestas en una sola hilerá, todas de incomparable hermosura, y tan exactamente iguales que no se podían distinguir una de otra: eran tan blancas y relucientes que deslumbraban. Otras ciento de diversos colores, pero igualmente hermosas, ocupaban otra caballeriza, y á pesar de mi aversion á los caballos

desde el cruel accidente que estuvo á pique de costarme la vida, no acierto á espresar la admiracion que me causaron.

Aquella noche cenamos en casa del general en jefe Hedál, que se reconcilió con el Drayhy; tambien estuvo muy cortés con nosotros el famoso Abó Nocta que se hallaba presente. Varios dias estuvimos reunidos en asambleas secretas para tratar de nuestros asuntos con Ebn Sihoud; pero dejo á un lado, por superfluos, los pormenores de aquellas juntas; baste decir que ajustó una alianza con el Drayhy y que declaró que *ya no dirigia mas que una sola alma sus dos cuerpos*. Terminado el tratado, hízonos por primera vez comer con él, y probó cada plato antes de ofrecérnosle. Como nunca habia visto comer mas que con los dedos, hice una cuchara y un tenedor de palo, estendí mi pañuelo á guisa de mantel, y empecé á comer al uso europeo, lo que le divirtió mucho.

— « Gracias á Dios, dijo, cada pueblo cree que sus usos son los mejores, y así todos estan contentos con su suerte. »

Fijada nuestra partida para el dia siguiente, el rey nos envió de regalo siete de sus mas hermosas yeguas, conducidas del freno por otros tantos esclavos negros, montados en camellos *negui*, y cuando cada uno de nosotros eligió la suya nos presentaron un sable, cuya hoja era muy her-

mosa, pero cuya vaina no tenia ningun adorno: igualmente hizo dar á nuestros servidores sables mas ordinarios, *machlas* y cien *talaris*. Despedimonos de Ebn Sihoud con las ceremonias de costumbre, y nos acompañaron hasta fuera de las murallas todos los grandes de su corte: cuando llegamos á la puerta, el Drayhy se paró, y volviéndose hácia mí, me dijo que pasase el primero, pues queria, añadió sonriendo, cumplir su promesa, — y, lo confieso, á pesar de todos los agasajos que habiamos recibido en los últimos dias, las angustias que pasé al principio me habian hecho tal impresion que salí de la ciudad retozándome de gozo el corazon.

Tomamos el camino del pais de Heggias, durmiendo cada noche en las tribus que cubrian el desierto. El quinto dia, despues de haber pasado la noche bajo las tiendas de El Henadi, nos levantamos con el sol y salimos para ensillar nuestros dromedarios á quienes con grande asombro hallamos con la cabeza enterrada en la arena, de donde nos fué imposible hacérsela sacar. Llamamos en nuestra ayuda á los Beduinos de la tribu quienes nos dijeron que el instinto de los camellos los movia á esconderse de aquella suerte para evitar el *simoun*, que aquello era un presagio de este terrible viento del desierto, que no tardaria en romper, y que no podiamos poner-

nos en camino sin volar á una muerte segura. Los camellos, que sienten con dos ó tres horas de anticipacion que se acerca ese terrible azote, se vuelven al lado opuesto al viento, y se meten en la arena, siendo imposible hacerles mudar de postura para comer ó beber durante toda la tempestad, aunque no cese en muchos dias: la Providencia les ha dado este instinto de conservacion, que nunca los engaña. Cuando supimos lo que nos amenazaba, participamos del terror general, y nos apresuramos á tomar todas las precauciones que nos indicaron. No basta poner los caballos á cubierto; es preciso ademas cubrirles la cabeza y taparles las orejas, pues de lo contrario los sofocarian los torbellinos de una arena menuda y sutil que el viento impele con furor. Los hombres se reunen bajo las tiendas, tapan las aberturas con sumo cuidado, despues de haberse provisto de agua, que ponen al alcance de su mano, y luego en el suelo, cubierta la cabeza con su *machla*; así se estan todo el tiempo que dura el huracan asolador.

Aquella mañana todo el campamento estuvo alborotado; todos ponian en seguridad sus ganados y luego iban con toda prisa á refugiarse en sus tiendas. Apenas habiamos tapado la cabeza á nuestras hermosas yeguas *nedgdis*, empezó la tormenta; furiosas ráfagas traian nu-

bes de una arena roja y ardiente que se arremolinaba con ímpetu y derribaba cuanto hallaba al paso; hacinándose en colinas, enterraba cuanto tenia fuerza para resistirle. Si, en aquellos momentos, toca la arena alguna parte del cuerpo, la carne se inflama como al contacto de un hierro incandescente. El agua que debia refrescarnos estaba abrasando, y la temperatura de la tienda era mas alta qua la de un baño turco. Diez horas duró la tempestad en su mayor furia, y luego fué disminuyendo gradualmente durante seis horas; si dura una hora mas, todos pereceremos sofocados. Cuando nos resolvimos á salir de nuestras tiendas presenciamos un horrible espectáculo; cinco niños, dos mugeres y un hombre yacian muertos sobre la arena todavía ardiente, y muchos Beduinos tenian la cara ennegrecida y enteramente tostada, como por la boca de un horno encendido. Cuando el viento del *simoun* hiere á un infeliz en la cabeza, la sangre le sale á chorros por la boca y las narices, se le hincha la cara, se pone negro y pronto muere ahogado. Dimos gracias al Señor de que nos hubiese libertado de aquella terrible plaga cuando nos hallábamos en medio del desierto, en cuyo caso nuestra muerte era segura, y cuando el tiempo nos permitió salir del campamento de Henadi, en doce horas de camino llegamos á nues-

tra tribu, donde abrazé á Jeque Ibrahim con un verdadero amor filial; pasamos algunos dias contándonos nuestras aventuras, y cuando reposé enteramente de mis fatigas, me dijo el señor Lascaris.

— « Hijo mio, ya nada tenemos que hacer aquí; gracias á Dios, todo está terminado, y el resultado de mi empresa ha sobrepujado á mis esperanzas; ahora es preciso que vayamos á dar cuenta de nuestra mision. »

Separámonos de nuestros amigos con la esperanza de volverlos á ver en breve al frente de la expedicion á que habiamos abierto el camino y allanado la senda. Pasando por Damasco, Alepo y la Caramania, llegamos á Constantinopla el mes de abril al cabo de noventa dias de marcha, muchas veces entre nieves. En aquel fatigoso viage perdí mi hermosa yegua nedgdíé, regalo de Ebn Sihoud, que pensaba vender lo menos en treinta mil piastras, pero aquello no era mas que un preludio de las desgracias que nos esperaban. La peste assolaba á Constantinopla; — el general Andreosi nos hizo alojarnos en Keghat-Kani donde pasamos tres meses haciendo cuarentena, y entonces supimos la funesta catástrofe de Moscou y la retirada del ejército francés sobre Paris. El señor Lascaris estaba desesperado y no sabia qué partido tomar; despues de dos meses

de incertidumbre, se resolvió á volver á Siria á aguardar el resultado de los sucesos. Embarcámonos en un buque cargado de trigo; una furiosa tempestad nos arrojó á Chios, donde volvimos á hallar la peste. M. de Bourville, consul de Francia, nos proporcionó un alojamiento donde estuvimos encerrados dos meses. Habiendo perdido casi todos nuestros efectos en la tempestad, y no pudiendo comunicar con el pueblo, á causa del contagio, nos hallamos desnudos y espuestos á grandes privaciones.

En fin volvieron á abrirse las comunicaciones. El señor Lascaris, habiendo recibido una carta del consul general en Esmirna que le invitaba á ir á conferenciar con los generales Lallemand y Savari, se decidió á ir allá, y me permitió que fuese á pasar una temporada con mi pobre madre, á quien no habia visto hacia seis años.

Como mis viages no tienen ya nada que sea interesante, paso por alto el intévalo que trascurió desde mi separacion del señor Lascaris hasta mi vuelta á Siria, y llego al triste desenlace.

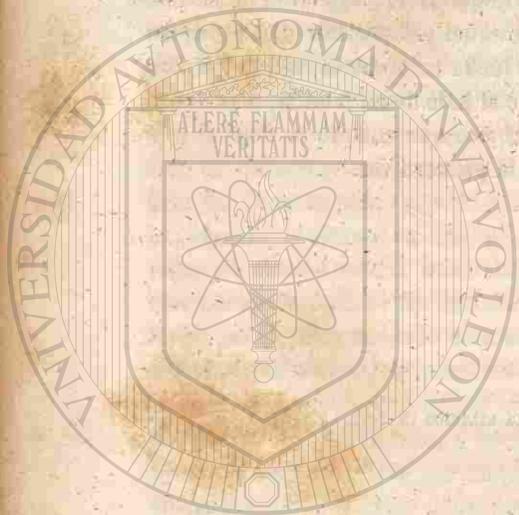
Hallándome en Latakié al lado de mi madre, y aguardando de un dia á otro un buque que pudiese llevarme á Egipto, donde me habia citado el señor Lascaris, veo llegar un bergantin de

guerra francés; voy á recoger mis cartas y recibí la cruel noticia de la muerte de mi bienhechor en el Cairo. Nada puede dar una idea de mi desesperacion; yo queria al señor Lascaris como á un padre, y perdía además con él todo mi porvenir. M. Drovetti, consul de Francia en Alejandria, me escribía que acudiese sin demora á verle: — cuarenta dias pasó sin poder hallar ocasion de embarcarme, y cuando llegué á Alejandria, M. Drovetti habia partido para el Alto Egipto; seguile, le alcancé en Asscut, y me dijo que como el señor Lascaris habia llegado á Egipto con pasaporte inglés, M. Salt, consul de Inglaterra, se habia apoderado de todos sus efectos: instóme á dirigirme á él para que se me pagasen los sueldos (quinientos talaris anuales) que se me debían hácia seis años, y me recomendó sobre todo que insistiese con empeño en obtener el manuscrito del viage del señor Lascaris, documento de suma importancia.

Volví inmediatamente al Cairo, donde M. Salt me recibió con mucha frialdad y me dijo que como el señor Lascaris habia muerto bajo proteccion inglesa, habia enviado sus efectos y sus papeles á Inglaterra. Todos mis pasos fueron vanos: pasó mucho tiempo en el Cairo con la esperanza de lograr que se me pagasen mis sueldos

y de obtener los papeles del señor Lascaris, hasta que al cabo M. Salt me amenazó con hacerme prender por las autoridades egipcias, y solo merced á la generosa proteccion de M. Drovetti escapé de aquel peligro. Por último, cansado de aquella lucha infructuosa, salí de Egipto y volví á Latakíe al lado de mi familia, mas desdichado y menos rico que cuando la dejé al salir de Alepo por la primera vez.

FIN DE LA RELACION DE FATALLA SAYEGHIE.



NOTA DEL AUTOR.

Habia pensado incluir aquí la traducción de algunas poesías árabes modernas, para dar siquiera una idea de este género á mis lectores, pero he sabido que una mano mas joven y mas ejercitada que la mia se ha ocupado ya en este trabajo. Dentro de pocos dias va á publicarse un tomo intitulado *Miscelanea de literatura Oriental y Francesa*, á cuyo autor conocí, joven poeta de las mayores esperanzas, arrebatado prematuramente á su familia y á la gloria. Habia nacido en Egipto, y se habia criado en Francia, y asi se halla en los fragmentos originales que ha dejado, como se hallará sin duda en las traducciones, aquel color ardiente y profundo del cielo de su patria unido á la pureza del gusto francés. Sus obras, publicadas por su viuda, son la única herencia que deja á su familia y á su patria.

He insertado aquí algunos fragmentos sacados de la publicacion que anuncio, y no dudo que inspirarán deseos de conocer mas.

A. DE LAMARTINE.

15 de abril, 1855.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MAOUALS,

6

ROMANCES VULGARES DE LOS ARABES MODERNOS

SACADOS DE LA COLECCION TITULADA

Miscelanea de literatura oriental y francesa,

POR J. AGOUB.

.....

Hoy que tu cuerpo, como una airosa palma,
es tan esbelto y gracioso, concédeme tus cari-
cias, oh amada mia, y aprovechemos el tiempo
que huye. No cierres al amor la secreta puerta
de tus favores. Creeme, la hermosura es pasa-
gera y su imperio no ha durado todavía para nin-
guna mortal.

Te han comparado al astro de la noche, pero
cuanto se engañan en su language! Tiene acaso
la luna esos hermosos ojos negros y esas vivaces

pupilas? Las cañas se doblegan y se inclinan al menor soplo del céfiro; tú, que te asemejas á ellas por tu flexible talle, ves inclinarse delante de tí á todos los hombres.

Si el tormento de mi corazon te hace feliz, atormentame, porque mi felicidad es la tuya, salvo que la tuya me es mas dulce todavía. Si quieres robarme la vida, si este sacrificio te es necesario, toma mi vida, ; oh tú que eres mi única vida, y no te enojés conmigo!

¿Qué mal habria, hermosa niña, en que me tratases con mas justicia? Tú curarias mi dolorosa enfermedad con un remedio que me dispensaria de recurrir al kanon de Avicena¹. Siempre que contemplo tus hermosas cejas, creo reconocer en ellas el gracioso contorno de la *noun*²,

¹ El célebre Tratado de medicina de Ebn Sina.

² Letra árabe cuya forma es arqueada.

y tu voz es mas dulce en mis oídos que los sonidos del arpa y del *senthir*¹.

Cuando pasó la amada, la rama del vecino sauce tuvo envidia de su airoso talle; la rosa se inclinó de vergüenza, cuando vió el carmin de su megilla y yo exclamé: ; Oh tú que has cautivado mi alma para siempre, tus miradas han abierto en mi pecho una herida de que nunca sanará!

Amo, amo á un mancebo, y mi pasión arde como una llama en el fondo de mi corazon. Cuando el amor penetró en mi pecho, apenas un ligero bozo apuntaba en el rostro de mi amante. Sí, estoy enamorada, y por tí, oh amado mio, corren mis lágrimas, pero, lo juro por el que creó el amor, nunca mi corazon amó á nadie mas que á tí. Te ofrezco mi primer amor.

¹ Instrumento de cuerdas.

Cuando la noche se cubre mas de tinieblas, imita la negrura de tus rizados cabellos; cuando el dia resplandece con sus mas vivas claridades, recuerda el brillo de tu rostro deslumbrador; el aloe, en sus suaves exhalaciones, no esparce mas que tus propios perfumes, y el amante prendado de tus encantos pasará su vida cantando tus loores.

La amada se acerca, pero su rostro está velado y su vista pasma y confunde á todos. El ligero ramo del valle de las Nakas tiene envidia de su flexible y delicioso talle. De pronto levanta con su mano el envidioso velo que la oculta, y los moradores de la comarca lanzan gritos de sorpresa: — ¿Por ventura, dicen, acaba de brillar un relámpago sobre nuestras moradas? ¿ó han encendido acaso los Arabes sus hogueras en el desierto?

RESUMEN POLITICO.

En diez y ocho meses de viages, de vicisitudes y de momentos de reposo, el entendimiento trabaja, aun involuntariamente: sin ningun esfuerzo suyo, los innumerables hechos que tiene á la vista le ilustran. Los diferentes aspectos bajo los cuales se le presentan las cosas humanas, las agrupan y las iluminan; en historia, en filosofía, en religion, el hombre raciocina instintivamente sobre lo que ha visto, sobre lo que ha sentido, sobre las consecuencias que ha sacado; se forman en él verdades instintivas, y, cuando se consulta á sí propio, se halla, bajo ciertos conceptos, que no es el mismo hombre que antes. El mundo le ha hablado y él ha comprendido; si

Cuando la noche se cubre mas de tinieblas, imita la negrura de tus rizados cabellos; cuando el dia resplandece con sus mas vivas claridades, recuerda el brillo de tu rostro deslumbrador; el aloe, en sus suaves exhalaciones, no esparce mas que tus propios perfumes, y el amante prendado de tus encantos pasará su vida cantando tus loores.

La amada se acerca, pero su rostro está velado y su vista pasma y confunde á todos. El ligero ramo del valle de las Nakas tiene envidia de su flexible y delicioso talle. De pronto levanta con su mano el envidioso velo que la oculta, y los moradores de la comarca lanzan gritos de sorpresa: — ¿Por ventura, dicen, acaba de brillar un relámpago sobre nuestras moradas? ¿ó han encendido acaso los Arabes sus hogueras en el desierto?

RESUMEN POLITICO.

En diez y ocho meses de viages, de vicisitudes y de momentos de reposo, el entendimiento trabaja, aun involuntariamente: sin ningun esfuerzo suyo, los innumerables hechos que tiene á la vista le ilustran. Los diferentes aspectos bajo los cuales se le presentan las cosas humanas, las agrupan y las iluminan; en historia, en filosofía, en religion, el hombre raciocina instintivamente sobre lo que ha visto, sobre lo que ha sentido, sobre las consecuencias que ha sacado; se forman en él verdades instintivas, y, cuando se consulta á sí propio, se halla, bajo ciertos conceptos, que no es el mismo hombre que antes. El mundo le ha hablado y él ha comprendido; si

así no fuera : ¿ de qué le servirían al viagero los afanes, los peligros, los largos sinsabores de las separaciones, la ausencia de los amigos y de la patria? Los viages serian una brillante ilusion, y no lo que son en realidad, la educacion del pensamiento por medio de la naturaleza y de los hombres. Empero el hombre, viajando, no se separa de sí mismo ; los pensamientos que agitaban á su siglo y á su patria, cuando salió del techo paterno, le siguen y le agitan durante el camino. Como la política es la obra del dia para la Europa, y, sobre todo, para Francia, yo he pensado mucho en Oriente sobre la política. En esto, como en historia, en filosofía y en religion, han resultado para mí apariencias mas exactas, mas grandiosas y mas verdaderas del examen y de la leccion de los hechos y de los sitios en el orden político ; he hecho un resumen en mi cabeza y voy á esponerle aquí. Esta es la única página de estos apuntes de un viagero que yo quisiera dar á leer á la Europa, porque contiene una verdad al uso del dia, una verdad que es preciso comprender mientras es evidente y está madura, y puede fecundizar el porvenir. Si se comprende y practica, salvará á la Europa y al Asia, y multiplicará y mejorará la raza humana : formará una época en la laboriosa y progresiva existencia de la humanidad ; si se desconoce y

rechaza entre los sueños impracticables por algunas ligeras dificultades de ejecucion, las pasiones buenas y malas de Europa estallarán en ella, y el Asia seguirá siendo lo que es, una rama muerta y esteril de la humanidad.

Las ideas humanas han traído á la Europa á una de aquellas grandes crisis orgánicas de las que solo ha conservado una ó dos la historia en sus anales ; épocas en que una civilizacion gastada cede el paso á otra, en que lo pasado no se sostiene, en que el porvenir se presenta á las masas con todas las incertidumbres, con todas las oscuridades de lo desconocido ; épocas terribles cuando no son fecundas ; enfermedades climáticas del espíritu humano, que le matan para siglos ó le vivifican para una nueva y larga existencia. La revolucion francesa fué el toque á rebato del mundo ; muchas de sus fases se han cumplido, pero aun no está acabada ; nada acaba en esos movimientos lentos, intestinos, eternos, de la vida moral del linage humano : hay tiempos de parada, pero aun durante esas paradas, los pensamientos maduran, las fuerzas se acumulan y se preparan á una nueva accion. En la marcha de las sociedades y de las ideas, el fin nunca es mas que un nuevo punto de partida. La revolucion francesa que algun dia se llamará la revolucion europea, porque las ideas toman su

nivel como el agua, no es solamente una revolucion política, una trasformacion del poder, una dinastía en lugar de otra, una república en lugar de una monarquía; todo esto no es mas que accidente, sintoma, instrumento, medio. La obra es á tal punto mas grave y alta que podria efectuarse bajo todas las formas de poder político, y que se podria ser monárquico ó republicano, adicto á una dinastía ó á otra, partidario de tal ó cual combinacion constitucional sin ser por eso menos sincera y profundamente republicano. Se puede preferir un instrumento á otro para remover el mundo; á esto se reduce todo; pero la idea de revolucion, es decir de mudanza y de mejora, no deja por eso de iluminar el entendimiento y de calentar el corazon. ¿ Quien es entre nosotros el hombre pensador, el hombre de corazon y de seso, el hombre de religion y de esperanza, que poniendo la mano en su conciencia é interrogándose delante de Dios en presencia de una sociedad que se cae de anomalia y de crepitud, no se responde: Yo soy revolucionario? El tiempo se lleva á los que le resisten como á los que se le adelantan y le ayudan con sus votos; tan rápida é invencible es su corriente que los que mas vigorosamente reman y creen subirla ó neutralizar el empuje de sus olas, se hallan insensiblemente arrastrados muy lejos del

horizonte en que tenian los ojos y el corazon, y quedan pasmados un dia al medir el camino involuntario que han andado. Hace cerca de medio siglo que esa revolucion, madura en las ideas, estalló en los hechos. Al principio no fué mas que un combate, luego fué una ruina; el polvo de esa refriega y de esa ruina lo oscureció todo por mucho tiempo; nadie supo porqué, ni en qué terreno, ni bajo qué bandera peleaba. Cada cual hacia fuego, como en las tinieblas, sobre sus amigos y sus hermanos; las reacciones siguieron á la accion; grandes escesos mancharon todos los colores; muchos se retiraron con honor de la causa que el crimen pretendia servir, y que perdía, como las pierde todas; se pasó de un esceso á otro; nada se comprendió de los tumultuosos movimientos, de las vicisitudes de la batalla; pues aquello, en efecto, era una batalla, es decir, confusion y desorden, triunfo y derrota, entusiasmo y abatimiento. Actualmente se empieza á comprender el plan providencial de aquella grande accion entre las ideas y los hombres; el polvo ha caido, el horizonte se despeja. Se ven las posiciones tomadas y perdidas, las ideas que han quedado en el campo de batalla, las que estan heridas de muerte, las que viven todavia, las que triunfan ó triunfarán; se comprende lo pasado, se comprende el siglo, se en-

trévé una parte del porvenir;— magnífico y raro momento para la mente humana, que tiene la conciencia de sí misma y de la obra que está consumando;— casi es de día en el horizonte de su porvenir. Cuando se comprende en fin una revolución, ya está acabada; el triunfo puede ser lento, pero no es dudoso. La idea nueva, si no ha conquistado su terreno, ha conquistado á lo menos su arma infalible. Esta arma es la imprenta;— la imprenta, esa revelacion cuotidiana y universal de todos por medio de todos, es para el espíritu de innovacion y de mejora lo que fué la pólvora para los primeros que se sirvieron de ella; es la victoria asegurada en una facultad poderosa. Para los filósofos políticos, no se trata pues ya de pelear, sino de moderar ó dirigir el arma invencible de la civilizacion nueva. Lo pasado está desmoronado, el terreno está libre, el espacio está vacío, la igualdad de derecho está admitida en principio, la libertad de discusion está consagrada en las formas gubernamentales, el poder ha vuelto á su origen; el interés y la razon de todos se reasumen en instituciones que tienen mas que temer de la debilidad que de la tiranía; la palabra hablada y escrita tiene derecho para apelar en todas partes y siempre á la inteligencia de todos; ese gran tribuniciado de la razon domina y dominará cada

vez mas á todos los demas poderes emanados de él; él agita y agitará todas las cuestiones sociales, religiosas, políticas, nacionales, con la fuerza que le irá prestando la opinion á medida que se vaya convenciendo, hasta que la razon humana, iluminada por el rayo que le place á Dios prestarle, haya entrado en posesion del mundo social todo entero, y satisfecho de su obra lógica, diga como el criador: « Lo que he hecho, bueno es, » y descanse algunos dias, si es que hay descanso en el cielo y en la tierra.

Pero las cuestiones sociales son complexas. La solucion de las cuestiones de política interior necesita la solucion en el mismo sentido en el exterior. Todo se liga en este mundo, y siempre un hecho obra por reaccion sobre otro; veamos pues, relativamente al Oriente, cuales deben ser lógicamente el plan y la accion de la política europea, y digo Europea, porque aunque el sistema constitucional, ó mejor dicho, racional, no prevalece todavía, en las formas, mas que en Francia, en Inglaterra, en España y en Portugal, prevalece en todas partes en las ideas; donde quiera los pensadores son de su partido; los pueblos estan poseidos de su espíritu, y la revolucion, principiada ó consumada en las costumbres, lo estará muy pronto en los hechos; solo se necesita una ocasion, y la cuestion no es mas que

de tiempo. La Europa tiene formas diversas, pero no tiene ya mas que un mismo espíritu, el espíritu de renovacion y de gobierno de los hombres con arreglo á la razon. La Francia y la Inglaterra son los dos paises de esperiencia, encargados, en estas últimas épocas, de promulgar y de probar las ideas. — Gloriosa y fatal mision! La Francia, mas atrevida, ha tomado la delantera; muy adelante está ya hoy, con que así hablemos primero de ella.

La Francia tiene una gran gloria y grandes peligros delante de sí; guia á las naciones, pero tantea el camino, y puede hallar el abismo donde busca la senda social: por una parte, todos los odios de lo pasado que resisten en Europa están amotinados contra ella. En religion, en filosofía, en política todo lo que mira con horror á la razon, mira con horror á la Francia; todos los secretos votos de los hombres retrógrados ó asidos á lo pasado son por su ruina; la Francia es para ellos el simbolo de su decadencia, la prueba viva de su impotencia y de la mentira de sus profecias; si prospera, desmiente sus doctrinas; si sucumbe, las verifica; todas las tentaciones de mejora de las instituciones humanas sucumben con ella; — alzáse un grande aplauso; el mundo queda en posesion de la tiranía y de la preocupacion. Los hombres de preocupacion y

de tirania desean pues vehementemente su subversion: á cada movimiento que hace, la anuncian; á cada ocasion, la esperan, pero la Francia es fuerte, mucho mas por el espíritu de vida que la anima que por el número de sus soldados. Solo ella tiene fé y un instinto claro y generoso de la gran causa porque lidia; se le oponen belicosas máquinas y ella arroja mártires en la arena. Una conviccion es mas fuerte que un ejército; la Francia, dividida, arruinada, tiranizada, ensangrentada en lo interior por verdugos, atacada en lo exterior por sus propios hijos y por las armas de la Europa entera, demostró al mundo que no pereceria por los peligros de fuera: los de dentro son mas graves, y estos resultan de su situacion nueva; una transicion es siempre una crisis, y las consecuencias previstas ó imprevistas de un principio orgánico nuevo ocasionan inevitablemente fenómenos inesperados en la vida social de un gran pueblo. Las consecuencias inmediatas de la revolucion de Francia y las consecuencias accidentales de las crisis por que acaba de pasar son numerosas: — no hablaré mas que de las principales.

La igualdad de derecho ha producido la igualdad de pretensiones y de ambiciones en todas las clases; la aspiracion al poder, la competencia indefinida á todos los empleos, la obstruccion de

todas las carreras, la rivalidad, las envidias entre tantos hombres apiñándose á la vez en las mismas salidas; un perpetuo choque de las capacidades, de las codicias, de los amores propios, á la puerta de todos los servicios públicos; la inestabilidad, por consiguiente, en todos los cargos públicos, y una multitud de fuerzas rechazadas y enconadas refluendo sobre la sociedad y siempre prontas á vengarse de ella.

La libertad de discusion y de examen, constituida en la prensa libre, ha producido un espíritu de controversia y disputa sin buena fé, una oposicion de oficio y de actitud, un cinismo de palabras y de lógica que asusta é indigna á la verdad y á la moderacion, que estravía y alborota á la ignorancia, que desconsidera á la primera necesidad de los pueblos, el poder, cualquiera que sea, que aterra, á los hombres honrados, pero tímidos, y da armas á todas las malas pasiones del tiempo y del pais.

La instruccion difundida entre las masas, — esa primera necesidad de las poblaciones, que por tanto tiempo han estado privadas de ella, les produce, en el primer instante, una especie de deslumbramiento de ideas no comprendidas todavía, un vértigo del entendimiento que recibe demasiada luz á la vez; estan como el hombre á

quien se saca de las tinieblas, en las que ha gemido mucho tiempo, y á quien no se hace ir familiarizándose con la luz por grados, como el hombre hambriento ó quien se le da demasiado alimento de una vez; el uno se siente deslumbrado y queda ciego por un momento, el otro perece á veces por el alimento mismo que debe volverle á la vida; pero no se infiere de aquí que el pan y la luz sean cosas funestas; lo malo es la transicion. Lo mismo sucede con la instruccion de las masas; produce, en el primer momento, una superabundancia de capacidades que piden un empleo social; una falta de nivel entre las facultades y las ocupaciones, que puede y debe, por algun tiempo, causar una grave perturbacion en la armonia política, hasta que el nivel, elevado por todos, se restablezca para cada uno, y que esas capacidades multiplicadas se creen á sí mismas sus propios medios de accion.

El movimiento industrial, — arranca á las poblaciones á las costumbres y á los hábitos de familia, á los pacíficos y moralizadores trabajos de la tierra; sobreescita el trabajo por medio del lucro, que eleva de repente, y que luego deja caer de pronto; acostumbra al lujo y á los vicios de las ciudades á hombres que ya no pueden volver á la sencillez y á la mediania de la vida rural; de aquí esas masas, hoy insuficientes, ma-

ñana sin empleo, y que la miseria hace ser presa de la sedicion y el desorden.

Los proletarios, clase numerosa, inapercibida en los gobiernos teocráticos, despóticos y aristocráticos, donde viven al abrigo de uno de los poderes que poseen el suelo, y tienen sus garantías de existencia á lo menos en su patrocinio; clase que, en el dia, entregada á sí misma por la supresion de sus patronos, y por el individualismo, se halla en una condicion peor que nunca, pues ha reconquistado derechos estériles, sin poseer lo necesario, y agitará la sociedad hasta que el *socialismo* haya sucedido al odioso individualismo.

De la situacion de los proletarios ha nacido la cuestion de propiedad que se ventila hoy en todas partes, cuestion que se resolverá por la fuerza material si no la resuelven pronto la razon, la política y la *caridad social*. La caridad es el socialismo; — el egoismo, es el individualismo. La caridad, como la política, manda al hombre que no abandone al hombre á sí mismo, sino que acuda en su auxilio, que forme una especie de seguro mutuo bajo condiciones equitativas entre la sociedad poseyente y la sociedad no poseyente; ella dice al propietario; — tú conservarás tu propiedad, porque á pesar del hermoso sueño de la comunidad de bie-

nes, intentado en vano por el cristianismo y por la filantropia, la propiedad parece hasta ahora la condicion *sine qua non* de toda sociedad; sin ella, ni familia, ni trabajo, ni civilizacion. Pero ella le dice tambien: No olvidarás que tu propiedad no ha sido solamente instituida para ti, sino para la humanidad toda entera; no la posees sino bajo condiciones de justicia, de utilidad, de reparticion, de accesion para todos; es preciso, pues, que des á tus hermanos, de lo superfluo de tu propiedad, los medios y los elementos de trabajo que les son necesarios para poseer su parte á su vez; es menester que reconozcas un derecho superior al de propiedad, el derecho de humanidad! — Tales son los preceptos de la justicia y de la política, que son una misma cosa.

De todos estos hechos del orden nuevo, una necesidad incontestable resulta para la Francia y para la Europa, — la necesidad de expansion; — es preciso de absoluta necesidad que la expansion al exterior esté en relacion con la inmensa expansion al interior producida por la revolucion que se efectua en las cosas. — Sin esa expansion al exterior, ¿como hacer frente á los peligros que acabo de señalar? ¿Como consagrar la igualdad del derecho y negarla en los hechos? ¿como admitir el examen, y resistir á la razon y á su órgano, la imprenta? ¿como difundir la

instruccion, y rechazar las capacidades que ella multiplica? ¿como activar la industria, y proveer á las aglomeraciones de poblaciones y á las súbitas suspensiones de trabajo y de salario que acarrea? ¿Como, en fin, contener á esas masas de proletarios que aumentan sin cesar, armadas, indisciplinadas, que tienen que luchar entre la miseria y el saqueo? ¿como salvar á la propiedad de las agresiones de doctrinas y de hechos que cada día la embisten con mas brio? Y si esa piedra angular de toda sociedad llegase á faltar ¿como salvar á la sociedad? ¿Y qué refugio habria contra una segunda barbarie? — Estos peligros son tales que si la prevision de los gobiernos de Europa no halla preservativos para ellos, la ruina del mundo social conocido es inevitable en un tiempo dado.

Ahora bien, por efecto de una admirable prevision de la Providencia que nunca crea necesidades nuevas sin crear al mismo tiempo medios de satisfacerlas, sucede que en el momento mismo en que la gran crisis civilizadora se verifica en Europa, y en que las nuevas necesidades que de ella resultan se revelan á los gobiernos y á los pueblos, una gran crisis de un orden inverso se verifica en Oriente y en Asia, y que un gran vacío se ofrece allí á la superabundancia de las poblaciones y de las facultades europeas. El exceso

de vida que va á rebosar entre nosotros, puede y debe fluir sobre aquella parte del mundo; el exceso de fuerza que nos trabaja, puede y debe emplearse en aquellas regiones donde la fuerza está agotada y dormida, donde las poblaciones vegetan y se consumen miserablemente, donde la vitalidad del linage humano espira. El imperio turco se desmorona, y va á dejar, de un día á otro, un vacío á la anarquía, á la barbarie desorganizada; territorios sin pueblos, y poblaciones sin guías y sin señores; y esa ruina del imperio otomano, no hay que provocarla; es inútil empujar con el dedo al coloso; ella se efectua por sí misma providencialmente, por su propia accion, por la necesidad de su naturaleza; se consume como las cosas fatales, sin que se pueda acusar de ello á nadie, sin que puedan evitarla ni los Turcos, ni la Europa. La poblacion, flaca y estenuada, espira por su propia impotencia de vivir, ó mas bien ya no existe. La raza musulmana está reducida á nada en las sesenta mil leguas cuadradas de que se compone su inmenso y feraz territorio; salvo en una ó dos capitales, casi no hay Turcos. Recorramos con la vista esas ricas y admirables playas, y busquemos el imperio otomano; en ninguna parte le hallaremos; la estúpida administracion ó, mas bien, la letal inercia de la raza conquistadora de los hijos de

Osman ha hecho un desierto de cada espacio de tierra ó ha dejado por do quiera multiplicarse y crecer las razas conquistadas, al paso que ella disminuía y se apagaba por dias.

El Africa y su litoral no se acuerdan ya siquiera de su origen y de la dominacion turca. Las re-
gencias berberiscas son independientes de hecho y ni aun tienen con la Turquía aquella fraternidad, aquella simpatía de la religion y de las costumbres, que constituye todavía una sombra de nacionalidad. El golpe dado en Navarino no tiene ni un eco en Tunez; el golpe dado á Argel no resuena en Constantinopla; la rama está separada del tronco; el litoral de Africa no es ni turco ni árabe, sino unas colonias de bandoleros puestos sobre la tierra y que nunca echan raíces en ella; no tienen ni título, ni derecho, ni familia entre los naciones; no pertenecen mas que al cañon; son como un navío sin pabellon sobre el cual todo el mundo puede hacer fuego: la Turquía no está allí.

El Egipto, poblado de Arabes, dominado sucesivamente por todos los señores de la Siria, acaba de separarse de hecho del imperio. Mehemet-Ali intenta la resurreccion del imperio de los califas; pero el fanatismo de un dogma nuevo, que brillaba en derredor del alfange de aquellos, no brilla ya alrededor del suyo. La

Arabia, dividida en tribus, sin cohesion, sin uniformidad de costumbres y leyes; la Arabia, acostumbrada hace siglos al yugo de todos los bajás, dista mucho de ver un libertador en Mehemet-Ali; ni aun vé en él un civilizador que la sacará de la barbarie y de la impotencia, y sí solo un esclavo afortunado y rebelde que quiere ensanchar el lote que le ha dado la fortuna, enriquecerse él solo con los productos del Egipto y de la Siria y morir sin amo. Muerto él, sabe que volverá á caer bajo un yugo cualquiera, poco le importa.

Bagdad, en los confines del desierto de Siria, no contiene mas que una poblacion compuesta de judíos, de cristianos, de Persas y Arabes; algunos millares de Turcos mandados por un bajá á quien se espulsa ó que se rebela de tres en tres ó de cuatro en cuatro años, no bastan para constituir la nacionalidad turca en aquella ciudad de doscientas mil almas. Bagdad es por su naturaleza una ciudad libre, un mercado perteneciente á toda el Asia para el depósito de su comercio interior; es una Palmira del desierto. Entre Bagdad y Damasco se estienden los vastos desiertos de la Siria y de la Mesopotamia, cruzados por el Eufrates, donde no hay reinos, ciudades ni dominios, — donde no hay mas que tiendas, que las tribus desconocidas é independientes trasla-

dan de uno á otro confin de aquellas llanuras ; tribus que no tienen mas nacionalidad que sus caprichos, que no reconocen ni patria, ni señor ; hijos del desierto, que tienen por enemigos á todos los que quieren someterlos, ayer á los Turcos, hoy á los Egipcios... Esos no son Turcos.

Damasco, grande y magnífica ciudad, ciudad santa, ciudad donde el fanatismo musulman prevalece todavía, tiene una poblacion de ciento á ciento cincuenta mil almas; en este número hay treinta mil cristianos, siete ú ocho mil judíos y mas de cien mil Arabes. Un puñado de Turcos reina todavía por el espíritu de conquista y de coreligion sobre el pais; pero Damasco, ciudad discola é independiente, se rebela á cada instante, asesina á su bajá y espulsa á los Turcos. Lo propio sucede en Alepo, ciudad infinitamente menos importante, de donde se retira el comercio y que espira bajo las ruinas de sus terremotos. Las ciudades de la Siria propiamente tal, desde Gaza hasta Alejandreta, contando las dos ciudades de Homs y de Hama, estan igualmente pobladas de Arabes, de Griegos siriacos, de judíos y de Armenios ; la totalidad de los Turcos de este hermoso y vasto territorio no asciende arriba de veinte á cuarenta mil. Los Maronitas, nacion sana, vigorosa, despejada, guerrera y mercantil, ocupan el Líbano y desdeñan ó desa-

fian á los Turcos. Los Drusos y los Metualis, tribus independientes y valerosas, forman, con los Maronitas, bajo el gobierno federal del emir Beschir, la poblacion dominante y señora en realidad de la Siria y aun de Damasco el dia en que todo esté desmembrado y abandonado á la naturaleza : allí hay el germen de un gran pueblo nuevo y civilizable ; la Europa no tiene que hacer mas que incubarle con los ojos y decirle : — ¡Levántate !

Luego vienen el Monte Tauro, y esa inmensa Caramania (Asia-Menor) cuyas provincias eran siete reinos, cuyas playas eran ciudades independientes ó florecientes, colonias griegas y romanas. Yo he recorrido todas sus costas ; yo he entrado en todos sus golfos, desde Tarson hasta Tcheshmé, y solo he visto playas fértiles, pero desiertas y algunas miserables aldeas habitadas por Griegos ; el interior encierra la indomable tribu de los Turcomanos, que pastorean sus baños en los montes y se acampan el invierno en las llanuras. Adana, Konia, Kutaya, Angora, sus principales ciudades, estan pobladas cada cual de algunos millares de Turcos ; solo Esmirna es un vasto centro de poblaciones, pues tiene sobre cien mil almas, pero mas de la mitad se compone de cristianos, de Griegos, de Armenios y de judíos. Si subimos las riberas del

Asia Menor, hallamos las hermosas islas griegas de Chio, Rodas y Chipre. Chipre es ella sola un reino; tiene ochenta leguas de longitud sobre veinte de anchura; ha sustentado y sustentaria muchos millones de habitantes; tiene el cielo de Asia y el suelo de los trópicos; está poblada por sobre treinta mil Griegos, y sesenta Turcos, encerrados en una fortaleza ruinosa, representan en ella la nacionalidad otomana; lo mismo sucede en Rodas, en Stanchio, en Samos, en Chio, en Mitilene. Hasta aquí ¿donde están los Turcos? — Esta es sin embargo la mas hermosa mitad del imperio.

La orilla del mar de Mármara y el canal de los Dardanelos estan poblados igualmente de algunas ciudades pequeñas, medio turcas, medio griegas; poblacion rara y pobre, diseminada, á grandes distancias, por costas sin profundidad. No se puede evaluar la poblacion turca de estas partes en mas de cien mil almas, contando á Brusa.

Constantinopla, como todas las capitales de un pueblo en decadencia, es la única que ofrece una apariencia de poblacion y de vida; á medida que la vida de los imperios se aleja de las estrechuras, se concentra en el corazon; tambien hubo tiempo en que todo el imperio griego estuvo en Constantinopla, y en que tomada la cin-

dad, ya no hubo imperio. No se sabe de cierto cual es la poblacion de Constantinopla, y los cálculos varian desde 500,000 almas á un millon, pues como falta la estadística, cada cual juzga sobre datos particulares. Los míos no son mas que la ojeada echada sobre el inmenso desarrollo de la ciudad, comprendida Scutari, sobre las riberas del Cuerno de Oro, del mar de Mármara y de las costas de Asia y Europa: todo esto lo comprendo bajo el nombre de Constantinopla porque no hay interrupcion de casas. Las denominaciones de cuarteles, de ciudades y de aldeas son arbitrarias, y en realidad todo ese espacio forma un solo cuerpo de ciudad, un solo centro de poblacion; la serie de casas, kioskos, palacios ó aldeas, sobre una anchura á veces considerable, á veces de una ó dos casas solamente, es de sobre 44 leguas. Creo que el conjunto de esta poblacion puede calcularse en seis ó setecientas mil almas. Una tercera parte solamente es turca; lo restante se compone de armenios, judíos, cristianos, francos, griegos y búlgaros. — La poblacion turca de Constantinopla, asiende, pues, segun mi cálculo, á unas dos ó trescientas mil almas. No he visitado las orillas del Ponto-Euxino, pero si hemos de dar crédito al escelente y concienzudo viage de M. Fontanier, publicado en 1854, las poblaciones indígenas pre-

dominan, y la poblacion turca está allí en decadencia como en las partes del imperio que he recorrido.

En la Turquía de Europa, la única gran ciudad es Andrinópolis, y puede tener de treinta á cuarenta mil Turcos: Filipópolis, Sofia, Nisa, Belgrado y las pequeñas ciudades intermedias, otro tanto. Añado doscientos mil Turcos por las partes de la Turquía que no he visitado, y tendremos un total de trescientos mil. En la Servia y la Bulgaria apenas hay un turco por aldea, y supongo que lo mismo sucede en las demas provincias de la Turquía de Europa. Tomando en cuenta los errores que he podido cometer y atribuyendo al interior del Asia Menor una poblacion turca muy superior á la que manifiestan el testimonio de los ojos y las relaciones de los viajeros, no creo que en realidad el total de aquella ascienda en el dia á mas de dos ó tres millones de almas, y aun dudo mucho que llegue á este número. He aquí pues la raza conquistadora, venida de las orillas del mar Caspio y derretida al sol del Mediterraneo; he aquí la Turquía poseida por un tan corto número de hombres ó mas bien perdida ya por ellos, porque mientras que el dogma de la fatalidad, la inercia, que es su consecuencia, la inmovilidad de instituciones y la barbarie de administracion, redu-

cen casi á nada á los vencedores y á los señores del Asia, las razas esclavonas, las razas cristianas del norte y del mediodia del imperio, las razas armenias, griegas, maronitas y la raza árabe conquistada, crecen y se multiplican por efecto de sus costumbres, de sus religiones y de su actividad. El número de los esclavos supera inmensamente al de los opresores; los Griegos de la Morea, flaca y miserable poblacion, han echado ellos solos, en un momento de energía, á los Turcos del Peloponeso; la Moldavia, la Valaquia han sacudido el yugo; las islas estarian todas emancipadas, á no ser por el tratado europeo que garantiza todavía su posesion al sultan; la Arabia toda entera está disecada en familias de hombres desconocidas unas de otras, aliadas sucesivamente con los Turcos y con los Egipcios, y trabajada, en su parte mas enérgica, por el gran cisma de los Wahabi. Los Rusos y los Persas han arrancado al dominio musulman dos terceras partes de los Armenios; los Georgianos son Rusos; los Maronitas y los Drusos serán dueños de la Siria y de Damasco el dia en que lo intenten seriamente; los Búlgaros son una numerosa y sana poblacion, tributaria todavía, pero que ella sola, mas numerosa y mas organizable que los Turcos, se emancipará cuando quiera; los Servios se han emancipado ya, y sus magnífi-

cas selvas empiezan á estar surcadas de caminos reales y á cubrirse de ciudades y aldeas; el príncipe Milosch, su gefe, no admite á algunos Turcos en Belgrado mas que como á aliados, y no como á señores. El espíritu de conquista, alma de los Osmanlis, se ha estinguido; el espíritu de proselitismo armado se ha desvanecido en ellos hace mucho tiempo; su fuerza de impulsión no existe en parte alguna; su fuerza de conservación, que residiría en una administración uniforme, ilustrada y progresiva, no reside mas que en la cabeza de Mahmud; el fanatismo popular ha muerto con los genizaros, y si los genizaros renacen, la barbarie renacerá con ellos: se necesitaria un milagro de genio para resucitar el imperio, y Mahmud no es mas que un hombre de corazón; el genio le falta; asiste en vida á su ruina, y halla obstáculos donde una inteligencia mas vasta y firme hallaria instrumentos; se ve reducido en fin á buscar un apoyo en los Rusos, sus enemigos inmediatos. Esta política de desesperación y debilidad le pierde en el ánimo de su pueblo; Mahmud no es mas que la sombra de un sultan, asistiendo al desmembramiento sucesivo del imperio; apremiado entre la Europa que le protege y Mehemet-Ali que le amenaza, si resiste á la humillante protección de los Rusos, Ibrahim llega y le derriba con solo presentarse;

si hace la guerra á Ibrahim, la Francia y la Inglaterra confiscan sus escuadras y van á acamparse en los Dardanelos; si contrae alianza con Ibrahim, se hace el esclavo de su esclavo y halla la prisión ó la muerte en su propio serrallo; una energía heroica y una tentativa de sublime desesperación son lo único que puede salvarle y restaurar por algun tiempo la gloria otomana; cerrar por ambos lados los Dardanelos y el Ponto-Euxino; hacer un llamamiento á la Europa meridional y á lo que queda del islamismo, y marchar en persona contra Ibrahim y los Rusos; — pero, suponiendo el triunfo, el imperio, cubierto de gloria por un momento, no por eso dejaria de descomponerse inmediatamente despues, con la sola diferencia de que una aureola de heroismo, iluminaria su caída, — y la raza de Osman acabaria, como empezó, en un triunfo.

Ahora que hemos visto el estado de Europa y el del imperio otomano, ¿qué debe hacer una política previsora, una política de humanidad, y no de ciego y estúpido egoismo? ¿Qué debe hacer la Europa? La rutina diplomática que repite sus axiomas, una vez recibidos, mucho tiempo despues que ya no tienen sentido y que tiembla de tener una verdadera y grave cuestión que tratar, porque no tiene ni la energía, ni la inteligencia necesarias para resolverla, dice que es

preciso apuntalar por todas partes el imperio otomano, contrapeso necesario en Oriente al poder ruso. Si hubiera un imperio otomano, si hubiera turcos capaces de crear y organizar, no solamente ejércitos, sino un Estado que pudiese velar sobre el imperio ruso, é inquietarle seriamente mientras le hiciese la guerra la Europa meridional, acaso esa política seria conservadora. Muy atrevido ó muy insensato seria preciso ser para decir á la Europa: Borra del mapa un imperio existente y lleno de vida; quita un peso inmenso de la balanza tan mal equilibrada ya del mundo político; el mundo no lo advertirá; — pero el imperio otomano no existe ya mas que de nombre, su vida se ha estinguido, su peso en la balanza es nulo; — no es mas que un vasto espacio vacío que vuestra política antihumana quiere dejar vacío en vez de ocuparle, en vez de llenarle de poblaciones sanas y vivas que la naturaleza ha sembrado ya en él y que vosotros sembrareis y multiplicareis mas y mas. No precipiteis la ruina del imperio otomano, no usurpeis el papel del destino, no tomeis la responsabilidad de la Providencia, pero no sostengais, con una política ilusoria y culpable, ese fantasma al que nunca podreis dar mas que la apariencia y la actitud de la vida, porque está muerto. No os hagais los auxiliares de la barbarie y del

islamismo contra la civilización, la razón y las religiones mas adelantadas que aquellos oprimen: no seais los cómplices de la servidumbre y de la despoblación de las mas hermosas partes del mundo; dejad que se cumpla el destino; mirad, aguardad, teneos prontos.

El día en que se desmorone por sí mismo el imperio, zapado por Ibrahim ó por un bajá cualquiera, y caiga pedazo á pedazo al norte ó al mediodía, tendreis que decidir una cuestion muy sencilla: — ¿Es preciso hacer la guerra á la Rusia para impedirle que herede las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla? ¿Es preciso hacer la guerra al Austria para impedirle que herede la mitad de la Turquía de Europa? ¿Es preciso hacer la guerra á la Inglaterra para impedirle que herede el Egipto y su camino para las Indias por el mar Rojo? ¿A la Francia para impedirle que colonice la Siria y la isla de Chipre? ¿A la Grecia para impedirle que se complete con el litoral del Mediterraneo y con las hermosas islas que tienen su población y su nombre? ¿A todo el mundo enfin, de miedo de que alguno se aproveche de esos magníficos despojos? ¿O conviene mas ponernos de acuerdo y repartirlos entre la raza humana, bajo el patrocinio de Europa, para que la raza humana se multiplique y crezca en ellos y los fecundice la

civilizacion? Tales son las dos cuestiones que tendrá que examinar un congreso de las potencias de Europa, y ciertamente que no es dudosa la respuesta.

Si haceis la guerra, tendreis la guerra con todos los males y todas las ruinas que acarrea; causareis la desgracia de la Europa y del Asia, y la vuestra tambien, — y acabada la guerra por efecto del cansancio, no habreis impedido nada de lo que queriais impedir; la fuerza de las cosas, la irresistible pendiente de los sucesos, la influencia de las simpatias nacionales y de las religiones, el poder de las posiciones territoriales producirán su inevitable efecto. La Rusia ocupará las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla; el mar Negro es un lago ruso cuya llave es Constantinopla. El Austria ocupará la Servia, la Bulgaria y la Macedonia para seguir el paso á la Rusia; y la Francia, la Inglaterra y la Grecia, despues de haberse disputado algun tiempo el camino, ocuparán el Egipto, la Siria, Chipre y las islas. El efecto será el mismo; la sola diferencia será que se habrán derramado torrentes de sangre en tierra y en mar, se habrán sustituido divisiones forzadas, arbitrarias, hechas por el azar de las batallas, á divisiones racionales de territorios; colonizaciones útiles habrán perdido años, y durante estos años, acaso

largos, la Turquía de Europa y el Asia habrán sido presa de la anarquia y de incalculables calamidades: — mas desiertos hallareis todavía en esas regiones que los que dejarán en ellas los Turcos. La Europa habrá retrocedido en vez de seguir su movimiento acelerado de civilizacion y de prosperidad, y el Asia habrá quedado mas tiempo muerta en su sepulcro. Si la razon preside al destino de Europa ¿puede titubear? Y si titubea ¿qué dirá la historia de sus gobiernos y de sus guias? Dirá que la locura y el egoismo suicida han dirigido el mundo político en el siglo XIX, y que los gabinetes y los pueblos han desdennado el mas magnífico presente que jamas ofreció la Providencia á las necesidades de una época y á los progresos de la humanidad.

He aquí lo que se debe hacer. Reunir un congreso de las principales potencias que lindan con el imperio Otomano ó tienen intereses en el Mediterraneo; establecer, en principio y de hecho, que la Europa se retira de toda accion ó influencia directa en los asuntos interiores de la Turquía, y que la abandona á su propia vitalidad y á los azares de su propio destino, y convenir de antemano en que, dado el caso de la caida de este imperio, sea por una revolucion en Constantinopla, sea por un desmembramiento sucesivo, las potencias europeas tomarán cada cual, á tí-

tulo de protectorado, la parte del imperio que se les asigne por las estipulaciones del congreso; que estos protectorados, definidos y asimilados en cuanto á los territorios, con arreglo á la seguridad de las fronteras, la analogia de religiones, de costumbres y de intereses, no menoscabarán en nada las soberanías locales, preexistentes en las provincias protegidas, y no consagrarán mas que el señorío de las potencias. Esta especie de señorío así definido, y consagrado como derecho europeo, consistirá principalmente en el derecho de ocupar tal ó cual parte del territorio ó de las costas, para fundar en él, bien sea ciudades libres, bien sea colonias europeas, ó bien puertos y escalas de comercio. Las diversas nacionalidades, las clasificaciones de tribus, los derechos preexistentes de toda especie, serán reconocidos y conservados por la potencia protectora. Cada potencia no ejercerá sobre su protectorado mas que una tutela armada y civilizadora; garantizará su existencia y sus elementos de nacionalidad, bajo la bandera de una nacionalidad mas fuerte; la preservará de las invasiones, de los desmembramientos, de las reyeltas y de la anarquía; le suministrará los medios pacíficos de desarrollar su comercio y su industria.

Establecido esto, el modo de accion y la influencia de los protectorados sobre las partes del

Oriente que les toquen en suerte, variarán segun las localidades y las costumbres; y emanarán de las circunstancias especiales; he aquí como procederán por sí mismas las cosas.

Se empezará por fundar una ó varias ciudades libres europeas, en uno de los puntos de la costa ó del territorio mas favorecidos por la naturaleza y las circunstancias. Estas ciudades, abiertas, igualmente que su territorio, á todas las poblaciones protegidas, serán regidas por la legislacion de la madre patria ó por legislaciones coloniales; entrando en ellas, los protegidos adquirirán el derecho de ciudadanía; cesarán de estar sometidos á las legislaciones opresivas y bárbaras de su tribu ó de su príncipe; disfrutará la consagracion del derecho de propiedad y de trasmision que les falta casi en todas partes, y que es la primera palanca de toda civilizacion; gozarán las inmunidades de comercio, de industria, de milicia que tenga á bien conferirles la política del Estado protector. — Las relaciones mercantiles entre estos principales centros de libertad, de propiedad y de civilizacion, se extenderán inevitablemente de uno á otro; las ciudades, las aldeas, las tribus no tardarán en pedir á una voz la nacionalidad y los derechos sociales que de ella resulten. El pais protegido pasará en pocos años, todo entero, á los cuadros de la na-

cion protectora : la uniformidad de leyes y de ventajas políticas y sociales se establecerá pronta y libremente, y cuenta que ya esos pueblos aprecian y anhelan vivamente esas ventajas. Cansados ya de la tiranía, y de la bárbara y opresiva administración que los diezma, sedientos sobre todo de libertad individual, de propiedad y de comercio, no hay duda alguna que las primeras ciudades abiertas se llenarán inmediatamente. El contagio del ejemplo y la próspera seguridad de que disfrutarán aquellas ciudades y sus territorios, arrastrarán las poblaciones enteras : solo dos cosas hay que respetar, la religion y las costumbres, y esto es fácil, pues que la tolerancia es la ley de la razon y de la Europa y el inveterado hábito del Oriente. Todos los cultos deben continuar viviendo reunidos en toda su franquicia y su mutua independencia : solo podrán imponerse algunas condiciones puramente civiles á los que se establezcan en las ciudades europeas, pero respetando siempre las creencias. La ley municipal y protectora no reconocerá ni la pluralidad de las mugeres, ni la esclavitud, pero no prohibirá nada de lo que entra en la jurisdiccion de la vida privada de la familia, ó de la conciencia.

Habrá dos especies de legislaciones en cada protectorado, — una legislacion general y en

cierto modo feudal, que establecerá las relaciones generales de los pueblos y de las tribus protegidas, entre si y con la nacion protectora, como las cuotas de las contribuciones, la milicia y las limitaciones de territorios ; y una legislacion europea de las ciudades libres europeas, análoga á la civilizacion de la nacion protectora, — legislacion modelo, ofrecida sin cesar como ejemplo y objeto de emulacion á la legislacion atrasada y bárbara de las tribus vecinas. Es indispensable dejar subsistir, de derecho y de hecho, las separaciones ; únicamente se debe en el pacto comun, vigilado por el protectorado, obligar á vivir en paz entre sí á esas razas de hombres divididas en naciones, en tribus, en religiones y costumbres distintas que existen en Oriente ; es preciso acostumbrarlas á la comunidad de intereses, reunir las para ciertos objetos en asambleas deliberantes por nacion y por tribu ; luego hacerles nombrar en su seno mandatarios, elegidos entre los mas ilustrados, que deliberarán á su vez con los mandatarios de las otras naciones y tribus sobre intereses comunes á todo el protectorado, á fin de ir las acostumbrando poco á poco á tener entre si relaciones amistosas y á establecer una verdadera fusion entre ellas por la fuerza de las costumbres y no por la fuerza de las leyes. El Oriente está tan preparado

por sus hábitos municipales y por la inmensa diversidad de sus razas á semejante estado de cosas que la nacion protectora no hallará ninguna dificultad, escepto en una ó dos grandes capitales, como Damasco, Bagdad, el Cairo y Constantinopla. Estas dificultades no deberán resolverse con la fuerza, sino solo por medio de la comunicacion temporal con el resto de los territorios protegidos. La cesacion del comercio es para el Oriente la cesacion de la vida: el arrepentimiento producirá muy luego la reconciliacion.

La posibilidad, mas diré, la facilidad suma de semejante organizacion está demostrada para todo el que ha recorrido esos países. El exceso de la servidumbre, de la ruina, de la despoblacion; la ausencia del derecho de propiedad y de trasmision legal; la arbitrariedad de un bajá que pesa sin cesar sobre la hacienda y sobre la vida, han desnacionalizado hasta tal punto á esos hermosos países, que cualquiera bandera que se plante en ellos bajo estas condiciones reunirá inmediatamente la mayoría de las poblaciones bajo su sombra. La mayor parte de esas poblaciones están maduras para una gran mudanza; todas las de la Turquía de Europa, y todas las poblaciones griegas, armenias, maronitas y judías, son laboriosas, cultivadoras, traficantes y no piden mas que propiedad, seguridad y libertad

para multiplicarse y cubrir las islas y los dos continentes. En veinte años, la medida que propongo habrá creado naciones florecientes y millones de hombres que marcharán, bajo la proteccion de la Europa, á una civilizacion nueva.

Pero, se me dirá ¿qué hareis de los Turcos? y yo preguntaré donde están los Turcos. Una vez desmoronado, dividido y desmembrado el imperio, los Turcos, rechazados de todas las poblaciones levantadas, ó se confundirán con ellas, ó huirán á Constantinopla y á algunas partes del Asia Menor donde estarán en mayoría. Serán tan poco numerosos, se hallarán rodeados de tantos enemigos implacables, quedarán tan sobrecogidos del azote de la fatalidad, que no tendrán aliento para reconquistar sus inmensos dominios, y formarán una de esas naciones garantizadas y protegidas por la potencia europea que acepte el señorío del Bósforo, de Constantinopla ó del Asia Menor, harto dichosos de que ese escudo los proteja de la venganza y las agresiones de los pueblos que les estuvieron sometidos. Conservarán sus leyes, sus costumbres, su culto, hasta que el contacto de una civilizacion mas adelantada los traiga insensiblemente á la propiedad, al trabajo, al comercio y á todos los beneficios sociales que de él emanan: su territorio, su independencia relativa y su nacionalidad

quedarán bajo la tutela de la Europa hasta su completa fusion en las otras naciones libres del Asia. Si el plan que concibo y propongo debiera acarrear la violencia, la expatriacion, la expropiacion forzada de ese resto de una grande y generosa nacion, yo mismo miraria este plan como un crimen. Los Turcos, por efecto de un vicio incorregible de su administracion y de sus costumbres son incapaces de gobernar la Europa y el Asia, ó uno ú otro de estos países: ellos han despoblado su territorio y se han suicidado á sí mismos con el lento suicidio de su gobierno; pero como raza de hombres, como nacion, todavia son, en mi concepto, los primeros y los mas dignos entre los habitantes de su vasto imperio; su caracter es el mas noble y el mas grande, su valor está intacto; sus virtudes religiosas, civiles y domésticas deben inspirar á todo hombre imparcial aprecio y admiracion. Su nobleza está escrita en sus frentes y en sus acciones; si tuvieran mejores leyes y un gobierno mas ilustrado, serian uno de los primeros pueblos del mundo. Todos sus instintos son generosos: el pueblo turco es un pueblo de patriarcas, de contempladores, de adoradores, de filósofos; y cuando Dios ha hablado para él, ha sido un pueblo de heroes y de mártires. ¡Libreme Dios de provocar el esterinio de una raza de hombres que, en mi

opinion, honra á la humanidad! Pero ya no existen, ó pronto no existirán, como pueblo. Es preciso salvarlos como raza de hombres y como nacion, salvando tambien á las que oprimen é impiden nacer; tomando, en el momento decisivo, la tutela de su destino y del de Asia. ¿Con qué derecho? se dirá. Con el derecho de humanidad y de civilizacion. No es el derecho de la fuerza lo que yo invoco; la fuerza no confiere derecho, pero la fuerza confiere una facultad. La Europa, reunida con un objeto conservador y civilizador de la especie humana, tiene incontestablemente la facultad de regir la suerte de Asia; á ella le toca consultarse á sí misma y preguntarse si esa facultad no le da tambien un derecho, y aun si no le impone un deber. Yo por mí, estoy por la afirmativa. No hay que disparar un cañonazo, no hay que autorizar ni una violencia, ni una expropiacion, ni una violacion de religion ó de costumbres. No hay mas que una resolucion que tomar, una proteccion que promulgar, una bandera que enviar; y, si no lo haceis, veinte años de guerras inútiles le esperan á Europa, y al Asia anarquía, ruina, estancacion y despoblacion sin término. ¿Ha ofrecido Dios al hombre ese magnífico dominio de la mas hermosa parte del mundo, para dejarla esteril, inculta ó talada por una eterna barbarie?

Por lo que hace á la Europa, su estado convulsivo, revolucionario, exuberante de poblacion, de industria y de fuerzas intelectuales sin empleo, debe hacerle bendecir á la Providencia, que le abre á propósito una carrera tan inmensa de pensamientos, de actividad, de noble ambicion, de proselitismos civilizadores, de trabajo industrial y agricola, de empleos y de retribuciones de todo género; escuadras y ejércitos que conducir, puertos y ciudades que crear, colonias interiores que fundar, desiertos fértiles que beneficiar, industrias nuevas que organizar, brazos novicios que emplear, caminos que abrir, alianzas que intentar, poblaciones sanas y jóvenes que guiar, legislaciones que estudiar y probar, religiones que profundizar y racionalizar, fusiones de costumbres y pueblos que consumir; — el Africa, el Asia y la Europa que acercar una á otra y unir por medio de comunicaciones nuevas que pongan á las Indias á un mes de Marsella y al Cairo en relacion con Calcuta. Los mas hermosos climas del universo, los rios, los llanos de la Mesopotamia, ofreciendo sus olas y sus caminos á la multiplicada actividad del comercio universal; las montañas de la Siria, ofreciendo un inagotable depósito de carbon de piedra, en la orilla del mar, á innumerables barcos de vapor; el Mediterraneo, convertido en el lago de

la Europa meridional, como el Ponto Euxino es el lago ruso, como el mar Rojo y el golfo Pérsico van siendo lagos ingleses; naciones sin territorio, sin patria, sin derechos, sin leyes, sin seguridad, repartiéndose al abrigo de las legislaciones europeas, los sitios donde ahora se acampan, y cubriendo el Asia Menor, el Africa, el Egipto, la Arabia, la Turquía de Europa y las islas, de pueblos laboriosos y sedientos de las luces y de los productos de Europa. ¡Qué cuadro, qué porvenir para los tres continentes! ¡Qué esfera ilimitada de actividad nueva para las facultades y las necesidades que nos corroen! ¡Qué elemento de pacificacion, de orden interior y de progresos regulares para nuestra época tan borrascosa! Pues bien! Ese cuadro no es mas que la verdad, la verdad infalible, facil, positiva. No necesita la Europa mas que una idea justa y un sentimiento generoso para realizarlo; no tiene mas que pronunciar una palabra, y se salva á si misma, preparando un grandioso porvenir á la humanidad.

No entraré aquí en la discusion de los limites de los protectorados de Europa y de Asia, y de las compensaciones que esas limitaciones podrian ocasionar en la misma Europa; esta es la obra de un congreso secreto entre los agentes de las principales potencias solamente. Las nacionali-

dades establecidas son en cierto modo la individualidad de los pueblos; es preciso tocar á ellas lo menos posible en las negociaciones; la guerra sola toca á ellas y basta. Esas compensaciones serian, pues, poca cosa, y no ocasionarian esas interminables discusiones y esas multiplicadas contiendas que se objetan. Poco antes lo dije; en ciertos casos las facultades son un derecho. Las grandes potencias de Europa no deben curarse de las pequeñas, pues tienen de hecho voto preponderante y sin apelacion en el gran consejo europeo. Cuando la Rusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia se hayan entendido y hayan promulgado una decision firme y unánime, ¿quién les impedirá ejecutar lo que su dignidad, sus intereses y el bien del mundo les hayan inspirado? Nadie. Las pequeñas diplomacias murmurarán, maniobrarán, escribirán, pero la obra quedará consumada y la fuerza de Europa se habrá renovado.

FIN.



30991

915.6
L217vBIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"NO. ADQ.
30991NO. CLAS.
915.6
L217v

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

30991 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA 915.6
"ALFONSO REYES" L217vLamartine, Alphonse Marie Louis de -
Prat de, 1790-1869
Viage a Oriente;...

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



E NUEV
BLIOTEC